



VIDAS CRUZADAS

Teresa Mateo Arenas

Teresa Mateo Arenas

Vidas Cruzadas

Teresa Mateo Arenas

Título: Vidas Cruzadas

Mayo 2024

Diseño de portada Lía Martínez

Corrección Teresa Mateo Arenas

Maquetación Uwe Leuschner

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida almacenada o transmitida en manera alguna ni su incorporación a un sistema informático en cualquier forma o en cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) Sin permiso previo de la autora.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todas aquellas personas que de una u otra manera han sufrido abusos o malos tratos ya sea físicos o psicológicos.

Porque nadie es propiedad de nadie y siempre se puede dar un paso adelante y decir basta.

Inexplicable angustia,
hondo dolor del alma,
recuerdo que no muere,
deseo que no acaba.
Rosalía de Castro

Vidas Cruzadas

El principio del fin, o el fin del principio

El movimiento del vehículo era errático. El coche avanzaba a trompicones hasta que se detuvo justo sobre la vía del tren.

Enormes gotas de sudor resbalaban por el rostro de Santiago, que respiraba con dificultad, emitiendo angustiosos silbidos. No sabía dónde se encontraba. Se le había nublado la vista. Entró en pánico. Comenzó a fibrilar y una aguda taquicardia se apoderó del ritmo de su corazón. Se llevó la mano al pecho. La cabeza le cayó hacia delante, accionando el claxon con ensordecedora estridencia.

Los pitidos del tren atravesaron el silencio nocturno rasgando la noche como un terrorífico grito. Al maquinista se le aceleró el pulso al darse cuenta que se acercaba a la estación y ver que había un coche inmóvil en las vías y que no parecía tener intención de moverse. El hombre, que había tenido un día agotador y hasta hacía un momento daba por terminado su turno, apretó el pulsador de alarma con todas sus fuerzas. El estridente aullido del tren fragmentó el silencio, aunque, el sujeto que supuso estaba en el coche hacía caso omiso a todas las señales. Por un momento el buen hombre pensó que igual el coche se había averiado justo allí, con la mala suerte de quedar atrapado y la persona que lo condujese hubiese tenido la cordura de abandonarlo.

Las barreras del paso a nivel bajaron dejando el coche encerrado entre ellas en una ratonera mortal.

El auto tenía las luces encendidas y, a medida que el tren avanzaba más y más, el conductor vislumbró, cuando el haz de sus luces iluminó sombríamente la zona en que estaba parado, que había alguien dentro. La pesadilla que tanto temía que alguna vez pasara se acababa de convertir en realidad.

¿Por qué no salía quién fuera del coche?

¡Un suicidio! No, por favor, se persignó el maquinista, encomendándose a Dios y al Diablo al mismo tiempo.

¡Lo último que me faltaba!

Poco a poco se habían ido encendiendo luces aquí y allá. Uno tras otro los vecinos se fueron asomando a las ventanas, y eso que las viviendas estaban relativamente alejadas de la estación, aunque, no tanto que no se escuchase todo.

La ciudad había ido creciendo alrededor de ella y envolviéndola, por mucho que cada vez se edificase más alejado quedaban algunos bloques, un tanto antiguos, que seguían en pie recordando que la estación había sido el centro neurálgico de la localidad en tiempos pretéritos. Y, como aquella noche, no era la primera vez que los vecinos vivían en directo un trágico episodio.

El maquinista, viendo que el coche no se movería lo intentó con el último recurso que le quedaba, activando los frenos de emergencia, intentando no crear más caos que el que se avecinaba. La enorme fricción de las ruedas con los raíles hizo saltar miles de chispas como si las ruedas se hubiesen convertido en candentes e improvisados fuegos de artificio.

Los pocos pasajeros que, agotados de sus quehaceres, volvían a su casa, maldijeron al conductor por tan brusco frenazo ya que empujó a unos y otros sobre sus desconocidos compañeros de viaje, y los que hacían el trayecto de pie tuvieron que agarrarse fuertemente para no salir disparados hacia delante por la inercia.

No fue suficiente. Aunque el convoy no llevaba demasiada velocidad, por la cercanía de la estación, los cristales de las ventanillas y un amasijo de hierros saltaron por los aires al acabar impactando la cabeza del tren en el lateral derecho del Lexus CT gris metalizado que yacía en las vías. Los pasajeros gritaron unos, otros se llevaron las manos a la boca augurando que raro sería si el alma del chófer aún seguía con él, desde luego, a todos les parecía imposible después de semejante atropello.

El ulular de las sirenas ensordeció la tranquilidad de la noche. No era una trágica noche de película en las que llueve torrencialmente y el viento arrastra la hojarasca en remolinos de tonos rojizos y ocres. Era una apacible noche de verano tranquila y estrellada...

Capítulo 1

Al psiquiatra

Después de darle de alta en traumatología de las múltiples contusiones del atropello y estabilizar su corazón, Santiago fue ingresado en la planta para enfermos mentales del hospital. Todavía llevaba el collarín cervical puesto, heridas en la cara, un brazo en cabestrillo y magulladuras por todo el cuerpo. Aun así, aunque la doctora no lo creyese, daba gracias a Dios por seguir con vida.

—¡Cuántas veces necesita que le diga que no he querido suicidarme! ¿Se lo repito en arameo? ¿En sanscrito? ¿En chino, que igual le suena más? ¡Que no he intentado quitarme la vida! ¡Que ha sido un puñetero accidente!

—Relájese, Santiago, por favor —decía, sin apenas levantar la voz, una doctora que parecía un mueble más del consultorio—. Así no vamos a llegar a ninguna parte. Déjeme hacer mi trabajo. Soy yo la que debo decidir si ha sido un accidente o ha sido voluntario. No me discutirá que usted había bebido y que cogió el coche con intención de acabar con sus problemas. Nadie se para en mitad de una vía de tren si no tiene un propósito muy concreto.

El tono neutro en el que hablaba tenía la capacidad de alterarle todavía más los nervios, cosa que desde luego no ayudaba a que el informe fuese positivo para él.

—Doctora, somos colegas, deberíamos entendernos mejor. Puede hablarme con claridad. Puede pronunciar la palabra suicidio. No pienso quitarme la vida, al menos, no de momento. Además, para eso está usted, para impedírmelo. ¿No?

—Digamos que colegas, colegas, tampoco. Usted arregla dentaduras y yo cerebros. Pero sigamos con lo que nos compete —continuó, con el mismo tono, haciendo caso omiso a las palabras de Santiago—. Si le parece bien le haré una última pregunta. Quiero que piense con serenidad la respuesta —hizo una pausa para, por primera vez, dar énfasis a lo que iba a preguntar—. ¿Por qué tirarse al tren?

—Le repito, por enésima vez, que no fue voluntario. ¡Usted de verdad piensa que estoy loco! Tengo dos hijos, una vida de lo más normal, tengo trabajo y desde luego, ¡no tengo ningunas ganas de morirme!

—A ver, explíqueme entonces cómo pasó. ¿Recuerda usted algo? ¿Le han explicado ya

su nivel de alcoholemia? Llegó prácticamente con un coma etílico y un preinfarto al hospital. Usted está vivo de milagro. Lo sabe, ¿no? ¿Es usted consciente de ello? Y no me refiero sólo al tren.

—Había bebido, lo admito. Demasiado, también lo admito. Lo que nunca voy a admitir es que intentase suicidarme, porque no fue así. Acepto lo de estar vivo de milagro, debo de ser un tío con suerte —dijo con ironía, aunque su rostro reflejase un intenso dolor.

Parecía imposible que llegasen a entenderse, así que poco a poco se fue resignando.

Le habían prohibido las visitas. Eso le daba igual. Si nadie había acudido a visitarlo al hospital en los dos días que había estado allí, ahora en psiquiatría mucho menos.

Estar ingresado en el área psiquiátrica suponía que para su exmujer visitarlo sería algo inimaginable. Ella nunca pisaría un lugar así y tampoco dejaría que lo hicieran sus hijos.

Sara se había ocupado de que sus hijos le cogieran miedo y no quisieran saber nada de él. Y Santiago los echaba tanto de menos... Pero por desgracia, ella lo sabía. ¿Cómo podía ahora ponerlo en duda? Seguía molesta porque se había enamorado de Dunia, y eso, aunque ya estaban separados, no lo podía tolerar.

A Santiago en aquellos momentos le daba todo igual. Dunia había escogido y no había sido a él. Debería hacer borrón y cuenta nueva, pero... ¿Eso cómo se hace? Se preguntaba sin hallar una respuesta.

Después de mucho rogar, intentando sin ningún logro que los médicos entraran en razón, decidió cambiar de estrategia. Haría lo que le pidieran. Admitiría que tenía un problema e intentaría salir de allí cuanto antes. Necesitaba empezar de cero. Necesitaba una nueva vida y estaba dispuesto a conseguir lo que todo el mundo ansía y él creía merecer como el que más.

Tan solo aspiraba a ser feliz.

—¿Quién es Dunia? —con esa pregunta lo sacó la doctora de su abstracción.

—¿Dunia?

—Sí, Dunia, ¿quién es? Durante su inconsciencia en el hospital no paraba de nombrarla, pero sabemos que su esposa no se llama así.

—Una amiga —cuando ya parecía que no diría nada más, apostilló—. Una amiga muy importante.

La psicóloga calló y esperó que dijera algo más. No quería presionarlo, se daba cuenta de que no era sólo una amiga. En su subconsciente era la persona más importante para él en aquel momento y ella debería saber cómo entrar en su psique para entender qué relación había entre ella y el intento de suicidio de él. No quería hacer conjeturas ni era su trabajo, aunque pudiera imaginar de qué se trataba. Como también sabía que mientras él no fuese capaz de admitir que, consciente o inconscientemente, su deseo aquella noche era morir, no saldría de aquel estado.

Llevaba casi un mes ingresado en aquella planta del hospital y no aguantaba más. Se había resignado a seguir el tratamiento y las terapias al pie de la letra. Paseaba por los jardines, pintaba y hasta intentó escribir un cuento que según la terapeuta no estaba nada mal, pero su imaginación se ahogaba allí dentro.

Por fin parecía que los médicos empezaban a confiar en que su integridad física ya no corría peligro. Lo habían citado para darle el alta hospitalaria, aunque le recomendaban seguir con controles ambulatorios periódicos o visitar a un psicólogo particular.

Dunia seguía estando presente en su cabeza y, aunque se había propuesto nunca más nombrarla, su corazón seguía suspirando por ella. También era consciente de que eso ya nunca podría ser.

No estaba loco, y, aunque los médicos no lo creyeran, él intentaba no pensar en ella o, al menos, hacerlo lo menos posible.

Necesitaba desconectar.

Necesitaba una nueva ilusión, ojo, no amorosa, había decidido no volverse a enamorar. El amor duele, se decía y él pasaba de sentir aquel dolor lacerante que durante un tiempo no le había dejado ni siquiera respirar. Un dolor que, sin pretenderlo, casi lo lleva a la muerte.

Capítulo 2

Un nuevo comienzo

Ya estaba fuera del hospital.

¿Y ahora qué? Era la pregunta que llevaba haciéndose desde que había salido del área de psiquiatría con una bolsa de plástico en la mano con lo que eran todas sus pertenencias.

Volver a ejercer en su barrio de siempre no era una opción. Nada más poner un pie en su calle ya había visto las miradas de reojo que le habían echado unas cuantas personas que, en un momento u otro, habían sido pacientes suyos.

Entró en la clínica dental y se sentó en el despacho intentando poner la mente en blanco.

Estaba muy desorientado.

Su exmujer le había pedido al juez la custodia total de los mellizos y él no se sentía con fuerzas, al menos por el momento, para empezar a luchar de nuevo. Ya eran mayores, en cuanto

se sintiera mejor intentaría hablar con ellos y explicarles lo que había pasado. Para ellos fue muy traumático, lo sabía. Por eso mismo no quería causarles más daño innecesario, aunque para ello tuviera él que sufrir su ausencia.

Lo decidió de repente.

Descolgó el teléfono y habló con Pilar, su amiga y agente inmobiliaria, la que le había resuelto siempre los problemas de aquella índole. Estaba seguro que esta vez tampoco le fallaría. Su arrolladora personalidad era suficiente para venderle la Torre Eiffel al mismísimo alcalde de París.

—Pilar, quiero traspasar la consulta y lo quiero para ya.

—¡Venga ya! ¡Qué me dices! ¿Estás seguro? Oye, me enteré de lo de tu accidente. ¿Cómo estás? Luego me paso y hablamos. Veremos qué se puede hacer.

Ella era así, un torbellino que apenas dejaba hablar, siempre con prisas, aunque siempre dispuesta a dar el máximo en su trabajo. Al final conseguía ser amiga de sus clientes y mantenerlos fieles a su negocio.

—¿Cuándo vendrás? Obvio decir que me urge.

—A la hora de comer me puedo pasar, si quieres picamos algo mientras estudiamos qué se puede hacer.

—Te espero en la consulta. No me pienso mover de aquí. No tengo adónde ir.

Cuando se casaron su mujer se las arregló para que pusiera el piso a su nombre. Ingenuo él, no pensó que lo echarían de su propia casa. Pagaba los recibos y ella disfrutaba gastando el dinero a manos llenas. Decía ser decoradora de interiores, no se podía negar que tenía buen gusto, pero pocos clientes. Eso sí, para llamarlo inútil se las pintaba sola, y él, por no discutir delante de los niños, callaba, hasta que llegó un momento en que tuvo que decir basta, los agravios habían subido de nivel de tal manera que, en alguna ocasión, su ahora exmujer, había llegado a levantarle la mano.

Los mellizos no tenían ninguna culpa y necesitaban un techo, por eso él nunca haría nada que los perjudicara, aunque ello implicara irse a vivir debajo de un puente, eso lo tenía clarísimo. Ellos todavía eran menores, por eso su madre se acogió a la supuesta enfermedad mental de su exmarido, agravada en su retorcida mente, aduciendo al juez que sus hijos no podían estar con un hombre violento e inestable, además de, según ella, alcohólico. Los jueces que suelen ser tan lentos para todo, en aquella ocasión y, con las nuevas leyes, dictaron sentencia rápida en favor de que ella se quedase en la casa cuidando de los hijos hasta que estos fuesen mayores de edad. Así que se vio sin casa y sin hijos en menos de dos meses.

Se había dejado caer en el sillón de la consulta y de puro cansancio había cerrado los ojos. Volvió a abrirlos cuando escuchó el inconfundible sonido de la moto de Pilar. Ella se movía por la ciudad siempre en moto, así se aseguraba de no llegar tarde, bueno, o eso decía, porque la

verdad es que siempre había que esperarla, aunque se le perdonaba porque era tan entusiasta que era imposible reprocharle nada.

Salió a recibirla y esperó que aparcara con la puerta abierta. Una rubia y leonada melena cayó en cascada por su espalda al quitarse el casco rosa del que tanto se había reído Santiago. En coña le decía que parecía Penélope Glamour, en alusión a los dibujos animados de su infancia. Se abrazaron y dejaron pasar unos minutos antes de abordar el tema que la había llevado hasta allí.

—De verdad, no me puedo creer que esto te esté pasando a ti.

—Ya ves. La vida es una puta y me ha pegado la gonorrea.

—¡Mira que llegas a ser bruto!

Se acercó al mostrador de recepción y de un cajón sacó una botella y dos vasos de plástico.

—Creo que no es lo más adecuado dadas las circunstancias. ¿No crees, Santiago?

—¿Tú también piensas que me emborraché para tener el valor de suicidarme? ¿Tú también piensas que soy un alcohólico? No esperaba esto de ti, Pilar, de ti no, la verdad.

—Yo no pienso nada, digo que no te conviene. Quise ir a visitarte, pero conociendo a tu ex preferí no hacerlo, no quería meterte en más problemas.

—Te agradezco el gesto, aunque hubiera agradecido una visita.

Se hizo un incómodo silencio.

—Bueno, a lo que vamos. ¿Qué es eso de que quieres traspasar la consulta? ¿Te lo has pensado bien? ¿De qué vas a vivir?

—Llevo dos meses pensándolo, pero al llegar aquí me he acabado de decidir. Necesito cambiar de vida. Tenías que haber visto las miradas de los vecinos esta mañana. Nadie querrá volver a mi consulta. Sara ya se ha encargado de poner a todo el vecindario en mi contra.

—¡Ya estamos! Deja de ser tan negativo. Igual que habla ella puedes hablar tú, nadie te va a comer si explicas el calvario que te ha hecho pasar.

—¿Quién me va a creer a mí? Soy el hombre y mido medio metro más que ella.

—De verdad que te daba una colleja, pero por obtuso. Bueno, a ver, dime qué estás pensando, esto no se vende o traspasa de un día para otro. Lo sabes.

—Lo sé, pero necesito un sitio lejos de aquí donde estar mientras se vende. Algo barato, ya conoces mis circunstancias.

Pilar se quedó callada unos segundos mientras una idea rondaba por su cabeza.

—A ver, se me está ocurriendo algo, es un plan un tanto peregrino, pero puede funcionar. Tenemos una casa medio derruida en Queralbs al lado del río, el sitio es precioso y hay poca gente. Hablaré con Marcel, pero no creo que ponga objeción, así que te la podríamos alquilar simbólicamente por los gastos de mantenimiento, porque como te digo está bastante ruinosa.

Necesita bastantes reformas y tiene grietas por todas partes.

—Me sirve, además estamos casi en verano, me vendrá bien un poco de aire.

—Así, ¿sin pensarlo?

—Quiero salir de aquí lo antes posible, me da igual el estado de la casa, como si es una choza. Mientras tenga un jergón para dormir y una chimenea donde calentar algo de comer me sirve.

—Uff, no esperaba esto. ¿Tienes medio de transporte? Porque tengo entendido que el coche quedó para la chatarra.

—No, pero me las apañaré.

—Vamos a comer algo, mientras llamaré a Marcel y le diré que traiga las llaves de la cabaña y de paso que venga con el coche y ver si puede ser factible. ¿Te parece?

Llegaron a la casa cuando el sol estaba en su cénit. Pilar había ido explicando anécdotas sobre la zona todo el camino, pero Santiago no había escuchado nada, su cabeza estaba en otra parte y no era capaz de concentrarse en la verborrea de su amiga.

A primera vista le pareció pintoresca. Si hubiera prestado atención sabría que era una casa que habían comprado como inversión, pero con la pandemia, y al caer de modo vertiginoso el precio de los inmuebles, habían optado por el alquiler, el problema era que antes de alquilarla necesitaba bastantes “arreglos” y ahí estaba el quid de la cuestión.

—Como te decía mi mujer, te puedes quedar mientras encontramos algo mejor, eso sí, tendrás que hacerle algunos arreglillos antes de poder instalarte del todo —comentó Marcel haciéndose a un lado para que Santiago entrase el primero.

Llamarla casa era tener mucha imaginación. Era una construcción antigua de gruesas piedras, apta para soportar los rigores del invierno pirenaico, no demasiado grande, pero pensó que suficiente para él. Se veía rústica o tal vez fuera por el camino de guijarros que partía en dos un jardín descuidado en el que alguna que otra hierba silvestre se resistía a morir.

El interior era otra historia. Lo primero que vio fue el cono de luz que entraba por la desvencijada contraventana en el que flotaban innumerables motas de polvo. Los muebles eran escasos y viejos, pero tampoco le importó. La cocina estaba integrada en el comedor y tenía un amplio dormitorio de matrimonio con baño y otro más pequeño con dos especies de camastros, eso era todo.

Necesitaba aislarse del mundo y aquel sitio le servía, como le habría servido cualquier otro al que lo hubiesen llevado.

—¿El pueblo está muy lejos? —preguntó de pronto, dejando perplejos al matrimonio.

—Acabamos de pasar, ¿no lo has visto? Está a la vuelta del camino, unos diez minutos andando o a una canción de Don McLean, según prefieras —contestó Pilar.

—Perdón, estaba distraído.

—Esta es la última casa del pueblo, por eso parece solitaria, pero cuando quieras compañía también la tienes cerca, por eso Pilar ha pensado que es perfecta para ti en estos momentos —comentó Marcel.

—Sí, es perfecta. ¿Me puedo quedar ya?

Marcel miró a su mujer pensando que estaba mucho peor de lo que parecía y no estaba seguro de que fuese buena idea que se quedase solo allí. Pilar se encogió de hombros sin saber qué decir o hacer. Ahora no estaba segura de haber tenido una buena idea al ofrecerle aquella posibilidad.

—Pues no sé si será lo mejor. No tienes nada y aquí tampoco hay gran cosa, apenas unos utensilios de cocina y un par de sábanas raídas. Además, está sucio, deberías limpiarlo primero y traer tus cosas, creo yo.

—No necesito nada más que lo puesto, y si necesito algo ya lo compraré. Espero que alquiléis pronto la consulta para tener algo de liquidez, no es mucho lo que me queda, pero me las apañaré mientras tanto.

Capítulo 3

Encuentros en la tercera fase

Apenas amanecía cuando la joven volvía a casa.

Los pasos eran pesados y sin ganas, arrastrando los pies al caminar. Al doblar una esquina escuchó un ruido que la sobresaltó, tanto que se le disparó el corazón. Miró en todas direcciones, por suerte para ella tan sólo era un gato buscando algo que comer en las basuras. Apresuró el paso lo que pudo y al llegar a casa cerró la puerta dando doble vuelta a la llave.

Llevaba relativamente poco tiempo en el vecindario, aunque a ella le pareciesen siglos, nunca cruzaba más de un saludo con sus vecinas. Su casa estaba ubicada al final de la calle. Una casita pequeña de gruesa piedra hasta la mitad y el resto pintada de un ocre pálido con las ventanas azules, a las cuales hacía bastante tiempo que les faltaba una mano de pintura. Nadie sabía su nombre, así que la conocían por la chica rara que no habla con nadie. Las vecinas, las

pocas veces que se cruzaban con ella por la calle, intentaban por todos los medios entablar conversación, pero no le habían sacado nada más allá de un buenos días o un buenas noches. Todos se preguntaban quién sería la misteriosa joven, y de dónde venía, alimentando, con su poca sociabilidad, los chismes del vecindario.

El que trabajase de noche tampoco ayudaba a mejorar sus relaciones públicas. Odiaba dar explicaciones sobre su vida. Bastantes tuvo que dar en otro tiempo. Era consciente de que a la gente le gustaba especular y hasta inventarle vidas, pues bien, a ella eso la traía sin cuidado. Mientras lo hacían la dejaban en paz y así el pueblo tenía algo con que entretenerse.

Cuando tuvo que cambiar drásticamente de vida se dijo que nunca más volvería a dar explicaciones a nadie, y por el momento lo estaba cumpliendo. Para ella el resto del mundo estaba de sobra. No soy un felpudo, nunca más volveré a ser un felpudo, se repetía, como si de un mantra se tratase, mientras se descalzaba y se tiraba, literalmente, sobre la cama.

Se sentía tan cansada que en lo único que pensaba cuando llegaba a su casa era en dormir. Aquella noche se había atrevido a dejar sobre la mesa del director el sobre que cada noche llevaba con ella y nunca se decidía a darle.

Era su día de fiesta y había planeado hacer mejoras en la casa. Llevaba ya unos meses y entre la apatía que la había llevado a vivir en aquel apartado lugar y el cansancio, ya que nunca antes había realizado esfuerzo físico más que en el gimnasio, no encontraba el momento. La casa seguía sin sentirla suya. Incluso tenía cosas en cajas a las que ni siquiera les había buscado acomodo. ¡Ya empezaba a ser hora de hacerla algo parecido a un hogar! ¡Ya empezaba a ser hora de dejar el pasado atrás!

Se calzó las zapatillas deportivas y salió a correr por la orilla del río. Los días que libraba se levantaba temprano para no encontrar a nadie y salir a estirar las piernas. Esas carreras casi de madrugada eran lo único que la conectaban con su vida anterior y por mucho que le costase madrugar, ya que nunca le había gustado, lo hacía. Corría y corría hasta quedar exhausta. Cuando no podía más se descalzaba y metía los pies en el agua, gélida en invierno y algo menos en verano, del río Freser. Se abrazaba a un árbol y le pedía que le diera la cordura necesaria para seguir adelante con su vida, o con su plan, como se quisiera llamar.

Se había sentado en la orilla y metido los pies en el agua. Se estaba refrescando los brazos y el cuello mientras jugueteaba con los dedos de los pies enturbiando la transparencia del agua. Se había mojado también la cara. El esfuerzo la había acalorado y sentía correr el sudor entre sus senos.

No se percató de la sombra que se generaba tras ella hasta que le pasó por encima.

Empezó a temblar como una hoja.

Recogió las zapatillas con los calcetines dentro y se incorporó todo lo rápida que pudo.
Huyó.

Corrió descalza clavándose los guijarros en los pies, pero no le importó, en aquel momento ni lo sintió, lo único que quería era salir de allí lo antes posible.

Correr.

Escapar.

En realidad, Santiago, pues era él el que pasaba por allí, reconociendo el lugar y buscando conectarse con la naturaleza, ni se había dado cuenta que había una joven hasta que esta empezó a correr despavorida. Se miró de arriba abajo a ver si algo no estaba en su sitio para que aquella mujer hubiese salido de aquella forma. Todo parecía estar bien. Los pantalones en su sitio y la cremallera bien abrochada, la camisa con casi todos los botones abrochados y los zapatos, no eran los adecuados para andar por la orilla del río, pero en aquel momento sólo tenía esos. Sabía que no era un Adonis, pero pensaba que tampoco tan horrible como para dar ese miedo a nadie.

La chica le pareció un tanto misteriosa. ¿Qué le habrá pasado para tener esa reacción ante un desconocido? Debía ser algo muy grave para huir así, pensó. En un principio se dijo que no era de su incumbencia, él necesitaba estar solo y eso es lo que pensaba hacer. A lo mejor era algo tan simple como que se le había hecho tarde. ¡Bobadas, Santiago! Sabes perfectamente que ese tipo de reacciones no son por las prisas. Las conoces muy bien, por desgracia.

Uxía, que así se llamaba la joven, miró hacia atrás y al no ver a nadie aminoró algo la carrera. Hacía todo lo posible por respirar lenta y pausadamente. Le dolía el costado. Al aire le costaba entrar en sus pulmones y luego se quedaba allí sin poder salir hasta que se atragantaba. Siempre era lo mismo. Tranquila, no corras, se repetía. Que no se note.

“¿Crees que no te voy a encontrar?” esa frase la tenía siempre presente. Le retumbaba dentro de su cabeza una y otra vez. Podía oler su propio miedo. Un sudor frío le recorrió el espinazo cuando miró hacia atrás y vio que el hombre corría tras ella.

—¡Oiga! ¡Oiga! —la llamó Santiago.

Ella aceleró el paso y Santiago entendió que el miedo era su peor enemigo. Dejó de llamarla. Si la veía por la calle en otras circunstancias, intentaría devolverle el calcetín que se le había caído de la zapatilla en su huida.

La joven ni siquiera volvió la cabeza una sola vez.

Cuando llegó a su calle no le quedaba aliento. Empezó a notar el dolor en la planta de los pies a causa de los rasguños que las piedras habían ocasionado en la piel. Mientras huía, era tal el pavor, que ni había prestado atención al daño que le hacía. En la acera quedaron marcas de sangre, pequeñas gotas que delataban su estado de ansiedad. En cuanto entró en su casa cerró con

llave y bajó las persianas.

Fue directa al cuarto de baño y vomitó.

Cuando el miedo físico dio paso al psicológico se sentó en el suelo a esperar que se le pasaran los temblores causados por la ansiedad.

No sabía el tiempo que llevaba en aquella posición semi fetal, entre la taza del váter y la bañera, no era consciente de que había anochecido y ella seguía allí. Había pasado el día sin poderse mover. El insistente sonido del teléfono, que ni siquiera se había sacado del bolsillo, la liberó de su estado haciendo que en sus sienes estallaran pequeñas descargas de dolor y sus articulaciones, entumecidas por tantas horas sin sangre activa, hicieran que se tuviera que agarrar del lavabo para no caerse y poder levantarse. No quería pensar. En su cabeza sólo cabía una frase en aquel momento: No es él, no puede ser él, me prometí que jamás me encontraría.

Cuando por fin miró el teléfono, vio que era del trabajo. Un alivio caliente cayó en forma de lágrimas por sus mejillas. Marcó el número y esperó a ver qué quería su jefa. Era su día libre. Necesitaba descansar y aquel no había sido precisamente su mejor día. No necesitaba un problema más.

—¿Uxía? Tengo que pedirte un favor —dijo su jefa nada más dar paso a la llamada—
¿Te pasa algo? Te tiembla la voz.

—No es nada, me duele la cabeza. Dime, qué necesitas.

—Necesitaría que me hicieras una suplencia, si tuviera alguien más a quien acudir no te habría llamado, te lo prometo.

Santiago no había pensado en los inconvenientes de llegar a un sitio desconocido e instalarse, así que no tuvo en cuenta las necesidades básicas. Por si no fuera suficiente, el encuentro con la joven le había dejado un mal gusto de boca.

Había salido a caminar después de pasar una noche un tanto peculiar. Al quedarse solo hizo un reconocimiento de la casa, estaba peor de lo que parecía a primera vista, dándose cuenta de que su decisión había sido demasiado precipitada. Debería haber aceptado la oferta de Pilar de volver al día siguiente con sus cosas y empezar poco a poco con la rehabilitación, la de la casa y la suya.

Se notaba que por allí hacía mucho tiempo que no pasaba nadie. Un primer vistazo, ya con más tranquilidad, le mostró la cruda realidad. El polvo había inundado todas las superficies, formándose incluso algunas telarañas en las esquinas de los techos. La cocina apenas tenía una sartén oxidada y una cacerola sin tapa a la que le faltaba un asa. Las ventanas carecían de persianas, tenían contraventanas de madera y alguna incluso estaba descolgada de uno de los goznes.

El dormitorio no estaba mejor.

Miró dentro del armario, esperando encontrar al menos una sábana para poner encima de la que había que estaba polvorienta, pero lo que encontró estaba mucho peor. En algún momento se debió colar un roedor y lo poco que había estaba lleno de agujeros y unas misteriosas pintitas negras salieron rodando al tocar la pieza de ropa. Sacudió la que había puesta todo lo que pudo y le dio la vuelta, se quitó la camisa, la estiró sobre la almohada y se tumbó encima a esperar un nuevo día.

Estuvo tentado de llamar a Pilar para que fuese a buscarlo de vuelta, pero se contuvo. Si tenía que ser un ermitaño lo sería. Desde luego no le iría a llorar a nadie sus miserias.

Capítulo 4

Un nuevo comienzo

Su nueva vida se podía decir que no había empezado muy bien. ¿Dónde te has metido, Santiago? Se preguntaba mientras regresaba a la casa, después de conocer a tan inusual mujer.

¡Esta no era la idea!

Se metió el calcetín en el bolsillo y se dirigió al pueblo. La noche anterior no había tomado nada, ni siquiera se le pasó por la cabeza que algo tendría que comer, y, al despertar, el estómago parecía una gaita gallega del desespero con que le rugía. Todavía era muy temprano, el hambre lo había sacado del inmundo camastro, esperaba, al menos, localizar un bar o una panadería para comprar algo que comer y tomar un café. Y luego... luego airear aquel montón de piedras que Pilar llamó casa y ver qué posibilidades le brindaba.

El pueblo le sorprendió, era pequeño, pero con la luz del amanecer parecía una postal. La mayoría de sus calles eran de antiguos adoquines y los balcones de madera estaban adornados con múltiples macetas rebosantes de flores. En otras circunstancias ni siquiera se habría fijado en ellas, no era ajeno a su hermosura, pero siempre había podido pasar sin plantas a su alrededor. Por eso se sorprendió a sí mismo admirando aquel paisaje.

Cuando encontró un horno (en Cataluña, panadería donde se sirven desayunos y meriendas), dónde comprar pan y tomar café, se sentó detrás de la cristalera y se quedó un buen rato disfrutando del olor a pan recién horneado y observando una calzada prácticamente vacía. Nada que ver con su ciudad; aquella paz lo abrumaba, sus habitantes parecían, como sus adoquines, de otra época.

Normalmente madrugaba para abrir la consulta y al terminar la jornada, si no estaba muy cansado, se acercaba al gimnasio para desentumecer los músculos que se le agarrotaban de estar todo el día en la misma posición. Una vez en casa después de cenar y ver alguna serie, si no le tocaba estar con los mellizos, se iba a la cama temprano con un libro. Le gustaba leer en papel antes de dormir, lo relajaba.

Esa era su monótona rutina.

De momento se resistía a pasarse al e-book.

Cómo le decía a modo de insulto su ex, llevaba una vida demasiado simple y aburrida. Siempre le recriminaba que se había hecho viejo antes de tiempo, que era un soso y que no

tenían vida social por su culpa. En realidad, a él lo que le molestaba era salir con ella.

Era superior a sus fuerzas.

Cuando acudían a algún evento juntos le hacía sentir tan pequeño que casi desaparecía. Se metía en algún rincón y esperaba paciente a que ella alternase con sus amigos, cosa que a ella también le incomodaba, cuando el que debería sentirse molesto por sus flirteos debería ser él, aunque eso poco a poco también dejó de importarle. Por primera vez en mucho tiempo tenía ganas de hacer algo diferente, algo por y para sí mismo, algo que lo sacara de su apatía y eso era precisamente lo que estaba intentando.

De pronto se encontró pensando en que su ex, de nuevo, estaba utilizando a los mellizos para seguir manipulándolo. Todavía no sabía cómo, pero no lo pensaba volver a consentir. Tenía que poner el foco en su futuro, de ello dependería el volver a estar con sus hijos o no.

Cuando le sirvieron el café y un pequeño bocadillo que pidió para desayunar, le preguntó a la camarera si conocía a la joven que había perdido el calcetín.

—Por la descripción diría que es la chica esa que no habla con nadie, no sé cómo se llama —contestó la mujer, dejando más intrigado a Santiago de lo que ya estaba—. Vive en la calle de arriba, la última casa, pero no creo que le abra la puerta —apostilló.

—Gracias, si no lo hace, mala suerte, tampoco es nada especial lo que tenía que decirle.

—Usted es nuevo por aquí, ¿verdad? No le había visto nunca. Para la temporada de nieve todavía faltan un par de meses mínimo.

—No he venido a esquiar, pero gracias por la información —guiñó un ojo a la joven y se dispuso a desayunar antes de que sus tripas revolucionaran a toda la cafetería.

Después de llenar el estómago decidió que debía comprar provisiones y alguna cosa indispensable que le facilitara la vida en la ruinosa casa mientras la adecentaba un poco. Pensó que con un poco de suerte se encontraría a la chica sin nombre que no habla con nadie por el pueblo y le devolvería su pertenencia, esperaba así dejar de pensar en ella. Aunque lo que le había dicho la camarera le estaba resonando en la cabeza. En realidad, le pareció un cervatillo asustado cuando salió corriendo al verlo a él, pero que no hablase con nadie era todavía más extraño y había conseguido intrigarlo.

Se propuso averiguar quién era y el porqué de su comportamiento. Su vena detectivesca se había puesto en marcha. ¡Demasiadas novelas estás leyendo últimamente, Santiago!

El pueblo era pequeño, pero estaba bien surtido de todo, al fin y al cabo, era un lugar turístico, y, aunque no era temporada alta, las casi doscientas personas que lo habitaban, en el fin de semana se habían más que duplicado. Aquello parecía el paraíso en la tierra. Entendía perfectamente que la familia Pujol tuviese por allí cerca su residencia de fin de semana. Desde luego no será como la mía, rio su intento de chiste malo, al pensar en lo derruida que estaba la casa. La parte de atrás, por ejemplo, suponía que había sido un corral, si bien, tan sólo lo

suponía, ya que apenas le quedaba una pared medio entera, el resto estaba en el suelo y podía entrar cualquiera que quisiera. Aunque en aquel momento esa era la menor de sus preocupaciones. Llevarse seguro no se llevarían nada, igual si entraba alguien le daba pena y le dejaba algo, sonrió con desolación.

Llegó a casa cargado de bolsas. Enseres de limpieza y comida no perecedera, o sea, latas y huevos. Pensó que con eso sería suficiente por el momento. Aunque era verano todavía, la temperatura bajaba mucho por la noche en aquellas alturas, así que a las compras agregó una manta. Soltó todo al lado de la chimenea, se remangó y se dispuso a sacar los kilos de polvo y suciedad acumulados durante el tiempo en que allí no había puesto nadie un pie. No pensaba que el trabajo de arreglar una casa fuese tan duro. Al cabo de unas horas de sacar polvo, barrer y fregar no tenía dónde tirar más porquerías acumuladas, había olvidado comprar bolsas de basura y había cosas que no le parecía prudente tirar a la chimenea. Era tarde, pero pensó que quizá la tienda no la hubiesen cerrado todavía, así que salió corriendo a buscar lo que le faltaba. Caminaba deprisa, intentando no tropezar con los adoquines que conformaban el pavimento, cuando al dar la vuelta a la esquina que llevaba al pueblo le pareció ver que la joven del río salía de su casa. Empezó a caminar hacia allá, pero se lo pensó mejor. A aquellas horas no le pareció prudente acercarse demasiado, además de que parecía tener mucha prisa. ¿A dónde iría? Se preguntó curioso. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y siguió caminando lentamente con la vista clavada en la espalda de la joven hasta que esta se subió a un desvencijado coche y se marchó.

Cuando llegó al colmado ya estaba cerrado.

A la mañana siguiente despertó temprano y salió a dar un paseo matutino, pensó que podía ser una buena costumbre. Quería desentumecer las piernas, o eso se dijo. Consciente o inconscientemente se dirigió al río, al lugar donde había encontrado a la misteriosa mujer que no hablaba con nadie, según la habían apodado los vecinos. Largo nombre para una chica tan joven y parca en palabras, pensó. Se entristeció al no encontrarla. ¿Qué esperabas? ¿Pensabas que iba a estar esperándote para que la asustaras de nuevo? Sonrió al darse cuenta de lo estúpido de su comportamiento. No vayas a caer otra vez en la misma trampa, no puedes volver a encapricharte de una mujer llena de problemas, intentaba convencerse con vanos argumentos. Se metió la mano en el bolsillo y tocó el calcetín. No sabía qué hacer con él, así que se dirigió a casa de la joven para intentar devolvérselo. Quizá no era la mejor idea, pero su curiosidad necesitaba ser saciada, el calcetín sólo era la excusa.

Al girar la calle la vio entrar en la casa. Llevaba la misma ropa que cuando la vio la noche anterior, por lo visto había pasado la noche fuera y parecía cansada.

Tocó al timbre y esperó paciente un buen rato. Nadie salió a abrir la puerta. Era temprano, pero él la había visto entrar, por lo tanto, sabía que estaba allí. Dio una vuelta a la casa

por si estuviese en el patio. Todo estaba silencioso. Por la parte de atrás encontró una ventana no muy alta y se acercó a ella. No tenía cortinas y la persiana estaba unos pocos centímetros levantada. Hizo sombra con las manos y miró en su interior. Una figura atravesaba el pasillo, Santiago dio vuelta a la casa de nuevo y volvió a tocar el timbre.

Nada.

Silencio.

No sabía qué hacer.

¿De verdad estaba montando todo ese circo por devolver un puñetero calcetín? Sabía perfectamente que no, no quería mentirse, la joven le había llamado la atención y tenía la imperiosa necesidad de hablar con ella. Quería ser la primera persona del pueblo que le sacara una frase y un nombre.

Escuchó el ulular de unas sirenas. Se giró a mirar pensando que sería una ambulancia, pero no, eran dos coches patrulla de los *mossos*. Uno de los autos paró a su lado, salieron los dos agentes y de buenas a primeras le pidieron la documentación y le dijeron que no se moviese.

Capítulo 5

Detenido

—¿Es esta la persona que merodeaba por los alrededores? —Preguntó el agente a la mujer que llegaba corriendo en cuanto escuchó la sirena.

Cada una de las patrullas habló con uno de ellos, a Santiago lo llevaron hacia un lado mientras que la joven de la panadería, a la cual había preguntado por Uxía, ya que había sido ella la que había avisado a la policía, se quedó con los otros dos agentes.

¿En un pueblo tan pequeño y vienen dos patrullas? Fue lo único que se le ocurrió pensar. Estaba completamente bloqueado ante tan rocambolesca situación.

—Documentación —repitió uno de los policías, mientras los otros se alejaban para hablar con la joven—. Déjeme su carné de identidad, por favor.

Santiago, cuando por fin entendió que aquello iba con él, se palpó los bolsillos para darse cuenta de que no llevaba la cartera encima. La situación se complicaba por momentos y seguía sin saber qué había hecho tan grave como para que lo interceptaran en plena calle.

—Lo siento, no lo llevo encima. ¿Puedo preguntar qué he hecho? —Balbuceó.

—Parece ser que le gusta a usted merodear y acosar a las mujeres del pueblo.

—¿Acosar? ¿Merodear? Creo que se equivoca de persona, ni he acosado a nadie ni he merodeado. ¡Mierda! —Se llevó la mano a la cabeza—. Aquí hay un malentendido, puedo explicarlo todo.

En esos momentos otro de los agentes llamaba a la puerta de Uxía para corroborar la historia.

—Policía, abra, por favor —gritó para que lo escuchara, sabía perfectamente que la joven era un tanto extraña. En un pueblo pequeño todo el mundo se conoce.

Una mujer relativamente joven, desaliñada, descalza y mortalmente pálida abrió una rendija de la puerta por donde el *mosso* se identificó. Santiago aguzó el oído, pero sólo pudo escuchar al policía preguntar algo que no entendió, a lo que la joven asintió sin pronunciar palabra alguna.

Estaba seguro que todo era fruto de un malentendido por haber preguntado por ella en la cafetería. Aquella chica era una cotilla. ¿Qué había hecho? ¿Seguirlo? ¿Es que no tenía nada mejor que hacer? De repente se dio cuenta de que aquello no era Barcelona. Allí, aunque los

fin de semana pareciese más ciudad cosmopolita que pueblo, no dejaba de ser un pueblo de cuatro gatos en el que raramente pasaba algo, sobre todo, en temporada baja. Los vecinos se aburrían y pasaban las horas mirando por las ventanas, esperando un mínimo desliz, para tener chisme durante días.

La joven corroboró la versión de la camarera, así que Santiago fue detenido y llevado a la comisaría, si a aquel local debajo de las dependencias del oficial de mayor rango, se podía llamar comisaría. Desde fuera no parecía lo que era. Sobre la entrada tan solo se veía el característico rótulo luminoso azul marino en el que se podía leer *Mossos d'escuadra* y debajo Policía. Había pasado por allí el día anterior y ni cuenta se dio de lo que era, ahora nunca más se le olvidaría.

El tema del acoso era algo muy serio y Santiago estaba muy concienciado de que, en estos tiempos, y, según y como, intentar entablar conversación con una mujer, ya ni hablemos de decirle un piropo, podía acarrear un gran riesgo. Cualquier cosa era llevada al extremo. Por desgracia ya había pasado por eso en otra ocasión y no le favorecía nada aquel informe suyo que debía estar en los archivos de la policía. Aunque fue declarado inocente, la falsa denuncia que había interpuesto Sara, su por aquel entonces todavía mujer, por malos tratos, era una mácula en su expediente. Por mucho que el abogado le aseguró que sería borrado de los ficheros, no estaba seguro de que no quedase algún pequeño recordatorio en alguna esquinita de su ficha policial, porque por desgracia y para su tortura, aquella falsa acusación le había hecho pasar una noche en los calabozos.

Al hacer su declaración y hablar del calcetín, que aún llevaba en el bolsillo, el agente que escribía el informe se lo quedó mirando con el entrecejo fruncido. Se le notaba el escepticismo hasta que se le escapó una sonrisa torcida que a Santiago no le pasó desapercibida.

El superior lo había enviado en un coche patrulla a buscar la documentación que acreditase quien era y le preguntó en repetidas ocasiones qué hacía en aquella casa. No estaba muy seguro, pero la mayoría de las preguntas estaban encaminadas a averiguar si estaba de okupa o si era verdad lo que decía, que era la casa de unos amigos. Tanto era así que hasta que no llamaron a Pilar para corroborar sus palabras no aceptaron su versión.

Definitivamente la vida se le estaba cagando encima, pensó. ¡Aquello no le podía estar pasando a él!

Otra vez no, por favor.

¿Qué daño le había hecho al mundo para tener que sufrir semejante agonía?

Había llegado a un pueblo perdido en los Pirineos y hasta ahí le perseguía la mala suerte. Eso ya era el colmo del desespero y la fatalidad.

Aclarado el entuerto, y sintiéndose objeto de mofa y burla por parte de los agentes, lo dejaron marchar sin cargos.

Al salir de las dependencias policiales se encaminó hacia su casa. No habría dado más de

cuatro pasos cuando se volvió de nuevo a comisaría. Sacó el calcetín del bolsillo y dejándolo sobre el mostrador les dijo que se lo devolvieran ellos, no quería volver a tener problemas.

Esta vez sí, esta vez se fue directo a casa.

La vida en un pueblo de montaña como aquel, pasaba lentamente. Demasiado lentamente, sobre todo, para una persona acostumbrada al ajetreo de una gran ciudad.

Uxía era de Arteixo, pero tuvo que trasladarse a Madrid, obligada por el trabajo. Ahí fue donde conoció a Milan. Maldecía todos los días, desde entonces, el haberse instalado en la capital. Si no hubiese aceptado aquel contrato de trabajo nunca habría conocido al desgraciado de Milan Rodríguez, escurridizo aprendiz de traficante por aquel entonces.

La encandiló.

Ella acababa de terminar sus estudios de Periodismo y le habían ofrecido un buen trabajo en una emisora nacional. Había hecho las prácticas en la emisora local de La Coruña. Les gustó tanto su pasión que le propusieron trabajar en la central, en Madrid, su sueño desde que había empezado la carrera.

Sus comienzos fueron en la radiofórmula, pero pronto pasó a la primera cadena como corresponsal para las noticias.

Aquello le apasionaba.

Al llegar a Madrid se permitió soñar con una carrera fulgurante. Empezó bien, pero la cosa se torció al conocer a un divertido joven en una entrevista que tuvo que cubrir.

A Milan Rodríguez le habían concedido el premio al emprendedor más innovador del año y ella estaba allí para cubrir la noticia.

Durante la rueda de prensa sentía que él hablaba para ella. El resto de periodistas no importaban, como tampoco lo hacían el resto de jóvenes emprendedores que no tuvieron tanta suerte. Su voz, un tanto apagada y un pelín ronca, la acariciaba cada vez que terminaba una frase. En cada palabra que pronunciaba sentía en su interior que le hablaba directamente a ella. Hubo un momento que incluso olvidó conectar la grabadora. Quiso ocultarse tras una compañera, pero no funcionó.

Al terminar el acto él la buscó para invitarla a tomar una copa.

Ella aceptó.

Pensaba en todo esto mientras miraba por una rendija de su ventana. Rara vez tenía las persianas levantadas, tan solo unos centímetros, los justos para que entrase algo de luz.

Su mente vagaba muy lejos de allí.

El paisaje la transportaba a su tierra natal.

La nostalgia hacía mella en su interior.

Los muros de ladrillo gris parecían emerger exigentes hacia el cielo, haciéndole sentir

que estaba rodeada por las lápidas de un cementerio.

Lo peor, el miedo.

Vivir con miedo era insoportable y estaba minando su carácter, ya no era aquella chica alegre y cantarina que desprendía luz en sus ojos negros como el azabache de su pelo.

Después de estar absorta durante largo rato, un lejano trueno la sobresaltó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo erizándole el pelo de la nuca. Inmediatamente pensó en el hombre del río. ¡Qué tío más curioso! No le había parecido un tipo peligroso, pero cuando la policía llamó a su puerta, preguntando si era su acosador, no supo qué decir y llevada por la intensidad de la panadera dijo que sí. Pensándolo fríamente ella no esperó a que él se presentase cuando la llamó en la vereda del río. Se asustó y salió corriendo. También era cierto que había llamado a su puerta dos veces aquella mañana. Acababa de llegar de una dura jornada de trabajo y ni siquiera lo pensó. Demasiadas coincidencias. ¡Bueno, ya estaba hecho! Así no le quedarían ganas de acercársele de nuevo. Cuantos menos contactos tuviera, mejor.

Puso la televisión y no encontró nada que le satisficiera así que se sentó ante el ordenador y se puso a escribir. En un primer momento había pensado escribir un diario, pero era demasiado personal. Lo que sí tenía claro era que quería contar su historia, esperaba poder ayudar a alguna ingenua como ella a abrir los ojos y, aunque sólo fuese una persona a la que pudiera ayudar, se sentiría feliz. Llevaba mucho tiempo dando vueltas a la idea y creía que había llegado el momento.

Alineó un paquete de quinientos folios para tomar apuntes; al lado puso un taco de notas adhesivas, hizo punta al lápiz, acumuló bolígrafos y marcadores de colores... Aquel orden confería al lugar sensación de asepsia, de una esterilidad sin la que ella no era capaz de trabajar. Sabía que no necesitaba nada de todo aquello, pero le gustaba imprimir lo que escribía para corregirlo a mano. Buscó en YouTube música de Carlos Núñez y casi se dio por satisfecha. Todo ese protocolo la hacía sentirse más cerca de casa. Le habían regalado de niña una Olivetti antigua y le encantaba escribir en ella. Ya, ya sabía que el ordenador era mucho más práctico, pero tenía como costumbre realizar ese ritual antes de empezar a escribir un artículo. La hacía sentirse arropada por tantas y tantas mujeres pioneras en el periodismo que habían empezado primero a lápiz y luego aporreando teclas. La hacía sentirse, aunque para nada fuera el caso, una más de ellas. La conectaba directamente con su musa, Colombine, primera mujer periodista de nuestro país... Luego hablan de empoderamiento, sonreía al pensar en estas mujeres que se pusieron el mundo por montera cuando la vida era dura de verdad. Pensar estas cosas le daba fuerzas para seguir adelante en lo que ella sentía una especie de cautiverio. Esperaba encontrar algún día su Ramón Gómez de la Serna que la apoyase en sus decisiones y no la obligase a acatar las de nadie.

Capítulo 6

Como un dolor de muelas

El coche avanzaba despacio por la calle adoquinada amortiguando así el espantoso ruido que, incluso en el insonorizado interior, se colaba sin piedad. Santiago se asomó a la ventana, desde que había llegado al pueblo por allí rara vez había pasado alguien. Se sorprendió al ver que en su puerta se paraba el A-8 de Pilar y descendían ella y su marido. Al ver su cara de asombro tras los cristales Pilar agitó la mano para saludarlo.

—¡Hala! Qué chulo te está quedando esto —comentó Pilar nada más verlo aparecer por la puerta.

—¿A qué debo el honor?

—Hemos venido a buscarte. Ya te dije, cuando te llamé, que teníamos un posible inquilino de la clínica. Creo que de momento es mejor que la alquiles. Venderla nos llevaría mucho tiempo. Pienso que, alquilándola, al menos, tendrás una entrada de efectivo todos los meses.

—¿Por qué no me has llamado para avisar que veníais?

—No ha sido premeditado, hemos subido a pasar el fin de semana con unos amigos y, como estábamos cerca, hemos pensado darte la sorpresa.

A ver, se han acelerado los trámites, el inquilino tiene prisa por instalarse y la firma sería mañana. Nosotros esperando que aceptes, suponíamos que sí —lo miraron ambos con cara de no haber roto un plato—, pensamos pasar a recogerte, así te bajas a Barcelona con nosotros, preparamos todo, firmas y si te quedan cosas que necesites, o te puedan servir aquí, las puedes coger y ya te quitas ese peso de encima.

—¿Te han dicho alguna vez que eres como un dolor de muelas?

“Ya lo creo, pero siempre me salgo con la mía”.

—Me lo recuerdas tú constantemente —respondió rápidamente, casi sin respirar, no quería que lo pensase demasiado. Sabía que era un buen negocio y no quería que lo dejase escapar. Conocía bien a Santiago y lo indeciso que podía llegar a ser.

Después de terminar con las diligencias y trámites pertinentes sintió una sensación de vacío en el estómago.

Poca cosa le quedaba de su vida anterior. Antes de hacer todo el papeleo habían pasado

por la clínica para asegurarse de que no quedaba nada personal en ella. Dejó todo tal como estaba. Lo único que se llevó fue un maletín de emergencias con algunos instrumentos que estaban duplicados, pensó que tenerlos cerca no estaría de más y si nunca los necesitaba lo mantendrían conectado a lo que pudo ser y nunca fue. También cogió unas fotos de los mellizos, los títulos y diplomas que todavía colgaban de la pared y su ordenador portátil. El resto había dejado de interesarle.

Las llaves habían cambiado de dueño. Un notario, una firma, un apretón de manos y adiós. Se produjo un opresivo silencio. Santiago en aquellos momentos no distinguía la realidad de lo que le pasaba por la cabeza. Estaba confuso. El Santiago que había sido ya no estaba allí, el hombre duro que afrontaba todos los envites con resignación había desaparecido, el que quedaba en su lugar era un ser débil, alguien que lo único que quería era salir huyendo de allí y esconderse donde nadie lo encontrase nunca más, donde sus sentimientos y sus cicatrices estuviesen bien ocultos en el compartimento más profundo y secreto de su alma.

Se quedó un poco más en Barcelona, justo el tiempo de buscar un coche de segunda mano, pequeño y económico, para poder moverse por la zona. Encontró un Seat Ibiza gris metalizado que por fuera parecía para la chatarra, pero que el motor creía que podía estar en óptimas condiciones y, lo más importante, era muy barato. Lo compró. Lo cargó con los pocos enseres que había rescatado de su anterior vida y se despidió. “A lo mejor no vuelvo por aquí, ya nada me ata a esta ciudad” “Nada no, los mellizos siguen estando aquí y ellos son el vínculo que me mantiene atado a este lugar, lugar que me lo ha dado todo y tal como me lo ha dado me lo ha quitado”, pensaba mientras hacía un último esfuerzo porque su exmujer se los dejase ver antes de volver al inhóspito frío de los Pirineos.

Sara, como era de esperar, se negó. Santiago lo imaginaba, pero no se dio por vencido, no, no estaba dispuesto a caer otra vez en la débil pusilanimidad de antaño. “Basta” se dijo, por ahí no.

Estrenando su ajado coche se dirigió al instituto de los chicos. Que él supiera no había ninguna orden que le impidiera verlos fuera de casa. Esperó en la puerta hasta la hora de salida. De pronto se abrieron las puertas y una marea de sudaderas con capucha y tejanos rotos y descoloridos, sin ser obligatorio el uniforme todos los chavales vestían igual, hacía difícil la identificación de los mellizos. En cuanto los reconoció salió del coche y, con el corazón bombeando a mil por hora, se acercó a ellos. Le daba miedo su reacción. Le daba pavor que no quisieran verle, eso sería para él peor que matarlo.

Marcos y Hugo con las mochilas colgando de un hombro salían haciendo bromas el uno con el otro, sacando el teléfono móvil y buscando nuevos mensajes de los amigos con los que, seguramente, acababan de hablar tan solo cinco minutos antes. Por un momento había dudado de su capacidad para encontrar a sus hijos entre toda aquella marea. Parecía haber pasado una

eternidad desde la última vez que los vio. “¿Habrán cambiado? se preguntaba”.

—¡Marcos! ¡Hugo!

Se sorprendieron al escuchar sus nombres y ver a su padre en la puerta del insti, con todo el barullo ni siquiera lo habían visto. Claro que tampoco lo esperaban, así que su sorpresa fue mayúscula. Su madre les había insinuado en alguna ocasión que su padre no quería saber nada más de ellos, que se había ido a vivir su vida y que mejor que lo olvidasen, pero los chavales eran más maduros de lo que su madre pensaba.

Se quedaron plantados delante de su padre sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Por qué no nos has llamado en todo este tiempo? —preguntó Hugo después de unos segundos de incómodo silencio.

—Estuve en el hospital, eso lo sabéis y que os he echado de menos cada segundo que estuve consciente espero que también. Cuando salí del hospital lo primero que hice fue llamar a casa, pero mamá me prohibió que os hablase, ni siquiera dejó que le explicara lo que me había pasado. Perdonadme, por favor. Debí haber sido más fuerte, lo siento tanto —al decir esto tuvo que girarse para que los mellizos no vieran como se le aguaban los ojos.

Los chavales se miraron cómplices. Por su mente pasaron imágenes y situaciones que en aquel momento fueron comprensibles para ellos. Los tres, al fin, se fundieron en un abrazo que a Santiago le devolvió la vida.

—A nosotros siempre nos ha dicho que te habías olvidado de tus hijos, que no querías saber nada de nosotros —esta vez fue Marcos el que habló.

—Quiero deciros que eso no es así. Yo nunca he dejado de pensar en vosotros.

Les explicó que tenía un número de móvil nuevo y que volverían a mantener la comunicación, aunque su madre no estuviese de acuerdo. Les dijo también que ellos ya eran mayores y entendían que necesitase empezar de cero y que eso mismo era lo que estaba intentando hacer.

—Sólo tenía vuestros números por si me llamabais —al decir esto se le entelaron los ojos de nuevo y tuvo que girar la cabeza haciendo un esfuerzo porque los mellizos no notasen nada... ellos lo hicieron ver.

Una mujer que parecía sacada de las páginas del Vogue se acercó a ellos decidida.

—¡Santiago, cuánto tiempo!

—María del Pilar, ¿cómo estás? —Alargó la mano Santiago, quedando está suspendida en el aire porque María del Pilar le plantó dos besos en la cara antes de que este pudiese hacer nada por evitarlo.

—No tan bien como tú, te veo estupendo. ¿Sara te ha dejado volver? —preguntó con todo el descaro.

—Me ha encantado volver a verte —evadió la pregunta cómo pudo—, tenemos un poco

de prisa, saludos a tu marido.

—*Joer*, papá, seguro que mamá ya sabe que has estado aquí, la bruja esa ya se lo debe estar contando.

—¡Esa boca! —reprendió a Hugo—. No os preocupéis, mamá tiene que saber que he venido a veros. Además, cuando tenga la casa de Queralbs un poco mejor acondicionada vendréis a pasar un fin de semana conmigo, si os apetece, claro.

Los chavales preguntaron casi a la vez si irían a esquiar. El padre con una enorme sonrisa les dijo que eran unos *vandarras*, que sólo pensaban en ellos. Se miraron los tres, se encogieron de hombros y empezaron a reír con ganas.

De nuevo volvían a ser los cómplices que siempre habían sido. Charlaron un rato más y, cuando ya estaban por despedirse, apareció Sara con la faz desencajada y esgrimiendo un documento conforme tenía una orden de alejamiento de sus hijos, espetó, haciendo énfasis en que eran “sus” hijos.

—¿Quieres calmarte, por favor? Hasta donde yo sé también son mis hijos. Tengo tanto derecho como tú.

“Además ese documento no sé de dónde lo habrás sacado, a mí nadie me ha notificado nada” pensaba mientras su mujer daba un nuevo espectáculo en la calle.

—Eres un enfermo, mis hijos no están seguros contigo. O ¿has olvidado ya el incidente?

—No, no lo he olvidado y si quisiera hacerlo pones mucho empeño en que no lo pueda hacer. No soy perfecto. Si hay algo que se me da realmente bien es cometer errores, pero de todos ellos intento aprender algo. Cosa que tú ni siquiera lo has intentado nunca, tú eres doña perfecta.

Marcos intentó decir algo, pero su madre lo mandó callar antes de que pudiera pronunciar la primera palabra. Los hermanos se miraron y con la conexión que los unía decidieron dejar solos a sus padres. Su madre les gritaba que si no se daban cuenta de que su padre estaba loco y que por eso no podían estar con él. En aquel momento la que daba muestras de desequilibrio era ella y eso les entristecía. Por un momento habían pensado que sus padres por fin se comportarían como seres civilizados, pero parecía ser un imposible.

Comprobar que su mujer seguía sin respetarlo un ápice lo apocaba cada vez más y eso lo enfurecía consigo mismo, pero seguía siendo un pusilánime delante de ella. Sufría por sus hijos. No le gustaba en lo más mínimo la imagen que pensaba que ellos tenían de él. Agachó la cabeza y arrastrando los pies como si le pesaran toneladas se fue hacia el coche. Se sentó, cruzó las manos sobre el volante apoyando la cabeza en los antebrazos y lloró.

Lloró de rabia.

Lloró de impotencia.

Lloró por no tener los huevos suficientes para plantarle cara a Sara.

No le importó que los padres que pasaban por allí lo vieran.

No le importó que los compañeros de sus hijos se dieran cuenta de lo poco hombre que se sentía cada vez que hablaba con aquella mujer.

No le importó nada.

“Seguramente lo del suicidio fue verdad. No me acuerdo, pero en este momento no me importaría estar muerto”

Se miró las manos. Temblaban.

Exhaló el aire despacio.

Respiró profundamente varias veces hasta que consiguió que sus manos dejaran de temblar.

“No puedes seguir torturándote de esta manera” se dijo.

Caía la tarde cuando puso rumbo de nuevo hacia Gerona. Había sido mala idea presentarse sin avisar en el instituto, pero eran tantas las ganas que tenía de ver a sus hijos que no pensó las consecuencias. Tampoco esperaba encontrar a la bruja, como la llamaban los mellizos, amiga de su ex y que le fuera tan deprisa con el cuento. “Siguiendo paso, conseguir un abogado” se dijo. Tenía que revocar esa orden, de la que ni siquiera tenía constancia, como fuera y lo antes posible. Tenía tanto derecho a estar con sus hijos como ella. Se estaba perdiendo su adolescencia y no quería seguir así. Eran unos excelentes estudiantes y en nada estarían en la universidad, entonces sería demasiado tarde.

Capítulo 7

Persecución bucal

La noche estaba siendo, para su desgracia, previsible en todos los sentidos. Uxía daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

Un repentino dolor de muelas la estaba matando.

Maldita la hora en que compró aquel chocolate con las almendras enteras. Tan enteras que se habían dejado un trozo de cáscara, con tan mala fortuna que al masticar le había roto, o eso pensaba, una muela. Su mala cabeza no le recordó comprar aspirinas o paracetamol, no solía tomar muchos medicamentos, con lo cual, no tenía nada con qué paliar aquel terrible dolor. “Juro por Dios que nunca más volveré a probar el chocolate” se prometió a sí misma, al más puro estilo Vivian Leigh.

Aquella aciaga noche ya sólo le quedaba darse cabezazos contra la pared puesto que el dolor iba *in crescendo*.

“¿Lo hago? ¿No lo hago?” en la panadería había escuchado que el impresentable que la espía era médico o algo así. “Igual es un veterinario o un vulgar matasanos, vete tú a saber. Pero seguramente tendrá un calmante, aunque sea de caballos, a ver si se me pasa esta tortura”. Lo estuvo pensando un buen rato mientras el reloj dejaba pasar una hora tras otra sin piedad.

Al final no se atrevió a ir a buscarlo.

Sintió respeto o quizá lo que le producía fuese miedo. Después de que su mente divagara sin cesar, dando vueltas a la idea, tampoco le pareció oportuno llamar a la puerta de un extraño a las tantas de la madrugada.

Cuando llegó un punto en el que le pareció que no soportaba aquella barrena que le atravesaba el cerebro, se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la casa como si caminar obrase el milagro de calmarle aquel sufrimiento tan atroz. Sudaba a pesar de la baja temperatura nocturna que indicaba que el cambio de estación estaba cerca. “Debo tener fiebre” pensó. Notaba el lado derecho de la cara tenso y caliente, se le estaba inflamando. El pensamiento lo tenía concentrado en el dolor y sólo podía sentir los agujonazos, que acudían a su encía cada vez más seguidos, taladrándole el cerebro. Entre un segundo y otro notaba como si, sin darle tregua, le clavasen agujas cada vez más profundamente. Se puso un abrigo y salió a la madrugada en busca de ayuda. Se volvería loca si no encontraba algo con qué atenuar aquel insano sufrimiento.

Apenas clareaba el alba.

Se metió las manos en los bolsillos y notó las llaves del coche.

No lo soportaba más.

De sus ojos empezaron a brotar unas lágrimas furtivas, su cerebro intentaba de esa manera hacerle más llevadero aquel suplicio. Le temblaban las manos y las llaves cayeron al suelo causando un inusual estrépito en el silencio matutino.

Condujo erráticamente y como pudo llegó a la farmacia de guardia, que aquella noche tocaba en el pueblo de al lado. Casi un cuarto de hora conduciendo y golpeando el volante cada vez que el dolor y la fiebre hacían que un escalofrío recorriera todo su cuerpo.

El farmacéutico debía estar durmiendo, porque tardó lo suyo en abrir, después de que ella aporrease la puerta insistentemente, pensando que el timbre no funcionaba, o eso le pareció a ella, dado su estado de ansiedad los segundos le parecían horas.

Quiso gritarle cuando se negó a venderle una caja de antibióticos para la infección que se le estaba generando.

—Lo siento, pero sin receta no se lo puedo dar. Entiéndame, está prohibido.

—Ya se lo he dicho, en cuanto sea la hora iré a que me hagan la receta y se la traigo, se lo pido por caridad. ¿No ve cómo estoy?

—Le repito que está prohibido dispensar antibióticos sin receta médica. Tómese el Nolotil, que es lo más fuerte que le puedo dar, y vaya al dentista a primera hora —concluyó.

Uxía dio tal puñetazo sobre el mostrador que quitó el sueño de golpe al farmacéutico. El hombre, de una edad indefinida, lucía una larga barba tan blanca que se confundía con la bata que llevaba puesta y una cara tan demacrada que parecía sacado de la misma morgue, esperó impasible a que se le pasase el enfado y asimilase que no podía hacer lo que ella quería.

El boticario, ante su desespero, le sacó un vaso desechable con agua para que se pudiera tomar la cápsula allí mismo y la animó a buscar un dentista lo antes posible. “Esas cosas no se deben dejar” apostilló.

Uxía salió como un Miura dando un tremendo portazo.

Santiago se había acostumbrado a madrugar. Cada mañana se levantaba al alba y salía a correr. Necesitaba descargar toda esa adrenalina para sobrellevar la monotonía de la vida de pueblo, ya que los días eran uno idéntico al otro. Aunque tenía suficiente trabajo para no aburrirse, apenas había empezado con las reformas de la casa y eso que lo quería hacer todo él, al menos todo lo que pudiera.

Necesitaba demostrarse a sí mismo que valía para algo más que para sacar muelas y abscesos. De momento no había querido buscar a ningún carpintero ni albañil. Ahora que tenía el ordenador incluso buscó tutoriales sobre huertos ya que había pensado sembrar algunas verduras en primavera. Se mimetizaría con la tierra, esperando que el mundo se olvidase de él. O, en su

defecto, olvidarse él del mundo.

Corría por el estrecho camino de una sola dirección que bordeaba el río y cuya niebla a aquellas horas resultaba impenetrable. La visibilidad era prácticamente nula, así que de vez en cuando daba un traspiés al pisar alguna piedra más grande de lo que su memoria recordaba. Había dado la vuelta a mitad de la ruta por la humedad, le resultaba muy molesto que se le empañasen las gafas.

Hasta ahora siempre había corrido por el mismo sendero, un camino solitario que salía del pueblo bordeando el río y era el camino más corto a la villa de al lado. Las carreteras de la parte norte eran más amplias, puesto que llevaban a la parada del tren cremallera que llegaba a las pistas de esquí y allí durante el invierno se congregaba mucha gente, sobre todo los fines de semana. Prefería correr en solitario. “Me estoy volviendo un ermitaño, o me estoy haciendo viejo” pensaba mientras en el iPod sonaba un clásico: Llamando a la tierra de M Clan.

No lo oyó, el coche rodaba despacio y muy silencioso, se podía decir que iba en punto muerto, y Santiago habría jurado que sin luces. Con la espesura de la niebla hasta que no lo tuvo encima no lo vio ni lo oyó, ya que, para postre, llevaba los auriculares puestos con un volumen considerable.

A Uxía en aquel momento todo le molestaba.

La medicación debió empezar a hacerle efecto.

Seguramente cerró por un momento los ojos a pesar de que con aquella niebla debería haber estado más atenta, pero notaba la cabeza tan embotada que más parecía que condujese por inercia.

En una fracción de segundo, el corredor estaba en el suelo. Ella se tapó la cara con las manos.

“¿Qué ha sido eso?”

“¿Que he hecho!”

“¡Dios mío! ¡Por favor, por favor, por favor que no esté muerto!”

“¿Quién es tan insensato para salir a estas horas y con esta niebla?”

“¿Querría suicidarse?”

Todos los pensamientos acudieron en tropel a su mente.

Se despejó de golpe.

Se apeó del coche mientras se buscaba el móvil en el bolsillo para pedir ayuda y socorrer al idiota que se le había tirado, literalmente, sobre el coche.

—¿Es que usted nunca mira por dónde va? —se elevó una voz desde el suelo.

Uxía respiró casi con alivio, al menos no estaba muerto, y tampoco parecía muy mal herido si chillaba con aquella furia. Lo que le faltaba para acabar el día o, mejor dicho,

empezarlo, porque ya era otro día. Otro día que, desde luego, no parecía empezar nada bien.

No dijo nada, desde que había tenido que salir huyendo, cuando se encontraba en una situación complicada se bloqueaba y se quedaba sin habla. El miedo le atenazaba la garganta y era incapaz de articular una palabra.

—¡Vaya!, tenías que ser tú.

Santiago se levantó del suelo ya que apenas había sido un leve empujón porque el coche llevaba poca velocidad. Se miró la palma de las manos despellejadas y la rodilla del chándal rasgada, eran todos los desperfectos que de momento eran notables. El coche le había rozado por el costado y Santiago cayó hacia delante apoyando las manos y las rodillas contra los guijarros que configuraban el pedregoso camino.

—Lo... lo... lo... si...siento —balbuceó Uxía al punto que caía desmayada.

Le costó meterla en el coche. No sabía qué hacer y no quería tener problemas de nuevo con ella, pero tampoco podía dejarla allí. Al tocarla notó que ardía en fiebre.

La colocó como pudo en el asiento trasero para que fuese estirada y se sentó al volante sin tener muy claro a dónde llevarla. Decidió ir a su casa, allí al menos estaba en territorio conocido. Al sentarse en el asiento del conductor tuvo que ajustarlo a su altura, era bastante más alto que ella y las piernas casi no le cabían. Metió la mano bajo el asiento para echarlo hacia atrás, pero lo que encontró no fue precisamente la maneta que regulaba la posición. Por un momento se quedó sin respiración.

Retiró la mano como si le hubiese pasado la corriente.

“¡¡¡Qué narices es esto!!! ¿Qué hace esto aquí?”

“¿Quién eres? ¿De quién o de qué huyes?” Se preguntó esperando que al despertar le pudiese dar una respuesta sensata, o mínimamente convincente. Demasiadas incógnitas para una mujer tan joven y, se la quedó mirando embobado, que se veía tan bonita con las mejillas arreboladas por la fiebre. Sacudió la cabeza para eliminar aquellos pensamientos y así volver a la cruda realidad.

“¿Qué hacía una pistola enganchada al culo del asiento? ¿Para qué necesitaba ella un arma?”

Capítulo 8

Toca pedir ayuda

Una vez en su casa la acomodó en el sofá.

Las toallas mojadas con las que le había envuelto las muñecas y los tobillos la hicieron tiritar, pero era el método más seguro que conocía para bajar la fiebre. Al menos con los mellizos siempre había funcionado.

Al recobrar el conocimiento y no reconocer el entorno, Uxía se asustó. El mareo la hizo volver a su posición estirada ya que le resultó imposible incorporarse. Volvieron los aguijonazos y se llevó la mano a la cara inflamada.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —le retiró la mano de la cara suavemente—, déjame ver eso.

La niebla había empezado a disiparse y, aunque en otoño el cielo gerundense solía exhibir tonos algodonosos, el día amaneció luminoso y cálido. El primer rayo de sol de la mañana incidió literalmente en el rostro de Uxía. Guiñó los ojos al tiempo que empezaba a temblar de nuevo. Su temperatura había bajado algo, pero no lo suficiente.

—Nos vamos a urgencias, no puedes seguir así.

—No, por favor, a urgencias no. Ya se me pasará, sólo necesito dormir y algo para el dolor —logró decir mientras caía de nuevo en el sopor de la inconsciencia.

La dejó dormir en el sofá y fue a buscar una manta para taparle un poco las piernas, ya que seguía tiritando. En realidad, no sabía qué hacer, así que llamó a su mejor amigo que era médico. Esperaba que no le hubiese tocado guardia aquella noche o lo mandaría a un lugar nada agradable.

Un tono, dos tonos, tres tonos... Ya se ponía en lo peor cuando una voz pastosa y soñolienta respondió la llamada.

—Espero que sea algo urgente o no respondo.

—Hola, Esteban, no te habría llamado si no fuese urgente, siento mucho haberte despertado, pero necesito tu ayuda.

—Me estás asustando.

Tantos años siendo médico de urgencias le habían dado la capacidad de dormir en cualquier sitio y despertar completamente en cuestión de segundos.

—¿En qué lío te has metido ahora?

—Nada que no pueda solucionar un buen amigo.

Le explicó sucintamente lo que le había pasado desde que había llegado al pueblo hasta el infortunado incidente de aquella mañana.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, antibiótico y Nolotil, y si tiene mucha fiebre algún Paracetamol. El dentista eres tú y eres el que puede valorar cómo está la situación, desde luego si tiene mucha fiebre debe haber una buena infección, lo mejor sería que la viera un médico. No entiendo por qué no la has llevado directamente a urgencias.

—¡Joder, Esteban!, eso ya lo sé. No sabía lo que le pasaba, por eso la traje a casa. ¡Qué quieres, me bloqueé!

Se escucharon unas risitas al otro lado de la línea que casi hicieron cabrear a Santiago, no las tomó en cuenta porque conocía bien a su amigo, sabía lo que estaría pensando sobre su bloqueo, puesto que su mente y su bragueta eran una sola.

—No estoy conectado con el servicio de salud y no tengo talonario de recetas. Ese sería el segundo favor... —calló en espera de la reacción de su amigo.

—Oído cocina, te hago la receta y la pongo en tu tarjeta sanitaria para que vayas a la farmacia cuanto antes. Que sepas que esto te va a costar una cena y no estoy pensando precisamente en un Burger.

—Te espero cuando quieras, esto te va gustar mucho, sobre todo, si lo miras con ojos de turista. Nada que ver con Barcelona, que es pura contaminación.

—¿Sabes una cosa? Me has convencido. Tengo tres días libres, me tomo un café para despejarme y voy para allá a solucionar tus “inconvenientes” —apostilló divertido—, así que envíame la ubicación exacta y en menos que Pavarotti canta un aria me tienes por ahí.

Santiago aprovechó el tiempo que tardaría su amigo en llegar para ir a la farmacia, al salir de allí pensaba en la mujer que yacía en su sofá. ¿Cómo sería su trato en el día a día? Era muy guapa, aunque tenía una mirada triste y melancólica. Si tuviera valor le preguntaría algo sobre ella, entablaría conversación, pero le daba miedo hacerlo. Lo último que necesitaba eran nuevos problemas. Suspiró asustado por múltiples sensaciones y variopintos pensamientos. Mientras aceleraba el paso, para no dejarla sola demasiado tiempo, se dio cuenta de que necesitaba respuestas válidas a todas esas preguntas, aunque tenía la impresión de que, si le preguntaba directamente, ella respondería con evasivas a todas y cada una de ellas, o se asustaría y saldría huyendo.

No la conocía más que de los dos encontronazos que había tenido con ella y el último lo estaba notando al caminar por la empinada calle que llevaba a la plaza mayor. La rodilla golpeada se estaba dejando sentir. Cuando llegase Esteban le diría que le echase un vistazo, porque la verdad era que le empezaba a doler todo el cuerpo y el empedrado y la inclinación de

la calle no ayudaba.

Al llegar a casa le suministró el Clamoxyl que le había recetado Esteban y le hizo beber bastante agua, aunque ella se resistía manoteando y murmurando que la dejase morir en paz.

Volvió a adormilarse y él se sentó ante el ordenador a ver si encontraba información sobre ella en internet. No podía sacarse de la cabeza el arma que llevaba en el coche, como no podía parar de hacerse una y otra vez las mismas preguntas.

Uxía, ¿Uxía, qué? Era incapaz de recordar el apellido de ella, aunque estaba seguro de haberlo escuchado cuando le preguntó la policía. Quería recordar que pensó en el cantante de un grupo que le gustaba, pero ¿cuál era? Buscó en San Google, pero si no le daba unas pautas por cantantes o cantautores no le salía nada que mínimamente le sonara.

¡El sitio de mi recreo! ¡Eso era!, Vega, ese era el apellido. Las canciones de mi época nunca fallan, pensó agradecido.

Volvió al buscador y escribió el nombre y el único apellido que creía saber. Apareció una joven gallega que escribía relatos, un Twitter que no funcionaba y poca cosa más, con aquellos datos desde luego no parecía que fuese a encontrar nada. Por el nombre bien podía ser gallega, aunque la voz apenas se la había escuchado.

—¿Qué hago aquí?

Santiago cerró la tapa del portátil de golpe.

—¿Ya despertó la bella durmiente? Tenías mucha fiebre y no me dejaste que te llevara a urgencias, así que pensé que era mi deber cuidarte, a ver si el próximo atropello haces mejor diana.

Uxía se quedó sin habla de nuevo.

“Esta mujer es el sueño de cualquier marido, le digas lo que le digas enmudece”

—Mujer, que era una broma. ¿Cómo te encuentras? Parece ser que te ha bajado la fiebre, pero hay que tratar esa boca. Este tipo de infecciones son peligrosas, te lo digo yo que he visto unas cuantas.

—Me tengo que ir —logró articular al fin.

—No te puedes ir, todavía tienes fiebre.

—Tengo que ir a trabajar —dijo casi en un susurro —, además no puedes retenerme aquí.

A Santiago le sorprendió que dijera aquello. Nadie la estaba reteniendo. Cuanto más la miraba, más le parecía un cervatillo asustado. De nuevo se preguntó qué le habría pasado para estar así y necesitar un arma a su lado.

—Nadie te está reteniendo, siento mucho haber dado esa impresión, está a punto de llegar un amigo médico y te hará un chequeo, si quieres, claro —añadió la coletilla al ver la cara de ella —, pero por supuesto eres libre de irte o quedarte, lo que no creo es que estés en condiciones de

ir a trabajar. Es muy tarde ya, deberías llamar y decir por qué no has ido.

—Tú no lo entiendes, tengo que ir. ¿Dónde está mi coche?

Se levantó y quiso huir a toda prisa, al llegar a la puerta se sintió débil y cansada. Tenía que salir de allí, si se quedaba la mataría, estaba segura. Le dijo que había cambiado, se lo había dicho tantas veces y esas mismas veces le había costado otras tantas palizas. No, no dejaría que le volviera a poner una mano encima.

“Respira, está muerto, recuerda por qué estás aquí. Juraste que nadie volvería a hacerte daño” mientras se repetía el mantra que la había llevado hasta allí y ante la atónita mirada de Santiago, abrió la puerta.

—¡Menudo recibimiento! —dijo Esteban al encontrarse de bruces con lo que más le gustaba en el mundo. Una hermosa morena de pelo crespo y tez blanca como la leche.

Uxía, al encontrar aquel obstáculo en su huida, apretó los puños para golpear al intruso que le impedía salir de lo que ella pensaba que era su cautiverio.

Lo empujó.

Esteban se hizo a un lado.

Uxía perdió el equilibrio y cayó de bruces en la acera. Se quedó allí, sin conciencia de lo que debía hacer. Le dolía todo, cada músculo de su cuerpo, cada hueso, pero lo que más... el ego y el corazón.

Unos fuertes brazos la levantaron y la llevaron adentro de nuevo.

En cuanto Estaban la acomodó en el sofá se giró hacia su amigo fundiéndose los dos en un abrazo. Llevaban bastantes meses sin verse, aunque seguían manteniendo el contacto.

—¡Pero bueno, cabrón! ¡Qué callado te lo tenías!

—No empieces por ahí que sabes que no está el horno para bollos. Lo que necesito es que me ayudes a bajarle la fiebre y llevarla a su casa. Punto final.

—Relax. No todas las mujeres van a ser cómo tu ex.

—No lo entiendes. Creo que tiene problemas y ya sabes que en mi vida no cabe uno más. Es una mujer muy misteriosa. Ni siquiera tiene amigas en el pueblo.

—Con lo que a mí me gusta un misterio. Tendremos que averiguar qué le pasa. Pero no me puedes negar que es guapa a rabiar.

—¡Ya estamos! Envuélvete en papel de periódico a ver si maduras un poco, tío.

—Culpable —dijo Esteban levantando los brazos como si lo fueran a detener.

Después de las payasadas de rigor entre los amigos, Esteban fue al coche y sacó sus cosas, entre ellas su maletín de médico. Chequeó a Uxía y le hizo una receta de un antibiótico más fuerte, de monodosis diaria. Después de eso le dijo a Santiago que parecía estar algo deshidratada, así que la obligaron entre los dos a tomar una bebida isotónica y la dejaron dormir de nuevo.

Capítulo 9

No estaba muerto

El disparo casi logra su objetivo. La muy zorra lo había cogido desprevenido y se había atrevido a dispararle. Milan no paraba de dar vueltas al mismo pensamiento una y otra vez.

—¡Casi me mata! ¡Quiero su cabeza y la quiero ya!

—Patrón, después de dispararle, en la huida, ha perdido el control del coche y se ha caído por un acantilado.

—¿Acantilado? ¿De qué coño hablas?

—Mientras estaba convaleciente hemos estado haciendo averiguaciones. Creemos que quiso volver a su tierra, a su casa. No sabemos cómo, pero parece ser que cayó por un acantilado en la *Costa da morte*.

—¿Se puede saber qué carajos hacía allí? ¿Es que a nadie se le ocurrió seguirla y no dejarla escapar? —dio un puñetazo en la mesa que estremeció a su lugarteniente.

—No lo sabemos, señor —comentó con voz trémula el esbirro. Cuando lo encontramos tirado en el suelo sobre un charco de sangre, pensamos que lo prioritario era usted. Estaba malherido y tuvimos que buscar a alguien que lo atendiera sin dar parte a la policía.

—¿Es que nunca vais a ser capaces de hacer nada bien? ¿A nadie se le ocurrió dividir el trabajo? Sois una panda de inútiles —Milan alzó la cabeza mirando al cielo clamando paciencia —. Quiero pruebas de que está muerta. Tenéis una semana para traerme su cuerpo, esté donde esté y cómo esté.

De eso había pasado casi un año y, de momento, no habían sido capaces de encontrar los restos de Uxía Vega, ni viva ni muerta. A Milan le costaba convencerse que fuera cierto que hubiera sufrido un accidente y menos lo de que se hubiera caído por un acantilado. Lo único cierto era que el coche había aparecido flotando en aguas del Atlántico días después de la desaparición de Uxía de Madrid.

Las últimas noticias que habían podido encontrar de ella fueron su paso por el faro.

El único familiar vivo que le quedaba a Uxía vivía en el viejo faro y hasta allí se habían

dirigido los matones de Milan. Antonio, el tío abuelo de Uxía no sabía nada. Al pobre anciano le dieron el susto de su vida, además de una paliza para que hablara. Paliza en vano porque nadie puede hablar de lo que no sabe. Uxía sencillamente nunca estuvo allí, aunque por mucho que les explicó, juró y aseguró que él tan sólo era un pariente lejano, y que su sobrina sólo había estado en el faro de pequeña cuando su madre la llevaba algún verano de vacaciones, no le creyeron. Al morir la madre de Uxía, esta no volvió a poner un pie allí, les repitió de todas las maneras posibles. Ni siquiera tenía su número de teléfono, concluyó. No fue suficiente, lo maltrataron para asegurarse que, si en algún momento Uxía se presentaba por allí, no se olvidase de trasladarle el mensaje.

Cuando abandonaron al pobre viejo tirado en el suelo medio muerto, pararon a comer un bocadillo. En la cafetería alguien leía un periódico cuya página, que tenía doblada el lector, llamó la atención de uno de los sicarios de Milan. Se levantó y arrancó la hoja trasera del diario ante la estupefacción del dueño.

—¡¡¡Oiga!!!

Sin decir nada depositó un billete de cincuenta euros en la mesa que dejó sin argumentos de queja al buen hombre.

—¡Cómprate otro! Estamos en paz —dijo con mirada cortante como el acero.

El señor dobló el trozo de periódico que le quedaba, lo dejó sobre la mesa y, tembloroso, puso tierra de por medio.

“Un BMW X7 había caído por el acantilado. La guardia civil creía que el suceso podía ser debido a las fuertes tormentas que habían asolado la costa de la muerte dos días atrás. El auto fue rescatado, pero no se pudo encontrar al conductor. Suponían que era algún turista poco acostumbrado al dominio que ejercía la madre naturaleza sobre aquella zona” El artículo seguía explicando lo temerarios que podían llegar a ser los turistas del interior y que en cuanto rescatasen el cuerpo o los cuerpos, nadie sabía quién ocupaba el vehículo, informarían con detalle. Hasta el momento seguían sin saber a ciencia cierta las causas del siniestro y seguían investigando.

La noticia estaba ilustrada con una foto del coche mientras era rescatado por una grúa. La matrícula era parcialmente visible y al primer vistazo supieron, sin ningún lugar a dudas, que era el BMW que se había llevado la mujer de su jefe.

La noticia añadía que el coche había sido llevado al depósito a la espera de que alguien lo reclamase.

La vida en el cuartel general no parecía haber cambiado mucho. Ahora Milan en vez de una pelirroja tenía una despampanante rubia. Lo había intentado con mujeres que se le parecieran a Uxía, pero cuando estaban en la cama tenía la tendencia a llamarlas por el nombre equivocado.

Aunque a él le importaban las mujeres menos que nada, aquello le había causado algún que otro problemilla. Problemas que siempre acababan de la misma manera. A la última, del bofetón que le dio, le había roto la mandíbula.

—Jefe, deberías controlar un poco tus impulsos —se atrevió a aconsejarle el abogado que tenía en nómina.

Se volvió hacia él y le apuntó con el dedo índice.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer —no levantó la voz, no hizo falta—. ¡Nadie! ¿Ha quedado claro?

—Sí... sí, señor. Loo, lo siento... no volverá a pasar.

—Estoy absolutamente seguro de que no volverá a pasar.

Ni lo miró a la cara, salió de allí dando un tremendo portazo y dejando al abogado temblando, sudoroso y pálido como si hubiera visto a la parka, que en realidad le pasó por delante.

¿Cómo había sido tan insensato de afearle la conducta? Por muy abogado suyo que fuera y por mucho que el trato fuese casi cordial y le hiciese creer que era su amigo, nunca lo sería. Milan no tenía amigos, tenía esclavos. Ahora veía claro lo que pasaba cuando alguien le llevaba la contraria o se atrevía a decir algo que le disgustase, sencillamente desaparecía.

El pánico se apoderó de él.

Se encerró en su despacho y se tomó medio vaso de wiski de un solo trago.

Podía hacerse una idea de por qué Uxía se había suicidado. Porque lo del accidente sólo se lo creía la policía. No pudo soportarlo más. ¿Cómo era posible tanto despotismo en una persona tan joven? Era peor que El padrino, los negocios, todo eran los negocios. Si alguien estorbaba se le quitaba de en medio con la misma facilidad que se quita el polvo de un mueble. Para eso estaba su cohorte de esbirros que hacían lo que él ordenaba sin inmutarse. Personas sin escrúpulos escogidos de lo peor de la sociedad. Regados de dinero fácil. Él nunca se manchaba las manos. Él nunca había empuñado un arma. Él nunca había firmado nada que le pudiera complicar la vida, no era necesario. Las coimas y los sobornos compraban su tranquilidad.

La UDYCO nunca pudo encontrar nada comprometedor. Estaba en su punto de mira, por supuesto, pero, aunque sus negocios estaban diseminados por cualquier lugar de la costa española donde entrasen barcos cargados de cocaína, armas, e incluso, en alguna ocasión, trata de ilegales, él tenía su base de operaciones bien lejos, en la capital, en Madrid y no era por casualidad.

Milan pagaba bien, todos los traficantes querían hacer negocios con él, pero nadie lo conocía directamente. Aunque gallego de nacimiento en cuanto pudo salió de su Vigo natal, se cambió el nombre, Emiliano le parecía demasiado vulgar, así que lo acortó y empezó a llamarse Milan que opinaba que le daba más glamour y empezó a codearse con la élite. Observador como

era, pronto descubrió las debilidades de los ricos.

Ricos, borrachos y enganchados a alguna que otra sustancia. Él se encargaría de proveer lo que ellos necesitasen, sería imprescindible para ellos, se dijo, y lo estaba cumpliendo. Al menos hasta el momento.

Capítulo 10

La llegada del galeno

Cuando despertó estaba fresca, la fiebre había pasado, el antibiótico parecía haber hecho bien su trabajo.

Esteban no le quitaba los ojos de encima.

Uxía se levantó y, con la cabeza ya algo más despejada, dio las gracias tímidamente caminando hacia la puerta para marcharse.

—No debería irse sola, tendríamos que acompañarla, ¿no crees? —sugirió Esteban.

—Acompáñala tú, yo no quiero problemas con ninguna mujer más. Bastante tengo con mi ex.

Esteban se lo quedó mirando sin poder creer lo que estaba oyendo. ¡Qué había sido de su amigo! Aquello era mucho peor de lo que pensaba. Sara lo había alienado, lo había anulado completamente. Cogió la bolsa de la farmacia y abrió la puerta para dejar pasar a Uxía.

Santiago se quedó con las ganas de ser él el que la acompañase a su casa. No podía dejar de imaginar cómo sería estar con ella en la intimidad. Su cabeza iba una y otra vez a la imagen de ella bajo la ducha, tan sólo el pensamiento de su pálida piel iluminada por la luz de unas velas obró milagros en su anatomía. Algo que no pensó que fuera a ser posible de nuevo. Desde hacía un tiempo había perdido todas las ganas de estar con una mujer, sobre todo, después de su segundo fracaso amoroso. Primero su ex y después Dunia. Aquello le parecía demasiado incluso para un hombre moderado como él.

De repente, una oleada de celos le invadió el cerebro. No debió dejar que Esteban la llevase a su casa. ¿La estaría besando? Había visto cómo la miraba sintiendo algo inexplicable recorrer sus entrañas.

¿Cómo sería ese beso?

¿Tendría el intenso sabor de una copa de vino tinto?

Aquello era insano. Tenía que dejar de pensar en ella. Ni siquiera le había podido dirigir una palabra con normalidad, en realidad había llegado a pensar que le faltaba un hervor. Eso sí, un delicioso hervor.

Mucho tiempo le parecía que estaba tardando Esteban. No debí dejarlo ir solo, se repetía, cuanto más quería dejar de pensar en ellos, más imágenes acudían a su mente en que los dos

mantenían un tórrido encuentro. El cerebro le martilleaba con saña especulando algo que no podía saber. Torturándose por algo que había propiciado él mismo. “Bueno, ¿y qué? Al fin y al cabo, a mí ni me va ni me viene”, se mentía, furioso consigo mismo, a sabiendas de que estaba algo más que molesto con la actitud de su amigo. Como también era consciente de que Esteban no tenía culpa de nada. Pero ¿cómo evitarlo?

Esteban ayudó a Uxía a bajar del coche y se lo aparcó en el garaje.

—Gracias, has sido muy amable —comentó ella tímidamente con la vista clavada en sus propios pies.

—¿De verdad te sientes bien para quedarte sola? Me puedo quedar contigo si quieres, profesionalmente hablando, claro —se ofreció esperanzado Esteban.

Uxía agarró la puerta con fuerza. Parecía un buen hombre, pero era un hombre y ella ya no se fiaba de ninguno. Estaba muy agradecida por lo que habían hecho por ella, pero no por eso se sentía obligada a dejarle pasar la noche en su casa, de todos modos, se tenía que ir a trabajar. No podía permitirse perder el trabajo por mucho que no le gustase.

—Sí, gracias, estoy bien.

Sin que se lo esperase, Esteban acercó su cara a la de ella y le dio un beso en la mejilla para, a continuación, y sin mediar palabra, acariciársela con el dorso de la mano. Uxía se estremeció. Apretó el pomo de la puerta con más fuerza y la empujó para cerrarla.

—Adiós —le dijo por la pequeña rendija que había dejado—, tengo cosas que hacer —y acabó de cerrar.

Esteban se quedó allí parado, sin saber muy bien cómo procesar todo aquello, y con la extraña sensación de que se estaba enamorando de aquella misteriosa mujer. ¿Qué secreto escondían sus ojos? Tenía una mirada tan triste, tan desvalida. Hubiera dado cualquier cosa por adivinarlo.

Llamó al timbre de nuevo. Uxía abrió una rendija de la puerta con recelo, o tal vez lo que transmitían sus ojos era miedo.

—Me llevaba tu medicación —dijo alargando la mano con la bolsita de la farmacia.

Conocía a Santiago, estaba seguro de que le pasaba algo y que ese algo tenía que ver con Uxía. Esa cara de vinagre sólo se le ponía cuando las cosas no salían como él esperaba.

—¿Me vas a decir de una vez qué carajos te pasa?

—No me pasa nada. Ha sido un día muy largo y estoy cansado, eso es todo.

—Descansa, ya preparo yo la cena. ¿Dónde tienes el wiski?

—¿Todavía sigues con esa costumbre? Pues aquí la tendrás que olvidar, no tengo wiski,

te puedo ofrecer una copa de vino “peleón” en todo caso.

Los días se notaban bastante más cortos. Hacía poco que se había cambiado al horario de invierno y esa hora, aunque alargase algo el día, dejaba notar la proximidad del invierno. A Esteban no le gustaban esos cambios, le descontrolaban los ritmos circadianos y se pasaba más de una semana con el sueño alterado cosa que le provocaba un desagradable malestar.

Discutir con Santiago en aquel momento no era su prioridad.

Mientras Esteban fisgoneaba por la nevera lo que su amigo tenía, y ver qué podía preparar, Santiago se estiró en el sofá y se quedó dormido. Lo dejó descansar. Aunque el golpe había sido muy leve, estaba seguro que sentía el cuerpo dolorido, así que lo mejor era que durmiera, cuando estuviese lista la cena, si era capaz de hacer algo con lo poco que había en el refrigerador.

Cuando su amigo despertase tendrían tiempo para hablar de Uxía.

Esteban había notado cómo Santiago se mostraba, sin pretenderlo, estaba seguro, algo distante desde que había vuelto de acompañar a la joven a su casa. Le había confesado que no quería saber nada de mujeres y lo había creído, por eso no le importó lanzarse a la aventura de la conquista. Esa mujer tenía algo hipnótico, tanto, que le atraía como un imán.

Uxía, al quedarse sola, se sintió más desvalida que de costumbre. La coraza que había levantado en torno a ella se había resquebrajado un poco con la, ¿inocente?, caricia que le había hecho Esteban. No sabía cómo interpretarla, pero había sentido de nuevo un pequeño cosquilleo en la boca del estómago, o ¿sería miedo?, seguro era una mezcla de los dos, aunque tampoco estaba muy segura de lo que tanto la alteraba, de todos modos, se sintió vulnerable. Sintió algo que no debería sentir por un hombre al que acababa de conocer.

Se hacía tarde para el trabajo y su jefa se molestaba mucho cuando, por algún motivo, le daba igual el que fuese, no llegaba puntual. Se dio una ducha rápida, se preparó un sándwich y, aunque se sentía agotada, salió a toda prisa. Debía seguir con su vida y borrar de su mente la mano de Esteban acariciando su mejilla. “Si seré idiota, por esa nimiedad me iba a estallar el corazón. Uxía, olvídalo, los hombres sólo te han traído problemas”, se decía avergonzada por su debilidad. Una debilidad que creía controlada y encerrada bajo siete llaves en lo más hondo de sus entrañas.

Condujo todo el camino a una velocidad algo superior a la permitida, no le gustaba hacerlo, no se podía permitir una multa ni mucho menos que la parasen los urbanos. Seguramente estaría en busca y captura y si sus datos llegaban a las bases de la policía madrileña se vería en un aprieto, aunque, por otro lado, si no la habían encontrado todavía, igual era que no habían interpuesto denuncia. Interiormente tenía la esperanza que de verdad creyeran que se la

había tragado el mar. No quería hacerse ilusiones, precisamente por eso no podía bajar la guardia. Por eso y porque no había visto ninguna noticia que hablase sobre la muerte de Milan, cosa que le parecía bastante sospechosa y la mantenía alerta.

La muerte de Milan estaba segura de que sus esbirros no la iban a dejar impune. Su cabeza era un caos, pensaba una cosa y la contraria cien veces cada día hasta que le estallaba de dolor.

Esteban había intentado preparar una lasaña con láminas de calabacín y unas hamburguesas, con un extraño color, que encontró en el frigorífico, pero a la hora de hacer la bechamel no tenía harina, ni siquiera nata ni queso crema con lo que podía haber hecho una falsa bechamel, así que no le quedó más remedio que salir a buscar algún sitio donde comprar algo con qué hacerla. Se negaba a cambiar el menú, aunque tampoco es que tuviera muchas opciones.

Al girar la esquina se llevó una sorpresa, Uxía salía de su casa toda emperifollada, según él. Le pareció una diosa con aquellos zapatos de tacón alto, unos pantalones pitillo y una especie de cazadora de cuero de un color asalmonado.

Al verla se quedó paralizado, una punzada de algo que no supo definir se había clavado de golpe en su corazón. ¿A dónde iría de esa guisa? ¿Se había bajado del coche para cerrar la puerta del parking y después de hacerlo había salido disparada hacia la carretera? Algo no le acababa de cuadrar.

La tarde declinó del todo y había dado paso a las primeras sombras de una incipiente y fresca noche. Esteban se preguntaba si estaría equivocado y no era ella, pero no podía no ser ella, era su casa y era su coche, el que él mismo había metido aquella tarde en ese mismo garaje.

¿Dónde demonios trabajaría? Le preguntaría a Santi, seguro que él lo sabría. De lo que estaba seguro era de que ella a toda costa, aunque se encontraba mal, había dicho que tenía que ir a trabajar, pero ¿a aquellas horas? Menudo galimatías se estaba montando él solito, bueno, ya lo averiguaría, tenía dos días por delante para poder investigar, y pensaba hacerlo.

Al llegar a la casa se dio cuenta de que había olvidado completamente que había salido a comprar. Pues se le había hecho tarde, así que ralló un poco de queso como pudo, ni siquiera tenía un rallador el desastre de Santiago, y lo gratinó tal cual.

Había comido cosas peores.

Capítulo 11

Una visita inesperada

Santiago, aunque sin querer, sabía que no tenía motivos y aun así seguía de mal humor con su amigo. Quizá no había sido buena idea invitarlo a pasar el fin de semana con él. Era demasiado extrovertido y él lo que necesitaba en aquellos momentos era calma.

Aunque llevaba poco tiempo allí había conseguido, por primera vez en su vida, estar en mínimamente en paz consigo mismo. Aguantaría como pudiera los dos días que aún le quedaban que estar con Esteban, se dijo, y después volvería a ser el ermitaño de los últimos meses. Se daba cuenta que eso era en lo que se estaba convirtiendo, pero es que no le apetecía salir a la calle si no era imprescindible. Tampoco quería hablar con nadie si no era estrictamente necesario. Se pasaba las horas entre la parte trasera de la casa limpiando y preparando la tierra de lo que sería el futuro huerto y la restauración de la casa, de momento, con eso le bastaba. Trabajar con las manos le relajaba y le hacía sentir bien.

El tiempo había cambiado de repente, era pronto para ello, pero el frío se había presentado sin avisar y a traición. Aunque todavía estaban en otoño, durante la noche había caído una fuerte nevada en la cumbre que había dado paso a la temporada de esquí por todo lo alto. La nieve no estaba muy esquiable de momento, no obstante, la invasión de *pixapins*, como llamaban los lugareños a los domingueros que llegaban de Barcelona, no se había hecho esperar.

Los mellizos tampoco.

El teléfono de Santiago vibró en el bolsillo de su pantalón y al mirar la pantalla se le iluminó la cara.

—¡Papá! —se escuchó la voz de Hugo al otro lado de la línea— Estamos en la estación, ¿puedes venir a recogernos?

—¿En la estación? ¿En qué estación?

Aquello sí que no se lo esperaba, era toda una sorpresa que Sara les hubiera dejado pasar el fin de semana con él.

—¡En qué estación va a ser! Pareces de pueblo —rio divertido ante el desconcierto de su padre— la de Queralbs. ¡Cuál si no!

—Está bien, no os mováis de ahí, ahora mismo voy.

Estaba soñando y así se lo dijo a Esteban. Sus hijos habían llegado y tenía que salir escopetado a la estación a buscarlos. Aquello sí era un regalo de reyes adelantado.

Al ver a su padre se lanzaron a su cuello eufóricos. En ningún momento, con toda la verborrea que soltaron, se habían referido a su madre y esto empezaba a mosquear a Santiago. Los conocía bien.

—Está bien, basta de saludos, vamos para casa que hace rasca —les decía mientras abría el maletero para que pusieran las mochilas.

—¿Cómo habéis convencido a mamá de que os deje venir y además solos? —preguntó una vez en marcha.

Los mellizos se miraron cómplices y algo avergonzados. Ninguno de los dos osaba contestar a su padre. Santiago frenó el coche en seco y miró el asiento trasero en el que iban los dos prófugos.

—No sabe que estamos aquí —contestó Marcos un tanto cohibido.

—¡¡¡Cómo!!! Pero ¿vosotros os dais cuenta del lío en el que me acabáis de meter? ¿De cuál de los dos ha sido la maravillosa idea?

—Tranquilo, papá, no te pongas nervioso, lo tenemos todo controlado —dijo Hugo, el cabecilla de los dos, el de las ideas ingeniosas.

—Cree que estamos en casa de un compañero del insti, sus padres tienen apartamento en Vaqueira y le hemos dicho a mamá que estábamos con ellos. Así podíamos coger la ropa de nieve sin levantar sospechas —esta vez fue Marcos el que contestó.

—Y ¿eso lo habéis pensado los dos solitos? O ¿habéis necesitado ayuda? ¡La madre que os parió! No salimos de una que ya estamos en otra con vosotros. En cuanto lleguemos a casa estáis llamando a vuestra madre y si dice que volváis, volveréis sin rechistar. Las cosas no se hacen así. ¿Entendido?

—Teníamos muchas ganas de estar contigo —masculló Marcos.

—Con mamá no se puede vivir —terció Hugo—. Lo sabes mejor que nosotros —apostilló haciéndose el machito.

—A ver, chicos, ya tenéis edad para entender ciertas cosas. Sabéis que entre mamá y yo las cosas no acabaron demasiado bien. Cómo también sabéis que va a pensar que esto es cosa mía. Así que la llamáis y se lo explicáis antes de que ella se entere por su cuenta y me ponga otra querrela, entonces sí que sería complicado que nos pudiéramos ver más seguido.

—Hemos decidido que queremos vivir contigo —confesó Marcos ganándose un codazo de su hermano.

—Volvamos a empezar. Las cosas se han de hacer bien. Hablaré con la abogada y veré

qué se puede hacer. A mí también me gustaría que vinieseis a vivir aquí conmigo, nada me gustaría más, pero, repito, las cosas se han de hacer bien. No podemos empezar la casa por el tejado.

—Desde que tiene novio nuevo ni se acuerda de nosotros, sólo para meternos bronca, está imposible, insoportable. No aguantamos más. Papá, te lo pedimos por favor, está loca.

—¡Hugo! ¡No quiero que vuelvas a hablar así de tu madre!

—¡Pero, papá, es que es verdad! —Saltaron al unísono los mellizos.

—Esta actitud tan infantil no es propia de vosotros, yo no os he educado así, me habéis decepcionado.

—No digas eso, papá, es que no sabes lo que es convivir con esa mujer. Es odiosa y sobre todo desde que tiene ese imbécil por novio, está insoportable —alegó Marcos envalentonado.

—¿Esa mujer? ¿He entendido bien? Esa mujer, como dices, es tu madre y le debéis respeto. Si no os gusta lo que hace se lo tenéis que decir igual que me lo estáis diciendo a mí, pero con buenas palabras y buenos modales...

—Sí, claro, con los modales que nos trata ella —espetó Hugo cada vez más cabreado— a ver si te enteras, papá, que de imbéciles y gilipollas no nos baja. Lo siento, pero si nos haces volver puede que el que lo sienta seas tú.

—Se acabó la discusión. En cuanto llegemos habláis con vuestra madre o lo haré yo. Por mucho que se equivoque, —“o se le haya ido la pinza” pensó para sus adentros— es vuestra madre y vuelvo a repetir que le debéis todo el respeto del mundo. ¿Queda claro? —Los mellizos dieron un respingo borrando de sus caras todo resto de jocosidad asintiendo con la cabeza.

Esta mujer me volverá loco, pensaba Santiago, mientras hacía callar a los mellizos y le daba vueltas a lo que los adolescentes decían de su ex. Era consciente de que nunca había sentido que su mujer fuese una madre perfecta. Ni siquiera una buena madre. Siempre pensó que los niños le molestaban y era él el que se había tenido que hacer cargo de ellos, pero de ahí al extremismo que alegaban los chavales, le parecía inconcebible. Fuera como fuese era su madre, era inadmisibile que los tratase tan mal, aunque sabía de las cosas que podía ser capaz su ex, le costaba creer que fuera así de cruel también con sus propios hijos.

Había refrescado mucho y Uxía se sentía destemplada. Esperaba no ponerse mala de nuevo, lo último que pretendía era que la tuvieran que volver a cuidar entre el matasanos y el sacamuelas. Ella no necesitaba a nadie, no quería a nadie en su vida, se las había apañado muy bien sola hasta ese momento, se decía. Entonces ¿por qué no se podía sacar de la cabeza a Santiago? Aunque las atenciones que le había dado Esteban no se quedaban atrás. “Uxía, céntrate”, pensaba, pero cuanto más se lo decía más pensaba en ellos.

Estaba cansada. Tenía sueño y frío, seguramente por eso su cabeza desvariaba. Se había

ido a trabajar sin apenas dormir, la noche se le había hecho muy larga y su jefa cada vez exigía más, aguantaba porque esperaba que el artículo que había dejado sobre la mesa del director del periódico digital de la zona le ayudase a cambiar pronto de puesto. De limpiar la redacción a trabajar en ella y si podía ser desde casa.

Se había dejado el ordenador abierto y al rozar el ratón se encendió la pantalla. Sabía que si se acostaba de la manera que estaba no podría conciliar el sueño, así que se sentó ante el escritorio y pensó esbozar un poco más el proyecto de libro que tenía en mente, o quizá escribir otro artículo por si le pedía algo más su futuro jefe, cruzó los dedos, porque estaba convencida que lo sería.

Santiago... Esteban... Santiago... Esteban... sin darse cuenta escribió sus nombres una y otra vez. ¿Qué le estaba pasando? Ni siquiera eran su tipo. El médico era demasiado ¿decidido? No encontraba la palabra que lo definiese tal como ella opinaba que era, tampoco lo conocía tanto como para saberlo, pero le daba esa impresión. El dentista, que al principio le dio tanta desconfianza, ahora le parecía un buen hombre, pero dejaba entrever un trauma que intuía difícil de superar. Y ella, ella tenía la penosa manía de analizar a todo el mundo, sobre todo desde que había escapado de Milan.

Se rodeó el cuerpo con los brazos al sentir un escalofrío. Debería encender la chimenea. Miró por la ventana como unas algodonosas gotas caían blandamente sin llegar a ser lluvia ni tampoco nieve. Cómo yo, pensó. ¿Qué soy? Nada. Nada en absoluto. Le molestaba pensar así, pero de vez en cuando le vencía la morriña. No le quedaba nadie en la vida y era incapaz de echar raíces en ningún sitio. ¡Qué ironía! Nunca le había gustado la soledad y ahora era su gran aliada.

Miró la pantalla y se asustó de lo que vio. La había llenado de nombres sin pensar. Debería controlar más su subconsciente o le acarrearía problemas.

Ya que no se podía concentrar en la escritura se tomó una pastilla para dormir y se metió en la cama esperando que el sueño apareciese pronto. Abrió un libro para ayudar al somnífero, pero este no quería llegar.

En su mal dormir el protagonista de la novela cambiaba de rostro en cada página. Unas veces era el rostro cuadrado de barba cerrada de Santiago, otras la miraban los alegres ojos color café y el rostro aristocrático de Esteban con su sempiterna sonrisa. El sueño al fin empezó a llegar, pero no la tranquilidad. El libro resbaló de las manos de Uxía cayendo al suelo en una de las muchas vueltas que le provocaba tan convulsa pesadilla. Su respiración era agitada y, aunque hacía bastante frío, ella estaba sudando, pero no era el sudor que provoca la fiebre que da por un resfriado, su temperatura tenía más que ver con el deseo tanto tiempo reprimido, y que el contacto con los dos amigos había despertado en su cuerpo sin clemencia. La mano de Esteban acariciaba su mejilla. Los labios de Santiago se posaban en su boca. Más, pedía ella con los

labios entreabiertos, quiero más. Las manos de los dos hombres se posaron en su sexo y ella gimió de placer.

Su memoria estaba asociando el olor de la tierra mojada que impregnaba sus fosas nasales con retazos de su vida anterior. Las manos que la acariciaban se tornaron ásperas de pronto, le hacían daño. Empezó a soñar que caía y caía, el distintivo olor a tierra mojada que acompañaba las primeras gotas de lluvia también había cambiado y ahora era salitroso.

Había perdido el control del coche, la carretera estaba llena de agua y la visibilidad era prácticamente nula. Se aferró fuertemente al volante, pero no pudo impedir precipitarse por el acantilado. Gritó con todas sus fuerzas. El coche caía y ella no podía salir. Agua, todo era agua subiendo por sus piernas. La puerta no se abría, la ventanilla tampoco.

Le costaba respirar, se quedaba sin aire. Abría la boca y la cerraba sintiendo el agua salada entrar en ella a borbotones. Las olas chocaban con los cristales del coche.

Aire.

Necesitaba aire.

Le faltaba el oxígeno por mucho que abriese la boca.

Golpes. Cristales rotos. Todo era inconexo.

Una llave inglesa en la guantera.

Golpes en el cristal.

Aire, por fin el aire entraba en sus pulmones.

Vacío.

Negrura total.

Hacía días que no tenía aquella puta pesadilla. Se sentó de golpe en la cama con los ojos cerrados y todavía acuosos por el horror que estaba sintiendo. El pijama que la cubría estaba mojado y sentía escalofríos. Abrió los ojos sin saber dónde estaba. Le costaba conectar con la realidad. En el sueño era todo tan real, aunque, una vez despierta, era incapaz de recordar nada de lo que había pasado. La ansiedad se apoderó de ella y el corazón le aporreaba el pecho con saña.

Se preguntaba cuándo podría descansar en paz.

¡Cuándo dejaría de estar atemorizada!

¡Cuándo volvería a salir a la calle sin mirar constantemente hacia atrás! Literalmente, cuando descanses en paz, se repetía condescendentemente.

Se levantó a por un vaso de agua cuando de nuevo escuchó golpes en la ventana. Aquello no lo estaba soñando. Aquello era real. Se quedó paralizada en mitad del pasillo, entre el dormitorio y la cocina.

—¡Uxía! ¿Estás ahí? —escuchó la voz de Esteban.

Capítulo 12

Luna de miel

Roberto había descartado Baqueira.

Estaban de luna de miel y querían nieve, así que supo convencerla de que lo mejor sería algo relajado, íntimo, sin cócteles de bienvenida ni recepciones de postín. Por eso escogió el Valle de Núria y por ese mismo motivo buscó un hotelito bueno, aunque a la vez discreto.

Por fin Milan le había otorgado el favor de dejarle hacer su luna de miel, tan largo tiempo esperada. Le parecía que hacía un siglo que le había dado el sí quiero y hasta ahora Roberto no había tenido ni un día libre para dedicarle por completo a su mujer y, lo más importante, disfrutar de su anhelada luna de miel.

Había escogido la estación de Vall de Núria por su cercanía con Barcelona y porque, conociendo como conocía los prontos de su jefe, sabía que en cualquier momento le podía hacer volver.

Milan era un perfecto tirano, pero sin él, desde luego, no podría ni soñar la vida de lujos que llevaba.

Debían aprovechar el tiempo. Daniela, su mujer, había preparado un programa bastante apretado para la única semana que tenían por delante.

Lo que más deseaban era hacer la ruta de los puentes históricos. Habían visto imágenes por internet de los cuatro puentes románicos que había en la zona y les apetecía mucho hacer esa excursión, ya que Dani no era buena esquiadora, y la nieve, por el momento, se concentraba en las pistas más altas y, por consiguiente, las más peligrosas. De todos modos, esperaban que durante el fin de semana hicieran funcionar los cañones para no tener que volver con las ganas de algún descenso.

—Cariño, supongo que habrás traído ropa y zapatos adecuados para la excursión. Eso que llevas puesto es excitante, pero inapropiado, mmmhhh —se acercó a ella rodeándole la cintura y apartándole su espesa melena leonada para besarle el cuello.

—¿No te parece adecuada mi indumentaria? —se puso un dedo en la boca.

—Para lo que estoy pensando, no, es demasiada.

Daniela se dio la vuelta coqueta mientras se subía descalza a los pies de su marido para

besarlo. El término armario ropero tenía sentido al ver los casi dos metros de músculo del que ella veía como el hombre más guapo del mundo. Roberto físicamente era del montón, pero tenía una forma de mirar que parecía acariciar sin tocar. Sus ojos no eran ni claros ni oscuros, eran bonitos sencillamente, tenían un tono amarillento alrededor de las pupilas que le otorgaban una expresión un tanto felina. Por eso precisamente lo reclutó Milan. Las mujeres se lo rifaban y con su cara de niño bueno generaba una atmósfera de confianza que le venía muy bien para su cometido.

—Amor —le decía toda melosa—, nunca me hablas de tu jefe. ¿Tan importante es que ni yo puedo saber su nombre?

—Dani, no empieces. Es mejor para ti que no sepas quien es, te lo aseguro.

Tal como la tenía sobre sus pies caminó hasta la cama. Se dejaron caer.

La besó para callarla.

Cuanto menos supiera de su trabajo y de su jefe mejor para ella. Para ella, él era escolta personal de Milan, y no necesitaba saber nada más.

—OK, OK. Lo he pillado, de tu jefe no se habla, pero entonc...

—Ssshhh, calla, no estropees este momento.

—No me gustan los secretos y lo sabes —cuchicheó en su oreja.

Hicieron el amor, aunque Daniela no lo disfrutó como esperaba. El tema jefe no se podía tocar y estaba hasta las narices de aquel secretismo. ¡Qué tenía de extraordinario un vigilante de seguridad para que lo nombrasen de la noche a la mañana guardaespaldas del jefe! Esa pregunta le rondaba por la cabeza muchas veces, pero por mucho que preguntaba sobre el tema, siempre chocaba con el silencio de una roca.

—Vístete que llegaremos tarde a la excursión —la apremió Roberto—, o no podremos irnos —remató bromeando mientras la miraba libidinosamente.

La conocía bien y sabía que no la había convencido, durante el acto no había estado como era ella. Sintiéndolo mucho no le hablaría sobre las actividades a las que se dedicaba Milan, no entendería que él trabajase para alguien así, pero lo que tampoco podía explicarle era que una vez entras a formar parte de una organización como la suya no hay forma de salir. Cada vez tenía más claro que tendría que inventar una historia mínimamente plausible y esperar que colase.

Daniela no era tonta, la historia debería ser lo más realista posible y él no tenía tanta inventiva.

Habían disfrutado la ruta de los puentes, aunque llegaron al hotel muy cansados. Daniela le confesó que se sentía una cabra montesa trotando por esos riscos, pero el contacto con la naturaleza era lo que estaba necesitando y ese frío en la cara la revitalizó mucho más que el caro complejo vitamínico que tomaba todos los días. Se sintió viva y energética, quería más.

Necesitaba más.

—Mañana visitaremos los alrededores, ¿te parece? Según las guías turísticas Queralbs es digno de ver.

—¿No que estabas tan cansada? —intentó una excusa Roberto.

—Agotada, en realidad estoy agotada, pero me siento tan viva. ¿Puedes entenderlo? Es una sensación extraña que me encanta.

—Cómo no te voy a querer si eres pura contradicción —sonreía mientras le subía los pies sobre sus rodillas y se los masajeaba.

—Cómo no te voy a querer si me consientes de esta manera —replicó a su marido ronroneando de placer.

Aunque le costaba reconocerlo la visita a Queralbs le estaba fascinando. El pueblo parecía sacado de un cuento de hadas; el medieval adoquinado de las calles, los balcones llenos de coloridas flores, incluso las gentes le parecieron más amables de lo que lo habían sido en otros pueblos. Habían bajado con el coche y habían aparcado a las afueras. Después pararon a desayunar en una hermosa masía, habilitada como restaurante, que sólo por las vistas ya merecía la pena.

Una ráfaga de viento, un tanto molesto, se levantó de pronto. Daniela se subió la cremallera ajustándose el anorak al cuerpo y con una sonrisa se abrazó a su marido.

Un coche estaba aparcando al final de la calle descendiendo de él una mujer joven y muy guapa cuyos rasgos le resultaron familiares.

—Rober, Rober ¿Conoces a esa mujer? Juraría que la he visto antes.

—Ya estás buscando conocidos, es nuestra luna de miel y se suponía que queríamos estar solos. No creo que sea nadie conocida, pero por si acaso disimula.

Mientras decía esto la cogió del brazo obligándola a darse la vuelta para que dejase de mirar hacia donde estaba la mujer en concreto. Cuando él se giró la joven había desaparecido.

Capítulo 13

Tragedia en la nieve

—Está bien, iremos a las pistas y podréis esquiar un rato, pero en cuanto llame vuestra madre os volvéis con ella a Barcelona. ¿Hecho?

—Hecho —contestaron los mellizos como casi siempre al unísono, aunque esta vez con desgana.

No estaban muy convencidos, pero Santiago sabía que no les podía dejar pasar aquella travesura. Tenían casi quince años, ya no eran críos, eran adolescentes y sabían diferenciar lo que estaba bien de lo que no y tenían que entender que lo que habían hecho no era para aplaudir precisamente.

Sacaron los monos de esquí de las mochilas, era lo único que llevaban, y se los colocaron antes de decir amén. Esteban miró a Santiago y sonrieron los dos a la vez. El propósito de los chavales estaba claro, ellos querían nieve sí o sí.

Esteban no había llevado ropa de nieve, pero dijo que no pasaba nada, esquiar no era su deporte favorito, así que les propuso preguntarle a Uxía si le apetecería ir con ellos a pasar el día, así no estaría tan solo mientras ellos se deslizaban montaña abajo.

Como era su costumbre, no abrió la puerta al primer timbrazo, pero ante la insistencia de los mellizos no le quedó más remedio que salir a ver quién era. Abrió un poco la cortina y se encontró de bruces con cuatro ojos, atisbando por un resquicio que quedaba bajo la persiana, a ver si podían fisgar en su interior, Uxía dio un respingo hacia atrás sobresaltada.

—Uxía, ¿te acuerdas de mí? soy Esteban, venimos a hacerte una propuesta, no te asustes —habló a través de los cristales a una cortina que se movía.

—¡Uxía, soy Marcos! Venimos de parte de mi padre a invitarte a una excursión.

Hugo le dio un codazo a su hermano por el atrevimiento mientras que Esteban abría unos ojos como platos.

—¿De dónde sacas eso, criatura? —Susurró Esteban esperando que ella no los escuchase o se iría abajo todo su plan.

Los mellizos se miraron y rieron cómplices. No se les escapaba una.

—Os hemos escuchado hablar y me da a mí que los dos queréis ligar con ella —contestó

Hugo muy sagazmente.

—Santiago quería saber cómo estabas —probó Esteban con nueva estrategia.

La cortina volvió a moverse y se escucharon unos pasos. Los mellizos se pusieron en la puerta y cruzaron los dedos esperando que se abriera.

—Me habéis despertado —arguyó Uxía a través de la puerta.

—¿A estas horas? Mi abuela dice que el que mucho duerme poco vive —Marcos siempre encontraba algo que decir.

Esteban tomó nota. La intriga sobre su ocupación cada vez era más acuciante.

—¡Abre, por favor! No te vamos a hacer nada. Queremos invitarte a venir con nosotros a la nieve y el amigo de mi padre no sabe esquiar, así que necesita compañía.

Marcos se llevó una severa mirada de Esteban y otro codazo por parte de su mellizo. Siempre le decía que no medía sus palabras y, en parte, tenía razón, era bastante impulsivo y la mayoría de los líos en que se metían eran por ese motivo.

Se escuchó un chasquido y la puerta se abrió algo menos de un palmo. Uxía seguía asustada y con mucho recelo. Aquellos chavales no la conocían de nada, ¿a qué venían aquellas confianzas?

—Con razón quieren que vengas con nosotros, eres muy guapa. ¿Quieres adoptarme?

Marcos estaba lanzado, seguramente por los nervios de lo que habían hecho, pero ya estaba hecho, por lo tanto, tenían que convencer a Uxía de que fuera con ellos, porque su padre así no podría decir que no. El peso de la mirada que le dejó caer Esteban le hizo morderse la lengua, puesto que ya tenía preparada la siguiente frase.

—No les hagas caso —intentó excusarlos Esteban—, tienen las hormonas revueltas. Anímate, mujer, lo pasaremos bien.

—Sí, por favor, no hagas caso a mi hermano, es un bocachancla, aunque tiene razón, si no vienes, mi padre no querrá llevarnos. Nos hemos escapado de casa para venir a esquiar. La hemos liado un poco y mi padre está mosqueado, ¿sabes? —Hugo le puso ojitos sacándole una leve sonrisa a la joven.

—Está bien, lo haré por vosotros, no puedo permitir que vuestro padre os maltrate.

Al pronunciar esa palabra se le ensombreció la cara. Intentó disimular mirando al suelo, pero a Esteban no le pasó desapercibido.

—¡Bieeeeeen! —exclamaron los mellizos a la vez sin perder su costumbre.

Aplaudieron como posesos y se quedaron un poco extrañados cuando ella les cerró la puerta dejando a todos en la calle, alegando que tenía que cambiarse, puesto que estaba en pijama.

Llegaron a las pistas bien entrada la mañana y, nada más hacerlo, los mellizos se

plantaron los esquís, saliendo a toda prisa al telesilla, sin escuchar a su padre que les prohibía tajantemente subir a las pistas negras.

—¿Entonces os quedaréis aquí todo el tiempo? Un poco de ejercicio no mata a nadie —se mofó de ellos Santiago.

Uxía, al principio, se había desinhibido un poco, pero fue por poco rato. Los mellizos habían conseguido que olvidase sus miedos, pero al verse allí, rodeada de tanta gente que no conocía, empezó a sentir de nuevo la ansiedad de lo desconocido.

Esteban intentó varias veces entablar conversación con ella, pero fue inútil, siempre contestaba con monosílabos mientras daba vueltas a los hielos del vaso de agua de Vichí, que se había pedido por insistencia de Esteban. De pronto se puso tensa, se caló el gorro de lana que llevaba puesto hasta casi las cejas y empezó a respirar con dificultad. Una pareja se acercaba hacia donde estaban sentados en la terraza de un bar llamado: La cabaña de los pastores, porque estaba cerca de las pistas de debutantes, aunque los mellizos prefiriesen las otras. Al ver que la pareja pasaba de largo y ni la miraban respiró algo más tranquila, aunque no demasiado. No tenía que haber aceptado venir, se decía sin dar tregua a sus pensamientos.

—No estoy siendo buena compañía, lo sé. No debí haber venido —se atrevió, por fin, a comentar.

—¿Por qué dices eso? Tranquila, soy consciente de que te hemos traído casi a la fuerza, pero un poco de aire fresco es sano y no mata a nadie, te lo digo yo que odio el ejercicio — Esteban rio su propio chiste— eso sí, no se lo cuentes a nadie o me echarán del colegio de médicos.

Uxía se sonrió encogiéndose de hombros sin saber qué decir, le gustaba Esteban, era extrovertido y divertido. En otras circunstancias habrían podido ser buenos amigos, pero aquí y ahora lo veía desde otro prisma.

Se sentía enjaulada.

Milan le había robado todo el amor que tenía.

Le había robado la confianza en sí misma y en los demás.

Le había robado la vida.

Le vino a la memoria una de sus canciones favoritas de La oreja de Van Gogh: Vestido azul. Se identificaba tanto con ella.

Se dio cuenta que se había quedado callada otra vez. Estaba sumida en sus pensamientos y se había aislado por completo de nuevo.

—Un euro por tus pensamientos —la sorprendió Esteban.

Sonrió de aquella manera triste que él ya empezaba a conocer.

—Demasiado baratos, ¿no crees? —se atrevió a contestar.

—Tienes razón, los míos no valen nada, pero estoy seguro que los tuyos valen oro. Si

algún día necesitas sacarlos y compartirlos con alguien, no soy psicólogo, pero se me da bien escuchar. Soy un excelente confidente.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Cuando parecía que se empezaba a relajar un poco llegó Santiago. Sudaba y jadeaba. Los mellizos eran inagotables y él estaba tan en baja forma que en aquel momento se sintió hasta viejo. Así que los chavales lo fundieron en dos bajadas.

Había visto desde lejos que la pareja empezaba a entablar conversación y no supo por qué, pero necesitaba estar allí. Notó de nuevo aquella punzada de celos que había sentido cuando Esteban la llevó a su casa.

Se mintió, últimamente se le daba muy bien, diciéndose que necesitaba escuchar lo que ella tuviera que decir.

Le había explicado a su amigo lo de la pistola y la curiosidad lo estaba matando. ¿Sería capaz de sacarle una explicación que esclareciera el hecho de llevar una pistola escondida bajo el asiento? Si la hubiese llevado en la guantera no le habría parecido tan extraño, hasta hubiese pensado que fuese detective o policía. Su mente ya empezaba a divagar, así que se acercó esperando averiguar algo.

—¿Qué tal, pareja?

—Siéntate, anda, que estás muy mayor ya para estos trotes —se mofó Esteban al verlo llegar fatigado y muy sofocado.

—Te recuerdo que somos de la misma quinta.

Santiago sintió una aguda punzada de rabia por no ser capaz de ocultar ante ellos lo molesto que estaba. Tenía la sensación de que todo el mundo lo estaba mirando y sabía por lo que había pasado. Se sentó y respiró como si lo hiciera dentro de una bolsa esperando aplacar la ansiedad.

Unas espesas nubes taparon el sol de pronto. En pocos minutos parecía que había anochecido.

Santiago llamó a los mellizos, que, aunque sabían a la hora que tenían que volver, quiso decirles que era la hora de comer. Necesitaba pensar en algo que no fuera el comentario de Esteban ni en lo hermosa que se veía Uxía con las mejillas arboladas por el frío.

Las nubes eran cada vez más amenazantes y no quería que si se ponía a nevar les pillase la tormenta en las pistas mientras regresaban.

Estaban pidiendo unas hamburguesas, era el tipo de comida que servían en la cabaña, cuando entró Hugo casi sin respiración, resoplando y lívido como la nieve virgen.

—¡Papá, papá! Marcos se ha caído, se ha hecho daño, no se puede levantar. He querido traerlo, pero no puedo, no puede caminar.

Hablaba sin respirar. Estaba conmocionado.

Esteban y Santiago se levantaron de un salto de sus sillas. Echaron a correr en la dirección en la que señalaba el chaval que, apremiado por su padre, caminaba delante de ellos señalando el camino. No pensaron nada más, ni siquiera en Uxía, que anuló la comanda y salió tras ellos cabreada. Entendía perfectamente que lo del crío era una emergencia, pero dejarla allí tirada como si fuera un cero a la izquierda le sentó mal, muy mal. Sin pretenderlo aquella acción por parte de ellos hizo aflorar parte de la antigua Uxía. Una Uxía rebelde y reivindicativa. No podían tratarla como... ¿Cómo la trataba Milan? Eso era, pronto se apagó la chispa que por unos momentos había encendido su antiguo carácter.

Milan ¿habría muerto? Se hacía esa pregunta una y otra vez. El miedo a ser descubierta no la dejaba vivir, pero vivir tampoco era lo que hacía estando con él.

¿Qué fue del Milan que conoció en aquella entrega de premios? El Milan tierno, amable, pasional. Demasiado pasional después de que ella accedió a vivir con él. Los celos lo cegaron y llegaron los malos tratos.

—Señora, se va sin pagar —escuchó que le hablaban sacándola de su ensimismamiento.

—Perdone, pensé que habían pagado ellos. El chaval... se ha hecho daño —titubeó sin saber bien qué decir.

Sacó el monedero del bolso y pagó las consumiciones, no era mucho, pero aquel mes había tenido más gastos extra de la cuenta y esto no ayudaba. Suspiró y salió a ver qué le había pasado a Marcos. El chico le caía bien, al menos le hacía reír con sus intentos de emular al chico malote de las películas.

Cuando llegaron a donde estaba el joven, los paramédicos ya lo estaban atendiendo y despejando la zona de la gran cantidad de curiosos que habían rodeado al crío, unos intentando ayudar y otros por el morbo de averiguar qué había pasado.

Al verlo allí sin moverse, inconsciente, como un muñeco de trapo Santiago se vino abajo.

—¡Marcos! ¡Marcos!

Esteban llegó al lado del joven y dijo a los técnicos sanitarios que él era médico, valoró el golpe ya que había sido en la cabeza y ayudó en todo lo que pudo. Allí no podían hacer nada más que ponerle un collarín cervical. Cuando Marcos estuvo en la ambulancia camino del hospital Esteban se hizo cargo de su amigo y de Hugo que también estaba en shock.

—Hugo, mírame, tu hermano se va a poner bien, ¿vale?

—Ha sido culpa mía, yo lo reté a ver quién bajaba más rápido, había poca nieve y tropezó. Se ha dado un golpe contra mi esquí.

Lloraba desconsolado al lado de su padre, incapaz de pronunciar una palabra, mientras Esteban conducía todo lo deprisa que podía detrás de la ambulancia. Uxía, que había llegado al

lugar del suceso unos minutos después, se había acomodado al lado del conductor y tampoco era capaz de decir nada. Estaba molesta y preocupada.

Molesta porque la habían dejado allí sola.

Preocupada porque se sentía inútil, no sabía cómo ayudar y, como le pasaba últimamente, se había bloqueado, no sabía qué decir.

Esteban le apretó la rodilla intentando una disculpa.

Santiago miraba de soslayo a su amigo mientras consolaba a su hijo. No le pasó desapercibida aquella caricia, removiendo algo que llevaba todo el día fermentando en su interior.

—Uxía, siento haberte dejado en la cabaña desamparada.

Silencio.

—Entiendo que estés enfadada, pero lo primero era Marcos.

—Lo entiendo, no te preocupes. Marcos es lo primero en estos momentos —concedió Uxía lacónicamente.

Contestó por educación, porque interiormente no lo sentía. En realidad, no sabía lo que estaba sintiendo. Por un lado, se sintió ignorada, aunque por otra parte comprendía, no era insensible, que el chaval era lo primero, pero, ¿tanto costaba decirle que los alcanzase? ¿Tan insignificante era que ni un mal pensamiento le pudieron dedicar? Definitivamente no había sido buena idea ir con ellos.

Capítulo 14

Descubierta

—Juraría que era ella, si no supiera que está muerta habría dicho que era Uxía la persona que vi en Nuria —reía con la anécdota Roberto.

—Estarías borracho y viste un fantasma —respondió Milan zanjando el tema.

A pesar de su respuesta cuando colgó el teléfono algo quedó rondando por su mente. No dijo nada. En un primer momento quiso pensar que era una coincidencia, pero no podía sacarse de la cabeza que nunca se encontró el cuerpo.

Uxía era una mujer lista y resolutiva. ¿Habría urdido un plan para escaparse y él se lo había tragado? ¿Se había estado burlando de sus sentimientos? ¿De él, de Milan Rodríguez? Una vena empezó a latirle en mitad de la frente. Eso no se lo pensaba perdonar. Jamás. Quien osaba traicionarlo pagaba las consecuencias y ella no iba a ser menos.

Durante todo el día había estado rabioso e intranquilo. El sexto sentido que lo había mantenido vivo, en las muchas dificultades que le había tocado lidiar en la vida, le decía que era ella. Sí, estaba más que seguro. Uxía los últimos días se había mostrado sumisa y había acatado todas las órdenes que él le había dado sin rechistar.

¡Zorra! Cómo lo había engañado. Había llegado a creer que por fin estaba dominando la altanería de su carácter. Acababa de decidirlo.

Iría a buscarla.

La encontraría.

Lo pagaría.

A él nada se le resistía y mucho menos una mujerzuela como Uxía por muy lista que se creyera. Lista, sí, y muy puta que le había salido. En cuanto se daba la vuelta ella ya estaba buscando macho. No quería recordar viejas escenas. Se encabronaba demasiado y lo pagaba quien no tenía culpa.

“Le dije que el periodismo se tenía que acabar. Pues no, ella cogía su cámara y su grabadora y decía que iba a hacer reportajes. Mentira. Lo sabría él que la había hecho seguir. ¿Todos los reportajes los tenían que hacer tíos? Nunca citó a una mujer, no, siempre eran deportistas de élite o grandes empresarios. Estoy más que seguro que me buscaba un sustituto. Aunque no se acostase con ellos, lo que hacía era tejer la red para tirar el anzuelo y pescar al más

incauto, como me pescó a mí”

Se lo repetía una y otra vez consiguiendo así enaltecer sus, de por sí, caldeados ánimos. La pared de su despacho lo sabía bien porque cada vez que se enfadaba cogía la botella de cerveza, de la que bebía a gollete, y la estampaba contra el tabique.

En menos de veinticuatro horas tenía todo preparado. Había dado instrucciones a sus hombres, esperando que saliera todo bien, aunque en aquel momento tampoco es que le importase demasiado.

No dio explicaciones. No tenía por qué darlas.

Cuando se registró en el hotel hizo algunas preguntas. Nadie parecía saber nada y eso lo cabreaba un montón. Se puso el mono y se dirigió a las pistas esperando que allí le dieran alguna respuesta más convincente.

—No, señor, no conozco ninguna persona con ese nombre. Piense que pasa tanta gente por aquí que, aunque me lo hubiese dicho, sería muy difícil que pudiera recordar los nombres de todo el mundo.

—Está bien, no se preocupe. Esperaba una respuesta así. ¿Me permite otra pregunta?

—Por supuesto, señor —accedió embelesada la empleada por la indulgente mirada de Milan.

—¿Sabe si este fin de semana se accidentó un chaval por aquí?

—Sí, pobrecito, se dio un terrible golpe en la cabeza, creo que lo llevaron al hospital, espero que esté bien. ¿Es pariente suyo? —se aventuró a preguntar seducida por la sonrisa del guaperas.

—Gracias, has sido muy amable y me ha sido de gran ayuda. Te recomendaré a mis amistades —evadió contestar a la joven.

Si Uxía estaba con el padre de los chavales, como decía Roberto, ya tenía un hilo de donde tirar. Buscó un mapa de la zona para averiguar el hospital que quedaba más cercano, puesto que suponía que sería allí a donde habrían llevado al joven después de atenderlo el médico de la estación. Una vez en el coche indicó en el GPS la dirección del hospital de Campdevanol, que, aunque era el más cercano, era privado, así que no estaba muy seguro que fuese ese al que lo hubiesen llevado. Por algún lado tenía que empezar, se dijo.

Al llegar al hospital fue directamente a admisiones y preguntó por el chico que habían llevado desde las pistas. En ningún momento dijo que no estuviera, le habló al enfermero que estaba en recepción con autoridad, como si fuese alguien importante. Una mujer que fumaba en la puerta, al escucharlo apagó el cigarro y se acercó despacio a él desde el otro lado del mostrador.

—¿Preguntas por Marcos? —Se aventuró a comentar.

No supo realmente si sería buena idea contestar. En realidad, tampoco sabía cómo se llamaba el chaval así que tomó una decisión rápida y arriesgada asintiendo.

—Sí. ¿Sabes en qué habitación está?

—¿De qué lo conoces? Que yo sepa ellos no conocen a nadie por aquí —reveló la mujer.

Milan se la quedó mirando. La verdad es que era una mujer muy guapa. Mayor de lo que parecía, estaba seguro. La larga melena color chocolate con reflejos dorados enmarcaba un rostro muy bien proporcionado, de grandes ojos oscuros que miraban fríamente, cosa que le gustó. La nariz recta, operada, pensó, demasiado perfecta para ser natural. juraría que era una mujer bastante soberbia. Se jactaba de conocer a las personas al primer golpe de vista y ese mentón no engañaba, era una mujer que se salía con la suya, con carácter. Una mujer de armas tomar que seguramente conocía al tipo que estaba, o podía estar, con Uxía y eso... eso no pensaba desaprovecharlo. Sabía catalogar a las mujeres y aquella no era de las que acataban órdenes. Le serviría.

—Más bien busco a los adultos que lo acompañaban, se fueron sin pagar de mi restaurante —su especialidad era la improvisación.

—Supongo que debieron ser los nervios —indicó Sara—. Déjame tu tarjeta y en cuanto los vea les comentaré que se pongan en contacto contigo.

Milan sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó. Sara, puesto que era ella, había bajado a la calle a fumar antes de acabar estrangulando a su exmarido.

Como siempre que estaban juntos habían acabado discutiendo por cualquier nimiedad, si era blanco ella quería negro, si era negro ella quería blanco. Hasta que una doctora les llamó la atención. Esta vez Santiago no cedió, así que fue ella la que tuvo que salir a desfogarse.

Sonrió al coger la tarjeta mientras sus dedos rozaban los de Milan. Sabía que le estaba mintiendo, como ella le pensaba mentir a él, para esas cosas tenía un sexto sentido muy pronunciado y su máxima era: “La verdad no se le dice ni al cura”. También notó cómo la miraba. Había desplegado todas sus armas de mujer y supo generar expectación, aunque le molestaba enormemente que se hubiera dado cuenta de que su corazón latía más deprisa de lo normal. Se sintió analizada, aunque en el fondo sabía que él estaba opinando, si no lo mismo, algo muy parecido.

Sintió que se necesitaban mutuamente.

José García y un teléfono. Era todo lo que ponía en el texto.

Aquella tarjeta no le decía nada. Hasta el nombre estaba segura de que no era real. “Demasiado común para un hombre tan guapo”, pensó estúpidamente. Rubio medio natural, ojos muy claros, casi grises, intensamente fríos. Boca de labios carnosos, acostumbrados a besar a quien le diera la gana. Sara sonrió mordiéndose el labio inferior por la comisura, gesto que no

pasó desapercibido para el joven. Cerca de los cuarenta y lo que más le gustaba, cuerpazo, un cuero, que dicen en las telenovelas. Definitivamente tenía que ser suyo.

—¿Puedo preguntar para qué los buscas en realidad? El cuento de que se fueron sin pagar me cuesta un poco de creer, está demasiado trillado, ¿no crees?

—Busco a mi mujer y me han dicho que está aquí con el padre del chaval que ha tenido el accidente —contestó con aparente sinceridad—. Me toca. ¿De qué los conoces?

—Marcos es mi hijo.

En recepción les avisaron de que la hora de visita se había terminado. Sara sacó todo el odio que sentía por Santiago pagándolo con el enfermero de admisiones, al que gritó con muy malos modos, alegando que era su hijo y lo vería cuando a ella le diera la gana.

El encargado de la seguridad se acercó por si tenía que reducir a la mujer. Estaban acostumbrados a las muestras de dolor de los familiares, pero aquello, aquello no lo habían visto nunca. Aquel era un hospital para gente con clase, si habían ingresado a Marcos era por influencia de Esteban que era amigo del director.

—Señora, el horario de visitas se ha terminado, usted no puede volver a subir si no baja el otro acompañante, lo siento, son las normas del hospital.

Milan la cogió por el codo intentando sacarla de allí y que dejara de dar el espectáculo. Pasar desapercibido en lo cotidiano era su sello, su manera de evitar llamar la atención y que alguien pudiera fijarse en él más de la cuenta.

Nada más llegar al hospital Marcos había empezado a recobrar el conocimiento, por lo tanto, todos respiraron más tranquilos. Los médicos que lo atendieron, inmediatamente lo llevaron a hacer un escáner para valorar si era necesaria alguna prueba más.

En la habitación se habían quedado Santiago como acompañante y Esteban en calidad de médico, a Hugo y a Uxía los habían subido a un taxi y obligado a volver a casa. En un primer momento se habían revelado, sobre todo Hugo, que no quería salir de allí sin saber que su hermano estaba bien. Santiago parecía más en shock que el propio Marcos, así que tuvo que ser de nuevo Esteban el que cogiera las riendas pidiendo, por favor, a Uxía que se hiciera cargo de Hugo.

Uxía no sabía que contestar, aquello no entraba en sus planes de fin de semana, mejor dicho, su plan primigenio era quedarse en casa y tomar notas sobre la novela que pensaba escribir.

No pudo decir que no, así que Santiago le dio dinero para un taxi explicándole tanto a Hugo como a ella que seguramente tendrían que pasar la noche allí, pero que si no vomitaba ni surgía ninguna complicación, que no tenía por qué, corroboró al ver que Hugo palidecía, por la

mañana le darían el alta y volverían los tres a casa.

Sería una suerte que le dieran la salida tan temprano, porque cuando llegó Sara aquello se convirtió, de nuevo, en una batalla campal.

Capítulo 15

Durmiendo con el enemigo

—Las pruebas han salido correctas. El traumatismo ha sido leve. Desde que despertó no ha tenido mareos ni ha vomitado. El dolor de cabeza irá desapareciendo poco a poco. Lo dejaremos en observación esta noche y si todo va bien, mañana se lo podrán llevar a casa —les comentaba el doctor—. Bueno, Esteban, qué te voy a decir que tú no sepas.

Los dos médicos continuaron hablando mientras la enfermera acomodaba a Marcos y colocaba una cartulina con el nombre en el soporte de la pared que había sobre la cama.

—Enfermera, si me cuidas así creo que diré que me mareo para que me dejen aquí contigo —dijo guiñándole un ojo a la enfermera.

Santiago sintió un gran alivio al ver a su hijo despierto y, aunque con un tremendo dolor de cabeza por causa del golpe, con ganas de bromear.

Llegaron a casa precedidos de un desapacible viento otoñal. Los árboles iban desnudando sus esqueletos mientras la calle se iba alfombrando de hojas secas. El cielo blanqueaba de nuevo preñado de nieve por caer. Parecía una pasarela que les diera la bienvenida al llegar al hogar.

Nada más poner los pies en el suelo sonó el teléfono de Santiago. La mueca que puso delataba que la persona que llamaba no era precisamente de su agrado.

Después de que Sara protagonizase su último altercado en el hospital Santiago consiguió que se fuese para el hotel a “descansar”. Costó lo suyo, pero lo consiguió. Algo también tuvo que ver Milan. Por aquellas casualidades se hospedaban en el mismo establecimiento, así que, como estaba escuchando la conversación, la convenció para volver por la mañana. Sara se había salido con la suya y consiguió que la dejaran visitar a Marcos unos minutos constatando que estaba bien, despierto, lúcido y con las frases un tanto mordaces que su madre tanto odiaba. En definitiva, el chaval estaba bien. La carga de teatralidad de Sara era marca de la casa. Aunque quisiera y aunque no viniese a cuento era incapaz de dejar de hacerlo.

—Me voy, pero no creas que esto quedará así —amenazó a Santiago.

Una vez en el hotel Milan la invitó a una copa. Sara, en su línea del sí pero no, se resistió sin demasiada convicción. En realidad, si no la hubiese invitado él habría sido ella la que lo habría propuesto. Le gustaba demasiado y no pensaba dejar escapar la oportunidad de pasar la

noche con él.

Una copa siguió a otra. Parecían estar hechos tal para cual. Si hubiera sido algo más observadora se habría dado cuenta de que Milan la estaba embriagando con algún fin predeterminado. Pidió una botella de cava y cuando ya Sara se había bebido la mitad le dijo de subir a la habitación con el viejo, pero siempre efectivo cuento, de que estarían más cómodos. Sara olvidó por completo a Marcos. Reía y bailaba con la música que había puesto él sin darse cuenta de que cada vez que vaciaba la copa Milan se la llenaba y ella bebió y bebió hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas, aflojándole las piernas.

Se agarró del cuello de Milan. Acercó la boca a la del joven que la aprisionó con sus labios buscando su lengua con avidez. Le cogió la copa de las manos antes de que esta cayera al suelo y la condujo a la cama despacio. Sabía que no estaba bien acostarse con una mujer en su estado de embriaguez, pero al fin y al cabo los escrúpulos no eran su fuerte y, qué caray, para eso había subido a su habitación. Él sabía perfectamente que ella lo estaba deseando. Sara era desinhibida por naturaleza, pero el alcohol había ayudado bastante.

—¿Y mi copa? Yo tenía una copa. Quiero más, tengo mucha sed —decía estirando la mano hacia Milan como si aún llevase la copa en la mano.

—Se ha terminado —dijo él con la boca sobre la de Sara.

—No seas rancio, anda, dame otra copa, guapo. No seas malito.

Milan empezó a besarla esperando que olvidara el cava, la quería un poco lúcida, aunque tampoco hacía falta que demasiado. Necesitaba sacarle toda la información que pudiera. Quizá debería trabajársela un poco más, pensaba mientras le abría la blusa y dejaba al descubierto un sujetador de encaje negro y traslúcido. Definitivamente no le iba a costar mucho la tarea que se había impuesto.

—¿Qué haces? Quiero otro trago. Tengo sed. ¿No me has escuchado? No pensarás que es gratis todo lo que buscas de mí.

Milan no se lo esperaba, pensaba que Sara estaba bastante bebida y que le iba a ser fácil hacerla hablar. Sonrió. Le había salido dura de roer. Aunque ella no sabía quién era él. Volvió a llenarle la copa y pensó que por lo menos disfrutaría de una noche que no tenía prevista.

Mientras ella bebía él empezó a besar su cuello. Olió el aromático perfume que emanaba de su pelo, aquello era algo que siempre lo encendía.

Bajó por la clavícula y saboreó el pezón por encima de la blonda del sujetador. Sara echó la cabeza hacia atrás, depositó la copa en la mesilla de noche y se entregó a lo que más la excitaba, hacer el amor con algún desconocido joven y guapo. Para desconcierto de Milan empezó a llevar las riendas del encuentro. Le encantaba ese juego de poder. En aquel momento podía ser honesta consigo misma, no necesitaba fingir amor. Milan lo entendió a la perfección, dejó que Sara practicara con él ferozmente, en realidad a él también le gustaba de vez en cuando

dejarse llevar, no tener que estar siempre alerta.

Despojó a Milan de toda su ropa mientras le decía al oído que se preparase para ver fuegos artificiales. No se quitó la falda del todo, se la remangó y fue a quitarse las medias sacando primero los zapatos.

—Déjate los zapatos.

Tal como le había indicado Milan después de quitarse las medias volvió a ponerse los zapatos, se quedó erguida y le puso un pie sobre el pecho. Clavó el fino tacón en su piel, este le cogió el tobillo con una mano acariciándole la pantorrilla y subiendo la otra por el muslo, quedando patente la excitación de Sara.

La habitación estaba fría al despertar. Sara se estremeció, se rodeó el cuerpo con los brazos y se acercó a la ventana. Limpió el vaho de los cristales con la manga de la camisa de Milan que se había puesto al levantarse. Se había pasado con el cava y tenía un terrible dolor de cabeza y la boca seca y pastosa. Paseó la vista por la mesilla bajándola al suelo buscando la botella por si quedaba algo, pero la vio tirada al lado de la cama, vacía. Se sentó en una silla y siguió mirando por la ventana como pequeños copos de nieve blanqueaban momentáneamente el césped del jardín. En un primer momento había pensado marcharse sin decir nada, volver a su habitación y seguir con su vida, pero no era tan inocente como podía parecer, sabía que él quería algo de ella, o quizá la necesitaba, no sabía para qué, pero su intuición no solía fallarle.

Se preparó un expreso en la cafetera que había en el cuarto y esperó a que Milan despertase. El interés que había demostrado en ella no era normal, había algo debajo de su amabilidad que no le gustaba demasiado. “Pienso descubrir qué te traes entre manos, José García, o como quiera que te llames”

Necesitaba un cigarrillo.

Estaba rebuscando en el bolso por si llevaba alguno trasnochado en algún paquete olvidado. Se había propuesto dejar de fumar, pero le estaba costando y de vez en cuando necesitaba quitarse el mono con alguno.

Mientras rebuscaba sonó el móvil y se le aceleró el corazón.

—Dime —contestó con desgana.

—Cariño, no me has llamado para decirme cómo ha ido todo. Me tenías preocupado. ¿Cómo está Marcos? ¿Qué le ha pasado?

Todavía no se explicaba qué hacía con aquel insulso. Hacía tiempo que quería cortar con él, pero de momento le era útil, de otro modo ya lo habría dejado, aunque cada vez le daba más pereza seguir a su lado. Quizá era una reacción al rechazo que los mellizos sentían por él. Nada le gustaba más que llevarle la contraria al mundo entero si era necesario.

—Marcos está bien, no te inquietes. Volveré en cuanto pueda, no te preocupes por mí,

soy mayorcita, no necesito un guardaespaldas.

Dicho esto, colgó sin esperar respuesta.

El timbre del móvil había despertado a Milan. Bueno, no tanto como despertado, llevaba unos minutos haciéndose el dormido esperando una reacción por parte de Sara. La había visto prepararse el café y rebuscar en el bolso, cosa que lo intrigó, llegó a pensar que buscaba un arma, deformación profesional, supuso, luego la oyó renegar entre dientes por un “puto cigarro” y siguió esperando la resolución.

—Lo siento. ¿Te he despertado? —Dijo Sara al verlo abrir los ojos por fin.

—Ha sido el olor a café —bromeó—. En realidad, he dormido más de lo habitual en mí. Demasiado ejercicio anoche —le guiñó un ojo al decirlo.

Al escucharlo levantó una ceja. ¿Aquello lo decía como broma, como excusa o de verdad? Había estado bien la noche, pero tampoco era para tirar cohetes, pensó Sara. Aunque potencial tenía. Estaba segura que si se seguían viendo acabarían teniendo sesiones memorables.

—Con el tiempo seguro adquieres la experiencia que te falta, pipiolo, te lo dice mami.

A Milan no le gustó nada el tono jocosos en que le contestó, así que contraatacó.

—Eso está por ver. Por lo que veo a tu ex no parece que lo tengas demasiado satisfecho. ¿Le has preguntado a Uxía si se porta bien en la cama?

Sara demudó el color de la cara al escuchar que su ex podía estar con otra. Además, ella no sabía nada de aquella tal Uxía, los mellizos no le habían dicho que su padre tuviese novia.

—¿Uxía? ¿Se puede saber quién es esa fulana?

—¿Cómo? ¿Qué no lo sabes? Vaya por Dios, te creía mejor informada.

—Ya veo por dónde vas. Esperabas que te diera información de esa tal Uxía. Es tu mujer, ¿me equivoco?

Sara se relajó. Ahora entendía el jueguito que se traía. Él pensaba que ella estaba informada de las conquistas de Santiago, aunque en realidad sí que estaba sorprendida intentaba disimular. Tan enamorado que decía que estaba de Dunia y qué pronto la había sustituido. La información es poder, sí señor. Esto me ayudará con el juez y la custodia. Sonrió para su adentro y cogió el bolso para ir a desayunar. Aquella noticia le había abierto el apetito.

A Sara sus hijos claro que le importaban, pero lo justo, ella siempre se había puesto por encima de todo y de todos. Los problemas en su matrimonio siempre habían surgido por el mismo motivo. Cuando nacieron los mellizos entró en una depresión post parto, que según ella todavía le duraba, así que Santiago muchos días tenía que llevarse a los niños a la consulta y era la enfermera la que le ayudaba a cuidarlos mientras él atendía a los pacientes. Había pasado mucho tiempo y no creía que ningún juez hiciera caso del dato, al contrario, esperaba que le beneficiara. Ahora tendría nuevos motivos para que siguieran denegándole la custodia

compartida que era lo que pedía Santiago. No, no y no. Jamás accedería a darle la custodia y, si lo podía conseguir, tampoco le dejaría que los viera nunca más. Santiago la había humillado pidiéndole el divorcio. La había humillado enamorándose de otra y ahora la volvía a humillar enredándose con esa tal Uxía, cómo sería que ni siquiera los críos le habían hablado de ella, y esperaba que no lo hicieran, porque esos críos eran gilipollas y se encaprichaban con la primera fulana que se acostaba con su padre. A ellas sí y a su pareja no lo querían ni ver. Habían salido al padre, de eso no le cabía duda, lo único que hacían bien era humillarla a ella. Victimizarse también se le daba de perlas.

Milan percibió cierta irritabilidad en sus palabras. Una reacción que le indicaba que aquel era el camino a seguir. No se equivocó cuando la vio por primera vez.

Sara le iba a ser de gran utilidad.

Bajó a la cafetería y la vio sentada a una mesa desayunando tostadas con mantequilla, mermelada, zumo de naranja y café. Su primera impresión había sido que era de aquellas mujeres que apenas tomaban un café negro por la mañana para mantener el peso a raya. Le alegraba que no fuese su caso. Se acercó por detrás, le dio un beso en la mejilla y se sentó frente a ella.

—¿Te molesta si desayuno contigo?

—Ya te has sentado. Haz lo que te venga en gana.

—Por favor, me pone lo mismo que a la señora, gracias. —pidió a la camarera.

Sara siguió comiendo la tostada y bebiendo zumo como si Milan no estuviera con ella.

—Háblame de Uxía —dijo Sara después de mirarlo fijamente durante unos minutos y exhalar un largo suspiro.

Capítulo 16

Toca hacer reposo

Mientras Santiago mantenía otra acalorada discusión con Sara por teléfono, Esteban acomodó a Marcos en la habitación de su padre que era la más grande y cómoda. Desde allí escucharon como Santiago perdía de nuevo los nervios y mandaba a su ex a un lugar nada agradable.

—No creo que te beneficie mucho que le hables así. Debes controlarte o Sara nunca accederá a compartir la custodia de los gemelos —aconsejaba Esteban.

—Tranquilo, el berrinche ha sido después de colgar. En este momento mi única meta en la vida es quitarme el tatuaje de imbécil que debo llevar grabado en la frente. Esta mujer me supera, saca lo peor de mí en cuestión de segundos. ¿Puedes creer que después del pollo que montó ayer ahora dice que igual se va para su casa? Ni siquiera tiene intención de venir a ver a su hijo. ¿No los quiere tanto? Es más falsa que un duro de plástico, por Dios.

Su amigo lo dejó desahogarse. Conocía a Sara muy bien y sabía lo exasperante que podía llegar a ser. Su egocentrismo no tenía límites, al igual que su perversidad.

Marcos había insinuado que no le apetecía quedarse en la cama, que quería ir a buscar a su hermano, no podían pasar el uno sin el otro, y de paso y sin que se notara demasiado quería ver a Uxía.

—De eso nada, señorito, el médico soy yo y por ahora usted no tiene el alta médica. Tranquilo, ya le digo a tu padre que vaya a dar las gracias a la vecina y se traiga a Hugo de paso.

Marcos hizo un mohín, pero no puso más objeciones, sabía que la palabra del médico era sagrada en aquella casa.

El día no acababa de levantar y la humedad se calaba en los huesos, Esteban miró la habitación buscando el radiador o algo que diera un poco de calor. Lo único que encontró fue una chimenea llena de troncos, menos mal que Santiago había sido previsor, pensó, pero ¿cómo coño se encendía una chimenea de troncos de verdad? Estamos en el siglo veintiuno, por favor, será todo lo bucólico que quieras, pero donde se ponga un radiador, o si me apuras, hasta una estufa de butano, que se quite todo lo demás, se decía mientras intentaba prender fuego con unos periódicos que había al lado y supuso que serían para tan arcaico sistema.

Marcos reía viendo los infructuosos esfuerzos que hacía el amigo de su padre por calentar

la estancia. El humo se le metió en los ojos que le empezaron a lagrimear sin piedad. Intentó incorporarse de la cama, pero se llevó la mano a la cabeza por la punzada de dolor que sintió, así que desistió tapándose la cara con el embozo de la sábana intentando no respirar el humo.

—Iba a ayudarte con la chimenea, pero me duele mucho la cabeza, creo que voy a dormir un rato.

Esteban dejó el infructuoso intento de hacer fuego para Santiago, quien suponía que a aquellas alturas ya se habría convertido en un experto, él seguía siendo un urbanita redomado y el agro le gustaba para pasar un fin de semana y que lo atendieran, si podía ser, en un buen hotel.

Hugo se quedó en la puerta de la habitación sin saber qué hacer. Siempre había sido bastante más tímido que su hermano y al verlo con los ojos entrecerrados pensó que dormía, así que se propuso esperar a que despertase para no molestarlo. Marcos se hizo el dormido mientras su padre acababa de encender la chimenea, puesto que Esteban había sido incapaz.

Esperó a que este saliese de la habitación antes de meterse con su hermano.

—¿Te vas a quedar mucho rato ahí, tío? —protestó Marcos desde la cama.

—Menos mal que estás bien, menudo susto me has dado, idiota —se acercó Hugo a la cama y se sentó al lado de su hermano.

—Cuenta, cuenta. ¿Qué tal con Uxía? Con lo corto que eres seguro ni te has acercado. ¿Te colaste en su habitación cuando estaba durmiendo? Yo lo habría hecho, a ti seguro que ni se te ocurrió.

—Eres un salido. Sólo piensas en tías. Podrías centrarte más en estudiar, que luego me toca a mí hacerte los deberes. Algún día se van a dar cuenta de que no tienes ni idea, que lo sepas.

—Eres un mojigato. A este paso nunca vas a perder la virginidad —Marcos empezó a reír su propia gracia.

—¡Déjame en paz! Ni que tú te tiraras una cada día. Mejor me hubiera quedado con Uxía, al menos ella sí se interesó por mí.

—Eso habrías querido tú.

Marcos le tiró un cojín a la cabeza a Hugo que se había levantado molesto por las insinuaciones de su hermano.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A ti no te han dicho que tienes que descansar? Hugo, ¿qué ha pasado? ¿No sabes que tu hermano está convaleciente? Parecéis críos.

—Papá, es que Marcos...

Su padre no lo dejó continuar. Lo hizo salir y cerró la puerta tras él.

Santiago sentía que el corazón le estallaba, quería hablar, pero no le salían las palabras

adecuadas, se sentía inútil en su ineficaz intento. Habla, que pareces mudo, se decía, pero al intentarlo empezó a tartamudear. Quería invitar a Uxía a cenar para agradecerle el que hubiese cuidado de Hugo, pero ella no parecía querer ayudar demasiado. Después de tanto esfuerzo ella se negó poniendo por excusa que tenía que trabajar.

—Es domingo —susurró a modo de protesta.

—Trabajo todos los días.

—¿Puedo preguntar en qué trabajas? —se envalentonó—No me parece normal que trabajes todos los días, los días de descanso son obligatorios en cualquier empresa, a no ser que no tengas contrato y te estén explotando.

—Mi trabajo no es algo que te incumba.

—No, claro que no —volvió a farfullar—, pero me lo preguntaba por los horarios tan raros que haces. Si te puedo ayudar en algo —no le dio tiempo a terminar el ofrecimiento.

—Tú no sabes nada de mí, no necesito que nadie se compadezca o me tenga lástima. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola. No necesito ningún machito de pacotilla a mi lado.

Uxía cada vez levantaba más el tono de voz dejando prácticamente KO a Santiago.

—Perdona, lo último que pretendía era molestarte. Sólo quería agradecerte que hayas cuidado de Hugo.

—Ya lo has hecho. Lo cuidé porque tampoco me diste otra opción. Adiós —dijo mientras empujaba la puerta dejando a Santiago más confundido que al principio.

—Siento que te sintieras obligada, espero no tener que volver a pedirte otro favor —se lamentó a través de la puerta.

Aquello no se lo esperaba, pensaba que ya habían traspasado el umbral del mero saludo, pero parecía ser que lo que habían hecho era retroceder. Uxía se mostraba de nuevo impenetrable, tan hermética como el primer día. Podía haberla llamado por teléfono, pero pensó que era más correcto hacerlo en persona, así tenía una excusa para volver a verla, aunque para nada esperaba un comportamiento tan seco y cortante. A su mente volvió la pregunta que se hizo cuando la conoció. ¿Qué demonios le habrá pasado para ser tan huraña? Ha debido ser algo muy gordo. ¿Pero qué?

Caminó hacia su casa con la cabeza gacha y arrastrando los pies. No esperaba una banda de música, pero tampoco que le cerrara la puerta en las narices. Iba tan desanimado y pensativo que no se dio cuenta del coche que se había parado unos metros más abajo y cuya conductora lo seguía con la mirada.

¿Así que esa es Uxía? Una malévola sonrisa apareció en los labios de Sara. Conocía a Santiago y sabía que algo no había ido bien en la conversación con la que pensaba que debía ser su novia, amante o concubina. Cualquier calificativo le venía bien. La zorra que se acostaba con su ex. Eso le quedaba mejor. Tiene cara de mosquita muerta, pensaba, mientras maquinaba un

plan para acercarse a ella, de momento se presentaría en casa de Santiago por sorpresa, lo que ella más disfrutaba en la vida era sorprender y no para bien si era posible. Aunque primero le haría una visita a ella a ver de qué pie cojeaba.

Santiago no merecía el aire que respiraba y ella se iba a encargar de que la niñata esa lo odiase tanto como lo odiaba ella.

—¿Qué quieres ahora? —Contestó Uxía sin abrir la puerta.

—¿Uxía? ¿Puedes abrir un momento? Soy Sara, la ex de Santiago, me gustaría hablar contigo, si puede ser. Creo que te interesa lo que tengo que decirte.

La joven se quedó paralizada, para nada esperaba una visita como aquella. ¡Qué demonios se le habría perdido a esa mujer allí! Que se vaya a ver a su hijo que es lo que tiene que hacer. Pensaba todo eso mientras se debatía entre abrir la puerta o dejar que pensase que no había nadie. De repente aquel pueblo se había vuelto demasiado transitado para su gusto y sus necesidades.

—¡Ábreme! Será sólo un momento, te lo prometo. Sé que estás ahí, he visto salir a Santiago hace unos minutos.

Dios, aquello era una puta pesadilla. ¿Por qué no la dejaban en paz? ¿Es que tenía un imán que atraía a lo más rarito de la sociedad?

Por fin se decidió a abrir y quitarse aquel marrón de encima.

—¿Qué quieres? Vé al grano, tengo cosas que hacer —le dijo agriamente.

Sara la evaluó de una mirada. Joven. Guapa... Asustada. O no es trigo limpio, o guarda algún secreto, pensó.

—¿No me vas a dejar entrar?

—No. Di lo que sea que tengas que decir y vete, no estoy para juegos de intriga.

Le molestaba enormemente que el corazón le latiera desmesuradamente, seguro se daba cuenta en el estado de nervios en el que se encontraba y eso la ponía más nerviosa todavía. Todo parecía gritarle que estaba allí porque se escondía del mundo, que tenía heridas difíciles de restañar.

Además, aquella mujer no le gustaba. Había algo en ella que le repelía, notaba como podía ver a través de ella.

—Mujer, he venido a advertirte de Santiago, eres muy joven y estoy segura que no sabes nada de la vida. Sé que se ha encaprichado de ti, pero ten cuidado, no es el hombre que dice ser. No serás la primera a la que embauca con sus palabras tiernas y luego deja tirada como a un klinex. ¿Te ha hablado ya de Dunia?

—Mira, ni sé quién es Dunia ni me interesa, lo que haga tu marido con su vida es cosa suya, a mí no me incumbe —se sorprendió a sí misma al notar que no le temblaba la voz tanto

como esperaba—. Yo no tengo nada que ver con él. He cuidado a su hijo por hacerle un favor, nada más.

—Bueno, cielo, espero que no te haga daño, a mí me hizo mucho. Mi psiquiatra puede dar fe de ello.

Uxía apenas había abierto unos centímetros la puerta por lo que Sara intentaba por todos los medios fisgar el interior de la casa. La negativa a dejarla entrar le había sentado como una patada en las espinillas y apenas podía disimular.

Era buena actriz, pero aquella mosquita muerta la estaba sacando de sus casillas. Por mucho que atisbase lo poco que podía ver era una casa en penumbras, y reflejado en un espejo, de lo que supuso era el comedor, un escritorio con un ordenador encendido y unos folios desparramados por la superficie que quedaba libre. Suficiente para que ella empezase a especular toda clase de intrigas. El resto de lo que puede observar lo encuentra desangelado, apenas había muebles. A la Sara decoradora le daba grima aquella casa tan impersonal. No era capaz de imaginar qué había visto Santiago en una mujer con tan poca clase, pensaba arrugando la nariz.

—Si eso era todo lo que tenías que decirme ya me lo has dicho. Siento tener que dejarte, pero tengo mucho trabajo.

—Creí que era mi deber avisarte. Eres muy joven y tienes mucha vida por delante, no la hipotèques con el hombre equivocado. Adiós, cielo, me ha encantado conocerte —quiso darle dos besos, pero Uxía los rechazó tirando la cabeza hacia atrás.

Cerró la puerta dejando a Sara tan desconcertada como un rato antes había dejado a Santiago.

“Vieja chismosa” pensó sentándose de nuevo ante el ordenador para seguir esbozando lo que esperaba que fuera su primera novela. Se sentó ante el escritorio, pero se sentía tan humillada, tan alienada que no era capaz de pensar en otra cosa que no fuesen las palabras de Sara.

Sara se fue al coche donde la esperaba Milan.

—¿Era ella? —preguntó impaciente.

—Pues ni ha afirmado ni ha desmentido —contestó enigmática.

Milan la miró fijamente y a Sara le entró un escalofrío al verse reflejada en aquellos ojos fríos y duros como el acero.

—Sí, era ella. ¿Puedo preguntar qué vas a hacer? ¿Te la vas a llevar a la fuerza?

—Y tú me vas a ayudar.

Capítulo 17

vuelta a la rutina

—Ha sido un fin de semana de lo más interesante.

Esteban se despedía de Santiago y los mellizos cuando aparecieron Sara y su acompañante que, de momento, se quedó dentro del coche. Su ex arqueó las cejas mirando a Esteban que se encogió de hombros sin saber qué decir. Santiago retuvo el aliento mientras Sara hacía su entrada triunfal.

Santiago no pensaba permitir que su presencia le afectara como antes. Tampoco le sorprendía que estuviera allí, aunque hubiese dicho que no pensaba ir. Era típico en ella decir una cosa y hacer la contraria, de hecho, había llegado a la conclusión de que ella se sentía importante haciendo esas chiquilladas.

Mirándola bien, le pareció que estaba algo más delgada que de costumbre, siempre se había cuidado, pero Santiago pensaba que cada vez estaba más obsesionada con su aspecto. Hacía frío, aunque ella no parecía notarlo, la poca ropa que llevaba se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y como tantas veces, Santiago siempre se preguntaba cómo podía conducir con aquellos tacones tan altos, pensaba que había llegado con su coche, sin provocar un accidente.

—Bueno, chavales —acabó de despedirse Esteban—, me tengo que ir si quiero llegar con buena hora a Barcelona. Portaos bien —les guiñó un ojo mirando a sus padres con una sonrisa cómplice.

—Adiós, vuelve pronto, ¿vale? Ha sido un finde genial —contestó Hugo.

—Ya lo creo que ha sido genial, sobre todo para ti que has dormido con ella —apostilló Marcos desde el sofá, haciendo rabiar a su mellizo como siempre que tenía ocasión y dejando en su madre un eco bastante desagradable.

—Adiós, Santiago, nos hablamos —dijo haciendo la señal del teléfono con la mano en la oreja—. Sara —se dirigió a la ex de su amigo al salir por la puerta.

Sara levantó la cabeza y lo miró con altanería. Ni siquiera contestó. Esteban nunca había sido santo de su devoción y ahora menos, ya que, según ella, era la persona que había influenciado a Santiago para que la dejara. Sara siempre encontraba a quien echar la culpa de todo lo que ella consideraba desagradable para su comodidad.

Esteban tenía prisa, pero era porque antes de irse para Barcelona quería pasar a despedirse de Uxía. Con la excusa de disculparse intentaría que le diera su número para poder llamarla de vez en cuando.

—¿Qué *carallo* quieres ahora? —contestó Uxía a través de la puerta.

—Vine a despedirme, me marcho ya —respondió—, siento haberte molestado.

Pasados unos segundos que le parecieron horas empezó a dar media vuelta pensando que no le abriría. Cuando notó que la puerta se abría dejando una estrecha rendija por la que apenas asomaba un ojo se giró sorprendido. Esteban la miró con curiosidad, nunca sabía qué pensar de ella y mucho menos qué esperar.

—Está bien, ya te has despedido.

—¿Ni siquiera me vas a abrir del todo para que te pueda dar dos besos?

—He soportado el correspondiente cupo de visitas por hoy. Estoy cansada y no me gusta socializar, creí que había quedado claro —era la frase más larga que Esteban le había escuchado desde que la conocía.

Uxía aflojó la presión y abrió un poco más la puerta.

—Si lo dices por Santiago, no te preocupes, se ha presentado su ex a tocarle las narices y encima venía acompañada, la muy hipócrita. Creo que su nuevo amiguito debe ser gallego, como tú, al menos el coche llevaba unas pegatinas de Arteixo, un pueblo precioso, yo estuve allí un año de vacaciones.

Al escuchar lo de la pegatina Uxía se puso a temblar. Milan la había encontrado, seguro. Pero, ¿qué relación podía tener con Sara y Santiago? ¿Habría descubierto Santiago quién era ella y lo había avisado? ¿Estarían conchabados los tres? Le iba a explotar la cabeza. El color desapareció de su cara sólo de pensarlo.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida. Déjame que te eche un vistazo, soy médico, ¿recuerdas?

Uxía bajó la guardia unos segundos, tiempo que aprovechó Esteban para colarse dentro de la casa, algo le pasaba y no pensaba dejarla sola.

—Vete, por favor, estoy bien, suelo tener la tensión un poco baja, ya se me pasará.

Esteban no se quedó muy convencido, pero tampoco quiso insistir más. Le parecía muy probable que Uxía guardase algún secreto. Algo que la mortificaba y la paralizaba cuando estaba entre extraños. Pero entonces, ¿qué hacía allí? ¿Por qué no estaba con su familia, en su tierra? Y lo que más le llamaba la atención, ¿por qué guardaba una pistola debajo del asiento de su coche? Demasiadas preguntas por el momento y muy pocas respuestas.

—¿Conoces al amigo de la mujer de Santiago? —Preguntó de pronto— ¿Sabes quién es?

—No, nunca lo había visto antes.

—¿Podrías describirlo?

Hizo las preguntas a la desesperada, pero en alguien tenía que empezar a confiar. Ella sola no iba a poder con todo, ya no le quedaban casi fuerzas para seguir huyendo. No le quedaban fuerzas para seguir escondiéndose.

Poco a poco cerró la puerta y, con el corazón acelerado y un nudo en el estómago, aceptó que Esteban se hubiese colado en su santuario.

—No puedo ofrecerte nada, ni siquiera tengo cerveza, lo siento.

—También bebo agua. ¿Tan mal me ves que piensas que sólo bebo cerveza? Si que tienes mal concepto de mí.

—No... no es eso —balbuceó.

—Tranquila, te estaba tomando el pelo. Estás siempre a la defensiva y demasiado seria con lo bien te queda una sonrisa en la cara.

—No entiendo a qué viene tanta galantería.

—Tan sólo pretendía ser amable. Distender el ambiente para que te sientas cómoda con lo que quieras explicarme.

—No necesito que seas amable conmigo, no me siento cómoda ante los halagos y tampoco tengo tanto que explicar —volvió a retraerse.

Ya no estaba tan segura si había sido buena idea haberlo dejado entrar.

—Está bien —concedió Esteban—. Un vaso de agua sí te lo aceptaría.

Pensó que de esa manera se rompería el maleficio con el que habían empezado la conversación. En realidad, no sabía bien cómo acercarse a ella sin que estuviera a la defensiva. Le trajo el vaso con agua y se sentó en una butaca algo raída que había al lado de la chimenea. Esteban pensó que debía ser su rincón de lectura puesto que el sillón parecía tener sus formas. Él dio la vuelta a una silla y se sentó delante de ella. Bebió unos sorbos de agua para darle tiempo a que ordenara sus pensamientos y la miró animándola a tomar la palabra.

—Pensarás que estoy loca.

Empezó a hablar sin tener claro lo que iba a decir, era consciente de que tan solo necesitaba empezar, aunque le resultaba muy difícil. El nudo que sentía en el pecho amenazaba con explotar y entonces no podría controlar lo que sentía, todo lo que llevaba acumulando durante tanto tiempo.

Por fin respiró hondo y sacó fuerzas para empezar.

Con voz vacilante le contó de dónde venía.

Le contó cuanto le había costado llegar a ser periodista y entrar en una buena radio.

Le dijo que había sido su sueño desde niña y que un malnacido se lo había truncado para siempre.

Le dijo que nunca podría volver a trabajar delante de un micrófono por miedo a ser encontrada, que había podido escapar de su maltratador fingiendo su propia muerte, que pensaba que lo había matado, pero no fue así porque era él, estaba segura que el tipo que le había descrito y que acompañaba a la exmujer de Santiago era él, lo presentía, era Milan Rodríguez el peligroso narcotraficante gallego.

Esteban la escuchó paciente, sin darle prisa alguna, sin pensar en que podía estar engañándolo, aunque creía que no, parecía muy sincera a la vez que muy atormentada. Se levantó y fue a la cocina sin pedir permiso, no creyó necesitarlo después de aquella durísima confesión, y le llevó un vaso de agua a ella. Ahora entendía la impersonalidad de la casa, sus miedos a dejar que alguien la reconociese, las persianas siempre abajo y sus temblores al estar con desconocidos. Ahora entendía muchas cosas... si todo lo que le había dicho era cierto y no tenía razón alguna para dudar de ella, además entre todas las confesiones que le había hecho le dijo que estaba escribiendo una novela con la que esperaba ayudar a mujeres que estuviesen pasando por su misma situación. A Esteban le gustó mucho aquella idea.

—Vente conmigo a Barcelona —ofreció de pronto—. Allí nadie te va a buscar.

—¡Estás loco! No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Tienes alguien que te espere aquí? Sólo te ofrezco mi ayuda, no te pido nada a cambio.

—Tengo que trabajar, no puedo dejar mi puesto tirado como si nada.

—Todavía no me has dicho de qué trabajas. No me voy a escandalizar sea lo que sea.

—¿En qué crees que trabajo? ¿Escandalizarte? ¿Por qué?

—Bueno, trabajas de noche. Vas súper arreglada al trabajo y trabajas todos los días. Es obvio, ¿no?

Uxía de pronto se echó a reír, una risa nerviosa que no podía parar, aquello no se lo esperaba, sería por los nervios, o porque lo necesitaba, pero le dio un ataque de risa al imaginar en lo que Esteban estaría pensando. Le vino muy bien reírse, sintió alivio.

—¿Puedo saber qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Crees que me vendo por dinero? —Preguntó cuando pudo serenarse.

—No lo sé. Dímelo tú. Si no para qué necesitarías llevar un arma debajo del asiento...

En el mismo momento en que lo dijo se arrepintió. En realidad, no era asunto suyo, ni su profesión actual, ni lo que llevaba en el coche, pero no pudo controlarse. Uxía perdió el color de la cara. Se levantó, dio la espalda a Esteban que se había quedado sin palabras bajando la cabeza avergonzado, y se puso a mirar a través de la cortina al exterior.

La conversación había empezado bien, pero se había complicado por su torpeza. Uxía, que parecía otra mientras se confesaba, de nuevo había vuelto a su mutismo. Sintió miedo, pensó que se había excedido y el recelo, de nuevo, se apoderó de ella. ¿Había hecho bien en sincerarse tanto? ¿Podía confiar lo suficiente en Esteban? Le temblaban las manos al aguantar las cortinas y le entraron ganas de llorar. Milan de nuevo estaba tan cerca de ella que tenía el presentimiento que en cualquier momento se presentaría allí y ahora sí, ahora acabaría con ella. Estaba segura que no esperaba ninguna explicación, aunque ¿qué explicación podía darle? Le había pegado un tiro, no cabía interpretación ninguna.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando en la calle se escuchó el motor de un coche que subía por la avenida. Uxía se apartó súbitamente de la ventana corriendo de nuevo las cortinas y temblándole el corazón como a un pajarillo recién nacido. Esteban se acercó a ella y la rodeó con sus brazos esperando que su abrazo fuese bien recibido. Uxía no se apartó, dejó caer la cabeza en su pecho y lloró desconsoladamente.

Capítulo 18

Te quedas conmigo

Sara abrazó a sus hijos con un cariño manifiestamente mejorable.

—Mis bebés, cuánto os ha echado de menos mami —decía mientras daba besos al aire para no estropearse el maquillaje.

—Mamá, ¿puedes dejar la comedia para otro día? —refunfuñó Marcos.

Santiago giró la cara para que nadie viera la irónica sonrisa que apareció en ella. Hugo se puso al lado de su padre para evitar el falso abrazo de su madre. Él no era como su hermano, no era capaz de cortar a su madre de esa manera, pero eso no quería decir que no se diera cuenta de su proceder.

Sonó el timbre. Milan se había cansado de esperar en el coche y fue a buscarla. Sara al

escuchar el sonido dio un respingo. Algo en su cabeza le advertía de que aquella nueva amistad se estaba tomando muchas libertades. Había algo en él que le repelía y le atraía a partes iguales, si bien, en el fondo, aunque le costase admitirlo, ella no era tan inocente y sabía que había muchas cosas que no le había contado, por eso le generaba desconfianza.

Se sentía controlada y eso era algo que nunca había soportado con respecto a ella. una cosa era controlar y otra que la controlasen.

—Hola, guapo.

Sara ensayó una trémula mueca, que alguien ajeno pudo haber tomado por una sonrisa, pero que Santiago, que la conocía tan bien, supo al momento que era la desesperación abriéndose paso.

—¿Este es tu nuevo novio? —preguntó Marcos que era incapaz de tener la boca cerrada —. ¿Qué ha pasado con...? Bueno, con el último. Aquel que era idiota, el pusilánime —rio su propia gracia. Había leído aquella palabra en algún sitio y necesitaba exponerla, le encantaba parecer culto a los ojos de los demás. En eso, por desgracia, se parecía a su madre.

—Es un amigo que he encontrado en el hospital.

—Hay que ver qué de cosas te encuentras, mamá —Marcos estaba sembrado.

—Hola, soy Santiago. —Se acercó y le tendió una mano que Milan estrechó blandamente sin pronunciar palabra alguna. Paseó la mirada por la estancia posándola sobre Santiago al terminar el recorrido visual, este intentó mantener el contacto, pero aquellos ojos tan fríos le parecieron los de un ofidio, hipnotizantes, sintió que si se demoraba mucho tiempo en ellos no podría dejar de mirarlo y que de su boca saldría una lengua bífida que lo devoraría. Fue tan solo cuestión de algunos segundos, al momento Milan sonrió y Santiago movió la cabeza pensando que quizá lo había imaginado.

—Preciosa, deberíamos marcharnos, se nos está haciendo tarde —conminó a Sara a la que nunca se había dirigido por su nombre, siempre con un apelativo cariñoso, pero guardando las distancias.

—Sí, vamos. Portaos bien, bebés —recomendó a los mellizos que con una mueca la dieron por despedida.

Una vez en el coche se generó un incómodo silencio.

—Eres gallego ¿Verdad? —se atrevió a preguntar.

—¿Importa eso?

—En realidad no, pero por tu acento... —no la dejó acabar.

—Así que el problema es mi acento. Tanto que he trabajado para neutralizarlo y resulta que se me nota a la legua que tengo acento, ¡ay carallo! —se carcajeó de tal forma que Sara dio un respingo.

—No, no. Problema ninguno, era sólo por decir algo.

—Charles Caleb dijo una vez que, si no tienes nada importante que decir, mejor no digas nada.

Aquella sentencia volvió a dejar noqueada a Sara que ni en sueños hubiera imaginado que aquel tipo, que había llegado a su vida de forma tan fortuita, fuese un borde de cuidado. ¿Por qué le hablaba de un modo tan cortante? Y lo peor no era eso, el problema era que cuánto más lo conocía más se daba cuenta de que debía alejarse de él, aunque también intuía que era demasiado tarde. Se sentía acorralada y no sabía por qué. Había algo en el modo en que Milan la trataba que le resultaba tajante y áspero.

Optó por el silencio y cambió la emisora de radio. La música country no era de su agrado, así que sintonizó Cadena 100 que ponían canciones en español que ella conocía y, aunque nerviosa, las podía tararear para distraerse.

No quería pensar.

Ni la música fue capaz de apaciguar la tensión del mal ambiente que se respiraba dentro del coche. Sara no sabía qué pensar. Le resultaba todo tan ilógico, no lo conocía prácticamente de nada. Se habían acostado, vale, pero ¿Y qué? Ella no pensaba pedirle matrimonio. ¿Por qué ese cambio tan radical? Había sido muy mala idea entablar amistad con un tipo que ni siquiera le había dicho su verdadero nombre.

Ella sabía cuidarse sola, pero algo le *tucuteaba* en el pecho. Un desasosiego le decía que no era de fiar. “En cuanto llegue al hotel recojo mis cosas y me voy, no pienso ni despedirme de este tipo tan gilipollamente extraño”, pensaba.

No le dio tiempo.

—Mi mujer está en esa casa y tú me vas a ayudar a recuperarla —comunicó sin previo aviso, a lo vivo, sin anestesia.

—Yo tengo que volver a Barcelona, tengo que terminar unos trabajos pendientes.

—¿Cuánto cobrarías por esos trabajos? Te pago el doble. A partir de este momento trabajas para mí.

Sara empezó a temblar de pies a cabeza.

—Lo siento, no puedo —contestó con un tono de voz que ella creyó que era firmeza.

—No he pedido tu opinión, te he dicho que trabajas para mí. No me gusta repetir las cosas. ¿Entendido?

Milan tomó su mandíbula con la mano y le giró la cabeza hacia él con violencia.

Sara tembló de nuevo. ¿En qué momento había llegado hasta allí? Había calculado mal. Ella sólo se había fijado en un tipo guapo y joven que pensó que había puesto sus ojos en ella por su experiencia, pero hasta en eso le daba mil vueltas.

¿Quién era en realidad el que se hacía llamar José García? Las preguntas se agolpaban en su cabeza sin posibilidad de respuesta, al menos, no de momento. Sara tampoco es que se dejara

amedrentar, o eso esperaba, la había pillado por sorpresa aquel cambio de actitud tan radical, pero eso pensaba revertirlo, como que se llamaba Sara.

Dio volumen a la radio, sonaba la canción de Manuel Carrasco *Hay que vivir el momento*. Sara pensó que nunca mejor dicho.

Los engranajes de su cerebro empezaron a pensar en la forma de escapar de aquel psicópata. Al llegar al hotel, pensó, me meto en mi habitación y me largo antes de que se dé cuenta.

Ella ya tenía todo organizado en su cabeza imaginando que el plan era perfecto, el problema fue no darse cuenta de que Milan le llevaba ventaja. Él había supuesto precisamente que ella querría hacer eso. En cuanto traspasaron la puerta del hotel dio la orden en recepción de que trasladasen todas las cosas de Sara a su habitación. Al escucharlo palideció de tal manera que el recepcionista le preguntó si se encontraba bien. La rabia que subía por sus entrañas hizo que se repusiera rápidamente. La furia le abrió paso al malestar y mentalmente le declaró la guerra.

La mirada de Sara abandonó la ventana y se posó sobre los ojos de aquel joven.

—¿Qué se supone que esperas de mí? No te conozco. No sé nada de ti. Ni siquiera me has dicho tu nombre. ¿Cómo se supone que podría ayudarte? Sólo quería pasar una noche en buena compañía. Tan sólo buscaba un poco de diversión. ¿En qué momento se torció todo? Tampoco conozco a esa mujer, así que no sé cómo piensas que puedo ayudarte.

Se lo decía a él, pero en realidad reflexionaba en voz alta. Estaba alterada y súbitamente asustada.

Milan la dejó hablar.

La superioridad que emanaba de él, su frialdad, le hacía perder los papeles cada vez más. Estaba fuera de sí.

—¿Has terminado?

Sara dio tal patada en el suelo que tuvo que agacharse y cogerse el tobillo porque con la brusquedad casi se lo rompe.

—Vamos a dejar las cosas claras. Aquí las órdenes las doy yo. Harás lo que yo te diga y no me darás problemas. ¿Entendido?

Sara apretó los puños con tanta rabia que se clavó las uñas en la palma de las manos. Estaba tan ofuscada que no acertó a entender la gravedad del asunto. Levantó altiva la cabeza y miró fijamente a Milan.

—¿Quién te has creído que eres? Gilipollas. Niñato consentido. Tengo más experiencia que tú y si tardo en volver me buscarán. Yo también tengo mis contactos.

Milan sonrió.

No se alteró.

Se acercó a ella con media sonrisa en la cara, quedando frente a frente. La cogió de la melena tirando hacia atrás y arrastrándola la llevó hasta la cama lanzándola de golpe.

—No vuelvas a cuestionar mis órdenes. La próxima vez que lo hagas no tendrás tanta suerte.

Esta vez Sara comprendió que era mejor quedarse callada. De golpe entendió que aquello no iba en broma. El miedo que sentía se convirtió en terror. Se masajeó la cabeza dolorida por el fuerte tirón de pelo y se sentó dando la sensación ante Milan de haber aprendido la lección.

—Voy a pedir la cena —dijo Milan aparentando cordialidad—. ¿Quieres algo en especial?

—No tengo hambre.

El joven se acercó y pasándole el dorso de la mano por la cara le susurró que tenía que comer, que no quería que se enfermase.

—No soy tan desalmado.

La carcajada que vino a continuación asustó a Sara mucho más que todo el rifirrafe anterior.

De pronto se sintió agotada, aunque huérfana de sueño. Tenía miedo de quedarse dormida y que aquel malnacido la arrojase por la ventana. Esa imagen le había asaltado la cabeza en varias ocasiones desde que habían llegado al hotel y le hizo cambiarse a su habitación.

Estaba aterrada, pero esperaba poder disimular. Esperaba que, en un descuido, cuando él se durmiese, podría salir de aquella cárcel.

Llegó cena para los dos, pero ella ni se acercó a la mesa. Las luces del rótulo luminoso del hotel se colaban por las persianas produciéndole una sensación de ahogo y náuseas que no sabía explicar.

Capítulo 19

Barcelona

—Estás en tu casa —dijo Esteban al cerrar la puerta tras brindar el paso a Uxía.

—Gracias, en cuanto pueda me buscaré donde quedarme, no quiero molestar.

—¿Otra vez? Eres muy cansina, que lo sepas. Te he dicho que puedes quedarte el tiempo

que sea necesario... cómo si quieres quedarte para siempre.

La última frase la dijo bajito, casi para él.

Uxía fingió no haberla escuchado.

—Tienes un *loft* muy acogedor.

—No es mío, ya quisiera, pero los pisos en el centro de Barcelona están imposibles. Es de alquiler, lo bueno es que está cerca del hospital que es lo importante, y para mí sólo tengo más que suficiente. Ven, te enseñaré el dormitorio. Única parte de la casa con privacidad.

El dormitorio estaba separado del resto por unos paneles correderos que, si era necesario, se abrían para dar más amplitud al resto de la vivienda.

—Tú dormirás aquí, yo me quedaré con el sofá. Tranquila, es muy cómodo.

—Mientes muy mal. No es necesario. Aunque me llames pesada te lo repito, no tienes que cambiar tus hábitos por mí. Intentaré pasar desapercibida. Sólo necesito una conexión a internet para poder enviar mis crónicas a la redacción. Hace unos días me contrataron como redactora de contenido, así que ya no tengo que limpiar retretes y puedo trabajar desde casa.

Esteban se arrodilló mirando al techo con los brazos elevados.

—¡Por fin! Por fin me has dicho en qué trabajas. Ahora me siento un estúpido por pensar lo que había llegado a pensar.

Siguió con la payasada. Hizo el gesto de clavarse un cuchillo en el corazón implorando a la vez su piedad.

Por primera vez desde que había salido huyendo de Madrid, Uxía estaba riendo con ganas. Por un momento se dio permiso para volver a soñar, para volver a vivir.

—Deberías reírte más, te brillan los ojos de un modo muy especial cuando lo haces.

Uxía no contestó, se ruborizó agachando ligeramente la cabeza para evitar que notase que se estaba sonrojando. Cuando la halagaban se sentía desnuda, se quedaba sin palabras. Nunca sabía qué decir. No era consciente del poder de atracción que esa inocente actitud generaba, sobre todo, en los hombres, puesto que en las mujeres solía ser envidia.

—Ver el mar me recuerda Galicia —dijo mientras miraba el trocito de playa llamada Barceloneta y que se podía divisar desde el apartamento de Esteban.

Esteban no dijo nada, se limitó a contemplarla y ver la sensibilidad que envolvía aquella capa de dureza en la que se había envuelto. Una coraza que él sabía muy bien que, si no se desprendía de ella, llegaría un momento en que sería tan dura, tan pesada e irrompible que le sería imposible salir de allí. Él no era psicólogo, pero sabía muy bien lo que aquella conducta significaba. Lo había visto también en Santiago, necesitó de toda su fuerza de voluntad para generar su catarsis particular. En realidad, eran tan parecidos, habían pasado por situaciones tan similares que, aunque él era consciente de que se estaba colando por ella no quería hacerse ilusiones. Santiago y Uxía parecían estar diseñados el uno para el otro... y eso dolía.

Dolía mucho.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto.

Uxía se giró mientras un rastro de nostalgia inundaba sus ojos.

—No, no te preocupes por mí.

—Tienes que comer, creo que a tu cuerpo le hacen falta algunas proteínas y se las vamos a dar.

Esteban fue hasta la nevera aún a sabiendas de que estaba prácticamente vacía.

Moverse y dejar de mirarla fue la manera que encontró de vaciar su mente de pensamientos sobre ella.

En aquel momento la habría estrechado entre sus brazos y la habría besado con todas sus ganas. Era la primera vez en su vida que sentía esa necesidad. Le gustaban las mujeres, y mucho. Había estado con unas cuantas, cierto, pero esto era diferente, estaba empezando a sentir lo que creía que era estar enamorado y no sabía si le gustaba o le aterraba. Por el momento debería guardarlo para sí mismo. Lo último que pretendía era agobiarla más de lo que ya estaba.

Pararse delante del frigorífico con la puerta abierta no estaba dando el resultado esperado así que bebió un poco de agua fría para intentar despejar la mente y aplacar el cuerpo, sobre todo el cuerpo ya que alguna parte íntima de su anatomía se estaba revelando contra él.

—Me temo que tendremos que pedir a domicilio. La despensa no está lo que se dice bien surtida. Mañana haré un poco de compra cuando salga del hospital. ¿Para esta noche qué prefieres? ¿Pizza, hamburguesa o chino?

Uxía estaba cohibida, tantas atenciones le recordaban los primeros días con Milan, todo era perfecto y a su gusto... hasta que dijo no la primera vez. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Cruzó los brazos sobre el cuerpo para evitar el temblor y contestó.

—Cualquier cosa que pidas estará bien para mí, no te preocupes. Ya te he dicho que no tengo mucha hambre.

Mientras esperaban que llegara el repartidor del restaurante chino, al que Esteban siempre pedía la comida, empezaron a preparar el escritorio, en la habitación, para que ella pudiese trabajar con privacidad.

Cuando se quedó sola se hizo un ovillo en la cama. Sentía un dolor casi físico. Se cubrió los ojos con las manos y lloró desconsoladamente. ¿Cuándo podría dejar de huir? Esa no era la pregunta adecuada, la adecuada era si podría dejar de huir alguna vez.

Capítulo 20

De Emiliano a Milan

Desde temprana edad aprendió a leer. Era un niño brillante, aprendía con rapidez y siempre estaba ávido de conocimientos. Sus abuelos maternos, que eran los que cuidaban de él durante el día, normalmente entre sus regalos de cumpleaños incluían libros.

Le encantaban los libros de capa y espada.

Siempre leyó con ansia todo lo que caía en sus manos, pero desde que leyó por primera vez la novela de Alejandro Dumas; Los tres mosqueteros ya no pudo parar, incluso le dio por llevar una espada de plástico colgada de la cintura.

Fue un niño feliz hasta que su madre enfermó.

El pronóstico no fue bueno.

Le analizaron unos bultos que le habían salido en las axilas y las ingles, se sentía muy cansada y apenas podía probar bocado. El diagnóstico fue demoledor; cáncer linfático, le quedaban pocos meses de vida y no iban a ser fáciles ni para la enferma ni para la familia, les advirtió el médico.

Emiliano acababa de cumplir los trece años por ese entonces.

La noticia aparentemente la encajó con madurez, demasiada madurez, comentaron sus abuelos.

Preguntó qué podía hacer para ayudar y se encerró aún más en sí mismo.

Dejó de leer los libros de sus héroes favoritos y empezó a visitar la biblioteca de su barrio buscando información sobre la enfermedad de su madre.

El desenlace llegó mucho antes incluso de lo que había pronosticado el oncólogo.

Emiliano estaba junto a su madre cuando ocurrió, en el momento en que ella expiró le cerró los ojos, le dio un beso y después de santiguarse, ya que su madre era muy creyente, dijo: ve con Dios, mamá, de los médicos ineptos me encargo yo. Pagarán lo que te han hecho. Dio un puñetazo en la pared y salió a correr en la fría noche viguesa. Llegó hasta la playa y gritó hasta quedarse afónico. Después lloró, maldijo y juró que vengaría la muerte de su madre.

En aquel momento se empezó a forjar Milan Rodríguez.

Una semana después del sepelio de su madre el médico, que no pudo salvarla, se encontró con las cuatro ruedas de su coche pinchadas.

Nadie vio nada.

Cada vez que veía una madre con su hijo de la mano la rabia lo cegaba.

Algo en su interior había cambiado, tanto, que ya ni siquiera disfrutaba con los libros.

Su padre había pedido prestado un dinero considerable para llevar a su mujer a la Clínica Universitaria de Navarra, esperando que allí el diagnóstico fuese diferente o que pudieran obrar un milagro. La única diferencia fue el agujero en su, ya de por sí, maltrecha cuenta corriente. El préstamo se lo hicieron unos supuestos empresarios, que no eran otros que los antiguos contrabandistas de tabaco.

Él lo sabía, pero necesitaba el dinero.

El negocio del tabaco se había quedado pequeño, por ese entonces desde Colombia llegaban barcos cargados de cocaína para su distribución a toda Europa. Un simple pescador no podía pagar aquella deuda, así que se vio obligado a pasar fardos de droga de contrabando.

Él era un hombre justo y trabajador, nunca había infringido las leyes, era algo que su conciencia no le permitía.

La desesperación, la mala conciencia y las amenazas por no poder devolver el dinero a tiempo acabaron también con la vida de su padre.

Milan de pronto y demasiado joven se encontró solo y con mucha rabia acumulada. Ya que la vida le había arrebatado todo se juró que se lo cobraría con creces.

Ahí fue cuando cambió su nombre definitivamente, acertó el Emiliano dejándolo en Milan, poniendo su enorme inteligencia al servicio del mal.

En aquel momento fue consciente de quien era y para qué estaba destinado.

Más lúcido que nunca se miró a un espejo y empezó a forjar la persona que pensaba ser de ahora en adelante.

Capítulo 21

¿Dónde está Uxía?

Marcos ya estaba recuperado del todo, pero seguía aferrado a la idea de quedarse con su padre. De su madre, y por extraño que pareciera, no habían vuelto a tener noticias. Era una madre bastante desnaturalizada, pero nunca había estado tanto tiempo sin contestar al teléfono. El teléfono, precisamente, era su herramienta de trabajo y ni siquiera había dado tono en todo el día.

—Habrás tenido el día ocupado, en cuanto vea las llamadas seguro que contesta —quiso tranquilizar Santiago a los mellizos.

Santiago sabía que cuando Sara estaba metida en algo que le interesaba el resto del mundo pasaba a ser su última prioridad, pero no quería recordar viejos tiempos ya superados... o quizá no tanto como pensaba.

—¿Os apetece chino o italiano? —Preguntó cambiando de tema.

—¿Puede ser pizza? —contestaron los mellizos casi a la vez, sincronizados como

siempre.

—¿No sabéis comer otra cosa que no sea pizza?

Los chavales se encogieron de hombros ante la resignación de su padre.

—¿Podemos llamar a Uxía? Porfa, porfa, di que sí —rogó Marcos juntando las manos a modo de plegaria.

—No creo que debamos molestarla, ya lo hemos hecho bastante estos días, ¿no os parece?

—Venga, papá, si te mueres de ganas de verla — aseveró Hugo guiñando un ojo a su hermano que sonreía cómplice.

A Santiago no le costó mucho ceder a la petición de los mellizos. Hugo tenía razón, se moría de ganas de verla y soñaba con abrazarla y hacerle el amor. ¿Tan evidente era que hasta sus hijos adolescentes lo habían notado?

Debería disimular mejor.

No quería que se hiciesen falsas ideas en la cabeza. Entre Uxía y él no había nada y seguramente nunca lo habría y menos ahora que Esteban se había cruzado entre los dos.

Esteban siempre fue el ligón de la clase, el guaperas que se las llevaba de calle y él el amigo fiel al que se le podía contar cualquier cosa, el que sabía guardar un secreto, aunque se estuviera muriendo de amor por la misma chica.

Esteban era un conquistador nato. A Santiago le había tocado el papel de confidente.

Y él, él no creía estar preparado para una relación seria, y tampoco sabía si lo estaría alguna vez.

Dos fracasos seguidos minaban la autoestima de cualquiera. Si se equivocaba otra vez no lo podría soportar, por lo tanto, un nuevo tropiezo no entraba en aquella ecuación.

—Está bien, llamadla, pero no la atosiguéis si os dice que no, no insistáis, que nos conocemos.

Cedió porque era verdad que le apetecía verla, se conformaría con tenerla cerca un rato, aunque después le tocase sufrir una buena ducha de agua fría.

—No contesta —dijo Marcos que se había apresurado a hacer la llamada.

—Estará trabajando. Lo siento, chicos, otra vez será —aventuró Santiago.

—Pero, papá, mañana nos iremos y será muy difícil volver a coincidir. Mientras llega la pizza podemos ir a avisarla, así nos despedimos de ella. Te puede servir de excusa —insinuó Hugo, siempre “atento” a las necesidades de su padre.

A Santiago no le dio tiempo a decir ni que sí ni que no, los dos salieron trotando en busca de la joven.

Los mellizos eran dos jovencitos altos y desgarbados como la mayoría de los chicos de su

edad. Aunque se parecían bastante no eran dos gotas de agua. Mientras que Marcos había sacado los ojos y el pelo negro de su padre, el carácter era más como su madre, mucho más resuelto y, lo que más escocía a Santiago, algo mentirosillo. Hugo, sin embargo, físicamente se parecía más a su madre. Había sacado su mirada de ojos grandes, pero era algo más apocado, como su padre, por eso siempre iba al reflujo de su hermano, con lo que le daba pie para decir que era el mayor, puesto que había nacido veintidós minutos antes. Y por si fuera poco estaban en esa edad en que tener un grano en la cara era poco menos que una tragedia.

Para haber sufrido la traumática separación de sus padres y todas sus derivadas, no eran unos chicos especialmente rebeldes. Las peores discusiones las habían tenido con su madre cuando empezó a prohibirles que vieran a su padre.

Llegaron a casa de Uxía y llamaron al timbre.

Ni siquiera se dieron cuenta de que no salía luz por ninguna de las rendijas de la persiana. Tampoco se fijaron en que desde un coche aparcado cerca alguien los miraba.

Con cara de consternación se dieron media vuelta para regresar a su casa cuando vieron que se les acercaba alguien. Al verlo mejor pudieron comprobar que se trataba del amigo de su madre.

—Hola, chicos. ¿Sabéis dónde está Uxía? —preguntó Milan con cara de soy el mejor amigo de la humanidad.

—No, no contesta al teléfono y hemos venido a invitarla a cenar pizza, pero parece que no está —contestó Marcos.

—Estará trabajando, eso es lo que piensa mi padre, por eso no podrá contestar al teléfono —Aclaró Hugo, callando al notar el codazo de su hermano en las costillas, puesto que este siempre se sentía obligado a dar explicaciones, aunque nadie se las pidiera.

Milan no estaba muy convencido de que los mellizos dijeran la verdad, pero no le interesaba levantar sospechas. Sara aguardaba en el coche, camuflada entre las sombras. No podía hablar.

Ella que no callaba nunca.

Milan la había amenazado con hacerle daño a sus hijos, y aunque era consciente de no ser una buena madre, también lo era de que sus hijos no merecían que aquel psicópata les hiciera daño. Aunque no lo pareciera ella los quería, aunque sabía que ser madre nunca fue su fuerte. Una lágrima empezó a resbalar por su mejilla, Sara la extirpó rabiosa de un manotazo. No dejaría que aquel malnacido notase su impotencia. ¿Cómo había llegado a esto? Llevaba todo el día haciéndose la misma pregunta. Por unos momentos estuvo tentada a gritar para que la oyeran, gritar que la había dejado encerrada, pero se contuvo. Ella, que siempre había hecho con los hombres lo que le había dado la gana. Ella, que se jactaba con sus amigas de que los hombres a su lado se convertían en marionetas, estaba aterrorizada. Precisamente porque los conocía bien se

había dado cuenta de que Milan no era como los demás. Milan o José García, como ella lo conocía, no sentía ninguna empatía hacia nadie. Estaba segura de que le descerrajaría un tiro en el mismo momento en que ella le llevase la contraria, sin remordimiento alguno. Por eso tenía que pensar un plan, necesitaba tener la cabeza fría para poder enfrentarse a él en sus mismas condiciones.

El coche estaba aparcado al final de la calle, en la esquina. Desde allí la visibilidad era parcial puesto que el grueso tronco de un árbol le tapaba la puerta. ¿Qué les estará diciendo? Se preguntaba. Nada bueno, seguro. No tenía manera de alertarlos, el muy desgraciado le había quitado el bolso con todas sus pertenencias, móvil incluido, o, mejor dicho, el móvil fue lo primero que le requisó. Por si te diera una mala idea, le había dicho con una sonrisa ladina.

Tenía frío, no sabía si debido a los nervios o porque a aquellas alturas del año la temperatura bajaba bastante al decaer el día. Se cruzó el cuerpo con los brazos y esperó a que volviese su secuestrador.

—Tranquilos, chicos, no pasa nada. Quería despedirme de mi amiga Uxía, pero veo que no puede ser, cuando la veáis, ¿le podríais decir que me llame? Ella sabe mi número.

Les guiño un ojo como si fuera el mejor de sus amigos y se fue despacio hacia el coche. Al llegar al auto se puso a manipular el maletero vigilando a los mellizos por si le hubiesen mentido y ella estuviese dentro.

En cuanto los chavales doblaron la esquina, Milan se puso a mirar por las ventanas observado por Sara y la vecina de enfrente.

—¿A quién busca? —Se asomó al balcón curiosa— la joven se marchó ayer con el amigo del dentista —informó.

—¿Sabe a dónde se ha ido?

—No, era una joven muy reservada, apenas hablaba con nadie. Y eso que ya llevaba un tiempo viviendo aquí, pero, entre usted y yo, era un poco rarita, la verdad.

—Muchas gracias, señora, me ha sido usted de gran ayuda.

—Estamos para ayudarnos, si vuelve ¿quiere que le diga que ha estado aquí?

—No, no se moleste. La llamaré por teléfono, seguro que es que se ha quedado sin batería, era cosa de trabajo, pero no es urgente.

Vieja entrometida, pensaba, mientras le sonreía con cara de póker.

—¿Dónde vive el amigo de tu ex? —Espetó a Sara en cuanto entró en el coche.

—No tengo ni idea, nunca tuve buena relación con Esteban.

—Pues toca averiguar, a primera hora de la mañana nos vamos a Barcelona. Es médico, ¿no? Pues en algún hospital tendrá que trabajar.

—¿Quién es esa mujer? ¿Por qué es tan importante para ti? —Se aventuró a preguntar Sara.

—Eso a ti no te importa.

—¡Me has secuestrado! No me dejas llamar a mis hijos y ¿tienes el valor de decir que no me importa? Vamos hombre. ¡No me jodas!

Sara se envalentonó sin pensar en las consecuencias. Milan no era un hombre al que se le pudiera decir qué hacer, pero ella tampoco. ¿En qué momento pudo siquiera pensar que podía utilizarlo?

Estuvo torpe en su apreciación.

Su necesidad de sexo con hombres jóvenes y guapos le estaba pasando factura. Hasta entonces le había salido bien, pero en el futuro, si es que había un futuro para ella, debería tener más cuidado, se prometió.

Capítulo 22

Nos vamos de viaje

El móvil de Esteban empezó a sonar mientras cenaban. Miró la pantalla.

—Es Santiago —informó.

—¡Hola, Santiago! ¿Pasa algo?

—¡Hola, Esteban! Pasar, pasar, no exactamente. Quería preguntarte si está Uxía contigo.

Esteban se la quedó mirando. Activó el altavoz para que ella escuchara. No sabía cómo se había enterado de que estuviera allí, pero estaba seguro que lo sabía. Conocía perfectamente a Santiago y sabía que la pregunta era retórica. Interrogó a Uxía con la mirada esperando que le dijese qué debía contestar, aunque mentirle no serviría de nada. Uxía asintió con la cabeza, a ella

tampoco le gustaba mentir.

—Sí, está aquí —contestó escueto.

—Está bien, sólo quería confirmarlo.

Santiago notó como el suelo se hundía a sus pies.

Le dolió que no hubieran tenido el coraje de decirle que estaban juntos.

Le dolió todavía más que su mejor amigo no confiara en él.

Le dolió el mundo entero que creía llevar sobre sus hombros.

Se disponía a colgar cuando escuchó que Esteban decía algo, aunque no entendía nada de lo que decía. Su cabeza era una tormenta a punto de estallar.

—Santiago, ¿me escuchas? —preguntó Esteban ante el súbito mutismo de su amigo.

—Sí, sí, perdona, me había distraído —contestó cuando pudo articular las palabras.

—Te decía que no vayas a pensar lo que no es, que nos conocemos. Uxía se ha venido conmigo por su seguridad. El amigo de tu ex parece ser que la conoce y no es muy de fiar.

Esteban notó como Santiago expulsaba todo el aire acumulado en sus pulmones. Sabía que le gustaba Uxía tanto o más que a él, era consciente de que no iba a jugarle sucio, pero tampoco era estúpido y si ella se enamoraba de él no lo iba a impedir.

—Tranquilo, no tienes por qué darme explicaciones. Sois adultos los dos y supongo que sabéis lo que hacéis.

Colgó, no podía seguir hablando. No sin que se le notase la decepción. Ni siquiera él se había dado cuenta hasta entonces de cuánto le interesaba Uxía. Había intentado por todos los medios a su alcance reprimir sus sentimientos aduciendo que no podía volver a fracasar, que ella era demasiado joven y seguramente preferiría a alguien de su edad, pero que hubiera preferido a su amigo, no, aquello no lo podría superar. De nuevo se repetía la historia. Su vida consistía en llegar tarde una y otra vez.

Lo primero que pensó fue ponerse una copa. Embotarse la cabeza para poder así dejar de pensar.

Los mellizos estaban allí, estaban notando los cambios que iba experimentando su cara a medida que asumía su nueva derrota. No, Santiago, no los vas a hacer pasar otra vez por lo mismo. Estás aquí precisamente por no saber gestionar tus decepciones, acostúmbrate, que la vida está llena de ellas y de eso tú sabes bastante, se decía intentando insuflarse un ánimo que estaba lejos de sentir.

Para no caer en la tentación, no se sentía seguro de sí mismo en aquellos momentos, cogió la botella de wiski y la vació por el fregadero ante la atónita mirada de sus hijos, que no entendían nada de lo que estaba pasando. O quizá entendían más de lo que su padre pensaba.

El teléfono empezó a sonar, miró la pantalla y vio que era Esteban. Colgó directamente.

No le apetecía escuchar ridículas explicaciones sobre por qué estaba Uxía con él en Barcelona. Era obvio, por muchas excusas o explicaciones que estuviese dispuesto a darle.

—No lo coge —comentó Esteban— se está montando una película en la cabeza. Lo conozco perfectamente.

Uxía no sabía qué hacer ni qué pensar. A lo mejor se había precipitado al salir de aquella manera.

Quizá huir no era la solución.

Quizá debería afrontar el problema de frente, pero se sentía tan pequeña e indefensa ante Milan que era incapaz de mirarlo de nuevo a los ojos.

—Es tarde, vete a dormir, supongo que mañana tendrás que trabajar y necesitas descansar. Yo escribiré un rato, pero no te molestaré. Buenas noches, Esteban, y de nuevo muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—Descansa tú también, buenas noches. ¡Ah! Una cosita, te pido por favor que no me vuelvas a dar las gracias.

Le guiñó un ojo con aquella sonrisa que sabía él que derretía el corazón de cualquier mujer y le dio un paternal beso en la frente. Uxía, por un momento, se sintió reconfortada.

Esteban buscó una almohada y un edredón y se dispuso a acostarse en el sofá. Al día siguiente le tocaba guardia y como le había recomendado Uxía necesitaba dormir.

Uxía se fue a la habitación y encendió el portátil. Abrió el archivo de lo que esperaba que fuese una novela y puso música clásica de fondo, muy suave para no molestar a Esteban, Mozart era su compositor fetiche, le ayudaba a concentrarse.

Normalmente funcionaba, pero aquella noche no, aquella noche era incapaz de escribir una coma. Las palabras de Esteban resonaban en su cabeza. “Santiago se está montando una película” ¿Qué habría querido decir con aquello? ¿Qué estaban juntos? Ella no creía haber dado pie a ninguno de los dos para pensar que pudiera ser algo más que una amiga. Apenas conocía a ninguno de los dos. No era tonta, se había dado cuenta de cómo la miraban, y eso era lo preocupante. No estaba preparada para empezar una relación; ni con Santiago, ni con Esteban, ni con nadie. Necesitaba sanar. No se salía de una relación tan tóxica como la suya de un día para otro.

¿Qué hago aquí? Pensó de repente. Había salido de una jaula para meterse en una cueva. La música dejó de sonar en sus oídos. Notó la pared pegada a su espalda y se dejó escurrir hasta el suelo. Se rodeó las piernas con los brazos apoyando la cabeza en las rodillas. No fue consciente del tiempo que estuvo así, aquello no era lo que ella buscaba al salir de Vigo, ni mucho menos al huir de Madrid.

Aquella vida no se parecía en nada a los sueños de adolescente en los que su carrera como periodista y escritora eran meteóricos.

Tantos planes.

Tantos proyectos.

Todos truncados.

¿Qué iba a hacer con el resto de sus días?

Conocer a Milan había cambiado radicalmente su vida, aunque para su desgracia para mal, había dado un giro tan radical que ni siquiera se reconocía a sí misma. De la mujer emprendedora e independiente que salió de su Vigo natal no quedaba nada. La había convertido en un ser sin voluntad, una mujer que en lo único que podía pensar era en sobrevivir cada día un día más.

Esteban se había acostado en el sofá, pero no era capaz de conciliar el sueño, él, que debido a su trabajo podía dormir en cualquier esquina del hospital, tener a Uxía al otro lado de la puerta lo mantenía en una excitación constante. Ansiaba devorar su boca, recordaba su olor. El corazón se le disparaba en el pecho, el pulso se le había desatado. Se levantó y se preparó un café. Aquella noche era lo único que podía hacer antes de volverse loco del todo.

Le pareció escuchar que unos golpes tenues y sincopados solapados por una sinfonía que parecía de Mozart, él no era capaz de distinguirlo, salían del dormitorio. No se atrevía a preguntarle si le pasaba algo, aunque su intuición, y muchos años de experiencia en urgencias, le decía que sí. ¡Claro que le pasaba! Uxía llevaba una mochila muy pesada a cuestas y mientras no pudiera pasar página no levantaría cabeza. Pero ¿Quién puede levantar cabeza cuando te persigue un ex de lo más “peculiar”?

Volvió al sofá, ya que no podía dormir estaría atento, a esas horas de la noche no creía poder hacer nada. Por la mañana vería si era posible ayudarla, tenía amigos en la policía, algo se podría hacer, aunque lo primero tenía que ser convencerla a ella.

Uxía sacó la cabeza de entre las rodillas. Se sentía mareada. Había perdido la noción del tiempo. Afuera había empezado a diluviar, pero ella no escuchaba nada, ni truenos, ni el aguacero, tan solo su corazón que latía furioso queriendo escapar de su pecho.

Poco a poco el cuerpo dejó de dolerle, su mente se retrajo a un lugar estanco donde no ocurría nada malo y se sentía segura, cerró los ojos y a partir de ahí todo fue oscuridad y silencio.

Esteban la levantó del suelo y la depositó en la cama. Tenía la boca pastosa y los ojos le escocían.

Le tomó el pulso y aunque débil el latido era regular.

No tenía ni idea del tiempo que estuvo en aquel trance, pero debía ser bastante puesto que la sinfonía de Mozart que había puesto a reproducir en el PC llevaba rato sin sonar.

—Ha debido ser una bajada de tensión —escuchó que le decía Esteban— me has dado un susto de muerte. No te muevas, quédate en la cama.

Le acercó un vaso de agua a los labios que tan solo se humedeció girando la cabeza a un lado y otro.

—Gracias, ya me siento mejor —musitó cuando tuvo fuerzas para articular las palabras.

—¿Quieres que me quede aquí contigo toda la noche?

—No, por favor, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento. No ha sido nada, apenas he comido nada en todo el día, ha debido ser eso.

Esteban, aunque no estaba muy convencido, la dejó sola, completamente desvelado, sentado en el sofá, contempló caer la lluvia mientras esperaba el amanecer.

Uxía se quedó en la cama tal como estaba y como le había ordenado Esteban, ni siquiera se sintió con fuerzas para desnudarse.

Dejó pasar las horas.

Las noches para ella, desde hacía tiempo, eran una tortura.

De madrugada quiso mirar la hora en el móvil cuando se dio cuenta de que la batería estaba completamente descargada, ni siquiera se había acordado de ponerlo a cargar, llevaba sin batería desde que habían salido de su casa. Buscó en su mochila el cargador, pero no estaba, en la premura de la huida lo había dejado olvidado. Entonces le dio por pensar en Milan, en cómo la había podido encontrar.

Estaba aterrada.

Imaginaba toda suerte de situaciones.

Sus esbirros salvándole la vida in extremis después de ella dispararle. Los mismos tíos indagando sobre la mujer que iba en el coche que cayó al mar y cuyo cadáver, lógicamente, nunca apareció.

Qué tonta había sido, Milan tenía un coeficiente intelectual muy alto, era un superdotado, debería haber pensado en eso... en eso y en que siempre tenía suerte, era como un gato, siempre caía de pie. No entendía cómo, pero nunca lo pillaban con nada, era un corcho, siempre salía a flote. Ni siquiera se le conocía una puñetera multa de tráfico.

Capítulo 23

Buscando hospitales

—¿Quién es esa mujer? ¿Por qué tanto afán en encontrarla? —Volvió a preguntar a sabiendas de que Milan se volvería a enfadar.

Sara preguntaba porque estaba aterrada. Ella, que nunca supo lo que era el miedo, ella que había manipulado cuanto hombre se le había antojado, en aquellos momentos estaba aterrorizada. Su intuición le decía que su vida estaba en peligro.

—¡Ya te he dicho que eso es algo que a ti no te importa! —Masculló él— No vuelvas a preguntar o lo entenderás de otra manera.

Aterrada o no, sentada en el coche al lado de su captor no podía dejar de preguntar. Necesitaba saber a qué se enfrentaba. Tantos años de soberbia no la dejaban callar, le costaba darse cuenta de la gravedad de la situación.

—Debería llamar a mis hijos. Se van a preocupar si no saben nada de mí. Eso no te conviene, te lo advierto.

—¡¡¡He dicho que te calles!!! —se giró hacia ella y le dio un bofetón que le hizo retumbar el oído.

Se le quitaron de golpe las ganas de hablar. No había calculado bien las consecuencias de su provocación.

A Sara se le vidriaron los ojos más de rabia e impotencia que de dolor. Unas gotas de sudor perlaron su frente y en su mente apareció una nítida imagen, se veía tirada en un descampado seguramente muerta. Empezó a temblar y a encogerse dentro del coche que los llevaba a un nuevo y desconocido destino para ella.

Milan la obligó a cambiar de hotel.

Él era consciente de que lo podían reconocer y, por su seguridad, tenía la costumbre de no permanecer más de un par de días en el mismo sitio, por lo tanto, se habían mudado al pueblo de al lado. Sara llorando le suplicó, hasta se puso de rodillas, pidiéndole por favor que la dejara ir, que ella no podía ayudarlo, que ni siquiera conocía a aquella mujer. Milan escuchaba y callaba, lo que ponía a Sara mucho más nerviosa. Cuanto más nerviosa estaba, entre hipidos de llanto, más chillaba, hasta que Milan no la soportó más y volvió a abofetearla haciéndola callar.

Cuando se calmó un poco fue consciente de que no sacaría nada suplicando, se levantó de la cama, en la que se había sentado después del golpe que le había propinado, y se dirigió a la ventana. Milan, como por arte de magia apareció a su lado, y, en un solo gesto, bajó la persiana para que nadie pudiera verla desde el exterior.

Siempre se le adelantaba.

No sabía cómo, pero si ella pensaba una estrategia él parecía leerle la mente.

La noche iba a ser larga. Seguía sin saber qué esperaba de ella, quizás quisiera negociar, cambiarla por Uxía, deseaba Sara cada vez más aterrada y a su vez furiosa consigo misma por haber sido tan estúpida.

—También la maltratabas, ¿verdad? Por eso huye de ti.

Sara se había propuesto no volver a provocarlo, pero no era capaz de quedarse callada. Era tal la rabia y la ansiedad que sentía que, aun a costa de su integridad física, lo encaró.

Por la cara que había puesto la joven al verlo se había dado cuenta de algo que parecía obvio, Uxía huía de él, una mujer que se esconde de un hombre es que teme por su vida, eso lo tenía muy claro. Había levantado la voz a ver si así los vecinos de la habitación de al lado llamaban a recepción. No pensaba con claridad y no se le ocurrió otro modo de poder escapar que llamando la atención.

Milan intentaba controlarse; respiró hondo, apretó los puños y posó sus ojos, fríos como un témpano, en los de ella.

—No te van a escuchar, en esta planta no hay huéspedes. Mejor duerme un rato, en cuanto amanezca nos vamos para Barcelona. Ve pensando dónde puede trabajar el amiguito de tu ex, no tengo tiempo para más juegos.

Cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Miró a Sara con sonrisa cínica y provocadora sentándose a continuación en el único sillón que había en el cuarto a mirar la televisión, aunque sin perderla a ella de vista.

—¿Puedo ir a ducharme? O ¿También vas a entrar conmigo? —desafió altiva.

—Rapidito y sin cerrar la puerta.

Sara se sentía sucia, llevaba dos días sin poder cambiarse de ropa y no aguantaba más. La

ducha fue corta, estaba destemplada al salir del agua, se miró al espejo y se vio unas ojeras enormes. Tenía migraña y no le quedaba ningún analgésico. Había envejecido diez años en aquellos dos días. Su aspecto, tan cuidado siempre, daba pena en aquel momento. Se envolvió en una toalla, lavó la ropa interior en el lavabo tendiéndola en el toallero y salió del baño.

Miró a Milan, sin apartar la vista de él, dejó que la toalla cayera resbalando lentamente por su piel y se metió exánime en la cama. La provocación no surtió el efecto que ella esperaba.

Milan ni pestañeó.

La noche la pasaron en tensión, evaluándose el uno al otro.

Llegaron a Barcelona a media mañana. Milan buscó un hotel discreto en un barrio de los alrededores, mientras firmaba el registro mantenía a Sara cogida fuertemente del brazo, previa amenaza a sus hijos, por si se le ocurría salir corriendo.

—Déjame llamar a los mellizos, por favor, mi ex estará pensando en llamar a la policía. No creo que te convenga —lo intentó de nuevo, esta vez con un tono de voz sumiso.

Milan sacó el móvil, le pidió la contraseña y envió un *WhatsApp* diciéndoles que tenía mucho trabajo y que se quedasen con su padre una semana más.

—¿Satisfecha?

Sara hizo una mueca y siguió buscando la manera de deshacerse de él. Complicado, pero no imposible, quería pensar, aunque desde luego estaba siendo un hueso muy duro de roer. Entendía que iba a ser difícil escapar, pero ahora estaba en su ciudad, conocía gente en todas partes y en algún momento lo conseguiría. Otra posibilidad sería que Santiago viera el mensaje y se diera cuenta de que no era suyo, ella nunca escribiría un mensaje así, ojalá se le ocurriese llamar a la policía.

Sonó el teléfono de Milan y Sara dio un respingo, no se lo esperaba distraída como estaba.

El otoño estaba dejando paso a un frío casi invernal. Había estado lloviendo también en Barcelona, el ambiente era húmedo y su migraña iba en aumento. Se rodeó el cuerpo con los brazos y se dispuso a escuchar, en la medida de lo posible, la conversación. No iba a ser fácil ya que su secuestrador además de hacer pantalla con la mano encendió el televisor poniendo el volumen muy alto.

—¡Es que no sois capaces de hacer nada bien por vuestra cuenta! Te he dejado al mando. Solúcionalo. Para eso te pago. Espero por tu bien coronar. Si se pierde el cargamento lo vas a pagar caro.

Fue lo único que alcanzó a entender y porque se había cabreado y levantado la voz. Se le erizó el vello y eso que la amenaza no iba con ella... al menos no esta vez.

Cortó la comunicación y respiró hondo, o eso le pareció a Sara. No se había atrevido a

bajar el volumen al televisor ni a mirar hacia donde estaba. Aunque le costase reconocerlo, José, o cómo quiera que se llamase, le daba mucho miedo, de ahí que intentase cambiar de estrategia, se habían acabado los desplantes, pensó, a ver si de esa manera no desconfiaba tanto de ella y encontraba un resquicio para escapar, eso era en todo lo que podía pensar en aquellos momentos.

—¿Cuántos hospitales hay en Barcelona?

—¡Y yo qué sé! Siempre voy al que me toca.

—Tú vives aquí, deberías saberlo.

La cogió por el brazo con brusquedad y salieron a patear la ciudad buscando un mapa para poder localizar los hospitales. El que quedaba más cerca era el Hospital del Mar, le dijo que tocaba ir caminando. Sara miró los altos tacones que llevaba y rogó porque cogiera el coche o pidiera un taxi, aunque estaba segura que un taxi no era opción para Milan. Sabía que no podía dejar huella y los taxistas se fijan en los pasajeros. En el brazo de Sara aparecieron unas marcas rojas, le hacía daño, pero no era capaz de quejarse, se había dado cuenta de cómo las gastaba.

Sara estornudó un par de veces seguidas. La noche anterior, con los nervios, la migraña se le había agudizado, encima había pasado frío, pero no le dio la gana de pedir un edredón para la cama. Quizá sería alergia, quiso pensar. Se tocó la frente y la notó caliente al tiempo que se estremecía.

—¿Podemos parar en una farmacia? No me encuentro bien.

Milan no se dignó a responder. Siguió caminando cogido al brazo de ella y obligándola a correr para poder seguir su paso. Sara empezó a ralentizar la marcha mientras él tiraba de su brazo apremiándola. El estrés, la escasa comida ingerida en el último día y la fiebre de un resfriado, que podía convertirse en algo peor debido a su anemia perniciosa, la habían debilitado.

El suelo empezó a alejarse de su vista. La gente pasaba deprisa ante ella, tanto, que su entorno daba violentas vueltas ante ella, cerró los ojos desplomándose perdiendo el sentido.

Cuando Santiago vio el mensaje de Sara los mellizos ya estaban en clase. Él mismo los había llevado directamente al instituto desde Queralbs. Les había costado un buen madrugón, pero los había convencido de que era lo mejor para todos. El siguiente curso ya mirarían cómo lo hacían, pero este lo tenían que terminar allí y además tenían que consultarlo con su madre, lo último que necesitaban eran más problemas, les dijo.

El mensaje era demasiado escueto, nada que ver con los audios que solía enviar Sara. Otra cosa que le llamó la atención era que les dejara quedar sabiendo que perder días lectivos a esa edad eran difícil de recuperar.

¿Qué bicho le habrá picado ahora? Se preguntó.

Le contestó que ya estaban en Barcelona y que, si no le molestaba demasiado, unos días se podía quedar en su casa para ayudar a los chicos, hasta que ella se desembarazase de tanto

trabajo.

Envió.

El mensaje no entró, parecía que de nuevo tenía el móvil sin batería o estaba en algún sitio sin cobertura. Se encogió de hombros, típico de ella, siempre tan egocéntrica. No se había parado a pensar ni por un momento en que él pudiera tener otros planes o que sencillamente los mellizos no podían perder clases. Era una irresponsable, nunca cambiaría. No valía la pena que se hiciese mala sangre.

Capítulo 24

Hospital del Mar.

Esteban.

Para no querer llamar la atención la cosa se le estaba complicando.

Mierda, mierda, mierda, blasfemó.

En un primer momento Milan pensó que el desmayo era cuento, pero no, por muchos cachetes que le dio en la cara y por mucho que la zarandeó, Sara no volvía en sí. La falta de color en su cara no dejaba duda de que no estaba fingiendo.

No era un tipo que se asustase con facilidad, pero, con la cantidad de gente que se arremolinó a su alrededor, no le quedó otra opción que montar el paripé y dejar que llamasen a emergencias. Optó por hacer lo que habría hecho cualquiera, otra cosa habría sido demasiado sospechosa. Se hizo el angustiado cuando vio que alguien llamaba una ambulancia. Él no pensaba hacerlo, en realidad esperaba que no hiciera falta. La mirada atravesó a la bruja que había osado obrar por su cuenta.

¿Qué parte de que no era necesario no había entendido la vieja entrometida?

En pocos minutos la ambulancia atravesaba la entrada del hospital del Mar, era el más cercano y al primero al que tenían pensado ir.

Sonrió.

Sara, por suerte, había recuperado el conocimiento y les había explicado a los técnicos

sanitarios que tenía anemia perniciosa y que aquel mes no se había puesto la inyección de B12 que le tocaba.

Estuvo a punto de denunciar que estaba secuestrada por el hombre que la acompañaba, pero el miedo fue mayor y no tuvo el valor para hacerlo. Las consecuencias podían ser nefastas para sus hijos, la amenaza no iba en broma, así que tendría que buscar otra manera.

La metieron en un box, momento en que Milan aprovechó para dar una vuelta por el hospital. No hay mal que por bien no venga, se dijo.

Nunca le habían gustado los hospitales, el olor a desinfectantes, las batas blancas o verdes, dependiendo del departamento, le devolvían momentos encerrados en su memoria y que no quería dejar salir. El zumbido de un fluorescente que se quería apagar cada cierto tiempo lo sacó de su trance justo en el momento en que pasaba Esteban a la carrera. Una emergencia, pensó, la suerte le acompañaba, como siempre, sonrió ya que Esteban no se había fijado en él. A su lado caminaba una doctora que le apremiaba a darse prisa. Se metieron por una puerta batiente de acceso restringido. Genial, pensó, encontrado. No se podía creer tan buena suerte, su estrella nunca dejaba de acompañarlo.

Primer escollo superado.

En cuanto le dieran el alta a Sara se apostarían en la puerta y esperarían a que saliese el doctorcito, estaba seguro que los llevaría directamente al lado de Uxía.

Sara seguía pensando en cómo podía denunciar a su secuestrador, pero lo que tenía no era grave, así que le pusieron una botella de suero salino para hidratarla y la inyección que necesitaba de B12.

En un par de horas le habían dado el alta, mucho antes de lo que esperaba, por eso no le dio tiempo para pensar en alguna estrategia que fuese viable.

Por muy desnaturalizada que dijera su ex que era, sus hijos le importaban y no se atrevió, ahora ya era tarde para hacer o decir nada, aunque siempre se consideró atea sintió la imperiosa necesidad de rezar, así que rezó, y rezó para que se fuese y la dejase allí.

No hubo suerte.

Milan estaba apostado a la puerta de urgencias con la cabeza gacha, fumándose un cigarrillo, como cualquiera que está preocupado por tener un familiar en el hospital. Sara al verlo quiso dar media vuelta, pero antes de darse cuenta él estaba a su lado sujetándola del brazo de nuevo.

—Estoy aquí, cariño, ¿no me habías visto? ¿Estás bien? Menudo susto.

Sara no contestó.

Lo miró intensamente levantando la comisura del labio mientras ladeaba ligeramente la cabeza.

Máster en interpretación, Óscar al mejor actor.

Sara dio un tirón del brazo sin lograr zafarse de él. Caminó a su lado ralentizando el paso, esperaba que le preguntara, al menos, cómo se sentía de verdad, pero no, acabada la comedia seguía allí dando vueltas por el Paseo Marítimo sin perder de vista la puerta del hospital.

—¿Por qué no nos vamos? Estoy cansada, necesito descansar, no sé si lo habrás escuchado y aunque sé que no te interesa me da igual, tengo anemia y necesito reponer fuerzas.

—Tu anemia me importa tres cojones.

—Lo imagino, pero de nada te sirvo si me vuelvo a desmayar, así no encontrarás a Esteban.

—Por eso no debes preocuparte, ya sé dónde está.

—¡Papá! ¿Qué haces tú aquí? —Preguntó Hugo notando la presencia de su padre al salir del instituto.

—Mamá no está, me ha enviado un mensaje que os podíais quedar una semana más en Queralbs, pero ya estamos aquí, así que me quedaré con vosotros hasta que ella vuelva.

—Pues nos volvemos —saltó Marcos aferrándose a la posibilidad de volver a hacer pellas.

—Va a ser que no, caballere, nos quedaremos en casa de mamá hasta que vuelva, está decidido, no podéis perder más días de clase.

Bufaron, mascullaron bajo la nariz, pero al final acabaron aceptando la autoridad de su padre. No les quedaba otra.

Al abrir la puerta de la casa de Sara el teléfono sonaba desesperado. Saltó el contestador, era una cliente que se extrañaba de que la hubiese dejado plantada sin ninguna explicación. Al momento sonó otra llamada con igual resultado, la empresa para la que hacía algunos encargos preguntaba de nuevo, o sea que ya lo había hecho más veces, se cuestionó Santiago, que qué le había pasado para no acudir a la cita, continuaba la gerente explicando que estaban preocupados por su mutismo. Llevaban todo el día llamando al móvil y todo el tiempo saltaba el mismo mensaje, apagado o fuera de cobertura.

—Mamá lleva días sin pasar por aquí —observó Hugo.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó Santiago.

Marcos entró en la cocina y abrió el refrigerador. Un olor a podrido le llenó las fosas nasales y le hizo lagrimear los ojos.

—¡Papá! Hugo tiene razón, mamá lleva días sin venir por casa, esta comida es la que había cuándo nos fuimos para Queralbs.

—Eso no quiere decir nada, seguro compró para toda la semana y al no estar vosotros le ha sobrado.

—No, esto no es normal, está todo caducado y ya sabes cómo es ella para las fechas. Lo

hubiera puesto en el congelador si no pensaba usarlo. Esto huele mal —dijo Marcos.

—Joder, que si huele mal —se tapó Hugo la nariz con exageración, sonriendo por el juego de palabras de su hermano.

Santiago ya no estaba tan convencido de que aquello fuese voluntario. Su mujer era egocéntrica y fatua, pero nunca habría dejado que se estropease comida en su cocina. Les tenía pavor a los gérmenes, era obsesión lo que tenía con la limpieza.

No quiso asustar a los chavales, así que tomó las riendas y los puso a trabajar. Les pidió unas bolsas de basura para tirar todo aquel desastre y después bajarían a comer un arroz tres delicias al chino de la esquina. Necesitaba pensar.

Ya casi habían terminado de vaciar la nevera cuando sonó el teléfono de la casa de nuevo. Esta vez lo cogió Santiago. El número identificador no le sonaba, era de un teléfono fijo y no estaba registrado.

—¡Diga!

—¿Sara?

—No, soy Santiago, Sara no está —no sabía si sería prudente dar más explicaciones dadas las circunstancias— ¿Quién la busca?

—Soy Patricio.

Santiago tapó el auricular con la mano y se encogió de hombros preguntando a los mellizos si conocían a un tal Patricio. Los dos contestaron a la vez que era el estirado. Por el melifluo tono de voz le quedaba bien el mote que le habían puesto los chicos.

—El insulso novio de mamá —contestó Hugo metiéndose dos dedos en la boca como provocándose arcadas.

—Llevo días sin saber de ella y no es normal, estoy preocupado. ¿Sabes dónde está? Y ¿por qué estás en su casa? —comentó extrañado.

—He venido a traer a los mellizos que estaban conmigo, pero no está en casa, así que estoy aquí hasta que vuelva.

No tenía por qué darle explicaciones, pensaba, mientras su cabeza imaginaba mil hipótesis.

—Cuándo la veas, por favor, dile que me llame —rogó.

—Lo haré, tranquilo.

Santiago colgó antes de que le siguiera preguntando cosas que no sabía, ni podía contestar.

Capítulo 25

Reencuentro

Uxía no se sentía cómoda invadiendo el espacio de Esteban. Recogió sus cosas y en un folio escribió una nota en la que decía que se marchaba de nuevo a su casa. Intentaría explicarle, cuando lo llamase por teléfono, que tenía que enfrentar sus miedos y huyendo nunca lo iba a conseguir.

Recogió sus cosas, que ni siquiera había acabado de sacar de la mochila, dejó la nota en la encimera de la cocina y se marchó. La ventana estaba ligeramente abierta, al abrir la puerta de la calle una ráfaga de aire tiró la nota al suelo haciéndola caer bajo la encimera.

Esto no es huir, todo lo contrario, esto es afrontar la realidad, se justificaba mientras cerraba la puerta. Sabía que Esteban no lo iba a entender, pero había cosas que ella no podía cambiar y estaba notando en él un deseo que ella no podía corresponder. Pasar la noche en su casa tan solo había acrecentado el deseo de ver a Santiago y esa era otra cosa que no sabía cómo gestionar

Unas horas más tarde llegó Esteban acompañado de Cristina la doctora que trabajaba con él en urgencias. Era psiquiatra a la vez que psicóloga. Le había pedido por favor que hablase con Uxía, que la ayudase a salir del pozo en el que se encontraba.

Cris estuvo encantada de poder ayudar, no tenía claro si Esteban estaba enamorado de ella o sencillamente estaba conmovido por su historia, pero ella sí, ella estaba coladita por Esteban y todo el tiempo que pasaba junto a él le parecía un lujo.

—¡Uxía! Traigo compañía.

Nadie contestó. Esteban se extrañó, pero pensó que habría salido a estirar las piernas.

—No creo que tarde —reflexionó en voz alta.

—No tengo prisa, no te preocupes.

Al momento sonó el timbre de la puerta. Esteban suspiró aliviado.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó sorprendido al encontrar a Santiago y sus hijos

en lugar de Uxía.

—Necesito que me ayudes. Sara está desaparecida.

—Estará con alguno de sus amigos, ya sabes cómo es.

—No. El contestador echaba humo y su nuevo novio tampoco la ha visto desde que se fue a Queralbs.

Una sombra cruzó por la cara de Esteban.

—¿Ocurre algo? —preguntó Cristina extrañada.

—Eso parece —contestó Esteban— todo indica que Uxía también ha desaparecido.

Para Santiago fue como si le clavaran una daga en el corazón. Uxía le importaba. No quería admitirlo ni ante sí mismo, pero era así. Si había corrido a llevar a los mellizos a la ciudad era precisamente por la necesidad que tenía de verla. Quizá había llegado el momento de admitir que se había enamorado. No puedo. No debo. Pero por más que se quería autoconvencer de que no debía pensar en ella, más lo hacía.

—Habrà que llamar a la policía —advirtió Santiago—, no sé vosotros, pero a mí me parece demasiada casualidad.

—Hay que esperar entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas para poder denunciar una desaparición —apuntó Esteban.

—Perdonad que me meta —dijo Cristina—, pero lo mejor en estos casos es conservar la calma y la cabeza fría. Pensar y analizar la situación. No precipitarse.

Uxía caminó por las desconocidas, para ella, calles de Barcelona buscando la parada de autobuses. Dudaba entre coger un tren directo o hacer algún tipo de trasbordo. Esperaba que Milan no la hubiese seguido hasta allí, al menos no todavía, pero estaba segura de que estaría indagando, removiendo cielo y tierra y acabaría encontrándola. Sabía que tenía ojos y oídos por todas partes. Al final pensó que si tenía que enfrentarse a él cuanto antes mejor.

Optó por el tren. Se acomodó en su asiento y se abstraigo escuchando música. Desde que estaba sola escuchaba toda clase de música, dependía mucho de su estado de ánimo, y en aquellos momentos Alejandro Fernández era el mejor. Empezó a sonar Para sacarte de mi vida. Cerró los ojos y volvió la cabeza hacia la ventanilla. Sabía que, en un viaje más o menos largo, la gente siempre busca conversación y, desde que tuvo que salir huyendo la primera vez, era algo que evitaba en la medida de lo posible.

Podía parecer que estaba durmiendo, pero nada más lejos de la realidad.

Recordaba.

Recordaba todo lo que no soportaba.

Siempre era lo mismo. Milan, siempre Milan. Sus abusos. Sus golpes. Sus insultos. Apretó los ojos intentando desecharlos. Algo mucho más placentero acudió a su mente. Santiago.

Un atisbo de sonrisa apareció en su cara.

Lo recordó mirándola fijamente cuando la llevó a su casa, ardiendo en fiebre, después de derribarlo en el camino. En aquel momento se asustó, pero valió la pena.

Le gustaba.

Le gustaba mucho, aunque sabía que era algo imposible. Entonces ¿Por qué vas a su encuentro? Se preguntó sin poder responderse. No quería mentirse. Desde que había abandonado Madrid se había propuesto ser leal a sí misma, costase lo que costase. No mentirse más, ya se había mentido durante demasiado tiempo.

De nuevo sonó el timbre de la puerta de Esteban.

De todos los presentes a algunos se les alegró el corazón pensando que era Uxía que habría salido a pasear, pero a otros o, mejor dicho, a una, se le encogió.

Cristina sintió un mordisco en el pecho.

Si Uxía había vuelto ella no tenía nada que hacer allí.

Por muy profesional de la mente que fuese había cosas que no se podían controlar. Emociones que eran intrínsecas del ser humano y los celos eran una de ellas.

Esteban se apresuró a abrir.

Un empujón a la puerta le hizo dar un traspies al ser golpeado con ella en la nariz, al momento llegó un segundo empujón, esta vez a él. El golpe fue tan fuerte que lo tiró al suelo mientras empezaba a notar que le sangraba la nariz.

—¿Dónde está? —Entró Milan gritando como un energúmeno llevando a Sara cogida fuertemente de un brazo.

Los mellizos se quedaron paralizados al ver a su madre en la puerta; medio encogida, con el maquillaje corrido de suplicar. Lívida, con terribles ojeras, las medias destrozadas y los tacones en la mano.

—Mamá, ¿qué te ha pasado?

Sara no pudo contestar. Un océano inundó sus ojos al igual que su pecho.

Santiago se puso delante de los mellizos protegiéndolos con su cuerpo al ver la mirada de odio que destilaba Milan.

Fue algo instintivo. Los instó a meterse para dentro y encerrarse en el cuarto de baño. Los chavales en vez de eso se abalanzaron a abrazar a su madre. Milan se puso tras ella pasándole el brazo por el cuello.

Al grito de quietos pareció que el tiempo se detenía, todos se paralizaron. Sin que nadie se diese cuenta había aparecido un arma en la mano de Milan que apuntaba directamente a la sien de Sara.

El móvil le vibró dentro del bolsillo. Acomodó la pistola en la mano que rodeaba el

cuello de Sara apuntando a Esteban para escuchar lo que le decían.

—Buscad bien. No quiero más excusas —no gritó, pero todos se estremecieron.

Le dio una patada a la puerta para cerrarla y que nadie pudiera salir. Aquello se le escapaba de las manos, pero todo lo que tenía que ver con Uxía lo sacaba de quicio. Era su mujer y si no era para él, no lo sería para nadie más.

La cabeza fría con la que siempre había dirigido sus negocios le ardía cuando se trataba de ella. ¿Por qué se empeñaba en sacar lo más oscuro de él? La culpa era de ella, ella lo provocaba y él acababa perdiendo los papeles. Siempre que le propinaba alguna paliza se repetía el mismo mantra, “ella me provoca, ella cree que se manda sola, si me obedeciera no pasaría esto, no me obligaría a corregirla”.

—Acabemos con esto de una puta vez. ¿Dónde está Uxía? —gritó—. Es la última vez que lo pregunto. Si lo tengo que preguntar de nuevo quedará una persona menos en este piso.

—Ha desaparecido —se atrevió a contestar Esteban.

—No sabemos dónde está, pero si lo supiéramos tampoco te lo diríamos. Eres un maltratador y sabe Dios qué más cosas serás.

Santiago pensando en lo que le habría hecho a Uxía no pudo permanecer callado.

Miró retador a Milan, no sabía por qué, pero no le tenía miedo. Haber estado tan cerca de la muerte y el cambio tan drástico en su vida le habían cambiado, ya no era el pusilánime que no era capaz de plantar cara a su mujer cuando esta lo trataba como a un pelele.

Le daba pena verla en aquellas condiciones.

Sara se equivocaba siempre al escoger sus amistades y aquella vez no había sido distinto, aunque sí bastante más grave. Aquel amigo fortuito le estaba haciendo tomar doble dosis de su propia medicina. Aunque no se había portado bien con él, nunca podría querer nada malo para la madre de sus hijos. Era consciente de que si ella estaba bien sus hijos también lo estarían.

Cuando Sara lo miró le hizo un pequeño gesto con la cabeza. Esperaba que lo entendiera y así poder zafarse de aquella bestia. Su cabeza funcionaba a mil por hora buscando la manera de desarmar a aquel tipo, aunque era consciente de lo difícil que iba a resultar. Parecía estar loco y ser muy peligroso y ella no estaba en su mejor momento.

Estaba aterrada y se sentía débil.

—Conque así están las cosas. De aquí no sale nadie vivo mientras no me digáis dónde está.

Levantó la pistola y disparó.

Santiago dio un traspiés llevándose la mano al brazo.

Algo caliente resbaló por sus dedos.

Levantó la cabeza y miró a Milan al tiempo en que las dos mujeres chillaban.

Sara se desmayó de nuevo.

El caos se desató.

—¡¡¡Papá!!! —Gritaron los mellizos a un tiempo.

Esteban al ver la sangre manar del brazo de Santiago fue a socorrerlo. Cristina cogió a los mellizos y quiso llevarlos para el dormitorio y ponerlos a salvo.

—Estoy bien, ha sido sólo un rasguño —dijo Santiago al ver que Esteban acudía en su ayuda—. Ayuda a Sara, por favor.

—¡Quietos! Quedaos todos donde yo pueda veros —gritó Milan al ver la estampida que había provocado con el disparo.

Al escuchar aquel furibundo grito se paralizaron todos. Tenían miedo incluso de respirar. Los mellizos intentaban aparentar fortaleza, pero Hugo estaba a punto de ponerse a llorar, cosa que su dignidad no le hubiera perdonado. Marcos se dio cuenta del estado de ansiedad de su hermano y lo abrazó susurrándole al oído que no le iba a pasar nada, que él estaba allí y lo iba a proteger, aunque en el fondo estaba tan asustado como él.

Otra vez sonó el móvil de Milan.

—Espero que sean buenas noticias —contestó a modo de saludo.

—Jefe, acaban de ver a Uxía en la estación de Renfe lo que no sabemos es hacia dónde se dirige porque ya había sacado el billete.

—Está bien, preguntad en todas las ventanillas, en algún tren tiene que estar. Me vas informando mientras acabo con un inconveniente que se me ha presentado. Te quiero aquí en diez minutos —ordenó enviándole la ubicación y cortando la comunicación sin esperar respuesta.

Apuntando a Sara, que estaba recuperando el sentido poco a poco y se incorporó como pudo sentándose en el suelo, arrancó el cable del teléfono y se lo dio a Esteban para que atara las manos de Santiago. Le dijo que buscarse todas las cuerdas o cintas que encontrase o algo que sirviera para atar y con ellos le obligó a que amarrase las manos de los demás, cuando sólo quedó él, Milan se encargó de atarlo.

Sacó el móvil y llamó a otro de sus hombres, uno de los que tenía en “nómina” y de vez en cuando le encargaba algún trabajito para él desde Barcelona.

Capítulo 26

¿De nuevo en casa?

Uxía llegó a Ribes de Freser rozando la media noche. La baja temperatura contrastaba con la templada de la costa barcelonesa. Al bajar del tren se abrazó el cuerpo y corrió a resguardarse en el interior de la estación, debería esperar al día siguiente para coger el tren cremallera que la llevase hasta Queralbs.

Después de casi tres horas de viaje estaba exhausta y muerta de miedo.

¿Sabría Milan que estaba allí?

¿Había sido buena idea volver?

Estaba segura de que la había visto, o al menos que sabía de su existencia, sus secuaces ya le habrían informado de que no estaba muerta. Los hombres como Milan, aparte de tener ojos y oídos en todas partes, jamás aceptaban una derrota. Jamás.

La mujer de Santiago no le había inspirado ninguna confianza. Cosas de *meigas*, decía su madre cuando siendo niña empezó a tener la intuición muy acentuada. Esta niña es más lista que los ratones colorados, le decía y ella se moría de la risa. Le encantaba recordar aquellas pequeñas cosas, detalles sin importancia pero que la mantenían unida a ella, o más bien, la mantenían con ella. Pensar en su madre le hacía tener los pies en la tierra y sentir que la seguía cuidando desde allá donde estuviera, esperaba que en el cielo porque se lo había ganado. Al recordarla se le hizo un nudo tan grande en el pecho que le impedía el paso del aire a los pulmones. “Mamá, no sabes cuánto te necesito”.

En la estación se estaba bien, pero ya no había más trenes aquella noche y estaban a punto de cerrar las puertas. La distancia no era mucha, aunque a aquellas horas no le apetecía caminar a oscuras y sola por la carretera. Se metió en el lavabo de la estación y se dispuso a pasar la noche allí dentro.

Las tripas empezaron a sonarle como una gaita desafinada. Tenía hambre, no había comido desde el desayuno y apenas había tomado un café. Esteban no se destacaba por tener una despensa lo que se dice bien surtida. Se maldijo una vez más por su impulsividad, aunque gracias a ella se hubiese salvado de Milan en más de una ocasión.

Los pensamientos volvían una y otra vez a lo mismo. Odiaba a Milan, lo odiaba con todas sus fuerzas y era consciente de que ese odio era lo que la mantenía con vida.

Cuando por fin cerraron las puertas salió del baño y se acomodó en un banco. El banco era de madera, muy incómodo, lógicamente no estaba pensado para dormir, pero, incluso estando

encerrada como estaba, se sentía más segura que en Barcelona. No sabía por qué, un imperante palpito le dijo que tenía que salir de allí. Algo no estaba bien, aunque en aquellos momentos y pensándolo con frialdad, igual debió hablar con Esteban cara a cara y no mediante una nota dejada en la encimera de la cocina. Por la mañana lo llamaría y le daría una muy merecida explicación.

La noche se le estaba haciendo interminable, el más mínimo ruido la soliviantaba y le aceleraba el corazón.

Dormir sabía que no era una opción y menos en un sitio como aquel. Tenía frío y su cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo acontecido desde que había abandonado su Lugo natal, para buscar suerte o fama, como decía su madre, en Madrid. Sabía que necesitaría muchas horas de terapia para poder seguir con su vida nuevamente, pero si antes fue incapaz de acudir, ahora que Milan había reaparecido mucho menos. No sabía de quien podía fiarse y de quien no.

“Mamá, no sabes cuánto te echo de menos, cuánta falta me haces”. En momentos así era cuando más echaba de menos a su madre y la invocaba constantemente para que le diese fuerzas para seguir adelante.

Por un momento se dejó ir y descargó el llanto que llevaba acumulando desde no sabía cuándo.

Maldito Milan ¿Por qué tuviste que aparecer en mi camino?

¿Por qué me hiciste pensar que eras lo mejor que me había podido pasar en la vida?

¿Por qué truncaste mis ilusiones y mi carrera?

Aquel primer golpe me dolió, sí, pero más le dolió haber confiado en alguien tan oscuro, pensó, recordando aquellos aciagos años junto a él.

No se puede confiar en un demonio.

No le cabía en la cabeza que si él era capaz de pasearle por delante a cuanta jovencita se le pusiera a tiro no le dejase seguir a ella con su vida y ya. “Ellas no son nada. Tú eres mía. Qué te quede claro” “Si no eres para mí no serás para nadie”.

Aquellas palabras resonaban en su cabeza siempre que estaba sola, por eso necesitaba el *Orfidal* para poder dormir y había días que ni con dos comprimidos lo conseguía. Otros ni siquiera lo intentaba.

En cuanto el sicario y chófer aparcó en el portal de Esteban envió un mensaje a Milan tal como habían quedado, este les advirtió que si llamaban a la policía mataría a Sara. Con las manos atadas a la espalda como estaba la hizo levantar del suelo y se la llevó.

Roberto, el hombre de confianza de Milan lo esperaba en el coche con la puerta abierta. Le ordenó que desatara las manos a Sara y mientras lo hacía le dijo que se fuese, que lo había cogido de buenas, pero que pobre de ella si llamaba a la policía ya que no dudaría en matar a los

mellizos si le jugaba sucio.

Se lo dijo al oído.

Aunque le habló en voz baja sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Sara no dudó en ningún momento de que cumpliría su amenaza. Aquel tono ya se lo había escuchado y se le erizaba la piel cada vez que lo oía.

Al verse libre volvió al portal y se sentó en el primer escalón, no se veía capaz de llegar hasta el piso, las piernas no la sostenían.

Un llanto convulso estremeció su cuerpo.

No supo cuánto rato estuvo allí. Por suerte era un bloque de pocos vecinos y no subió ni bajó nadie en todo ese tiempo, porque se sentía incapaz de moverse.

En la casa, por un rato, se quedaron paralizados. Cristina fue la primera en reaccionar. Dando saltitos con la silla se acercó a Esteban poniéndose de espaldas a él.

—Intenta desatarme, por favor.

Estaban todos alienados, sin capacidad de reacción.

Ninguno de los allí presentes era capaz de mover un dedo.

Ninguno era capaz de preguntarse, ni para ellos mismos, que habría pasado con Sara.

Escuchar la voz de Cris fue como una catarsis. Sus mentes hicieron clic intentando digerir aquel episodio. En sus cabezas pasaba todo sucesivamente una vez y otra sin sentido alguno.

Como pudo Esteban desató a Cristina y esta empezó a desatarlo a él, desatando entre los dos a los demás.

—No debí obligarla a venir conmigo. No, no debí.

Esteban recitaba la frase como un mantra, una y otra vez. No podía parar de hacerlo.

Los mellizos también empezaron a reaccionar y a preguntar qué le habría pasado a su madre, y decir que debían salir a buscarla, hacer algo por ella.

Santiago era el único que permanecía callado. Había colapsado. Su psique no estaba todavía tan fuerte como para poder asimilarlo. Los hechos suelen adquirir nuevas dimensiones dependiendo de la perspectiva con que los examinas. Para Santiago aquellos hechos escapaban a su raciocinio. Aquello no tenía que estar pasando. Levantó la cabeza y vio temblar a los mellizos dándose cuenta de que no era capaz de ayudarlos.

Le hablaban a él, pero no los oía.

Le parecía estar viviendo algo ya vivido.

Le parecía estar otra vez en fase de duelo.

Sentía que estaba de nuevo en fase de negación.

No, aquello no podía estar pasando. Mejor dicho, aquello no debía estar pasando.

Seguía sentado con las manos detrás de la silla como si siguiera estando maniatado.

No oía.

No veía.

Una estatua tenía más movilidad que Santiago en aquel momento.

—Papá —decía Marcos tocándole el hombro— ¡Papá! El tío ese se ha llevado a mamá. Tenemos que hacer algo.

Al ver que seguía sin reaccionar miró a Esteban y a su hermano de hito en hito. Nadie de ellos parecía saber qué hacer. Nadie excepto Cristina, que, en cuanto se dio cuenta de las miradas implorantes de los mellizos, cogió las riendas de la situación acercándose a Santiago.

Lo tocó en el hombro sin que este se moviese.

—Santiago, ya ha pasado todo. Mírame.

Santiago asintió. Cristina se preguntaba si estaría en plenas facultades. Continuaba aturdido y desubicado. No estaba segura de que la hubiese entendido.

—Santiago, vamos a hacer una cosa, te vas a levantar de esa silla y vamos a encontrar a Sara, ¿vale?

Santiago asintió sin convencimiento, pero aquello ya era algo. Al menos había entendido lo que le había dicho. Cristina les dijo a los mellizos que le trajeran un vaso con agua y le dijo que bebiera, pero él lo que hizo fue levantarse y dirigirse al mueble donde Esteban guardaba las botellas sacando la primera que encuentra, que era un coñac peleón que le habían regalado a su amigo por Navidad y que Esteban había guardado por si servía para cocinar.

Ante la mirada atenta de los mellizos y el estupor de los demás abre el tapón y le da un trago, un buen trago.

Los mellizos se lo miraban con los ojos llorosos. ¿Qué le estaba pasando a su padre? Él que siempre les decía que las cosas se arreglaban con cabeza y nunca por el camino de en medio. ¿Ahora cada vez que tuviera un problema recurriría a la salida más fácil? ¿De verdad iba a volver a recurrir al alcohol?

Cristina se acercó a Santiago y cuando estaba a punto de tomar un segundo trago le quitó la botella de las manos sin que este opusiera resistencia alguna.

—Santiago, esta no es la solución. Lo sabes. Creo que lo mejor sería que llamásemos a la guardia civil, ellos nos dirán qué debemos hacer.

Esteban estuvo inmediatamente de acuerdo, cosa que alegró a Cris, puesto que notaba que cada vez había más complicidad entre el médico y ella.

Los chavales se acercaron a su padre y lo rodearon con los brazos. Los abrazó y por fin pudo romper a llorar.

—Lo siento, no sabéis cuánto lo siento. Vuestro padre es un cobarde.

—Papá, no digas eso, por favor, no lo digas —dijo Hugo.

—Eres el mejor padre del mundo —continuaba Marcos— y el único que tenemos.

Su salida de tono hizo reír a los presentes rebajando un poco la tensión del momento. En ese instante sonó el timbre de la puerta dejándolos a todos de nuevo sin aliento. Esteban se acercó y miró por la mirilla. Abrió rápidamente dando paso a una Sara tambaleante y descompuesta.

Capítulo 27

Seguir huyendo

En cuanto empezó a clarear se levantó del banco y volvió a meterse en el lavabo. Se abrieron las puertas de la estación y Uxía salió después de asearse un poco intentando minimizar las huellas de una noche en blanco. Que lo hubiera conseguido ya era otra historia. Había sacado una muda de la mochila y se había cambiado de ropa, las arrugas le daban aspecto de dejadez, aunque en aquel momento ese era el menor de sus problemas. También se recogió el pelo en una coleta alta encasquetándose a continuación un gorro de lana metiendo la coleta dentro. Se puso unas gafas de sol, aunque estaba bastante nublado y amenazaba con caer una buena nevada, pero la luminosidad de unas nubes preñadas de nieve siempre le había hecho daño a los ojos. “Parezco la Pantoja queriendo pasar desapercibida”, pensó encogiéndose de hombros.

Recogió el ticket del tren cremallera y salió a las vías a esperar que llegase.

Un nuevo presentimiento le aceleró el corazón.

Subió al tren pensando que igual tampoco había sido buena idea volver a Queralbs. “Uxía, eres fuerte, no te vas a dejar vencer por un recuerdo, porque Milan no pasa de ser un mal recuerdo”. Se decía todo esto mientras miraba a todos lados y pensaba a toda máquina lo que debía hacer. No se quedaría en la misma casa y quizá tampoco en el pueblo. Sabía que huir no era la solución, pero por el momento era lo único que tenía seguro.

Durante unos días había pensado que podría volver a llevar una vida normal.

¿Y si acudía a la policía?

Quizás si explicaba su situación le podrían ayudar.

Por otra parte, había fingido su propia muerte y eso era un delito grave. Aunque pensándolo bien, tampoco era realmente cierto. Ella no se había cambiado el nombre en ningún momento, sencillamente no se había dado de alta en el censo de Queralbs y tampoco quiso abrir una cuenta en el banco, había llegado a un acuerdo con la casera pagando los servicios incluidos en el alquiler y en efectivo. La mujer estuvo de acuerdo, una mujer tacaña que vio un considerable ahorro en no declarar que tenía la casa alquilada, todos contentos.

El trabajo que hacía también lo cobraba en efectivo y en negro, pensándolo bien aquello era otro delito que añadir a la larga lista de ellos.

Lo único que podía pensar era que gracias a eso había podido evadir a su ex un tiempo, aunque desde luego lo había hecho para que no la detuvieran porque pensaba que estaba muerto.

¿Dónde se había metido? ¿Sería capaz de salir alguna vez de todo este embrollo? Se hacía un sinfín de preguntas a las que no hallaba respuesta. Y ahora tenía que agregar otro problema más. No podía dejar de pensar en Santiago. ¿Cómo sería estar con él? ¿Cómo serán sus besos? Tiernos, posesivos, dulces o sin freno... había pasado la noche pensando en cuánto le gustaría sentir el calor de sus manos en la piel.

Movió la cabeza intentando desechar aquellos irreales pensamientos.

Llegó a su casa exhausta. Al girar la esquina se le cerraban los ojos de cansancio, aun así, algo extraño le quitó el sueño de golpe. Ella había dejado las persianas completamente cerradas. Era un pequeño detalle, una nimiedad lo que le llamó la atención, las lamas no encajaban perfectamente. Alguien había entrado en su casa en el corto periodo de tiempo que había estado fuera.

Se levantó una fuerte ventisca que le hizo cerrar los ojos un momento. Se ajustó el gorro de lana sobre las orejas y se quedó tras la esquina observando, aunque se dio cuenta de que ella era la que estaba siendo observada.

—Ya se han ido.

Uxía miró la ventana con desagrado, esa mujer era la auténtica vieja del visillo.

No se le escapaba una.

A saber, qué les habría dicho y con quién había hablado. Miedo le daba preguntar, pero tenía que averiguar quién había estado en su casa.

—Gracias, ¿le han dejado algún recado para mí?

—¿A mí? Por supuesto que no. Vino la casera a abrirles la puerta, tenían que hacer la revisión del gas.

Un hondo suspiro escapó de su pecho.

Se sentía paranoica, aunque seguía presintiendo que algo no estaba bien, algo no encajaba. ¿Quién era la casera para entrar en su casa sin permiso?

—Muchas gracias por la información —dijo dando por terminada la conversación.

Metió la llave en la cerradura y entró. Cerró con llave y atrancó la puerta con una silla. Sabía que ante los esbirros de Milan aquello no serviría de nada, pero necesitaba hacer algo que le diese seguridad o al menos que lo pareciese. Recorrió toda la casa sin encontrar nada extraño. Podía ser verdad lo de que eran del gas, pero hacía años, desde que vivió con Milan, que nunca estaba segura de que la gente fuese lo que decía ser.

La incertidumbre, la inseguridad de no saber qué iba a ser de su futuro va minando la confianza en ella misma.

En el mensaje le había escrito a Esteban que lo llamaría, pero ahora no estaba segura de poder hacerlo. Cuanta menos gente supiera donde estaba mejor. No deshizo la mochila que llevaba con ella, al contrario, cogió una bolsa de viaje y metió todas sus cosas que eran pocas.

Mas de un año viviendo ahí y ni siquiera tenía un adorno que dijera que aquella casa era su hogar. No le costaba nada mudarse, no tenía raíces en ningún sitio.

Sacó el coche del garaje y lo aparcó delante, metió las bolsas y se marchó esperando encontrar, por fin, su lugar en el mundo, o algo que se le pareciese.

Le dolía, pero tenía que olvidarse de Santiago.

Tampoco sería tan difícil, o al menos eso esperaba, no habían llegado a intimar tanto como para sentir nostalgia por él. Entonces ¿por qué no puedo dejar de pensar en él? Quería convencerse, pero había sido tan cariñoso con ella, a pesar de lo mal que lo había tratado. Y los mellizos. Los mellizos eran adorables. Dos adolescentes malcriados y aun así se habían metido en su corazón.

Uxía, para, estás desvariando. Nunca vas a poder formar una familia. Tu destino es una huida hacia delante constante.

Paró a llenar el depósito de gasolina y de paso compró algo para comer y una botella de vino, se sentía famélica, ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había ingerido algo de alimento. Se miró la cartera y pensó que debería tener cuidado con los gastos, no sabía cuándo tendría algún artículo que entregar.

—Si me cuentas qué pena necesitas ahogar te digo cuántas copas de vino te tienes que beber —le dice la mujer que hay detrás del mostrador. Una mujer de mediana edad de aspecto relajado y ojos risueños.

Ensimismada como estaba no había entendido bien a la dependienta.

—¿Cómo dice? ¡Ah! ¿Esto? No, no creo que dé para ahogar todas las acumuladas. Pero gracias.

—No se merecen, si necesitas hablar aquí me tienes —se ofreció la mujer.

—Muchas gracias, pero no es lo que piensa. Tengo un viaje de trabajo —se excusó.

La buena mujer se encogió de hombros sabiendo que lo decía porque no quería dar explicaciones. Estaba familiarizada con aquellas expresiones, no era la primera que pasaba por allí con parecidas circunstancias.

Al salir, el frío le dio un bofetón en la cara.

Corrió a refugiarse dentro del coche. El invierno parecía tener prisa por instalarse y destemplada como estaba había empezado a tiritar.

Había dejado el coche en el rincón más apartado del aparcamiento y decidió quedarse allí mientras se comía el sándwich, sintiendo como se le restablecían las fuerzas y un sorbo de vino le devolvía algo de calor.

Ahora tocaba decidirse por qué carretera coger.

Se sintió tan a gusto después de comer y beber un par de tragos más que tiró el respaldo del asiento para atrás y se adormiló en el coche. La saciedad y concluir que estaba yendo hacia

algún lado la relajó... quizás demasiado.

Unos golpes en el cristal la devolvieron a la realidad con un sobresalto.

—Señorita, ¿se siente bien?

Uxía se sobresaltó. Era un hombre relativamente joven; alto, con las mejillas oscurecidas por una barba de tres días y que parecía inmune al frío, con aspecto de camionero que habría parado igual que ella, seguramente, a repostar y comer algo.

Estar dormida y con una botella en el asiento de al lado desde luego no parecía dar la mejor versión de ella.

—Una botella no tiene la solución, créeme.

—Lo sé, gracias —dijo sin abrir ni un milímetro la ventanilla.

El pánico se apoderó de ella. No lo conocía, pero tampoco podía estar segura de que no fuese otro enviado de Milan, tenía tentáculos por todas partes.

Giró la llave en el contacto y salió de allí sin atender a lo que el camionero, con su supuesta buena voluntad, le decía.

En la huida creyó entender algo de ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos al tiempo que casi se lleva por delante un coche que entraba a repostar.

Lo que le faltaba. ¿Qué le pasaba a la gente de este país? Una quería decirle cuantas copas debía beberse para olvidar lo que fuese que había imaginado, el otro veía una botella apenas empezada y ya percibía en ella a una borracha. Dios, aquello no podía estar pasando. Debería ir con más cuidado, quizá comprar vino en una gasolinera, en qué estaría pensando, la marcaba demasiado, podía haber puesto el foco sobre ella sin proponérselo.

Sara estaba conmocionada. Aquella experiencia había sido demasiado para ella. Cuando Esteban le abrió la puerta cayó sobre él como un fardo. Todos se abalanzaron sobre ella, pero fueron los mellizos los que la abrazaron y la llevaron casi en volandas hasta el sofá.

—¿Estás bien, mamá? ¿Qué te ha hecho? ¡Dime qué te ha hecho, que me lo cargo! —ladró Marcos mientras Hugo secundaba en todo a su hermano.

Esteban se acercó a ellos y les pidió que la dejaran respirar, que el trauma la tenía todavía en shock. Se sentó a su lado y le hizo un chequeo rápido para ver si tenía contusiones o alguna señal de violencia.

—Tranquilos. No me ha hecho nada, sólo me ha amenazado.

—Tenemos que denunciarlo. Esto no podemos dejarlo así, además, no sé vosotros, pero yo creo que Uxía también debe estar en peligro —insistió Esteban.

—El caso es que no sabemos dónde está, no ha llamado y tampoco contesta a nuestras llamadas. La verdad es que esto cada vez es más extraño —advirtió Cristina.

—Está huyendo, eso está claro —comentó.

Santiago por fin parecía haber vuelto.

Al ver a Sara pareció que se le quitaba un peso de encima. Tenía la mala costumbre de echarse la culpa de todos los males del mundo, no lo podía evitar.

—¡No! Por favor, a la policía no.

—Me ha dicho que, si vamos a la policía, los mellizos sufrirán las consecuencias — continuó Sara al oído a Esteban sollozando—, no quiero que ellos se enteren.

—No podemos dejar que un matón de tres al cuarto nos amenace y quedarnos tan tranquilos. No señor. Hay que denunciar, voy a llamar a la policía ahora mismo —alegó Santiago sacando por fin toda la rabia contenida.

Esteban se acercó a él y le quitó el móvil de las manos.

—No es un matón de tres al cuarto. Es un capo de la mafia, traficante de drogas al que la policía todavía no ha podido inculpar en nada. Así me lo describió Uxía, ella lo conoce perfectamente y diría que sabe cuidarse muy bien las espaldas.

Cristina y Santiago se lo quedaron mirando sin dar crédito a lo que les decía. Los mellizos se sentaron uno a cada lado de su madre y no hacían más que besarla y abrazarla y decirle que nunca más se volverían a escapar de casa. Viendo todo el lío que se había montado, los chavales se sentían tan culpables que su madre había pasado de ser la mala de la película a ser de nuevo su madre.

—No ha sido culpa vuestra. No tenéis que pensar eso —los tranquilizó.

El teléfono de Sara sonó en su bolso y esta vez lo cogió, decidiendo que había llegado el momento de poner un poco de orden en su vida.

—Hola, Pato, siento no haberte contestado. Han pasado muchas cosas —contestó antes de que al otro lado de la línea le dijese nada.

—Mi amor, me tenías muy preocupado. ¿Por qué no respondías al celular? Todo el mundo me pregunta por vos. Tus clientes están furiosos y yo no sé ya que excusa darles.

Patricio, o Pato como le conocían sus amigos era un colombiano un tanto peculiar. Nacido en la región de Santander era rubio y con los ojos claros, herencia directa del colonizador alemán Leo Von Lengerke, que, según cuenta la leyenda, sembró de hijos la región. Pato era director de una importante sucursal bancaria del centro de Barcelona, si no se le conocía bien podía parecer distante, quizá debido a su trabajo, aunque en las distancias cortas era generoso y siempre estaba dispuesto a echar una mano cuando se le necesitaba.

Los mellizos se mofaban de él por el diminutivo de su nombre, poco frecuente en nuestra tierra, pero muy normal en la suya, él se lo tomaba con humor esperando algún día ser aceptado por ellos. Adoraba a Sara y por muchos desplantes que esta le hiciera siempre la perdonaba. Los dos adolescentes eran su asignatura pendiente, no era capaz de conectar con ellos, desde el primer momento le habían declarado la guerra, aunque él no se daba por vencido.

—Ok, lo imagino, pero ya te dije que los mellizos se habían ido con su padre sin avisar y

he tenido que solucionar algunos problemas que han surgido. En un rato voy para casa.

—¿De verdad estás bien? Por tu voz no me lo parece. ¿Quieres que vaya a buscarte? Pensaba ir al *gym*, pero tú eres lo primero, mi amor.

—No, de verdad, luego nos vemos. Tengo que colgar. Un beso —Sara cortó la llamada sin esperar respuesta.

—Era Patricio, está preocupado. La verdad es que lo he tenido abandonado, llevo tiempo sin hacerle caso y no se lo merece —se disculpó Sara ante los presentes, una disculpa que por primera vez la obligaba a pensar en alguien que no fuera ella.

Sentía que les debía una explicación a todo aquello, aunque todo aquello se lo dijese a sí misma. La culpa en realidad había sido suya por meterse con quien no debía. Ese no querer crecer, pensar que podía hacer lo que quisiera con cualquier hombre que le apeteciera, le estaba costando muy caro. Se juró no volver a hacerlo. Haberle hecho la vida imposible a Santiago tampoco es que le hubiese reportado ninguna satisfacción. Como mucho momentánea, pero viendo a sus hijos y el precio que les había costado a ellos le estaba doliendo más de lo que pensaba. Esteban le había llevado un vaso con agua, pero ella le pidió algo más fuerte.

—Pero, ¿qué os pasa en esta familia que todo lo queréis arreglar con algo más fuerte?

—Por favor, Esteban, no me regañes más. Ya he entendido que debo afrontar unos cuantos cambios en mi vida de ahora en adelante.

Esteban miró a Cristina pidiendo consejo, esta se acercó a él y le dijo que estaba muy pálida, que seguramente un trago no la iba a matar.

Haciendo caso a la psicóloga le llevó una copa de coñac mientras la dejaba desahogarse.

Capítulo 28

De camping

Milan y dos de sus secuaces llegaron a Queralbs casi a mediodía. La primera parada fue la casa en que Sara fue a buscar a la amiga de su ex. Milan nunca estuvo completamente seguro de que fuese Uxía la que vivía allí, lo que vio desde lejos se podía parecer, pero la manera de vestir y el color del pelo nada tenían que ver con la Uxía que había sido su mujer. Claro que eso era lo más fácil de cambiar cuando uno está huyendo, lo sabía perfectamente, pero no le convenía levantar la liebre. Uxía ya le había hecho cometer demasiados fallos, fallos que le pensaba hacer pagar en cuanto la tuviese delante.

Llamaron al timbre, aunque estaban seguros de que ella no les abriría, su intuición les decía que allí no había nadie, demasiada quietud y silencio se percibía desde fuera.

—La joven se fue hace un buen rato —se oyó una voz desde la casa de enfrente.

Los tres personajes se giraron a un tiempo.

Miraron hacia donde salía la voz sin ver a nadie hasta que notaron que una cortina se movía en una ventana del primer piso.

El rumano fue a increpar a la mujer que asomaba tras la cortina blanca de la contraventana que estaba ligeramente abierta, cuando recibió un codazo de Roberto, no quería que el acento, por muy bien que hablase el español, lo delatase.

—¿Sabe usted a dónde fue? —preguntó Milan lo más cortés que pudo, aunque le hervía la sangre por dentro.

—¿Yo cómo voy a saber?

—¿No le ha dejado ningún recado? Igual se ha ido a ver al novio —dijo con intención.

—No, señor, no me ha dejado ningún recado. En mi vida he conocido persona más rara y sosa, esta mujer no habla nunca con nadie, apenas se le conoce la voz.

—Entonces tampoco conocerá usted al novio —preguntó Roberto, insistiendo, como aquel que no quiere la cosa.

—Conocerlo, conocerlo no, pero estos últimos días han venido con mucha frecuencia el vecino nuevo y otro joven muy guapo, supongo que alguno de ellos tendrá algo con ella. Ah, y dos chavales que parecían gemelos que creo que eran hijos de uno de los dos, el que vive en la calle de atrás. Pero como les digo, yo qué voy a saber, yo me dedico a mi casa, nada más.

Los tres hombres se miraron entre sí guardándose lo que pensaban. En realidad, les había

sido bastante útil la hacendosa vecina. La mujer cerró la contraventana y siguió mirando a través de las lamas para no perderse detalle de aquellos a los que calificó como extranjeros. Para ella cualquier acento que no fuese catalán era extranjero por defecto.

Milan envió al rumano a la casa de Santiago mientras ellos se quedaban por la zona buscando alguna pista que los llevase al paradero de Uxía. Una vena empezó a palpar en el cuello de Milan, apretó los puños clavándose las uñas en la piel mientras resoplaba como un animal enjaulado. ¿Cómo era posible que una simple aficionada al periodismo, nunca la vio como la profesional que era, le llevara delantera en todo? Había incluso llegado a pensar que entre sus hombres hubiera un topo que le estuviera pasando información. Aquello era imposible, sus hombres sabían que estaban muertos si él descubría algo así.

Se metió en el coche y dio unos cuantos golpes en el salpicadero. La furia lo cegaba y no podía dejar de pensar que por culpa de aquella maldita mujer estaba cometiendo demasiados fallos. Fallos que jamás había cometido.

—Jefe, ¿no sería mejor que te olvides de ella? —Se atrevió a decir Roberto.

—Eso jamás. Esa zorra va a pagar todo lo que me ha hecho. Nadie se ríe de Milan Rodríguez y sale indemne para contarlo. No vuelvas a insinuar algo así —siseó provocando que un escalofrío subiera por la columna vertebral de su lugarteniente.

Aunque su respuesta había sido tajante, en el fondo, Milan admiró el valor que había tenido Roberto para atreverse a cuestionarlo.

—No volverá a pasar —replicó bajando la cabeza ocultando su miedo e intentando meter la llave en el contacto con mano temblorosa mientras esperaba nuevas instrucciones de su jefe.

—Salgamos de aquí, estamos siendo demasiado indiscretos. Demos una vuelta por los alrededores a ver si la encontramos. La vieja dice que no hace mucho que se fue. Recogieron al rumano que volvía de casa de Santiago con igual éxito que ellos y se fueron.

Lo que no sabía Milan era que cuando habían parado a repostar la habían tenido más cerca de lo que pensaban. El coche que salía de la gasolinera como una exhalación y casi se los lleva por delante era Uxía que huía atemorizada por la curiosidad de un camionero.

—¿Nada? —le pregunta al rumano al recogerlo en la carretera.

—Nada, jefe. He revisado todo de arriba abajo, me he metido por el patio y allí hace días que no parece haber nadie.

—¡Joder! ¡No se la puede haber tragado la tierra! —Vuelve a dar otro manotazo en el salpicadero haciendo que se abra la guantera y caigan sobre él los documentos del coche que estaban dentro.

—Si no está muerta, en cuanto la encontremos, y será pronto, yo me encargaré de que lo esté, jefe —intervino el rumano.

Milan sabía perfectamente la manera que tenía el rumano de hacerse cargo de las cosas.

Desde que lo salvó, cuando apenas tenía catorce años, de un clan rumano en el que lo habían adoptado al quedar huérfano, y que obligaban a robar en chalets de lujo para ganarse su manutención, siendo maltratado violenta y sistemáticamente, el rumano, nadie conocía su nombre real, ni siquiera él lo recordaba, se había convertido en la sombra de Milan. No se podía decir que la inteligencia fuera su punto fuerte, pero lo que sí era su fuerte era la lealtad hacia su libertador.

—Primero tenemos que encontrarla, Rumano.

Cuando por fin se tranquilizaron un poco, y empezaron a pensar con cabeza fría, convinieron que por la mañana si Uxía no se había puesto en contacto con ellos acudirían a la guardia civil. Santiago no estaba nada convencido de que aquello fuese lo más conveniente, pero los demás eran mayoría y no quiso imponerse por las bravas.

—Está bien, pero voy a hacer un último intento a ver si me responde, sigo pensando que huye de algo y quizá ir a la policía la perjudique más que la ayude —indicó Santiago— quizá deberíamos averiguar primero de qué huye.

Marcó el contacto de Uxía y notó con alivio que por lo menos esta vez daba tono. Uno, dos, tres tonos. Estaba a punto de colgar descorazonado cuando escuchó su voz.

—Hola —contestó ella con recelo.

—Uxía, soy Santiago, no me cuelgues, por favor. Estamos muy preocupados por ti. ¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido?

—Sólo te contesto porque no quiero que me busques, por favor, no quiero ponerme en peligro y si estoy con vosotros es lo único que va a pasar. Estoy bien. Ha sido una bendición haber encontrado personas como vosotros en mi camino, pero ahora tenéis que olvidarme, os lo pido por favor. Adiós, os llevaré siempre en mi corazón.

Después de soltar tamaña cursilería, o eso pensó, cortó la comunicación y desconectó el móvil de nuevo para que no pudiese volver a llamarla, esperaba que con ese gesto fuera suficiente para desanimarlo y que no la buscara. Ya estaba dicho y de todos modos no volvería a ver a Santiago por mucho que lo desease, así que tampoco había que darle mayor importancia si era cursi o no.

Santiago se quedó mirando el móvil como si de un momento a otro ella fuese a salir por allí. No acababa de asimilar qué le había querido decir con aquello.

A Sara le afloró una impertinente sonrisa a la boca. Quería aparentar que lo sentía, pero el cambio que decía haber hecho, en aquel momento brilló por su ausencia y su natural egoísmo emergió de su interior. Se despidió de los presentes argumentando agotamiento, en eso no mentía, necesitaba refugiarse en los brazos de Patricio que siempre la esperaba fuese cual fuera

la circunstancia de su ausencia. Los mellizos quisieron quedarse con su padre, pero este los convenció de que debían volver a casa y al instituto.

—¿Ya habéis olvidado en qué habíamos quedado?

—No, papá —contestaron como siempre a la vez.

—Pero es que allí estará Pato —Marcos puso cara de hastío.

—Nadie dijo nunca que la vida fuera fácil —contestó su padre dando el tema por zanjado.

Marcos y Hugo perdonaron la vida de su padre con la mirada, pero se fueron con su madre hacia su casa, por una vez dejaron ganar a su padre.

Cristina también se despedía y Esteban la acompañó hasta la puerta. Ella se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla y sin pensarlo Esteban giró la cara y se lo dio en los labios. El corazón de Cris estalló en mil pedazos saliéndole por los ojos en forma de estrellitas. Sin mediar palabra se fundieron en un beso de los de verdad, un beso por el que ella llevaba mucho tiempo suspirando. Los aplausos de Santiago los devolvieron a la realidad.

Uxía se sentía agotada. Llevaba horas dando vueltas con el coche sin saber qué hacer, necesitaba un plan de acción, pero no tenía idea de qué hacer ni a dónde ir. El cansancio le dio un par de avisos en forma de cabezada así que pensó que lo mejor sería parar en algún sitio discreto y dormir un rato, de todos modos, ya era tarde y necesitaba pensar.

Al pasar por un camping solitario, de los pocos que permanecían cerrados, de los pocos rezagados, ya que, aunque no había empezado la temporada al cien por cien, la mayoría abrían todo el año para así aprovechar al cien por cien las instalaciones. Se metió en el aparcamiento exterior en un rincón en que los árboles y algunos setos prácticamente ocultaban el coche a la vista de cualquier buen samaritano que pasase por la carretera y tuviera la tentación de ofrecerle de nuevo algún consejo. Dejó caer la cabeza encima de los brazos cruzados sobre el volante y cerró los ojos un momento intentando controlar la angustia y los nervios que sentía.

Se sentía tan sola...

Cogió el móvil para poner la alarma un rato antes de que amaneciera, pero lo que hizo fue buscar el contacto de Santiago. Lo miró durante largo rato. Eliminó la llamada antes de que marcara. Hubiera sido reconfortante escuchar su voz de nuevo, pero sabía que le preguntaría cosas que ella no estaba dispuesta a revelar y olvidó por completo que iba a poner la alarma.

El estómago le empezó a rugir. Sacó el bocadillo que le quedaba en la bolsa y lo mordisqueó. Tenía hambre, pero no le entraba nada así que bebió un trago de la botella de vino por si le abría un poco el apetito obligándose a comer el sándwich, pensar con el estómago vacío no ayudaba mucho.

La pesadilla había vuelto a empezar cuando ella ya creía haberla superado. ¿Por qué

había personas en el mundo como Milan? ¿Por qué le había tocado a ella? No creía merecer algo así. Había sido una buena hija y buena estudiante terminando la carrera con un excelente como nota media. ¿De qué le había servido? Desde que su madre faltaba todo en su vida había ido cuesta abajo. Necesitaba aferrarse a algo que la mantuviera a flote antes de volverse loca. Su mente volvió a Santiago. Lo imaginaba a su lado, su tabla de salvación.

No, no podía arrastrarlo con ella.

Ni siquiera podía estar segura de que él quisiera y si así fuese lo pondría en el punto de mira de Milan y eso no lo podía consentir. Un pensamiento recurrente de los últimos días era entregarse, dejar que Milan se la llevase y dejarse morir o incluso suicidarse de verdad ya que la muerte fingida no le había dado el resultado que pretendía. Sí, seguramente lo más sensato sería acabar con su vida de una vez por todas y dejar de sufrir y de ese modo evitar el sufrimiento que acarrea a todo el que estaba a su alrededor.

La tentación era tan grande.

Era tan cobarde...

No se sentía con fuerzas para llevarlo a cabo, aunque la idea cada vez era más persistente en su cabeza.

Sabía que esos pensamientos no eran buenos.

Sabía que para eliminarlos necesitaba distraer la mente con algo diferente, alguna cosa que la obligara a concentrarse, hacer algo productivo, al fin y al cabo, necesitaba generar ingresos o moriría de inanición. Sacó el portátil y tomó algunos apuntes sobre lo que quería incorporar a la trama de su novela. Otra cosa que tenía que resolver era dónde cargar el móvil y el portátil y buscar un lugar donde ir al lavabo y poder darse una ducha, detalles menores, pero necesarios. Pensar en cosas mundanas le levantó un poco el ánimo. Volvió a meter el portátil debajo del asiento por precaución y sacó una manta del maletero, tiró el asiento hacia atrás y se dispuso a pasar la noche lo mejor que pudiera.

Unos golpes en los cristales la sacaron del sopor en el que estaba, la cabeza le martilleaba por dentro mientras pugnaba por abrir los ojos, puesto que no estaba profundamente dormida, tan sólo dormitaba. Dios mío, me ha encontrado, fue el primer pensamiento que acudió a su cabeza. Asustada vio algo que se asomaba por los cristales y seguía golpeando. Estaba demasiado oscuro, se había internado entre unos arbustos para ocultarse de la vista por si alguien pasaba por allí. Un golpe más fuerte que los anteriores le provocó un grito que intentó ahogar poniéndose las manos en la boca. Levantó la cabeza para intentar descubrir quién era la persona que golpeaba tan insistentemente la ventana.

Un suspiro de alivio salió de su garganta al darse cuenta que eran las ramas de las Adelfas que debido al viento aporreaban la ventanilla sin piedad. El consuelo fue momentáneo,

se daba cuenta de que aquella tampoco era la solución. Movi6 el coche un poco hacia atr6s para que las ramas dejaran de golpear e intent6 volver a cerrar los ojos. Dif6cil tarea, pero necesitaba descansar. Por la ma1ana deber6a trazar un plan con urgencia.

Cap6tulo 29

Toca tomar decisiones

Santiago, tumbado en el sof6 de su amigo, miraba el m6vil como si este le fuese a revelar un profundo secreto. La noche se hab6a enfriado. El edred6n que le hab6a proporcionado Esteban parec6a de una casa de mu1ecas. Se levant6 y se puso unos calcetines, nunca hab6a podido conciliar el sue1o con los pies fr6os, aunque, de todas maneras, tampoco le era c6modo dormir con ellos. Volvi6 a mirar el m6vil esperando que sonara, pero el aparato no estaba por la labor, y si marcaba daba apagado. Acomod6 el edred6n, tampoco le llegaba a los hombros y la humedad hac6a que la temperatura de confort fuese menor de la que en realidad era. El sue1o no llegaba y el sof6 tampoco ayudaba mucho, no recordaba que fuese tan inc6modo las anteriores veces que le hab6a tocado dormir en 6l.

Se incorpor6, se subi6 el cubrecama hasta medio cuerpo, nada, no pod6a permanecer en el sof6. Se levant6 y fue a mirar por la ventana. Barcelona, como 6l, tampoco dorm6a, el paseo mar6timo a aquellas horas de la madrugada era un ir y venir de gentes, en todas ellas crey6 ver a Ux6a.

Fue a la cocina y empez6 a abrir armarios, intentaba no hacer ruido, pero estaba tan

alterado que en aquel momento su prioridad era encontrar las infusiones que al parecer brillaban por su ausencia. ¡Qué desastre de Esteban! No tener ni una triste tila, ya le vale. ¿Es que él nunca se ponía nervioso? ¿Es que nunca necesitaba una tila? Hasta se le ocurrió buscar un bar abierto donde tomarla, pero lo pensó mejor. Al final se tomó un vaso de leche caliente esperando que le ayudase a conciliar el sueño. Volvió al sofá intentando por enésima vez encontrar una postura que le resultase cómoda. Cuando empezaba a conseguirlo un ruido como de motor averiado lo sobresaltó, parecía un compresor, pero venía de la habitación de Esteban. Fue a mirar y lo invadió algo parecido a la furia. Lo que faltaba. ¿Cómo era posible que su amigo durmiera de aquella manera? Si aquella sinfonía duraba mucho se volvería loco.

—Despierta, dormilón.

Santiago se dio media vuelta tapándose la cabeza con un gruñido.

—Espabila, que tenemos que aprovechar el día.

El cojín que le servía de almohada voló hasta la cabeza de Esteban.

—¡Serás capullo! Entre el frío y tus ronquidos no he podido dormir en toda la noche, pareces una Harley estropeada.

—¡Déjate de gilipolleces y vamos a lo que importa! ¿Qué planes tenemos para hoy? Deberíamos empezar por buscar a Uxía, ¿no te parece? Debe estar muy asustada si ni siquiera puede confiar en nosotros.

—Supongo que, aunque ella no quiera, lo mejor será hablar con la policía, ellos son los únicos que nos pueden ayudar, o eso espero.

—Imagino que sí, que lo mejor sería acudir a la policía. El problema es que no me gustaría poner en riesgo la vida de los mellizos. Me da miedo de que el tipo ese les haga algo y lo veo muy capaz.

—Yo también lo creo, por eso no paro de darle vueltas. Si les pasa algo a los mellizos me muero.

—Se me está ocurriendo algo, tengo un amigo que igual nos puede ayudar, había sido miembro de la UDYCO, pero tuvo un percance y lo tuvo que dejar, ahora se dedica a escribir novelas policiacas para entretenerse, o eso nos quiere hacer creer, porque la verdad es que le va muy bien.

Esteban marcó el número de su amigo y esperó acercándose a la ventana con sigilo, como si Milan pudiese escucharlo.

—Vamos —le apremió en cuanto colgó— Aleix ya viene para acá, lo esperaremos mientras tomamos café.

Apenas habían dado el primer sorbo al café cuando apareció Aleix, personaje que le habría encantado a Sara, ya que si tuviera que describirlo diría que era todo un gentleman: era la

perfecta reencarnación del cuadro El hijo del hombre de Magrit, la única diferencia era que el expolicía se apoyaba en un bastón, consecuencia de un disparo en la rodilla de un narcotraficante que lo dejó lisiado para siempre.

Se levantaron a saludarlo, se dieron la mano y lo invitaron a sentarse con ellos. Someramente le explicaron el problema y dejaron que pidiese más datos a medida que los fuese ordenando en su metódica cabeza.

Aleix se quedó callado y ellos pensaron que el caso puede que no le importe lo suficiente.

Esperaron impacientes mientras meneaba su café, durante un tiempo que a los dos amigos les pareció excesivo, de derecha a izquierda y se tomaba el primer sorbo con toda la parsimonia del mundo.

—Cómo diría mi querido comisario Montalbano, paciencia, amigos. Las prisas nunca han sido buenas compañeras y en las investigaciones menos. Cómo comprenderán he dicho prisa, no pasividad. Estas cosas requieren de materia gris, no de piernas.

Tanto Esteban como Santiago se quedaron sin palabras, se miraron de soslayo pensando si habría sido buena idea llamarlo, su materia gris estaría intacta, pero su cordura parecía estar ausente.

—Entonces, qué sugieres que hagamos. Esto es algo de vida o muerte.

—Ya he dicho que paciencia, tengo que estudiar bien la situación. ¿He entendido que este tal Milan es el conocido y nunca hallado narcotraficante?

—Por lo que dijo Uxía, sí, es el mayor narco gallego, le da cuarenta vueltas al tal Miñanco ese, el problema es que es como un fantasma, nadie lo conoce físicamente.

—Pues yo he oído hablar de él, pero nunca ha sido detenido ni se le ha podido probar nada. Parece más leyenda que realidad, y he pertenecido a la UDYCO muchos años, ya lo sabes —se dirigió a Esteban.

—Bueno, quizá Uxía exagerase un poco. Para ella era el peor, pero que se sabe guardar muy bien la espalda es cierto. Aunque ella lo decía muy convencida, aparte de ser un maltratador de mucho cuidado.

Esteban le explicó que sobre eso habían hablado muy poco, ella se sentía muy vulnerable con ese tema, así que después de sincerarse con él no lo volvieron a tocar.

Santiago se estaba enterando de cosas que no sabía con respecto a Uxía. Una punzada de dolor atravesó su pecho al pensar que había confiado más en Esteban que en él. Con su natural pesimismo ya empezaba a montarse la película en su cabeza de nuevo. No es el momento, se decía sin convicción alguna.

—Pues de momento, mientras no tengamos más información, veré entre mis contactos qué puedo averiguar. Si os enteráis de algo más me llamáis a la hora que sea.

Los dos amigos asintieron poniéndose de pie, se estrecharon las manos y Aleix se

marchó, con su aristocrático porte, a trabajar desde su casa después de emplazarlos allí mismo al día siguiente.

Milan no paraba de pegar gritos a su gente, como si de aquella manera Uxía fuese a aparecer antes. De inútiles no los bajaba y ellos empezaban a estar hartos de sus malos tratos. Hasta el rumano, que besaba el suelo que su jefe pisaba, había soltado un resoplido cuando Milan en un arrebato de agresividad no lo bajó de subnormal. Aunque su cerebro no era el más despierto eso no se lo esperaba.

Los ojos azul hielo del rumano atravesaron a Milan como dos flechas envenenadas mientras sus nudillos se volvían blancos de tanto apretar los puños.

Habían pasado la noche en un albergue de mala muerte donde no parecían llevar un registro muy exhaustivo de los clientes. Milan ni durmió ni había dejado dormir a nadie. Cada vuelta que daba por la habitación era un paseo a la ventana, cada paseo a la ventana un juramento.

Ni Roberto ni Rumano se atrevían a respirar. Roberto notaba en su estómago las punzadas del hambre, pero no osó decir nada a su jefe, en aquellos trances era mucho mejor no molestar, no respirar, convertirse en un mueble más para no desatar las iras del, ya de por sí, violento Milan.

—¿Es que no se os ocurre nada? ¿Para eso os pago? —rugió fuera de control.

—Cuando alguien no quiere ser encontrado es muy difícil hacerlo —se atrevió a contestar Roberto—, pero la vamos a encontrar.

—Reconozco que le echas huevos, sí señor. Te atreves a contestar para no aportar nada. ¿Esperas que te aplauda?

Roberto no dijo nada, mordiéndose la lengua se limitó a bajar la cabeza pareciendo avergonzado, si bien por dentro estaba jurando en arameo. Conocía bien a Milan y sabía que, si contestaba, aunque fuese con un, lo siento, montaría en cólera y era capaz de cualquier cosa, sobre todo estando como estaba alterado y descompuesto. No podía soportar que Uxía se burlase de él de aquella manera. Estaban cansados, con sueño y hambre, no entendían cómo su jefe era capaz de aguantar tantas horas despierto y sin probar bocado. Sabían a ciencia cierta que nunca probaba su mercancía, ni él ni los que trabajaban para él. Lo tenían prohibido bajo amenaza de muerte. Cuando alguien entraba nuevo en la organización era lo primero que tenían que firmar, la droga era para los clientes, ellos debían mantener la mente lúcida, era la única manera de que el negocio funcionase.

El teléfono de Uxía empezó a sonar en el mismo momento en que un trueno rasgaba la alborada. Ni siquiera le apetecía mirar quién la llamaba. Las ramas de las adelfas volvían a

golpear los cristales. Ya había amanecido y aunque no era un sitio muy concurrido se veía por la carretera algún que otro paraguas, empezaba a llover cada vez con más fuerza lo que le recordó su Arteixo natal y la nostalgia y la soledad pueden con ella.

Por fin se decidió a mirar el móvil, le quedaba poca batería, necesitaba encontrar pronto donde cargarlo o se quedaría incomunicada. Marcó rellamada, era de la redacción, imaginaba lo que querían. Desde que dejó sobre la mesa del director su primer artículo no volvió a fregar suelos, aquello fue una pequeña victoria, aunque no podía hacer trabajo de campo sí podía escribir sobre lo que conocía bien, el tráfico de drogas y el escurridizo Milan Rodríguez. Tenía que haber entregado el último artículo y no había podido hacerlo. Huir y escribir no eran demasiado compatibles.

—Uxía, llevas dos días de retraso y no tengo nada que poner en tu sección —se escucha al otro lado de la línea.

—Lo siento, me ha surgido un problema familiar y me ha sido imposible. Te prometo que esta tarde te lo envío.

—Esta tarde es eso, tarde. No podemos perder la dinámica por ti, lo sabes. Me prometiste que tenías un bombazo y necesito algo así o La Gaceta digital se nos muere.

—Un par de horas, por favor, dame un par de horas y te lo paso, lo tengo listo, sólo necesito pulirlo un poco, pero apenas tengo batería en el portátil. Por favor, necesito el trabajo, lo sabes.

Odiaba suplicar, pero esta vez no le había quedado más remedio. O era eso o no comer y se imponía el estómago. Miró su cartera, le quedaba poco dinero, así que necesitaba una cafetería donde tomar un café, no se podía permitir mucho más hasta que pudiera cobrar el nuevo artículo, pero sobre todo necesitaba que tuviese conexión a internet y wifi. Era cierto que tenía el texto, pero en su cabeza, al fin y al cabo, sólo se trataba de describir los negocios turbios de Milan y esos los conocía al dedillo, aunque él fuese hermético en sus actividades una buena periodista era capaz de averiguar muchas cosas, sobre todo si lo que se juega es su propia vida.

Aparcó el coche y buscó algún sitio cercano para guarecerse de la lluvia que cada vez era más intensa. Entró en la cafetería porque vio un cartelito escrito a mano en el que anunciaba que tenían wifi y estaba escrita debajo la contraseña. Genial, pensó, a ver si en lo que me tomo un café me da tiempo a cargar un poco el móvil y escribir el artículo. Largo me lo fiais, se dijo a sí misma, pero tenía que intentarlo o perdería el único empleo decente que había encontrado y en el que rogando mucho pudo conseguir que le pagasen en efectivo.

El aroma a café recién hecho penetró en sus fosas nasales provocándole algo parecido a un orgasmo. Lo probó. Amargo y caliente, placer de dioses. Cerró los ojos subyugada por tan sensorial goce.

Empezó a teclear y las palabras acudían a sus dedos casi sin tenerlas que pensar. Era

tanto lo que sabía y podía contar que el artículo prácticamente se escribía solo.

Terminado, pensó. Repasó lo escrito y se felicitó porque esperaba que para La Gaceta Digital fuese un incremento de visualizaciones que ayudase a salvarla de la quiebra. Mentalmente se estaba imaginando a Milan detenido y encarcelado por todo el mal que estaba haciendo a la sociedad.

Entornó los ojos disfrutando del momento, cuando volvió a mirar casi se ahoga. Desde que huyó de su maltratador y, por ende, de Madrid, había cogido la costumbre de sentarse en el rincón más apartado que encontraba, pero siempre mirando a la puerta. Roberto acababa de entrar en la cafetería. Se encogió todo lo que pudo intentando esconderse tras el portátil para que no la viera. El corazón se le aceleró de tal manera que golpeaba su pecho a un ritmo frenético. ¿Qué hacer? Salir no era una buena opción, tendría que pasar sí o sí por detrás de Rober. Se escondió cuanto pudo. Ya le servían los cafés para llevar al hombre de Milan cuando este entró y pidió para ir al servicio. Se sintió perdida, los lavabos estaban detrás de ella.

Capítulo 30

Aleix se pone las pilas

A primerísima hora de la mañana Aleix llamó a Esteban para decirle que había llegado el momento de ponerse en marcha. Aunque los datos que le habían facilitado eran escasos se había pasado media noche recabando información sobre el recorrido que, básicamente, debería haber hecho Uxía. Saber que su perseguidor estaba cerca no le proporcionaba tranquilidad alguna, así que esperaba poder encontrarla antes de que lo hiciera Milan. Estaba seguro de que era el mismo al que la policía de estupefacientes llevaba años buscando sin encontrar huella ni pista que los llevase hasta él. El problema es que no recordaba ese nombre, aunque el apellido fuese el mismo, algo no cuadraba.

Por lo que sabe de cuando pertenecía al cuerpo, es muy escurridizo, no se había dejado ver nunca, no había fotos suyas, ni un simple papel escrito para conocer su grafología, o una simple firma. Una sonrisa apareció en los labios del escritor. Mataría dos pájaros de un tiro. Menudo empujón a su carrera literaria y menudo subidón como persona, y ya como expolicía, sería cerrar su carrera con broche de oro.

Esta vez es él el que espera a los dos amigos, ha llegado temprano, ha desayunado en el bar donde se habían dado cita. Café con cruasán hecho con harina de almendra, no come cereales, a la plancha con mantequilla y miel. La miel la llevaba en un tarrito en el bolsillo ya que era especial, la producían sus propias abejas, la que se compra, como todo el mundo sabe, o eso es lo que él dice, es sintética, jarabe de glucosa, una bomba para su microbiota.

Se había vuelto un sibarita en lo que respectaba a la comida y a la vida en general. Es un hombre soltero que no ha de dar explicaciones y nunca le gustó darlas. Con las mujeres la relación siempre había sido desigual, no lo quisieron las que él quiso y se enamoraron perdidamente de él un par de mujeres con las que nunca llegó a congeniar, así que se hizo devoto de la cofradía de los solteros y desde ese momento le cambió la vida. Su compañera de piso era una gata que le hacía visitas de vez en cuando porque cuando iba la consentía como no hizo nunca con ninguna mujer. Le explicaba con detenimiento los argumentos y tramas de sus novelas, a lo que ella maullaba dando su beneplácito. Así que se convirtieron en la pareja perfecta. Era bien recibida cuando llegaba, pero no se la echaba de menos cuando decidía irse a su verdadera casa. Todo en orden.

En el canal 24 horas de la televisión pasaban las noticias repetidas una y otra vez. Al

escuchar la palabra droga levantó la cabeza para mirar la pantalla justo a tiempo de escuchar que hablaban del Fentanilo, la droga que estaba haciendo estragos en Estados Unidos y que, por desgracia, estaba llegando a España. Por un momento pensó que se podía tratar de Milan o su cártel, pero para su desdicha no tenía nada que ver con el caso que le había hecho ir hasta allí,

Estaba llevándose la taza de café a la boca cuando entraron los dos amigos.

Del cruasán ya no quedaba nada.

En un gesto nada discreto se miró el reloj de pulsera. Siete minutos de retraso. La impuntualidad decía mucho de las personas y él odiaba que la gente no fuese puntual.

—Señores, tenemos mucho trabajo que hacer —dijo nada más llegaron a su altura.

—Dos cortados, por favor —pidió Esteban al camarero— con azúcar, gracias.

—Sois médicos, deberíais saber que al Alzheimer se le llama diabetes tipo tres porque está demostrado que es consecuencia de ingerir demasiada azúcar, pero cada uno se mata como le da la gana, no es problema mío.

—Joder, Aleix, ya me has amargado el café. ¿Por qué haces siempre lo mismo? Deja que me muera a gusto por lo menos.

—La información es poder —se limitó a decir.

—A mí no me metáis en vuestras disputas, soy dentista y nunca he recomendado comer azúcar —adujo Santiago.

Terminaron los cafés y salieron en busca del coche. Por el camino les fue explicando los pasos a seguir. Indagando entre sus antiguos compañeros, siempre es bueno que le deban favores a uno, les decía, supo que a media tarde había subido al tren dirección Ribes de Freser, o sea, que se dirigía a casa, empezarían por allí.

—¿Habéis leído el diario digital en el que escribe Uxía?

—¿Uxía escribe en un periódico? —preguntaron sorprendidos.

—Buscáis a una mujer y ni siquiera os habéis molestado en saber en qué trabaja. ¿Así pensabais encontrarla?

—Yo soy médico, no investigador —alegó Esteban—. Me dijo que trabajaba limpiando.

—Y yo dentista, así que más o menos —se excusó Santiago— pero vamos, las veces que le pregunté se hizo la sorda y no contestó. La busqué por internet, pero no tiene redes sociales, o al menos no con su nombre.

—Se trata de ir siempre un paso por delante si queremos encontrarla.

Aleix no dijo nada más, no tenía por costumbre dar demasiadas explicaciones ni hablar de lo que para él eran trivialidades.

Entraron en la c-17 en silencio, tan solo roto por *Bohemian Rhapsody*, la canción de Queen que sonaba en la radio. Santiago se puso a buscar por internet el diario en el que trabajaba

Uxía, pero no se atrevió a preguntar por el nombre, prefería que prestase toda su atención a la carretera y no le soltara un nuevo bufido. Esteban también jugaba con su teléfono, pero lo que hacía era ver si en algún momento Uxía se conectaba o usaba el WhatsApp.

—¿Crees que la encontraremos? —preguntó Esteban de pronto.

—En esta vida nada hay seguro, pero haremos todo lo posible.

Un coche cambió de carril de súbito, sin poner intermitente, casi se los lleva por delante. Aleix rezó todo un rosario de improperios mientras daba un volantazo hacia la izquierda para después volver a situarse en su carril. Menos mal que por su izquierda no venía nadie y sólo había sido un pequeño contratiempo de los que pasan todos los días en la carretera.

—¿Habéis visto? ¡Ese tío casi nos mata! —se quejó Santiago con el corazón todavía en la boca.

—Pero no ha sido así —sentenció Aleix—, dejad de quejaros, por favor.

Volvió el silencio al habitáculo.

—Vaya, vaya, la suerte siempre me acompaña.

Milan se paró delante de una temblorosa Uxía que en aquel momento veía pasar su vida ante sus ojos. El final había llegado. Sabía que Milan nunca le perdonaría su traición.

El aire se volvió irrespirable.

Se ahogaba.

La cafetería se convirtió en un horno. Se arrinconó contra la pared y abrió la boca para pedir ayuda. El pánico era tal que de su garganta no salió sonido alguno. Milan se limitaba a estar allí, sin hablar, sin moverse, tan solo la miraba fijamente con una sonrisa que helaría la sangre al más valiente.

El artículo casi estaba terminado, le faltaba la frase final, pero no le había dado tiempo. La mano le temblaba tanto que casi no acertaba a la tecla de enviar, pero debía hacerlo. Era lo último que haría en su vida y se llevaría con ella a Milan. Esperaba que en la redacción lo entendiesen.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has enviado?

Uxía se limitó a mirarlo con los ojos tan abiertos que su cara era la de una grotesca muñeca de feria. Se llevó las manos a la cabeza instintivamente y se encogió cuanto pudo en el asiento. Estaba completamente paralizada.

—Mi vida, estás muerta.

—¡Yo no soy tu vida! —espetó liberando por el que la asió.

La volvió a coger, esta vez tan fuerte que le dejó las marcas de los dedos en el brazo, la levantó de la silla como si fuera una muñeca de trapo y la sacó del local, sin importarle las miradas curiosas que estaba generando. La sacó a la calle y la metió de un empujón en el asiento

trasero del coche.

El camarero estaba preparando los cafés y no vio bien lo que estaba pasando, pero el movimiento le pareció raro y mucho más que la chica se dejase el ordenador sobre la mesa abierto y todo. Miró por la cristalera al tiempo de ver como el tipo del baño metía a la joven a la fuerza en el coche, sacó el móvil del bolsillo y le hizo una foto desde detrás de la vidriera ya que llovía, intentando sacar la matrícula. Por si las moscas, pensó, pero no quiso salir a la calle para no mojarse. Lo que tuviera aquella pareja tampoco era asunto suyo, aunque aquellos tipos no le dieran buena espina.

Uxía se hizo un ovillo. La lluvia le había empapado la ropa y tiritaba de frío, pero no dijo nada. Tampoco quería enfurecer más de lo que estaba a Milan y menos al rumano. Conocía bien las caricias de los dos y lo último que quería era volverlas a probar. Aunque sabía que aquel era su final le aterraba sufrir. Qué sea rápido, por favor, rogaba internamente.

Al caer sobre el asiento algo se clavó en su muslo, era el móvil que lo llevaba en el bolsillo.

Rumano se había sentado a su lado y seguramente no le quitaba el ojo de encima, pero ella se había dado con la cabeza en la puerta y procuró parecer un bulto, apenas se atrevía a respirar. Tenía que hacerse invisible y pensar.

Intentando moverse lo mínimo sacó el teléfono del bolsillo estirando el brazo por debajo del cuerpo, suerte que lo tenía en silencio y no haría ruido, era descabellado lo que se le había ocurrido, pero tenía que intentarlo. Tapándolo con el cuerpo envió la ubicación a Esteban, ya que era el primer contacto que le salió, y se puso a rezar.

—¿Este trasto no puede correr un poco más? —Increpaba Santiago.

—La carretera tiene unos límites, y correr unos kilómetros más no hará que lleguemos más o menos a tiempo.

El cielo estaba completamente encapotado y el pavimento mojado, aunque la carretera era buena tampoco era cuestión de arriesgarse a sufrir un accidente. El exagente tenía incorporado en su ADN acatar siempre las normas, las que fueran, normas eran normas. Su terquedad y civismo le había salvado la vida en más de una ocasión. Aleix era todo lo contrario a los policías de las series televisivas.

—¡Silencio! Acabo de recibir un WhatsApp de Uxía —comentó Esteban mirando el dispositivo con cara de espanto.

Santiago se lo miró como si hubiese dicho que había extraterrestres en la carretera. Cuando reaccionó le dio un par de empujones en la espalda apremiándolo a leerlo.

—Pero ¡qué dice! ¡Di algo! —le urgía Santiago con el corazón en la garganta.

—Es que no pone nada, sólo es una ubicación. ¿Qué extraño? ¿No? —respondió Esteban

confundido.

—Déjame ver —Santiago de un manotazo le quitó el móvil de las manos—. Y ¿por qué te lo manda a ti?

—¡Cómo quieres que lo sepa!

—Señores, lo más importante es saber de dónde es la ubicación, ¿no creen? Esa puede ser una pista muy valiosa para empezar a buscar. No vamos a perdernos en dimes y diretes.

—Tienes razón, perdona. Son los nervios que nos tienen en tensión —contestó Santiago—. Es un bar en Ribes de Fresser. Qué extraño.

Le devolvió el móvil a Esteban y Aleix le dijo que pusiera la ubicación en el navegador, así llegarían de una al bar y empezarían a desvelar incógnitas. Según el navegador les quedaban unos veinte minutos para llegar.

En un primer momento el camarero y dueño de la cafetería, desde donde Uxía había enviado la ubicación, dijo no saber nada de la joven que le describían. Tanta gente detrás de una chica le produjo una mala sensación, así que pensó que en cuanto se fuesen llamaría a los *mossos*, sería lo mejor para él, lo último que quería eran movidas extrañas en su bar.

—¿Ni siquiera ha visto algo raro por aquí? Intente recordar, no hace ni media hora que la joven estaba aquí, o pasaba por la puerta. Mire —le enseñó el móvil.

—Ya le he dicho que no, aquí no ha habido nadie como la persona que describís. —Mientras contestaba miraba la puerta de la cocina donde había metido el bolso y el ordenador de Uxía, no fuese que al entrar o salir el chico que le echaba una mano se viese algo—. Lo siento, pero tengo mucho trabajo y me están espantando la clientela con tanta pregunta —dijo esto al notar el silencio que se había creado entre los clientes que dejaron de prestar atención a la televisión para estar pendientes de los desconocidos.

Dejándolos con la palabra en la boca se metió en la cocina dando por concluida la conversación.

—¿Qué hacemos ahora?

La voz de Santiago sonaba cargada de ansiedad, la misma que se abría camino desde su pecho extendiéndose por todo su cuerpo. De pronto parecía diez años más viejo, la cabeza se le hundió en los hombros.

La llovizna del camino al llegar a Ribes se había convertido en aguacero. La lluvia le empapaba el rostro mezclándose con unas lágrimas furtivas que, por suerte para su autoestima, nadie vio. La ansiedad, que ya creía superada, intentaba hacerse hueco de nuevo, haciéndole boquear buscando un aire que se negaba a entrar en sus pulmones.

Aleix parado debajo del saliente de un balcón para no mojarse, y, apoyado en su bastón,

se quedó pensativo. ¿No había nadie dentro de la cafetería en el momento que ella envió la ubicación? ¿Por qué se la había enviado a Esteban y no a Santiago? ¿Qué hacía tan temprano allí? ¿Estaba dentro o sólo pasaba por la puerta? Demasiadas incógnitas y poco tiempo para resolverlas.

—¿No habría forma de rastrear el móvil? —dijo una vez en el coche elevando la voz para hacerse escuchar por encima del estruendo de la violenta lluvia que caía sobre la carrocería.

Los dos negaron con la cabeza.

—Estoy seguro que el dueño del bar sabe más de lo que dice —esta vez fue Esteban el que intentó hacerse oír.

En la redacción habían recibido el artículo y no entendían bien que Uxía hubiese enviado un texto tan poco pulido y sin la frase final con la que solía terminarlos.

El redactor la había llamado veinte veces y no había manera de que le contestase. Daba tono, pero no lo cogía. “En mala hora la contraté, a ver si me va a meter en algún problema”. Se fue a la oficina y buscó el contrato, todo parecía estar en orden. El único punto anómalo era el de cobrar en efectivo, pero tampoco era nada del otro jueves, ya que además se lo hizo poner por escrito y firmado. Al final tomó la decisión de lanzar el artículo escribiendo él una frase basada en las que ponía ella.

El artículo era una bomba. Daba información con pelos y señales del narco más buscado por la UDYCO de los últimos tiempos, el más escurridizo. Se había atrevido a poner incluso el nombre, Milan Rodríguez y una descripción de su rostro. Aquella mujer era una kamikaze, una inconsciente, pero a La Gaceta le venía de perlas. En menos de media hora ya tenía más de mil *likes*. Al artículo le faltaba un repasito para pulirlo, pero se dijo que seguramente habría sido fruto de las prisas y por eso había decidido publicarlo tal cual, al parecer no se había equivocado.

Capítulo 31

Un *Starbucks* cualquiera

El dueño de la cafetería se decidió por fin y llamó a los *mossos*.

Estaba nervioso por todo lo que aquello pudiera perjudicar a su negocio, pero también pensaba que si eran delincuentes y los atrapaban se convertiría en el héroe del barrio. Ya veía su negocio como un *Starbucks* cualquiera, una cadena con su nombre en grandes rótulos sobre la puerta y el dinero entrando a espuestas en sus bolsillos.

Cuando llegaron los agentes le animaron a explicar lo que había pasado. Le preguntaron si había habido maltrato hacia la joven y sobre todo si sabía quiénes eran. Cuando le dijeron que tendría que acercarse a las dependencias y hacer una declaración firmada pensó en las consecuencias de su “civismo”. El buen hombre no sabía qué decir, en realidad se excusó diciendo que tampoco había visto nada raro.

—El señor llegó cogió a la mujer del brazo y a la fuerza se la llevó, sólo eso.

Ni siquiera fue capaz de decirles que había dejado el ordenador y el bolso y que llevaba la cara descompuesta. Los engranajes de su cabeza trabajaban a toda máquina pensando si aquello sería óptimo para su negocio o en realidad le iba a perjudicar más que beneficiar. Adiós *Starbuks* pensó con desolación. Por ese mismo motivo olvidó decir que otros tres hombres llegaron un rato después preguntando por la misma joven.

Bastante trabajo tenía él como para estar yendo y viniendo a comisaría a declarar sobre parejitas infieles, se quiso convencer a sí mismo, aquello al fin y al cabo ni le iba ni le venía. Tema zanjado, pensó. Se quedaría con el ordenador, en compensación por el café que no había pagado la mujer, el bolso lo tiraría en cualquier esquina por la noche y que se espabilaran. Para él lo primero era su negocio y sus clientes y aquella gente lo único que le traerían eran quebraderos de cabeza, se hacía sus cábalas cuadrándolas a sus necesidades.

Asunto resuelto, decretó. Además, no le gustaba dejar solo al camarero, como todo el mundo sabe, cuándo el gato no está, los ratones hacen fiesta. Se arrepentía de haber llamado a la policía, intentaría controlar sus impulsos de ahora en adelante.

Todo esto lo pensaba mientras daba largas a los *mossos*.

—Lo siento, agente, creo que me precipité, al fin y al cabo, mirándolo con perspectiva ¿quién no ha tenido alguna vez una riña con su pareja? En ningún momento he visto maltrato. La mujer no parecía contenta, pero no dijo nada. Si hubiera necesitado ayuda la habría pedido, ¿no

creen?

El hombre que no pasaría mucho más de los cincuenta y que llevaba el pelo grasiento y el cansancio en forma de bolsas bajo los ojos, retorció una y otra vez el trapo de limpiar la barra evitando así el temblor de las manos.

—Está bien, si no quiere poner denuncia no le podemos obligar, pero la próxima vez piénselo antes de llamarnos, estamos para servirles, pero no para perder el tiempo. Buenos días.

Asintió con la cabeza sin atreverse a mirar al policía a los ojos.

El agente se tocó la frente con la punta de los dedos en un saludo de respeto y se colocó la gorra, que todavía chorreaba agua, miró al compañero y se fueron con la sensación de haber dejado las cosas a medias. El problema era que lo que les había dicho no los llevaba a ninguna parte, pero el comportamiento del hombre al sacar a la mujer a tirones del brazo era de maltrato. ¿Qué hacer ante alguien así? No podían multarlo por cambiar de opinión y echarse atrás en su denuncia. Tenían que dejarlo así por mucho que les pesara.

Los tres hombres pusieron rumbo a la casa de Santiago en Ribes.

—¡Para! ¡Para! —gritó Santiago.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—¡Ese es el coche de Uxía!

Aleix frenó en seco, bueno, en mojado porque la calle parecía un pequeño riachuelo de la cantidad de agua que bajaba de lo que había llovido. En aquel momento había amainado un poco, aunque la predicción anunciaba que seguiría lloviendo.

Se bajaron del coche a mirar por las ventanillas por si encontraban alguna pista. Al escritor le costó un poco salir, la humedad hacía gruñir su rodilla lisiada como una bisagra mal engrasada, se agachó y se la masajeó un poco apoyándose en el bastón para poder seguir con la inspección visual.

Cada uno miraba por una ventanilla. Todo parecía estar en orden y nada parecía estarlo. Santiago dio un puñetazo en la cerradura de la puerta. Los nudillos se le pelaron dejando ver unas gotas de sangre que se lamió sintiendo el regusto metálico de la decepción.

—Estás llamando la atención, procura contenerte o tendremos problemas —reprochó Aleix.

—Lo siento. Tienes razón, pero es que estamos como al principio.

—No estamos como al principio, nunca se vuelve al sitio de donde se salió.

—Muy bien, Aleix, para ti la *perragorda*, mucha filosofía, pero sabes perfectamente a qué se refiere —respondió Esteban algo molesto.

—Venga, dejemos la tontería que tenemos mucho que hacer —zanjó Aleix volviendo al coche después de haber anotado mentalmente un par de detalles que no pensaba comentar con

ellos.

Aleix giró de pronto y, seguido por los dos amigos que no entendían su proceder, puso de nuevo rumbo a la cafetería, el dueño estaría en la cocina porque no se veía por allí, circunstancia que aprovechó el escritor para acercarse a un joven camarero que lo miró con aire distraído.

—Qué será —preguntó el jovencito con desgana.

—Información —habló en voz baja haciendo que el camarero acercase la cabeza por encima de la barra.

El joven abrió la boca sin llegar a pronunciar palabra y sin comprender lo que le decía aquel personaje tan extraño.

—Lo que has oído y no tengo mucho tiempo. ¿Dónde está la chica? Sabemos que estuvo aquí —aseveró mirándolo fijamente a los ojos.

—Se la llevaron unos tipos que debían conocerla.

—Lo que quiero saber es si se fue porque quiso o se la llevaron a la fuerza.

—¡Yo que sé! Yo pongo cafés no me importa lo que hace la gente, a mí qué me explica.

—Mira, chaval, te lo voy a preguntar sólo una vez más, qué pasó con la chica y no me mientas, soy de la secreta —lo intimidó.

—Uno de los hombres la sacó casi a la rastra, yo no sé nada más, se lo juro. Mi... mi jefe tiene sus cosas, se... se las dejó. Se lo juro. Si mi jefe se entera me despedirá, por favor. — Suplicaba con los ojos

Santiago y Esteban se habían quedado en la puerta. Aleix les había hecho un gesto para que no entrasen. Aquello era mejor hacerlo solo por si salía el jefe tener alguna excusa.

Sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio al camarero. Cuando la cogió parecía que le picaba en las manos, hasta que leyó Aleix Góngora, escritor. Los ojos del joven destilaron fuego al sentirse utilizado y estafado.

—Alguien se la ha llevado a la fuerza, me lo ha dicho el camarero —les comunicó a sus compañeros—. Creo que deberíamos buscar la sede del Digital y preguntar si saben algo de ella y cuándo fue la última vez que se comunicó con ellos. Cualquier detalle que podamos recabar será sumamente importante.

—Lo sabía, sabía que estaba en peligro —exclamó Esteban.

—Pero si ni siquiera sabemos dónde escribe —se lamentó Santiago.

—Siempre tan negativo, por Dios, me va a tocar hacerme una buena limpieza del karma cuando llegue a Barcelona —apuntó Aleix.

De nuevo volvió a entrar en el bar y esta vez les rogó que lo acompañasen, se le había ocurrido una cosa y él solo no iba a poder llevarla a cabo.

—¿Otra vez ustedes? Ya les dije que no sé nada de esa mujer —intentó zanjar el jefe.

—Venimos a recoger los objetos personales de Uxía Vega.

El dueño ya se disponía a abrir la boca con una negativa, pero Aleix estaba preparado para eso. Sacó el carnet de la UDYCO que seguía conservando y se lo puso delante de la cara. Esta vez no bajó la voz, le interesaba que los clientes fuesen testigos de la posible negativa.

—Ni se le ocurra decir que no los tiene. Si no quiere ser cómplice de tráfico de estupefacientes, haga lo que le digo.

—Bueno, esto... se fue sin pagar, me lo quedé por la consumición.

—¿Qué consumió?

El hombre clavó la mirada en una inexistente mancha en la barra que limpió desafortadamente mientras asentía con la cara desencajada, ni se le pasó por la cabeza que fueran policías y de los gordos.

—Ella, un café... y los que se la llevaron tampoco pagaron los suyos. Es justo que me lo cobre, yo vivo de mi bar, si voy regalando consumiciones...

Aleix no le dejó continuar, sacó un billete de cinco euros, tampoco era plan de premiarle encima, y se lo tiró a la cara.

—Con esto espero que esté saldada la deuda, ahora quiero sus pertenencias si no quiere que lo arrestemos y nos lo llevemos detenido.

El farol surtió efecto. El hombre entró en la cocina y sacó el ordenador y el bolso de ella. Aleix hizo ademán de mirar si había dinero en el monedero.

—Espero que esté todo —advirtió hostil.

—No he tocado nada, le juro por mis hijos que no he tocado nada.

Tenía prisa por despacharlos. Las campanas de la iglesia tocaban a misa de doce y sabía que después de salir del culto muchos parroquianos se pasaban por su cafetería, bien a comprar el pan, bien a tomar un aperitivo, lo que menos quería era que estuvieran allí los *mossos*. Las malas lenguas en un pueblo, no demasiado grande, podían hacer mucho daño.

—Dígame su nombre y habremos terminado.

—¿Mi nombre? ¿Y para qué lo necesita? No he robado nada, lo dejó sobre la mesa, no lo he robado.

—Tranquilo, hombre, es sólo rutina, aunque eso sí. —Lo asustó—, tendrá un pequeño borrón en su certificado de antecedentes penales.

El exagente de la UDYCO estaba disfrutando. Si algo le molestaba en la vida eran las personas incívicas que se aprovechaban de cualquier situación para su beneficio sin pensar en los demás.

—Andreu, Andreu Font —dijo cuando fue capaz de articular las palabras.

Aleix lo anotó en una libreta que siempre llevaba con él y le dijo que si lo necesitaban volverían a contactarle.

—Sí, señor, sí, cuando lo necesiten aquí estoy para lo que sea.

Andreu se llenó los pulmones con el viciado aire del bar. Olía a café mezclado con cerveza, frituras y pan. Aunque también flotaban en el aire las miradas de los, por suerte para él, pocos clientes que a aquella hora estaban allí, mezcladas con la tensión de lo que acababa de pasar. En cuanto salieron por la puerta se tuvo que sentar, las piernas no lo hubieran sostenido mucho más tiempo.

Una vez de nuevo en el coche conectaron el ordenador de Uxía esperando el milagro de que no tuviera contraseña. La tenía.

—Aleix, piensa, qué contraseña puede poner una mujer que huye de un maltratador — Esteban se dirigía exigente al exagente de la UDYCO.

—Cualquiera que se le ocurra. Ese no era mi campo, pero puedes ir probando lo que se te venga a la cabeza —contestó irónico.

Por la esquina empezaron a pasar algunos grupitos de personas mayores, suponen que la misa ha debido terminar y vuelven a sus quehaceres. Su presencia dentro del coche estaba generando una curiosidad que para nada era lo que necesitaban. Un corrillo se formó en la acera de enfrente mientras los abuelos cuchicheaban mirando hacia ellos.

—Deberíamos irnos, estamos dando de qué hablar —comentó Aleix.

Los dos amigos estuvieron de acuerdo.

Pusieron el coche en marcha. Pasarían por la casa de Uxía a ver si encontraban algo que les ayudase, aunque no tenían demasiadas esperanzas. Mientras rodaban por la carretera Santiago abrió el ordenador y empezó a probar combinaciones esperando dar con la clave que les dejara husmear en algún documento que les diera una pista de donde buscar.

Probaron números, letras, combinaciones de ambos, nada, nada daba acceso al dichoso disco duro.

—¿Habéis probado algún nombre? —preguntó Aleix.

—¿Cómo se llama el periódico en el que escribe? —Indagó Esteban.

—Es un diario local, creo que era algo así como Gaceta Digital si no recuerdo mal. Podéis probar nombres así —terció Aleix.

—Prueba con mi nombre, creo que se estaba enamorando de mí, prueba con Esteban.

—¡Venga ya! Seguro le va a poner tu nombre a una contraseña, ni el mío, no tienes tú fe ni nada. Además, te vi muy acarameladito con la psicóloga, ¿no?

Esteban se puso rojo como un tomate. Nunca le había pasado algo así, para él las relaciones duraban lo que duraba el primer desencuentro. Nunca se comprometía a nada. La única condición que ponía era; cero compromiso, amigos con derecho a roce y punto. En cuanto alguno de los dos no se sentía cómodo, un abrazo, tan amigos y aquí no ha pasado nada. Llevaba sobreviviendo al amor desde su primera cita de adolescente que le rompió el corazón. Una

jovencita de su clase, bastante desarrollada para su edad y por la que babeaba por los rincones del instituto. Creyó que sería un amor para siempre. Hasta que a los dos días de darle el primer beso lo dejó por uno de la clase de último curso.

No lloró, los hombres no lloran se decía, pero se juró que nunca le entregaría el corazón a ninguna mujer, no pensaba jugar con ellas, como había hecho con él aquella morena de rizos ingobernables que lo volvían loco. No les haría daño, eso nunca, pero dejaría las cosas bien claras desde el principio; nada de compromiso, eran relaciones de pasarlo bien y cada uno a su casa, así no sufría nadie. En cuanto alguna le decía que quería algo más serio, él se hacía a un lado y con su encanto conseguía que continuasen siendo sus amigas, por eso Santiago le gastaba bromas con que el día que lo pescasen no lo dejarían escapar. Parecía ser que ese día había llegado. Cristina se había adueñado de su corazón y en realidad eran la pareja perfecta.

—Pues no, tu nombre tampoco sirve.

Había probado por probar, porque ya no se le ocurrían nuevas combinaciones de letras o números o las dos a la vez, se estaba desesperando cuando pensó que podía probar con el suyo, total, si no averiguaban donde trabajaba no tenían como seguir buscando, o eso pensaban.

—¡¡¡Bingo!!!

Aleix miró por el espejo retrovisor y Esteban se giró en su asiento.

—¿Has dado con la contraseña? Eres el puto amo, ¿te lo he dicho alguna vez? ¿Cuál era? —preguntó Esteban ansioso.

—Cuál va a ser, mi nombre, ¿o lo dudabas acaso?

Esteban por una vez en su vida se quedó sin palabras.

—No cantemos victoria, ahora tenemos que encontrar algo que nos dé una pista de dónde buscar, empezaremos por el digital si es que hay alguna dirección física —los bajó de la nube Aleix.

Capítulo 32

Vuelta a los orígenes

A tirones la sacaron del coche.

Milan no había pronunciado una palabra en todo el camino. Habían entrado en un parking cambiando el coche por una furgoneta de las típicas de reparto, blanca, anodina, sin marcas ni distintivos, vieja y de las que hay una cada cincuenta metros. La zona de carga no tenía cristales, así que imposible saber dónde estaba ni hacia donde se dirigían.

Ella tampoco dijo nada. El miedo la tenía paralizada. Sabía que si abría la boca llegaría una tanda de golpes, aunque también estaba segura de que en cuanto llegasen al destino, donde quiera que la llevasen, su tiempo habría terminado.

Milan no dejaba cabos sueltos.

Por eso siempre se había mantenido a salvo.

Por eso tampoco entendía que no se hubiera desecho ya de ella.

—Tengo mucha sed, ¿me puedes dar un poco de agua? —suplicó Uxía temerosa.

Rumano hizo un gesto interrogante al que Milan asintió. Una botella pequeña de agua con pitorro para beber apareció ante su boca y casi sin tiempo de abrirla se hizo hueco entre sus dientes dolorosamente. Bebió con avidez hasta donde le dejó el brusco de Rumano. Se la quitó derramándole la mitad sobre la ropa. La humedad y el frío le pusieron la piel de gallina. Empezó a tiritar tanto del miedo como de los nervios, cada vez más intensos, sobre todo por la incertidumbre de no saber qué pensaban hacer con ella.

Llevaban muchas horas de viaje. Uxía se sentía entumecida, dolorida y hambrienta. Al subirla en la furgoneta le habían atado las manos a la espalda con la incomodidad de no poder cambiar de postura y sólo había podido optar a tumbarse de medio lado en el pequeño espacio de asiento que la mole del rumano dejaba libre. El ambiente se sentía más húmedo y frío a medida que avanzaban los kilómetros.

Llegaron a su supuesto destino cuando ya oscurecía. No podía estar segura, pero llevaban todo el día en la carretera y no habían parado más que un par de veces para hacer sus necesidades y siempre había sido en alguna gasolinera. Lo único que le había llamado la atención era que el paisaje, lo poco que pudo observar, cada vez era más verde, un paisaje que por momentos le recordaba con nostalgia su Galicia natal.

Para salir de la furgoneta le taparon los ojos con un trapo oscuro y lleno de grasa

conduciéndola hacia el lugar escogido para su cautiverio. El suelo que pisaba parecía césped, aunque no demasiado mullido, al caminar pisaba alguna que otra piedra que le hacía trastabillar, no caía porque los dos hombres de Milan la llevaban cogida por los brazos. Subieron tres escalones y entraron en un recinto que olía a cereal mezclado con el aroma a mofeta de la marihuana. Ahora estaba segura de que estaba en Galicia, no sabía dónde, pero sí que era su tierra. La habían llevado a un hórreo, el olor a tierra mojada y salitre característico de la zona costera tampoco le era desconocido.

—¿Me podéis quitar la venda de los ojos? Me agobia mucho no poder ver —suplicó.

—Quítasela, aquí no hay mucho que mirar —accedió Milan.

Cuando vio el hórreo por dentro quiso llorar, ni siquiera tenía las condiciones básicas para vivir un solo día. Era de los más pequeños que había visto nunca y lo único que tenía era un catre en el suelo formado por unos sacos llenos de hojas secas de maíz y unas cajas de madera que habían puesto bocabajo y utilizaban para sentarse. Eso lo único que le indicaba, o eso suponía, era que no estaría allí mucho tiempo.

“¿Habría recibido mi mensaje Esteban? Se preguntaba con profunda tristeza. Total, ya daba igual. ¿Cómo iban a poder averiguar que se la habían llevado tan lejos?” por mucho que se estrujaba el cerebro no encontraba la manera de poder comunicarse de nuevo con nadie. No le habían encontrado el teléfono, pero no dudaba que lo harían tarde o temprano.

¿Por qué no podía morir de una vez y dejar de sufrir?

Tampoco entendía que en aquellas circunstancias tan nefastas en las que estaba segura que perdería lo único que tenía que era la vida, no pudiera dejar de pensar en Santiago. ¿Qué pasaría cuando se enterase de su muerte? ¿La lloraría? ¡Quién la iba a llorar a ella! Y cómo se iba a enterar. Menudas tonterías se le ocurrían cuando debería estar pensando en cómo salir de allí, y si salir era imposible quizá debería pensar en cómo acabar con aquel sufrimiento. Difícil cualquiera de las dos cosas, porque estaba segura de que aquel hórreo estaba ubicado en medio de la nada.

El artículo de Uxía en La Gaceta Digital había sido todo un éxito sin precedentes desde que había empezado sus publicaciones en internet. Así que no les costó demasiado encontrarlo y llamar al teléfono de contacto que aparecía en la publicación. La redacción era muy modesta. La conservaban de cuando salían en papel y se mantenían de la publicidad, pero la era de internet les había hecho cambiar el formato por insostenible y sólo publicaban en las redes.

El hecho de haber traspasado sus propias expectativas les había dado alas para seguir una temporada más, pero aquel artículo podía ser su despeque a nivel prensa nacional que era con lo que soñaban. Para seguir potenciando su lectura habían hecho un retrato robot con la descripción de Milan que daba Uxía, cosa que disparó todavía más los *likes* y las visitas a publicidad que en

realidad era lo que les pagaba el mísero sueldo.

La redacción estaba ubicada en un pequeño local en el entresuelo de un antiguo edificio por el que pagaban un alquiler simbólico. En la medida de lo posible les gustaba tener un sitio físico al que acudir cada día, les daba la irreal sensación de estabilidad o eso querían creer.

—Hola, soy Aleix, hemos quedado con el director —se presentó a la joven que les abrió la puerta.

—Oh, sí, les está esperando. Pasen, por favor.

Los condujo entre un par de mesas desprovistas de personal que habían tenido mejores días y que acumulaban cajas llenas de papeles y periódicos antiguos. Tan sólo una de ellas tenía ordenador y un joven greñudo, que apenas levantó ligeramente la vista de la pantalla, seguía tecleando sin prestarles más atención que la mera curiosidad. Al final del corto pasillo había lo que se podía denominar el despacho del director, que no era otra cosa que un escritorio un poco más decente y con una mampara que lo separaba ligeramente del resto para darle algo de privacidad.

A Aleix no le pasó por alto que, aunque las persianas estaban levantadas hasta los topes y el sol brillaba por su ausencia, las luces estaban la mitad apagadas, sospechó que por obligación necesitaban economizar gastos.

Como dentro del cubículo no cabían los cuatro a la vez les comentó si les parecía muy mal tener la reunión en el bar de abajo, que estarían más espaciosos.

—Bien, señores. Puedo preguntar: ¿qué les trae por nuestro humilde periódico? —espetó a bocajarro una vez sentados a la mesa del citado bar.

—El artículo de Uxía Vega —contestó Aleix limpiando con un pañuelo la silla en la que se iba a sentar.

El director; redactor, jefe, todo en uno, se quedó lívido.

Su cabeza empezó rápidamente a repasar el artículo buscando en su memoria si habían incurrido en alguna irregularidad o en alguna infracción.

—Creemos que Uxía ha sido secuestrada —soltó Santiago a bocajarro antes de que empezase a especular—. Necesitamos encontrarla. Esperamos que nos puedan ayudar.

—¿Y ustedes quiénes son?

El director no sabía si podía confiar en ellos o no. Uxía siempre había sido una joven un tanto peculiar, pero sus amigos se llevaban la palma. Sobre todo, el de sombrero y bastón, caminaba con cierta dificultad, pero lo del bastón le parecía excesivo. Quién soy yo para juzgar el aspecto de nadie, al fin y al cabo, tampoco es que mi aspecto sea el más ortodoxo, se decía.

—Somos sus amigos —contestó Santiago tendiéndole la mano—. Santiago Robles, él es Esteban Gené y Aleix Góngora que nos ayuda con la investigación.

—¿Aleix Góngora? ¿El escritor?

Aleix no esperaba ser reconocido, no porque no le gustara, sino porque no imaginaba que sus novelas pudiesen gustarle a aquel sujeto.

—Supongo que ese soy yo, dijo con falsa modestia. Aunque antes de ser escritor fui agente de la UDYCO y es en calidad de expolicía que estoy aquí.

—Roger Pujol, pero nada que ver con el presi, yo no tengo un duro —bromeó con su apellido— antes de nada, decirte que me encantó tu última novela, *Las esposas* es la mejor de todas. Hicimos una reseña que tuvo cantidad de *likes*.

—Tendré que darte las gracias, ya sé quién compró la novela que vendí, bromeó.

Acabaron las presentaciones y las adulaciones. Había llegado la hora de averiguar todo lo que supiera sobre Uxía.

Una mujer de mediana edad con aspecto enérgico y con una enorme sonrisa iluminando su cara se acercó a ellos.

—Roger, qué bien acompañado vienes hoy. ¿Qué os pongo? O ¿el bar vuelve a ser tu despacho oficial?

—Precariedad es mi segundo nombre, ya lo sabes, guapa.

Esteban miraba a uno y otra y pensó que allí había una tensión contenida, aquellos dos parecían algo más que buenos amigos. Aquellas miradas tan líquidas no se escapaban sin más.

—¿Tiene algo para comer? —preguntó Esteban— yo tengo hambre, no sé vosotros.

Todos asintieron. Cuando hubieron hecho sus respectivas peticiones la buena mujer se fue a preparar las comandas.

Era el momento de ponerse serios y buscar respuestas.

Aleix no se sentía cómodo. En el techo un tubo fluorescente que caía justo sobre ellos había empezado a parpadear al tiempo que un irritante zumbido surgía del cebador. Lo desconcentraba.

La mujer volvió con una bandeja cargada de platos, las típicas tapas de bar, pero que si sabían igual que olían estarían muy buenas. Cocina casera les había dicho y tenía razón, el *cap* y *pota* y las croquetas le estaban haciendo por un momento dejar de pensar en el zumbido del fluorescente y empezar a salivar. Aunque fue por poco tiempo.

—¿Sería posible apagar ese fluorescente? —preguntó al borde del ataque de ansiedad.

A aquella hora no había demasiados clientes, así que la dueña a regañadientes apagó la fase de luces en la que estaba el dichoso tubo.

—Gracias. Señores, ahora podemos entrar en el asunto que nos ha traído aquí. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Aleix tomó las riendas del interrogatorio.

Al bar entró un asiduo mirando al techo y a la dueña.

—Quima, ¿no has pagado la luz?

La mujer se acercó a él y en voz baja le dijo que al tipo raro de la mesa le molestaba el ruido. Entre cuchicheos le dijo que, porque iban con el periodista, ya que ella no quería movidas en su bar, que si no...

—Oye, ¿no será el traficante ese que han puesto en La Gaceta? Yo no es que la lea mucho, pero me lo ha pasado un compañero al móvil.

—¡Qué va! No estaría aquí con Roger, aunque ahora que lo dices... no, diría que ninguno se parece al de la foto.

—Era un retrato robot, nunca se parecen. Yo que tú no les quitaría ojo. Ponme una caña, anda, que vengo seco.

En la mesa los cuatro hombres discutían acerca de dónde se la habría podido llevar el malnacido de Milan. El periodista, que ya se veía en grandes titulares por haber resuelto el caso, aducía que apenas la conocía, que tan solo la veía cuando iba a cobrar, fue la condición que había puesto para trabajar con él, les confesó que entró como limpiadora por las noches, pero que sus artículos eran bombas y la subieron de categoría, se reía de su propia gracia.

—¿Y si editamos la noticia y ponemos una foto de ella junto a la del desgraciado que se la ha llevado? Puede que alguien haya visto algo —aventuró Santiago.

Se quedaron en silencio por unos minutos, roto sólo por la música de la tragaperras en la que dos chavales probaban suerte quedándose más pobres de lo que habían entrado.

Decidieron intentar lo de la foto, el problema era que ninguno de los cuatro tenía una foto de Uxía, era como un fantasma, no había dejado huella alguna. Esteban apunta a la posibilidad de hacer un robot como el de Milan, no le sería difícil al dibujante puesto que entre todos juntarán muchos más datos que con el del traficante que se basaba en la descripción escrita de ella.

Quedaron por la mañana. Roger convocaría al dibujante y colocarían el retrato al lado del otro en un nuevo artículo que, aunque no estuviera escrito por ella, esperaba que tuviera la repercusión que Uxía merecía.

Se fueron a descansar ya que el día había sido agotador. Por la mañana trazarían un nuevo plan.

Capítulo 33

Descubriendo a Rumano

No estaba segura de dónde se encontraba. De fondo, tan solo se escuchaba, cuando el viento venía de cara, el sonido de un mar embravecido chocando con las rocas. En su cabeza se veía en Vigo ya que Milan tenía allí su cuartel general, el mismo donde se aislaba cuando las cosas se ponían feas y tocaba quitarse de en medio. Nadie, ni siquiera ella supo nunca dónde se encontraba exactamente. Por casualidad ella escuchó una conversación en la que él avisaba a sus hombres que se perdería en la hierba. Lo decía en clave, nunca daba direcciones ni datos que pudieran servir para descubrirlo. Por lo mismo, cuando se recluía en el barco hacía alguna alusión a darse un baño.

Ella no era tonta, se había vuelto tan silenciosa que, en alguna ocasión, pocas, pero sí en alguna, Milan había bajado la guardia pensando que estaba solo. Todo eso le había servido para ir recopilando y guardando notas que guardaba debajo del colchón y que repasaba y se aprendía de memoria cuando todos estaban durmiendo.

La luz era escasa y el silencio casi total. De vez en cuando se paraba a escuchar el romper de las olas furibundas contra el saliente y si cerraba los ojos podía ver la espuma lanzando vaharadas de humedad que la hacían tiritar. Se había quedado sola con su carcelero, el cual tampoco tenía mucha conversación.

Estaba tan cansada que se estiró sobre lo que querían hacer pasar por un catre, un saco lleno de ruidosas hojas de maíz secas que crujían dolorosamente cada vez que se movía. Necesitaba descansar, oxigenar su cerebro para pensar con lucidez, pero el sueño se negaba a hacer acto de presencia. Al único que parecía no molestarle nada era a su guardián, el rumano, que sentado en una de las cajas jugaba al solitario, lo cual querría decir que no tenían cobertura o estaría jugando con su teléfono y no con cartas físicas. No se movería, ni seguramente se dormiría, cuando recibía una orden la acataba a rajatabla y nada externo parecía afectarle, ni la incomodidad del lugar, ni el molesto graznido de las gaviotas que parecían reírse por todo lo que había sucedido.

Había perdido la noción del tiempo, aunque era consciente de que este corría en su contra. La incógnita era por qué Milan la mantenía con vida, no era una práctica habitual en su *modus operandi*. Lo que estorbaba se quitaba de en medio.

De vez en cuando miraba de reojo al rumano, se veía tranquilo, aunque eso también era normal en él, siempre parecía tranquilo, era una persona que todo lo arreglaba con su fuerza ya que tenía el cerebro de una nuez. Él sólo sabía cumplir órdenes. Nunca se cuestionaba nada. Si lo ordena Milan yo lo hago, decía.

Uxía lo sorprendió mirándola. Al verse pillado bajó la cabeza y volvió a las cartas, siguió con el solitario, pero le resultaba imposible dejar de mirarla de reojo de vez en cuando. Aquello Uxía no se lo esperaba y los engranajes de su cerebro empezaron a pensar alguna manera de aprovechar la situación.

La inmediatez de internet hizo que el retrato robot de Uxía registrase los primeros comentarios al poco de colgarlo en la red. Roger se frotaba las manos. Aquello era lo que desde hacía tiempo estaba necesitando.

Una vez en la casa de Santiago ninguno de los tres hombres se acostó a descansar. Imposible. Conectaron el ordenador y entraron en la página de La Gaceta esperando un milagro. Un milagro como tal no, pero en pocos minutos llegó el primer comentario. Aleix sacó libreta y bolígrafo y empezó a anotar todo lo que se le ocurría como posible hipótesis por muy descabellada que esta fuese.

Los primeros comentarios no parecían tener nada que ver con lo que se pedía en el pie de foto. El primero les pareció una broma de mal gusto. Un estafador le pedía matrimonio y le ofrecía a Uxía una herencia. Los depredadores siempre al acecho. Cuenta falsa.

—Esto ha sido una mala idea. Cada vez estamos más lejos de Uxía —se quejaba Santiago pesimista.

—La vamos a encontrar —contestó Aleix contundente.

La llegada del día los pilló desparramados cada uno donde le había vencido el sueño. Santiago se había dormido sobre el teclado del ordenador. Esteban se dejó caer sobre el viejo sofá, la escasa claridad de un nuevo día, que de nuevo amanecía nublado, le daba de lleno en la cara que se tapó de forma mecánica con un cojín. El más prudente había sido Aleix, consciente de que si no descansaba no rendiría lo suficiente, al final se había metido en la cama de Santiago un par de horas.

El aroma a café penetró por sus fosas nasales al poner Aleix una taza delante de cada uno de ellos. Esteban se dio media vuelta y se tapó un poco más la cabeza, pero el frío de la mañana lo había destemplado y a regañadientes aceptó el café caliente al que dio un sorbo y dejó de nuevo para intentar dormir un poco más. Santiago se frotó los ojos y bebió el café casi de un sorbo, aun así, le estaba costando volver a ser persona después de pasar una noche en blanco,

bueno, unas horas, no demasiadas, porque al final le venció el cansancio y amaneció con el teclado marcado en la mejilla.

—Creo que con una sola taza no voy a tener bastante para aguantar otro día —adujo Santiago.

Se levantó y ya que Esteban no le hacía demasiado caso se bebió también el suyo.

—Bueno, ya empiezo a ser persona. ¿Qué tenemos para hoy? Por dónde empezamos.

El teléfono de Aleix, ya que era el que habían dado como contacto, empezó a sonar.

—Necesitamos ayuda —espetó a bocajarro Roger— los teléfonos no paran de sonar y tenemos mucha información que contrastar porque ya sabemos que a los reclamos del periódico llama todo tipo de gente y la mayoría sólo quieren enredar, o creen haber visto lo que no es. Venid cuanto antes, por favor.

Roger se frotaba las manos, aquello era lo que necesitaba para saltar a un periódico de los de verdad, de tirada nacional que era lo que siempre había soñado, pero tenía que reconocer que estaba desbordado. Cientos de personas decían haber visto a Milan, lo malo es que lo habían visto en decenas de sitios a la misma hora, por eso necesitaban cribar la información y encontrar la que de verdad les pudiera servir para encontrar al narco. Ya se veía entregándose a la policía y recibiendo toda clase de honores.

—Ya vamos para allá.

Milan paseaba de un lado a otro de la cubierta del barco en el que se había recluido. Por primera vez en su vida adulta no sabía qué hacer. Su cabeza le decía que tenía que deshacerse de ella y sabía que con una orden que diera al rumano ni siquiera sabría dónde la habría hecho desaparecer.

No podía.

Era incapaz de sincronizar cabeza con corazón.

Yo no tengo corazón. Uxía debe morir.

Pero era incapaz de dar la orden. Uxía era la única mujer en el mundo a la que de verdad había amado después de su madre. Quizá era que físicamente se la recordaba. No. No podía dejarse llevar de sentimentalismos. Su madre jamás le había contestado a su padre, siempre había hecho lo que él le había dicho, siempre había obedecido. Uxía no, Uxía era rebelde y por muchas veces que se lo pidió siempre hizo lo que le dio la gana. Ella se buscó todo lo que le había pasado. ¿Tanto le costaba hacerle caso? Siempre haciendo reportajes a hombres interesantes, según ella. ¿Eso quería decir que él no lo era? Lo engañó una vez, pero lo notaba en sus ojos cuando hablaba de tal o cual empresario, o algún escritor muy premiado. Todos le parecían mejor que él, estaba seguro, a él no podía engañarlo por mucho que lo negase o que dijera que el único hombre en su vida había sido él. ¿Con cuántos lo habría engañado?

Llevaba todo el día con esos pensamientos destructivos. Por eso tuvo que alejarse de ella. Por eso la dejó con el único de sus hombres que estaba seguro que haría lo que le dijera, sin cuestionarse nada, y en el momento en que se lo indicara.

Robert le acababa de enviar un enlace con una sola palabra: míralo.

Por casualidad le había llegado el enlace de La Gaceta y había visto el retrato robot de Uxía y el artículo en el que hablaba de él. A punto estuvo de tirar el móvil por la borda, se contuvo a tiempo ya que allí no tenía otro disponible, pero en su lugar golpeó con el puño lo primero que tenía a mano, la escotilla que daba acceso al camarote y a la que dejó bien marcados los nudillos.

Las gaviotas la despiertan.

Nunca le han gustado, sus graznidos la irritan y estar allí encerrada no mejoraba su estado de ánimo. Se preguntaba cómo podía el rumano aguantar sin dormir tantas horas, ese tipo no tiene voluntad, se decía. Si Milan le decía no te duermas él no dormía. Se giró en el jergón intentando no hacer ruido, pero sus tripas no estaban por la labor, su cuerpo tenía hambre, llevaba demasiadas horas sin darle nada y aunque supiera que no la iban a dejar con vida su estómago prefería morir lleno.

Vio que su carcelero tenía un termo con café y empezó a salivar. Recordó la manera tan lasciva como la había mirado la noche anterior y pensó que moriría con las botas puestas, o lo intentaría al menos. Se levantó despacio y se izó para mirar por el ventanuco de ventilación a sabiendas que media espalda quedaría al desnudo. Apenas pudo ver el borde de un acantilado desdibujado por la niebla que emergía del mar. Rumano la miraba con la boca abierta, era la mujer del jefe y por lo tanto prohibida para él, pero desde que la vio por primera vez, le costaba mucho reprimir sus instintos más básicos. Se sirvió otra taza de café e intentó dejar de mirar aquella piel de alabastro, no podía, la deseaba con todas sus fuerzas y por una vez casi llegó a pensar por su cuenta. El jefe se iba a deshacer de ella, estaba seguro. ¿Por qué no disfrutarla, aunque fuera una sola vez? Se relamió pasando la lengua por los labios dejando escapar la saliva por la comisura de la boca. Notaba como su cuerpo en un momento reaccionaba a sus pensamientos.

Uxía se estaba poniendo nerviosa.

Aquello parecía ir demasiado deprisa.

Aunque sabía que era el último cartucho que le quedaba. No podía desaprovechar la oportunidad de seducirlo. Miró en derredor buscando algo que le sirviera como arma.

Había olvidado que llevaba el móvil en el bolsillo, sería complicado volver a llamar y a saber si le quedaría batería, pero se tocó el bolsillo con disimulo y se sintió algo más aliviada. Era una tontería, lo sabía, pero era como una pequeña llave al exterior. Una pequeña esperanza

de salvación.

Uxía miró al rumano y seguidamente al termo de café. Se pasó la lengua por los labios,ladeó con disimulo un hombro dejando que cayera la prenda y dejase el tirante del sujetador y su piel a la vista.

El corazón le bombeaba a mil por hora.

Rumano era un hombre que le producía un infinito rechazo. Un infinito asco, más, viendo cómo se le caía la baba al mirarla, pero no podía dejar pasar la única oportunidad que sabía que tenía de poder escapar de allí. Lo único que había encontrado que le pudiera servir para luchar era un saco de arpillera. No creía que le sirviera de mucho, pero lo había dejado cerca de ella por lo que pudiera pasar.

Rumano no parecía tener alma. Nunca había tenido vida propia. No hablaba. Hacía lo que se le ordenaba como un autómatas. Parecía producido por inteligencia artificial, o más bien ser el robot de una película antigua de ciencia ficción.

—Tengo mucho frío, ¿me das un poco de café? —Se acercó Uxía mordisqueándose el labio con fingida sensualidad.

El hombre tragó saliva. Bajó la vista al suelo, pero su excitación era tal que no podía dejar de mirarla. Apretó los puños enfadado consigo mismo, con Milan por dejarlo a solas con ella y con el mundo en general.

Casi se podían ver los engranajes de su cerebro pensando si le podía dar café o no. El jefe no le había dicho que pudiera ofrecerle nada, sólo le había dicho que la vigilase y eso era lo que estaba haciendo.

Si se portaba bien con ella también ella se portaría bien con él, por primera vez en su vida tuvo un pensamiento propio. Estar a solas con Uxía tantas horas lo estaba volviendo loco.

Sudaba.

Respiraba con dificultad.

Era incapaz de retirar los ojos de ella.

Le sirvió el café en su mismo vaso.

El asco que sintió Uxía era proporcional al que sentía por él, pero tenía que seguir con la pantomima. Le dio las gracias con cara de corderito inocente y girando la taza esperando no beber por el mismo sitio que él dio un sorbo al líquido aún tibio.

Lo agradeció. Le dio asco, pero engañó algo el estómago y le dio ánimo para hacer lo que creía que debía hacer.

Se acercó al rumano y pasándole la mano por el brazo le dio las gracias cariñosamente.

Ni siquiera pensó, obró por instinto ya que pensar no era lo suyo. Estaba tan excitado que se dio media vuelta cogiendo desprevenida a Uxía que no esperaba una reacción tan rápida. La tiró sobre el jergón inmovilizándola con su propio cuerpo.

Se asustó.

Todo estaba saliendo mal.

Aquella no era precisamente la idea que ella se había formado en su cabeza. El rumano olía a sudor rancio y tenía el aliento de un perro callejero. La repugnancia que sintió en aquel momento le produjo unas terribles arcadas que amenazaban con ahogarla.

El saco que había preparado había quedado debajo de ella con lo cual estaba sin defensa alguna, aunque un saco tampoco habría servido de mucho. La idea había sido metérselo por la cabeza y apretar para estrangularlo o al menos dejarlo sin sentido.

¡Qué estúpida!

Una mole como aquella no era fácil de doblegar, menos por una persona tan menuda como ella.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que se había abierto la puerta del hórreo.

Capítulo 34

Testigos

Por fin alguien que parecía haber visto algo.

Después de cribar decenas de mensajes y llamadas en los que se notaba que eran puras ganas de llamar la atención, Aleix dio con uno que parecía serio. La persona que había enviado el mensaje de texto parecía haber visto algo de verdad, ya que había dado algún dato que ellos no habían puesto en el reclamo. En el mensaje hablaba de que había visto a tres hombres meter a la fuerza a una mujer joven en un coche, que como le caía de camino los había seguido un tramo y vio cómo entraban en un parking, la curiosidad le había podido y entró tras ellos, así que vio como cambiaban el coche por una furgoneta de reparto. Después argumentaba el anónimo que se le hacía tarde y dejó de seguirlos, pero que habían puesto rumbo a la autopista. La persona parecía detallista y les daba incluso la dirección del aparcamiento.

—¡En marcha! —les arengó Aleix—. Tenemos trabajo.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo vamos a encontrar esa furgoneta? —inquirió Santiago.

—Sabemos dónde cambiaron el coche por la furgoneta. Tenemos la descripción. Lo que tenemos que hacer es buscar las cámaras de seguridad del parking y cruzar los dedos para que se vea la matricula, a partir de ahí no será tan difícil rastrearla.

—Me cuesta ser tan positivo como vosotros, pero por mí que no quede —recalcó Roger.

Aleix repartió las tareas, que en realidad eran pocas. Ellos irían a buscar cámaras de seguridad que les dieran una pista de hacia dónde habían podido ir. A Roger le tocaba la parte más aburrida, seguir contestando llamadas y cribando mensajes por si alguien más había visto algo y podía ampliar las pistas del comunicante anónimo.

El policía que todavía llevaba dentro se puso en marcha. El tiempo siempre corría en contra en casos como aquel, así que los apremió a empezar a buscar. Santiago era el único que no decía nada, parecía que aquello no fuera con él. La desesperanza y el resto de la depresión, que todavía arrastraba, estaban haciendo mella en él.

—¿Seguro que no te pasa nada? Te conozco demasiado bien y a mí no me engañas —afirmó Esteban.

—Es que pienso que no la vamos a encontrar. De todos modos, creo que tampoco deberíamos seguir con esto, como mucho llamaría a la policía y que sean ellos los que la encuentren si es que quiere ser encontrada.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre los presentes. Esteban sabía que lo que le pasaba a su amigo era la negatividad de no haber avanzado casi nada, combinado con la depresión que no acababa de quitarse de encima desde lo de Dunia.

Estaba seguro de que había pasado página, pero siempre le quedaba aquel resquemor de no haber sabido retener a ninguna de las mujeres de las que se había enamorado. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Le daba igual que Sara hubiese sido una verdadera arpía y saber que Dunia nunca estuvo enamorada de él en realidad. Santiago siempre acababa culpándose de todo. En cuanto encontrasen a Uxía, porque, a diferencia de Santiago, él sí estaba seguro de que la iban a encontrar, le pediría cita con Cristina, quisiera o no, necesitaba terapia de calidad y lo llevaría, aunque fuese a rastras.

La suerte no parecía estar a su favor. Una de las cámaras de seguridad del parking, donde habían hecho el cambio de vehículo, estaba estropeada, justo la que enfocaba hacía la zona en que según el confidente estaba aparcada. Salieron de allí bastante desanimados, todos menos Aleix que estaba acostumbrado a los reveses de una investigación.

—A ver, muchachos, las cosas no son fáciles, pero no por eso vamos a tirar la toalla a la primera dificultad que nos encontremos, que seguro serán muchas —argumentó el exagente.

Salieron de allí buscando las cámaras más cercanas a la salida del parking. No era la calle con más negocios del barrio. Al fin y al cabo, era un pueblo relativamente pequeño y, por lo tanto, las cámaras brillaban por su ausencia.

Milan sabía bien lo que hacía y había escogido donde hacer los cambios, aquel era un callejón solitario y poco concurrido. Pero como no todo es blanco o negro; el azar, la casualidad o la suerte, llámese como se quiera llamar, les echó una mano. Después de gastar suelas y cuando ya Esteban y Santiago estaban por rendirse, frente a los escombros de un caserón cochambroso por el que nadie daría un euro, algo camuflada vieron una cámara de vigilancia, la habían puesto los vecinos porque allí quedaban muchos fines de semana los hijos de los domingueros a hacer sus botellones y algo más. Al no ser zona habitada el ayuntamiento se había negado a poner vigilancia y aquella casona se estaba convirtiendo en el punto de encuentro de consumidores y camellos. Los habitantes del pueblo no estaban dispuestos a que aquello se les fuese de las manos y, por su cuenta, pusieron una cámara que ahuyentase a los vendedores de muerte.

En los alrededores no parecía haber nadie en aquel momento, así que empezaron a preguntar por la zona hasta que por fin dieron con el responsable de la cámara, un guarda de seguridad jubilado; por sus arrugas se diría que bastante mayor, calvo y con un bigote muy pasado de moda que repartía su tiempo entre los nietos y la vigilancia.

El nieto mayor del vigilante se salvó in extremis de caer en la red de un camello y eso le hizo replantearse su jubilación.

Después de explicarle lo que pasaba y lo que buscaban y decirle que era un narco de lo peor, el hombre estuvo más que dispuesto a colaborar. Llevó a su casa a los tres amigos y estuvieron algunas horas visionando las grabaciones. El proceso era lento, pero Aleix les dijo que debía ser así, meticulado, era la única pista que tenían para identificar la furgoneta y poder rastrearla.

Al escritor le sorprendió la calidad del equipo del que disponía el anciano. Se notaba que echaba de menos su trabajo porque se había montado todo un sistema de pantallas que, aparte de monitorizar las veinticuatro horas del día la zona, se podía trabajar en las imágenes una vez descargadas a un disco duro. Aquello era lo mejor.

Les llevó varias horas ver todas las imágenes, ya que las tarjetas de memoria SD eran bastantes y había que encontrar la de la hora concreta. Ya casi habían perdido la esperanza de encontrar algo cuando por una esquina de la pantalla apareció una furgoneta como la de la descripción. Al pasar cerca de la cámara se podía apreciar que la ventanilla del copiloto estaba bajada y Esteban no tuvo dudas de que era un hombre de Milan, ese al que llamaban Rumano, Uxía se lo había descrito la noche que se sinceró con él en su piso de Barcelona.

La matrícula estaba borrosa por el ángulo de la cámara, pero gracias a la pericia del señor consiguieron distinguirla completa.

En cuanto tuvieron las imágenes aceptablemente pasables se las enviaron a Roger al correo de la revista y le dijeron que pusiera un anuncio como si hubiera sido robada, que sería lo más probable, todos cruzaron los dedos porque alguien se hubiese fijado en ella.

Se despidieron del jubilado al que parecía que le habían quitado diez años de encima. Se había sentido útil y eso le dio la vida. Le quisieron dar las gracias con una compensación por su trabajo, pero él se negó a aceptarlo, adujo que se sentía feliz de haber podido ayudar a que se hiciera justicia y que esperaba que encontrasen pronto a la joven secuestrada, les dijo que ese sería su mejor pago. Eso sí, no sin antes recomendarles que lo denunciaran a la policía, que no deberían tomarse la justicia por su mano ya que esas cosas no solían salir bien, les advirtió.

Aleix lo tranquilizó diciendo que él era policía, pero que estaban en una misión encubierta, ya que eran unos narcotraficantes muy peligrosos, también le pidió, por su seguridad, sobre todo, mucha discreción y que no hablase con nadie sobre las averiguaciones que habían llevado a cabo.

No tenían pensado acudir a la policía, pero para saber la dirección que había tomado la furgoneta necesitaban tener acceso a las cámaras de tráfico y eso no iba a ser tan sencillo, sobre todo después de llevar días actuando por cuenta propia. Aleix estaba muy bien relacionado con los agentes de la UDYCO de Barcelona, pero en aquella zona era un perfecto desconocido.

Al volver a la redacción intentaron buscar la mejor solución. Roger no sabía si decir lo que estaba pensando o dejarlo como estaba. Sabía que la Dirección General de Tráfico no daría

acceso, así como así, a sus vídeos, pero él tenía una posible solución, el caso es que muy legal que se dijera no era.

—Tengo una idea, pero es un tanto arriesgada.

—Suéltala —aprobó Esteban.

—Esto... veréis... —no sabía cómo decirlo, al fin y al cabo, Aleix había sido poli y eso siempre causaba respeto—. Tengo un amigo que es capaz de entrar en cualquier ordenador, por cortafuegos que tenga.

—O sea, tienes un amigo hacker —remató Aleix.

Santiago no decía nada, parecía que no fuera con él. Escuchaba, o parecía hacerlo, pero se limitaba a eso, cada rato que pasaba se sentía más inútil. Esteban se daba cuenta que algo no iba bien, así que había que pasar a la acción, no sólo por Uxía, también por Santiago si no querían perderlos a los dos.

—Por mi parte no hay problema —tomó la palabra Esteban antes de que los demás dijeran otra cosa.

—No es que me entusiasme la idea, pero si vamos por nuestra cuenta, es la única manera que parece que tenemos para poder encontrarla —aceptó Aleix.

Como no estaba del todo de acuerdo y a regañadientes, el expolicía propuso ir a comer mientras el hacker llegaba y hacía su trabajo, adujo que prefería no estar delante mientras se cometía el delito.

Aunque con reticencias fueron al bar de al lado, donde el escritor esperaba que hubiesen cambiado el fluorescente, porque de lo contrario sería un auténtico suplicio para él. Eso sí, reconoció que la comida, para no ser un restaurante, era excelente.

Capítulo 35

De nuevo un acantilado

Milan dejó caer la bolsa que llevaba con comida y le pegó una patada al rumano con todas sus fuerzas.

Lo último que hubiera esperado era una traición como aquella, precisamente, de alguien como él.

Había depositado en él toda su confianza y ¿así le pagaba?

—¡Te dije que la vigilaras, no que te la podías tirar!

Uxía en cuanto se vio libre del rumano se hizo un ovillo contra la pared.

Apenas podía respirar.

Intentó coger aire, pero no le entraba en los pulmones, al contrario, la opresión que sentía le produjo unas nauseas incontrolables. Quiso llevarse la mano a la boca, pero sus miembros no respondían la orden del cerebro.

Vomitó.

No tenía más que un sorbo de café en el cuerpo, pero parecía que lo que salía de su estómago no tenía fin.

El temblor se adueñó de ella sin control.

Sudaba y tiritaba a la vez.

Sabía que había llegado su fin, pero en aquel momento ni siquiera le importaba.

Estaba tan cansada de huir.

Estaba tan cansada de luchar, de sobrevivir, que lo único que pedía era que fuese rápido, que no se recrease en su sufrimiento.

Dio la última arcada y cayó laxa al jergón, estaba agotada física y moralmente.

El rumano no esperaba la llegada de Milan. Su cerebro de mosquito no había previsto que allí no había comida y de alguna manera se la tenía que hacer llegar, si no para ella, sí para él.

La patada le había roto alguna costilla, puesto que le costaba respirar, y aunque pareciese inmune al dolor, del todo no lo era.

El hombre se quedó perplejo, se levantó como pudo buscando en los entresijos de su cabeza algo que le sirviera de excusa, no se le ocurría nada.

Debido al golpe le dolía el costado, haciendo presión con la mano en las costillas

fracturadas se dobló hacia delante aguantando la respiración ya que era un suplicio cada vez que le entraba algo de aire.

Milan lo sacó a empujones del hórreo, lo que dio un respiro a Uxía que, aovillada contra la pared, miraba la escena desconectada de la realidad.

El narcotraficante volvió a entrar tendiéndole la bolsa a Uxía que la rechazó aun sin saber su contenido.

Miró a la que fuera su pareja y en su cara pudo distinguir unas ojeras que nunca antes estuvieron ahí, vio decepción, miedo y desconcierto. No es que le importase demasiado, pero por primera vez en su vida no se sentía cómodo al verla en aquellas circunstancias.

—¡Maldita mujer! No paras de darme problemas. Es comida, raciónala porque no sé cuándo traeré más.

No esperó. Salió de allí cerrando la puerta con un candado de seguridad y dejándola completamente aislada.

—¡Rumano! —lo llamó.

—Me... me pidió café —adujo este como excusa y con voz temblorosa.

—Ven, vamos a dar un paseo.

El hombre caminó como un perro faldero al lado de su amo. Milan callaba y él siguió caminando aguantándose la costilla fracturada y con la cabeza agachada, avergonzado.

—No te preocupes —lo tranquilizó Milan— me he enfadado porque no me lo esperaba, pero estoy seguro de que no volverá a pasar.

El rumano no era una lumbrera, pero conocía a su jefe muy bien, algo no acababa de sonarle bien de aquello que le estaba diciendo. Que no se enfadase, que no le abroncase no era buena señal.

Llegaron al borde del mirador. Milan se acercó a la baranda fabricada con troncos para no desentonar con el paisaje y siguió tranquilizando al gigante. Le pasó la mano por la espalda y casi logró que se relajara. Le comentó que entendía que le gustase Uxía porque era una mujer muy guapa, volvió a pasarle la mano por la espalda logrando con ello que el rumano acabase relajándose del todo y bajando la guardia.

—Mira el paisaje —propuso—. ¿No es una tierra maravillosa? Pues esta es mi tierra.

Al hombre no le dio tiempo a contestar. Sin que lo viera venir Milan sacó el arma, que siempre llevaba a su espalda en la cintura del pantalón, y le dio un certero golpe con la culata en la nuca. Al estar acodado en la baranda no le fue difícil acertar en el punto concreto para acabar con la vida del que fuera su brazo ejecutor.

Con la inercia y algo de ayuda cayó como un fardo por encima del antepecho y se despeñó por el acantilado.

Milan esperaba que cuando lo encontrasen, si lo hacían, fuese considerado un accidente

ya que fue rodando pendiente abajo hasta llegar al mar.

Si quiero que las cosas salgan bien me toca hacerlas a mí, se decía orgulloso de nunca dejar rastro.

Dio media vuelta y se fue de allí sin más.

Uxía estuvo mucho rato sin moverse, casi sin respirar, hasta que por fin asimiló que estaba completamente sola.

Intenta pensar, busca la manera de salir de aquí, se decía. ¡El móvil! Se tocó el bolsillo y la dureza del aparato la tranquilizó. Lo sacó para darse cuenta de que allí no había cobertura. La desesperanza hizo presa de ella y golpeó con fuerza la pared de madera hasta que un calambre le traspasó todo el brazo. “Hacerte daño no te sacaré de aquí” se recriminó a sí misma.

Levantó la caja en la que el rumano estuvo sentado y se sentó ella esperando lo inevitable. Cogió la bolsa que le había dejado Milan y por hacer algo se puso a mirar el contenido. Lo que había no le duraría para muchos días por muy frugal que fuese; una botella de agua, unos bocadillos de máquina húmedos y desabridos envueltos en papel film y, supuso que, para su integridad psicológica, le había puesto un lápiz y una revista de autodefinidos. Uxía esbozó una amarga sonrisa pensando en lo irónica que puede ser la vida algunas veces, nunca hizo un gesto hacia ella de ninguna clase y ¿ahora recordaba que le gustaba hacer crucigramas?

—¡¡¡Eres un cabrón, desgraciado!!! —gritó a pleno pulmón. Cogió uno de los bocadillos, de pan de molde con aceite y queso y se lo comió despacio. Si su intención era que se muriese se moriría, seguro, pero estaba decidida a hacer todo lo que estuviera en sus manos para alargar el tiempo al máximo.

Después de comer, mordisquito a mordisquito, todo lo lentamente que pudo para engañar un tanto al estómago, se asomó por la rendija de ventilación, esta vez con la ayuda de la caja, esperando que no se hiciera añicos bajo sus pies. Recordó así el paisaje de su niñez, aquellos acantilados de aguas embravecidas que la salpicaron tantas veces con su espuma plateada y se juró que volvería a verlos. Soñó despierta con ir de la mano de Santiago, le reconfortaba pensar en él, aunque estaba segura de que él ya la habría olvidado.

Apenas quedaba luz y allí no había electricidad, ni siquiera una vela pudo encontrar, así que decidió acostarse, esta vez con la tranquilidad de estar sola y la inquietud de pensar que alguno de los dos podía volver en cualquier momento. Se tumbó de cara a la puerta para estar alerta, intentando reponer fuerzas para por la mañana buscar alguna manera de salir de allí. Por una vez en la vida se puso a rezar sin que nadie se lo pidiera, ella se consideraba una creyente un tanto agnóstica. Mientras rezaba recordaba a su madre que sí era católica y le explicaba constantemente que rezar no le haría ningún daño.

La humedad era alta y tenía mucho frío. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el

cuello y se tapó con el saco que tenía preparado para luchar contra el rumano. Le castañeteaban los dientes, quizá no tanto por el frío, sino por los nervios de encontrarse allí sola y desamparada. Después de mucho rato el cansancio la venció y por unas horas, aunque inquieta, pudo conciliar el sueño.

Efectivamente; la furgoneta era robada. El dueño había denunciado la desaparición, pero en tráfico parecía ser que tenían cosas más importantes que hacer, como poner multas, por ejemplo, y, de momento, no le habían dado razón alguna. Un compañero le dijo que habían puesto un anuncio en La Gaceta Digital en la que pedían información sobre su furgoneta. Aquella noticia lo descolocó. La DGT no había hecho nada por encontrarla y ahora resultaba que unos periodistas la buscaban, aquello era cuanto menos, intrigante, pensó.

Llamó al teléfono que indicaba la publicación y quedó con el director de La Gaceta, fuera como fuera, si le ayudaban a recuperar su furgoneta se lo agradecería infinito, puesto que era su medio para ganarse la vida. Siempre la guardaba en parkings pensando que estaba más segura, y, mira por dónde, se habían fijado en ella para robarla, aquello lo enfurecía y más todavía que la policía no parecía tomarse muy en serio su denuncia.

A Roger se le acumulaba la faena. Mientras el hacker seguía traspasando cortafuegos y llegaba la hora acordada con el posible dueño del vehículo decidió ir a comer con los raritos de Barcelona, como los había bautizado. De paso vería a Quima, la mujer por la que bebía los vientos.

—Voy a comer. ¿Te traigo algo? —preguntó al informático.

—Mientras trabajo no como, gracias —gesticuló con la mano para que no lo distrajesen.

—Está bien, no tardaré mucho, en cuanto tengas algo me avisas. Y, por favor, ve con cuidado que no quiero líos.

El joven levantó el pulgar de la mano derecha y siguió tecleando sin prestar más atención a su amigo. Aquel reto estaba siendo de lo más apasionante y no se quería entretener por nada del mundo.

Cuando Roger entró en el bar saludó cariñosamente a la dueña y fue a encontrarse con los tres hombres que estaban sentados a la misma mesa que el día anterior y, le llamó la atención que, en las mismas posiciones. En la mesa casi las mismas tapas, señal inequívoca de que les había gustado la comida que preparaba su amiga, o que eran más raros de lo que parecían.

En el bar prácticamente los clientes habituales y para desgracia de Aleix el fluorescente no había sido sustituido y aunque se quejó a la dueña, esta adujo que no había tenido “tiempo” de arreglarlo. En realidad, no estaba dispuesta a ceder a las manías del *pixapins*.

—Quima, ponme un menú del día —lo pidió a sabiendas de que allí no había menú, aquel

era un bar de tapas. Aquella era la broma que le gastaba siempre porque sabía que de lo que se hacía para ella sobraba por si alguien pedía un plato de cuchara.

—Cuántas veces te tengo que decir que no hay menú —contestó fingiendo enfado—. Tengo escudella, si te apetece, además me ha salido para chuparse los dedos.

—Con unas buenas pelotas, espero.

Quima se metió en la cocina y en unos minutos apareció con un humeante plato de escudella con una pelota enorme. Creían que esas bromas eran particulares y que nadie se daba cuenta de lo que había entre ellos, nada más alejado de la realidad, todo el barrio era consciente de que entre el periodista y la dueña del bar había *feeling*.

Al terminar de comer y con un café bien cargado delante Santiago parecía algo más animado. Mientras comían habían hecho cábalas de hacia dónde podía haberse dirigido la furgoneta preguntándose por qué Milan estaba arriesgando tanto, cuando poco le hubiera costado enviar a alguien y acabar con ella en segundos sin dejar rastro, como era su costumbre.

Aleix alegó que la psicología de un asesino siempre era muy compleja, que gracias al carácter narcisista que solían tener muchos de ellos era por lo que los podían atrapar. El crimen perfecto no existe, dijo.

—Al final les encanta dejar su impronta y ahí estamos nosotros al acecho en cuanto se descuidan.

En el bolsillo del pantalón de Roger vibró el teléfono, era el informático, esperaba que con buenas noticias. Se bebió el café que Quima le acaba de servir, de un sorbo, quemándose la lengua y soltando un exabrupto como si así la quemazón fuera a disminuir.

El dueño de la furgoneta llegó antes que ellos, mientras tanto el hacker no sabía qué decir. Delante de una pantalla y un teclado era prácticamente infalible, pero en las distancias cortas se quedaba mudo, así que rezaba porque no tardasen demasiado, se estaba poniendo nervioso con tantas preguntas como le estaba haciendo el hombre y a las que ni siquiera sabía si podía responder o no.

La conclusión a la que había llegado era que habían cogido una carretera secundaria que se dirigía hacia el norte, pero en esa zona no había encontrado cámaras para poder hacer el seguimiento. Esperaba que lo entendiesen, él, milagros no hacía, y si no había soporte era imposible seguirles la pista. Aquella era la primera vez que no podía seguir un rastro y estaba desolado, se sentía fracasado y al borde de la desmoralización.

Capítulo 36

Un cadáver sin identificar

Unos mariscadores encontraron un cuerpo sin vida mientras faenaban. Un escalofrío les recorrió la espina dorsal debajo de los trajes de neopreno.

No era agradable encontrarse un cadáver, mucho menos si estás cometiendo un ilícito, pero llevaban tiempo en el paro y, al final, aquella se había convertido en su única fuente de ingresos, por eso se cuestionaron si decirlo a la guardia civil o hacer como que no habían visto nada.

A primera vista parecía que había tenido un accidente y se había caído por el acantilado. El problema vino al mirar para arriba y ver que no estaban solos. Una pareja de jubilados, aprovechando que había salido unos minutos el sol, salieron a pasear, cosa que trastocó los planes de los mariscadores que no les quedó más remedio que avisar a la policía dejando en el mar los cuatro percebes que habían sustraído.

Ninguno supo bien cómo había pasado, pero, para ser un lugar tan alejado, en pocos minutos se habían congregado un puñado de curiosos. Y cómo no, la furgoneta de la televisión local.

La guardia civil acordonó la zona haciendo su trabajo.

La periodista del canal autonómico repetía en bucle los escasos datos de los que disponía.

A bastantes kilómetros de allí, en un bar de pueblo, cuatro hombres discutían sobre qué hacer al no haber podido encontrar el hacker la manera de seguir la furgoneta en la que habían secuestrado a Uxía. Estaban pidiendo la cuenta cuando en las noticias daban la crónica de sucesos. Los reporteros hablaban de un hombre que había caído por un acantilado, no sabían cómo había sido posible ya que el lugar estaba bien señalizado y con barandas para no pasar más allá del límite de seguridad. También decía la joven locutora que parecía por sus rasgos de Centroeuropa y que podía ser que quisiera hacerse un selfi, arriesgando temerariamente su vida. Todo ello, remarcaba, de momento, tan sólo era una hipótesis. El cadáver estaba siendo trasladado a medicina legal para su autopsia e identificación, dijo, dando por terminada con esta frase la conexión.

—Creo que sé dónde puede estar Uxía —dijo de pronto Aleix.

—¿Has tenido una revelación o qué? —se extrañó Santiago.

—Tenemos que estar atentos a nuestro entorno, es de primero de investigación —se jactó

—. Vamos, hablemos con el dueño de la furgoneta.

—No entiendo, el entorno es el mismo desde que hemos llegado, no te hagas el gracioso —comentó Esteban un tanto molesto.

—La noticia que termina de dar la televisión me acaba de dar la pista. Ha caído por un acantilado en la costa de Vigo un hombre con las características del rumano que buscamos. ¿No os dais cuenta? Me temo que lo han quitado del medio. Si mi intuición no me falla a Uxía la deben tener por esa zona.

—No te hagas muchas ilusiones, según me contó Uxía, el rumano era el brazo ejecutor, hacía lo que Milan le pedía sin poner un pero —advirtió Esteban.

—Eso si no la han matado a ella también —insinuó Santiago fatídico.

—Confiad un poco en mí —dio dos golpes en el suelo con el bastón—, no seáis pájaros de mal agüero. Venga, tenemos trabajo y un viaje por delante.

Una vez de nuevo en la redacción se entrevistaron con el dueño de la furgoneta con el que a la única conclusión que pudieron llegar, después de preguntarle si por casualidad llevaba algún localizador, fue que sí, que efectivamente era su furgoneta y que la habían robado media hora después de dejarla en el parking, pero para su desgracia no llevaba localizador, ya que era un sufrido autónomo. Le dieron las gracias prometiéndole que en cuanto supieran algo le informarían y el buen hombre salió peor de lo que había entrado y mascullando entre dientes que para qué lo habían hecho ir hasta allí para hacerle perder el tiempo si no sabían nada.

El hacker les pidió perdón nuevamente por no haber podido ser más exacto en sus pesquisas, marchándose cabizbajo.

Los tres hombres se despidieron de Roger, no sin antes asegurarle que le enviarían reportes de lo que encontrasen para que lo pudiese publicar en su periódico.

Llenaron el depósito de gasolina y pusieron rumbo al norte, ellos no necesitaban esconderse de nadie, así que tomarían la autopista para llegar cuanto antes.

El desánimo de Santiago era evidente. Cada vez le costaba más sentir la positividad que le querían vender sus compañeros. Prácticamente se había resignado a perderla. Esteban estaba preocupado por su amigo, esperaba que no volviera a la depresión, ya que de ser así cada vez le costaría más salir.

—¿Puedes buscar una emisora nacional de noticias a ver si dicen algo nuevo? —preguntó Aleix a Santiago que iba de copiloto ya que habían quedado en turnarse para conducir.

Santiago, obediente, empezó a darle al botón arriba y abajo, aunque sin hacer mucho caso a lo que escuchaba.

—¡Esta misma! Me estás poniendo nervioso tanto cambiar de emisora sin dejar ninguna —se quejó Esteban que era el que conducía.

—Buscaba la noticia como ha pedido Aleix. A ver si os ponéis de acuerdo.

—Con que den noticias es suficiente —apaciguó Aleix— en algún momento dirán algo, estoy seguro.

Hasta el primer relevo rodaron en silencio. Sólo se escuchaba el locutor de la radio y los muchos anuncios que rellenaban el programa y que, por supuesto, pagaban las nóminas. Pararon en un área de descanso de la autopista, estiraron las piernas, fueron al lavabo y tomaron café para mantenerse despiertos. De nuevo en el coche le tocó el turno a Aleix, de momento estaban evitando que condujera Santiago, lo veían demasiado hundido y no estaban seguros de sus reflejos a la hora de conducir.

Uxía había despertado entumecida. El frío y la humedad se le habían metido en los huesos y no lograba sacárselo de encima. Intentaba mantener la cabeza firme, pero cada hora que pasaba le costaba más, se daba ánimos a sí misma, aunque sin mucho éxito. Cogió un sándwich de los que quedaban en la bolsa, parecía plástico, pero el hambre era superior a la calidad de la comida. Al girarse buscando algo con lo que abrir la puerta, cosa difícil, puesto que allí no había nada más que restos de alguna caja de madera y moho por todas partes, vio el termo del café tirado junto a la pared. Lo cogió esperando que quedase algún resto de líquido caliente. Lo abrió, estaba vacío. Lo tiró al suelo con rabia haciéndolo añicos.

Se agachó, recogió los pedazos pensando si le servirían para algo, aquello cortaba.

Las gaviotas graznaban impertinentes. Una de ellas tuvo la osadía de posarse en la rendija de ventilación por la que se había asomado ella el día anterior.

—Disfruta de tu libertad —le dijo— no te quedes aquí, este es mi ataúd, no tiene por que ser el tuyo.

Terminó el bocadillo y bebió un poco de agua, le quedaba poca y la estaba racionando. Se levantó y empezó a inspeccionar el perímetro del hórreo con las manos, buscando algún fallo en la estructura por donde hacer un hueco y poder escapar. Mientras hacía eso mantenía la cabeza ocupada. Repasó milímetro a milímetro las paredes de madera clavándose incluso un fragmento que le hizo soltar un joder a gritos. Se chupó el dedo, pero aquello le molestaba mucho para seguir pasando la mano por las astillosas maderas. Se subió a la caja acercándose al máximo al ventanuco a ver si se podía quitar el pincho de madera, pero la luz era tan escasa que parecía imposible.

Se vino abajo.

Aquello era lo último que le faltaba para acabar con las pocas energías que le quedaban.

No puedes luchar contra lo inevitable, se dijo.

¡¡¡Te odio, Milan Rodríguez!!! Volvió a gritar. Se miró la mano, miró seguidamente al suelo descubriendo los trozos rotos del termo de café. El corazón le dio un vuelco. Una idea

cruzó fugazmente por su cabeza, pero ella la pilló al vuelo. El interior del termo era de un material que parecía cristal plateado, haría las veces de un espejo. Se subió a la caja de madera y sacó la mano por el ventanuco para reflejar el sol y proyectar alguna especie de rayo que alguien pudiera ver.

Imposible, aparte de no haber nadie, el sol había decidido no colaborar con ella. Las nubes eran cerradas y plomizas, su espejito allí no tenía nada que hacer.

Se desesperó.

dejó caer la espalda resbalando contra la pared y abrazándose las piernas al llegar al suelo, se meció mientras sus ojos dejaban rebasar las lágrimas contenidas tanto tiempo. Apretó los puños con rabia sin darse cuenta que conservaba el pedazo cristal del termo, se quedó mirando la sangre que brotaba de su mano casi sin sentir que era suya.

No supo el tiempo que estuvo así. No quería ser débil, pero la fortaleza que la inundó cuando abandonó a Milan, dejándolo en el suelo sobre un charco de sangre, siendo capaz de no mirar atrás, la estaba abandonando.

Levantó la cara.

La luz del día se estaba amortiguando, no supo si era por las nubes o porque llegaba el final del día, estaba perdiendo la noción del tiempo.

Intentó cabrearse, de esa manera la rabia le ayudaría a no dejarse llevar.

Quiso chillar, pero era tanta la desesperación que el sonido salió estrangulado de su garganta.

Inspiró profundamente.

En ese momento fue consciente de que la calma no llegaría nunca mientras Milan estuviera en su vida... o con vida

Por desgracia seguía muy presente, si no fuera así, ella no estaría donde estaba, seguiría en cualquier lugar del mundo realizando lo que más le gustaba hacer, ejerciendo su profesión de periodista y escribiendo su novela.

Empezó a repasar el tiempo vivido al lado del hombre que le arruinó la vida notando como, por fin, la rabia iba en aumento.

Se obligó a recordar la primera bofetada.

Milan la comparaba continuamente con su madre, hasta que ella se lo reprochó, ahí llegó al primera de muchas, después también llegó el consabido arrepentimiento. Estaba tan enamorada que la primera vez lo perdonó, creyó la excusa de que estaba estresado y creyó aquella primera promesa de que no lo volvería a hacer, a medida que se convirtió en algo cotidiano ella supo que tenía que salir de allí... como fuera.

Eso era lo que buscaba. Necesitaba esa ira para que su mente se pusiera a funcionar. Se limpió las lágrimas con rabia y se miró el corte de la mano, nada serio. Se lamió la sangre, no

tenía otra forma de limpiar el corte, el agua que le quedaba era escasa y la necesitaba para su supervivencia. Así que se dispuso a utilizar aquella furia para encontrar la manera de salir de allí.

Santiago había llamado al móvil de Uxía en varias ocasiones, en todas ellas le daba apagado o fuera de cobertura. Habían llegado a la conclusión de que se habría quedado sin batería. Aunque Aleix no estaba muy conforme, tenía la lógica sensación de que se lo habrían quitado, era lo más elemental, ya que si la habían secuestrado no le iban a dejar que se comunicara con nadie y por muy inteligente que ella fuese, nada podía hacer contra un clan de mafiosos que tenían en jaque a toda la policía del país.

—No te va a contestar, no sigas insistiendo —vaticinó Aleix por enésima vez esperando que esta fuera la última.

—En qué quedamos. ¿No decías que no debía perder las esperanzas? Si por casualidad en algún momento le entra la señal, quiero que sepa que no está sola, que la estamos buscando —contestó Santiago enfadado.

Llegó el turno de conducir de Santiago. Pararon en un área de servicio para estirar las piernas, comer algo y volver a tomar café. Aleix y Esteban intercambiaron una mirada, ninguno de los dos creía conveniente que Santiago condujese, el problema era que ya estaba suficientemente alterado como para decirle que no lo hiciera. El expolicía le dejó muy claro que yendo él en el coche las normas se respetaban, que no llegarían antes por correr un poco más.

—Ante todo soy policía, ya lo sabes —le dijo.

—El accidente que tuve no fue por correr. ¡A ver si lo entendéis de una puta vez! Si no os fiáis de mí decidlo, al fin y al cabo, ni siquiera sé qué hago aquí.

—No te enfades, llevamos muchas horas de coche y estamos todos un poco alterados —intentó calmarlo Esteban.

—Pero da la casualidad de que la advertencia sólo se me hace a mí.

Salió del coche pegando un portazo y empezó a caminar con rumbo incierto. No se podía creer que lo estuvieran tratando de aquella manera. Bastante menospreciado se había sentido siempre para que ahora su mejor amigo, el único al que le confiaría su vida, lo tratase así. Encima sabía que dirían que se estaba victimizando, pero no era eso. Era consciente de que habían perdido la confianza en él y aquello dolía. Dolía mucho. Hacía tiempo que no fumaba, y aunque nunca había fumado demasiado, en aquellos momentos habría agradecido tener un cigarrillo a mano.

Aleix se quedó al lado del coche esperando que se le pasara la rabieta. Lo comparó con la gata que compartía casa con él, cuando no le daba lo que quería en el momento, se iba gruñendo con el rabo levantado muy dignamente. Ya se le pasará, a la gata se le pasaba pronto, se dijo esperando tener razón.

Santiago era consciente que no se podía quedar allí en medio de la nada, tenía que volver al coche, sabía que estaba retrasando la marcha, pero después de todo ni siquiera estaba seguro de por qué estaban haciendo aquello.

Eran traficantes, deberían ser los de la UDYCO quienes los buscasen y no ellos. Por muy expolicía que fuese Aleix ya no tenía autoridad para detener a nadie.

Se sentía como un pez fuera del agua, nada estaba bien. Nada tenía sentido. Además, echaba de menos a los mellizos, los quería de vuelta con él, los necesitaba. Miró la hora en el móvil, ya habrían salido del instituto, llamó a Hugo y enseguida los escuchó diciéndole que le echaban de menos ellos también. Se limpió los ojos con rabia por ser tan débil.

—Necesitaba oídos, pero ahora tengo que colgar, muy pronto nos veremos, os lo prometo —comentó con los ojos todavía vidriosos y la voz algo trémula.

Después caminó otro buen trecho, se desahogó dando una patada a una piedra y después de eso ya pudo volver al coche.

—Está bien, si no confiáis en mí para conducir, no conduzco. Acabemos con esto cuanto antes.

Ninguno de ellos dijo nada más, Aleix se sentó en el asiento trasero y Esteban en el del copiloto dejando libre el del conductor.

Ya más tranquilos emprendieron el último tramo hacia el destino que esperaban que fuese el que los conduciría hasta ella.

Cogieron la salida que los llevaba a Vigo y a partir de ahí tomaron dirección a la costa. Después tocaría preguntar, no tenían ni idea de dónde quedaba el lugar exacto del “accidente”

Capítulo 37

Llegada a Galicia

Uxía, a la desesperada, había empezado a aporrear las paredes del hórreo, esperaba que, al ser de madera, alguna estuviera podrida por la humedad.

El esfuerzo y la falta de proteínas la había debilitado bastante. Empezó a sudar y a jadear, se había dejado llevar por los nervios, la soledad y la desesperación.

Serénate, Uxía, así no vas a llegar a ninguna parte, se decía. Se acostó a descansar imaginando la estrategia que podría seguir si volvían Milan o el rumano, aunque rudimentaria, ahora contaba con un arma. Las horas se le hicieron interminables, tenía sed, la deshidratación se hacía notar y no pensaba con demasiada claridad. Si aquello seguía así, por mucho asco que le diera se tendría que beber su propia orina, cualquier cosa antes que dar su brazo a torcer, como decía el clásico; moriría con las botas puestas. Rio histérica hasta caer en cuenta de lo que estaba haciendo y por fin quedarse dormida.

Por el ventanuco se coló un tímido rayo de sol que la hizo despertar del aturdimiento. El cansancio y la debilidad habían logrado que se adormilase un rato.

Al notar el sol en la cara se puso en pie de un salto, dejó caer sobre la lengua las dos gotas de agua que quedaban en la botella, entristeciéndose al notar cómo sus posibilidades de supervivencia disminuían a la par que menguaba el líquido vital.

Se subió sobre la caja al igual que había hecho el día anterior.

El mismo paisaje.

La misma soledad.

Buscó el trocito de termo reflectante y lo encaró al rayo de sol que parecía ser el único que sabía dónde se encontraba. Rezaba porque en algún punto de la costa algún paseante solitario o un pescador viese la señal. Había descartado derribar la puerta. Las maderas eran mucho más resistentes de lo que pensaba. Si aquel lugar era propiedad de Milan estaba segura que lo habría reforzado para poder esconder allí sus fardos de droga antes de su distribución.

Allí nadie la iba a encontrar.

En realidad, ella había desaparecido totalmente desde hacía algunos años, ya se encargó Milan de ello. La obligó a dar de baja sus redes sociales, no le dejó tener cuenta corriente, adujo que no la necesitaba, que todo lo que necesitase él se lo proporcionaría. Acabó por no dejarle usar ni siquiera el ordenador, sabiendo que sin él ella no podía trabajar, así que en cuanto pudo

escapar de sus garras lo primero que hizo fue comprarse un teléfono móvil...

Poco a poco y casi sin darse ella cuenta la había anulado por completo.

No tenía familia, ella no existía para nadie por lo tanto nadie la echaría de menos. Milan lo tenía todo calculado.

Llegar a esa conclusión fue una catarsis.

Una vez en la zona costera salieron del coche para estirar las piernas y ubicarse de algún modo. Necesitaban averiguar donde había pasado exactamente el accidente del rumano.

—Yo tengo hambre y sed, no sé vosotros —dijo Santiago.

Aleix y Esteban se lo quedaron mirando con cara de “tenemos que hablar de lo que ha pasado”.

—Tranquilos, entiendo vuestros recelos, pero estoy bien. Todos tenemos derecho a unos momentos de bajón de vez en cuando —zanjó el tema.

Inhaló una honda bocanada de aire y se masajeó las sienes. Pensar en el pasado le hacía sentir mal, era tal el resentimiento que tenía que no lo entenderían, al igual que no lo entendió la psicóloga que lo atendió en el hospital después del accidente.

Mejor dejarlo como estaba.

Estaba completamente seguro de que nunca iba a ser capaz de hacerles entender que él nunca pensó en suicidarse.

Nunca se iba a poder quitar ese estigma de encima. Esteban era su mejor amigo. ¿Por qué no podía creerlo? Pensaba que lo conocía, pero a partir de aquel suceso se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de él. Eran amigos, pero no se conocían y por eso evitaba recordar cosas que le hicieran daño.

Eso y las veces que Sara le había paseado por delante de las narices a sus amantes, y, que después le pidiera cuentas por haber empezado una relación con Dunia, estando ya separados, eso era algo que lo enfurecía por completo.

Buscaron un bar de carretera de los que solían parar a comer los camioneros, esos sitios generalmente eran una excelente fuente de información. Se quedaron en la barra para poder entablar conversación con los parroquianos. Aleix no pensaba tomar nada, su cupo de cafés ya estaba cubierto por aquel día y aunque tenía hambre podía ayunar, no estaba dispuesto a meter en su cuerpo más hidratos de los estrictamente necesarios, así que se pidió un agua de Vichy. Los compañeros pidieron una cerveza y al ver la tapa de torreznos que les pusieron se le hizo la boca agua, aquello sí que era comida real y no lo que servían en los restaurantes de lujo. Definitivamente no tendría necesidad de hacer ayuno aquel día.

En la televisión empezaban las noticias en la cadena autonómica. Todo el mundo calló prestando atención, aquella zona no era dada a muertes violentas, como mucho, alguna detención

de algún traficante de poca monta, los traficantes de verdad se cuidaban muy bien de no aparecer por el lugar.

El locutor habló de la persona que había sido hallada al caer, seguían pensando que fortuitamente, por el acantilado. En la comisaría habían confeccionado un retrato robot de cómo sería sin los golpes que le habían desfigurado la cara y pedían ayuda por si alguien podía dar alguna pista de su identidad, dada la dificultad que estaba encontrando la policía para su identificación.

Los clientes del bar empezaron a cuchichear entre ellos. Nadie lo conocía, pero todos creían haberlo visto en algún momento paseando o tomando fotos, o las dos cosas a la vez. Aquello les vino muy bien para entablar conversación y hacer preguntas sin llamar en exceso la atención.

Aleix preguntó a la persona que tenía acodada en la barra del bar a su lado que qué había pasado, como si no supiese nada. Lo invitó a una ronda y el hombre, un señor que parecía bastante aburrido, soltó la lengua.

—Entonces ¿dice usted que nadie lo había visto antes? Turistas, no saben dónde tienen la cara —chasqueó los labios Aleix.

—O un ajuste de cuentas, esta zona está plagada de narcos —hizo una pausa— los hórreos de la zona están cambiando de contenido —comentó cuando ya parecía que no iba a decir nada más.

—Pepiño, no digas más tonterías, siempre con lo mismo —lo calló el camarero.

El hombre se acabó su chato de vino y se fue algo ofuscado. Todo el mundo tenía miedo de hablar y él estaba harto de que le cerraran la boca, el problema de las drogas no se había terminado en Vigo, sencillamente eran más cautelosos, los vecinos habían dejado de mirar y él sabía bien por qué.

—No le hagan caso, en cuanto se bebe dos tragos vuelve a los años ochenta, piensa que siguen aquí *os Charlins*.

El camarero y dueño del bar quiso quitar hierro al asunto. Mientras hablaba masticaba chicle sin parar, cosa que desquiciaba a Aleix que miró a Santiago y a Esteban dando por concluida la conversación. Aunque poca, alguna información de lo que dijo el tal Pepiño le pareció que podía ser de utilidad. Lo que no parecía dejar lugar a dudas era que fuese el mismo rumano al que ellos estaban buscando.

¿Qué habría pasado?

Desde luego, Aleix estaba seguro de que aquello no había sido accidental, lo curioso es que era la mano derecha de Milan. ¿Lo habría interceptado un clan contrario? Muchas preguntas y pocas respuestas, pensaba el expolicía. Ahora tocaba encontrar el lugar exacto y lo que por fin parecía una pista fiable, algún almacén cerca del lugar porque lo más probable es que tuviesen

ahí a Uxía.

El teléfono de Esteban comenzó a sonar en su bolsillo.

—Hola, ¿va todo bien? Me han dicho que habías pedido un par de días y he pensado que si necesitas algo aquí me tienes, para lo que sea —soltó Cristina de corrido.

Le había costado mucho hacer la llamada, pero necesitaba saber de él. La última vez que se vieron pasaron muchas cosas y estaba preocupada a la vez que ilusionada. A lo mejor estaba siendo un tanto lanzada, sobre todo, sabiendo que a Esteban nunca le faltaba una chica al lado, pero le pareció notar señales que no podía dejar pasar. Llevaba colada por Esteban desde que empezó a trabajar en el hospital, ya iba siendo hora de aclarar las cosas.

Todavía tenía en los labios el sabor del beso que le dio.

—¿Cristina? Sí, todo bien, tenía intención de llamarte, pero estoy fuera de Barna, en cuanto vuelva hablamos.

—Perdona, no quería molestar, igual estás ocupado —se puso a la defensiva.

—No, no, para nada, estoy aquí con Santiago, ya sabes que necesita un niñoero, pero tengo muchas ganas de verte.

—Yo también —contestó y no supo qué más decir— cuelgo, que tengo pacientes esperando en la consulta. Nos vemos.

Santiago le cerró la boca a Esteban aduciendo que se le iba a desencajar.

—Era Cristina —dijo con sonrisa bobalicona.

—Ahora sí, esta vez te han echado el lazo, camarada —ironizó Aleix.

Uxía estaba desesperada, llevaba todo el día sin orinar, aunque apenas había bebido agua, ya no podía aguantar más. Se decidió por hacerlo en el rincón más alejado de donde ella estaba para poder soportar el olor que se generaría, pero tenía que hacerlo. Se agachó y el placer de la micción poco a poco lanzó una corriente por su vientre. Jamás pensó que algo a lo que se daba tan poca importancia le generaría aquel sosiego. Se quedó mirando como el líquido se escapaba por una grieta de la pared.

¿Estaría allí la solución a su libertad?

Dio patadas al rincón por donde había escurrido la orina.

Paró.

Al otro lado de la pared le pareció escuchar ruidos.

¿Vendrían a por ella?

¿Sería Milan?

Se quedó callada escuchando tan solo el golpeteo de su corazón dentro del pecho.

Los murmullos que escuchaba no parecían ser voces conocidas, tenía que arriesgarse y

gritar.

¿Alguien se atrevería a ayudarla?

¿No la tomarían por loca?

No lo pensó más.

—¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Aquí dentro!!! —gritó lo más alto que pudo.

Dejó de gritar y pegó el oído a la puerta por si alguien contestaba, pero las voces se habían acallado, ni siquiera escuchaba el ir y venir de las olas, lo que sentía era su corazón que latía como un martillo hidráulico.

Cogió el trozo de cristal y sacó la mano por el ventanuco esperando que el escuálido rayo de sol que se filtraba por las espesas nubes, por una vez en la vida, se pusiera de su parte.

No consiguió nada. Los segundos le parecían horas a la espera de que alguien la hubiese escuchado. Volvió a gritar pidiendo auxilio, pero el efecto fue el mismo, el más absoluto de los silencios. Se dejó caer abatida, sin fuerzas, llorando sin poder parar.

Había momentos en que le parecía que había un gentío delante de la puerta, otras en que el silencio era abrumador, insoportable. Si lo que se había propuesto Milan era volverla loca desde luego lo estaba consiguiendo.

Capítulo 38

Asesinato

Roger se mordía, literalmente, las uñas pensando en el vuelco que estaba dando todo desde que aquella joven limpiadora dejó un artículo suyo encima de su mesa.

Lo leyó.

Le pareció un buen artículo, así que la contrató.

Supo que algo pasaba con ella para que quisiera que le pagara en efectivo ya que según le dijo ni siquiera tenía cuenta en el banco. La verdad era que había investigado en morosos y en los archivos de la policía por si tenía deudas pendientes y al no encontrar nada le pareció simplemente una rareza, o para ser sinceros, le gustó tanto el artículo que no le importó demasiado la manera de pagarle, incluso se ahorra la seguridad social, ella le había prometido que era autónoma y que no tendría ningún problema. La verdad era que habían subido mucho las visualizaciones de la revista y en el tiempo que estuvo allí todo fue como la seda, ni siquiera la veía casi nunca ya que le gustaba trabajar de noche... *cosas veredes, amigo Sancho*.

Como siempre, para estar al día tenían en la redacción una televisión encendida en el canal 24 horas, por aquello de estar informados y, por si acaso, había puesto una alarma al móvil que le avisara de cualquier noticia sobre el cadáver del acantilado, como lo habían bautizado los periodistas sensacionalistas.

A muchos kilómetros de allí otra persona también había puesto una alarma esperando noticias sobre el rumano. Saltó la alarma y la noticia lo dejó noqueado. Milan se había recluido en el barco para quitarse de en medio esperando que las aguas, nunca mejor dicho, se calmasen. Lo que no esperaba era que la autopsia descubriera que no había sido un accidente, sino que la policía hablaba de posible asesinato. Se sirvió un wiski y se mentalizó de que nadie lo podía relacionar con él, nadie los había visto juntos aquel día.

Había dejado encargado del negocio a Roberto, su hombre de confianza, y se perdió en alta mar. Sabía que Uxía no tendría ni comida ni agua, pero, aunque en el fondo la quiso de verdad, fue la única mujer después de su madre a la que había querido, no le podía perdonar la traición. Una traición que en realidad estaba en su mente puesto que nunca existió. Uxía nunca le había sido infiel, pero él veía infidelidades en todos los hombres con los que hablaba. Al principio ella vivía completamente ajena a la vida que llevaba Milan. Después claro que lo

traicionó, pero nunca de la manera que él pensaba, lo traicionó recopilando información sobre su actividad delictiva y a continuación huyendo de él, porque si no se hubiera escapado, estaba más que segura, que una de sus palizas la habría matado.

Se acabó la bebida, tiró los restos de hielo y puso nuevos rellenando a continuación el vaso con mano temblorosa y derramando la mitad del licor. Su aplomo y sangre fría lo habían abandonado, no quería reconocerlo, pero estaba nervioso. Todo lo que tenía que ver con Uxía lo alteraba en exceso. Encendió un cigarro y se tendió en la cubierta a tomar el sol intentando respirar hondo para bajar las pulsaciones, serenarse y no pensar. “No me pueden relacionar con él” se repetía para convencerse.

La pantalla del móvil volvió a iluminarse en la mesita que tenía al lado, esta vez era una llamada de Roberto.

—Te dije que no me llamas. Resuelve los problemas, para eso te pago y mucho — contestó abruptamente antes de dejarle hablar.

—No te habría llamado, pero los *guantá* han preguntado por ti. Les he dicho que no sabía dónde estabas.

—Vale, vale. Sigue sin saber dónde estoy, no me voy a presentar a la policía para ponerme en bandeja.

Colgó directamente sin esperar a que Roberto pudiera replicar. Siguió fumando de manera acelerada hasta terminar el cigarrillo y con tanta ansiedad que con la misma colilla se encendió otro.

Esta vez sí. Esta vez estaba segura de que cerca de donde ella estaba había alguien, el ladrido de un perro la había sacado de su semiletargo.

Se acercó a la puerta y empezó a dar patadas.

Nada, no surtió efecto. Fue al rincón por donde se había escurrido la orina y pateó la parte de la madera que le pareció en peor estado. El perro estaba olfateando aquella zona y el dueño, un adolescente que lo había soltado para que corriese a gusto, fue a ver qué le pasaba, porque olisqueaba y no corría como era su costumbre.

Uxía al escuchar, ahora sí estaba completamente segura, un perro, empezó a dar patadas a la pared y a gritar que necesitaba ayuda. Sería culpa de los nervios o un compendio de todo lo que le estaba pasando porque empezó a sudar profusamente y a notar una nebulosa en la mente, estaba perdiendo la consciencia. Se sentó en el suelo con la cabeza entre las piernas intentando respirar como si lo hiciera en una bolsa, poco a poco fue recobrando la lucidez.

Escuchó una voz que preguntaba si había alguien y quien era. Se puso de puntillas en la caja y asomó como pudo la cara por el ventanuco. El joven se acercó y ella pudo explicarle que se había quedado encerrada, que se había cerrado la puerta y no podía abrir. No pensaba decirle

que la habían encerrado, no sabía de quién podía fiarse y de quién no.

El muchacho se acercó a la puerta y vio que estaba cerrada con candado.

—¡Oiga! Señora, no puedo abrir, está cerrada con un candado —le gritó desde fuera—. No se preocupe, vivo cerca, en la primera línea de pisos, voy a casa a por alguna herramienta que pueda servir y en nada vuelvo. Tranquila, ya está a salvo.

Aquel ya está a salvo no supo Uxía cómo interpretarlo. ¿Habría caído en cuenta que la puerta no se podía haber cerrado sola? Dios mío, se dijo, espero que sólo haya sido una manera de hablar, aquí todo el mundo tiene relación directa o indirecta con los narcotraficantes. ¿Se estaría metiendo ella sola en la boca del lobo?

A Milan lo estaban traicionando los nervios, toda la sangre fría que tenía desaparecía cuando se trataba de Uxía. Era su debilidad. La odiaba tanto y la amaba tanto a la vez que no era capaz de pensar con racionalidad cuando algo estaba relacionado con ella. Empezó a dar vueltas por la cubierta, la llamada de Roberto lo había acabado de rematar. ¿Para qué lo querían los nacionales? Estaba completamente seguro de que no lo podían relacionar con nada ilegal, ya se encargaba él de que eso no fuera posible. El temor que siempre lo acompañaba era que alguno de sus hombres lo denunciase. Les pagaba muy bien para que eso no pasase, pero nunca estaba tranquilo, las personas nos volvemos egoístas en cuanto olemos el poder, pensaba. Sólo de pensarlo se enfurecía de tal manera que dejaba de ser racional. Tiró el vaso contra el suelo y se dirigió airado a la cabina.

—¡Capitán! Ponga rumbo a puerto.

Los tres hombres salieron del bar con menos información de la que esperaban, a los parroquianos no parecían gustarles los extraños. Salieron un tanto decepcionados, al final estaban casi como al principio, lo único que les había quedado claro era que la persona que había caído era uno de los hombres de Milan, uno de los que iban en la furgoneta robada.

Un siseo les llamó la atención.

Una mano desde la esquina les invitaba a acercarse.

Pepiño, el hombre al que el camarero había hecho callar les dijo que quería hablar con ellos.

Se apartaron un poco, puesto que Pepiño no quería ser visto por los vecinos en su compañía. Ya tenía bastante con que lo llamaran loco como para darles más combustible.

¿Qué es lo que nos tiene que decir? —interrogó Aleix en tono policial.

—Están buscando información del hombre que tiraron por el acantilado, ¿verdad? —se encargó de enfatizar que lo habían tirado.

—Sí, ¿usted sabe algo?

—Por supuesto, por eso estoy aquí. Los vecinos me toman por loco, pero yo sé lo que veo.

—Está bien, le escuchamos.

—Había niebla —empezó a decir— yo me dirigía a recoger unos percebes, ¿no seréis polis? —preguntó de pronto— Bueno, eso ya da igual. Como os decía iba a buscar unos percebes, a mi edad ya nadie me da trabajo y de algo tengo que comer. Mientras bajaba por las rocas hasta el agua vi dos hombres apoyados en la baranda. De pronto, algo pasó volando por mi lado, era ese hombre, el que sale en las noticias, miré hacia arriba y vi que el otro miraba como se golpeaba con las rocas y caía al mar, no se veía preocupado precisamente. Me escondí debajo de un saliente para que no me viera y en cuanto pude me fui de allí.

—¿Está seguro de que eran dos? ¿Me podría describir al otro hombre?

—Ya te he dicho que había niebla, pero lo que sí te puedo decir es que era más joven y delgado, diría que con el pelo bastante claro.

—¿Si lo viera de nuevo lo reconocería? —siguió preguntando Aleix que era el que llevaba la conversación.

—Es posible, aunque ya os he dicho que había niebla y no se distinguía demasiado bien. Al otro sí, porque, como os he dicho, pasó casi rozándome.

—Está bien, Pepiño, muchas gracias, nos ha sido de gran ayuda —hizo una pausa y se volvió de nuevo a él— le voy a ser sincero, estamos buscando a una mujer que creemos que han secuestrado esos dos tipos, ¿usted no conocerá algún sitio por donde cayó el hombre en el que la pudieran tener? —se aventuró a preguntar ante la sinceridad del hombre.

—Pues no sabría deciros, por la costa no hay gran cosa y lo que hay lo usan los traficantes, aunque los vecinos lo nieguen, para esconder sus mercancías asquerosas. Aunque, ahora que lo pienso, no hace mucho tiempo construyeron un hórreo, muy listos ellos, parece viejo, pero no lo es, cerca de la costa, no es el sitio más normal y encima lo hicieron bien reforzado.

Los tres hombres se miraron alternativamente uno a otro y asintieron, ahí era, estaban seguros de que si Milan la había llevado hasta allí la tendría en un lugar como ese. Preguntaron al hombre cómo llegar, se despidieron de él dándole las gracias de nuevo, no sin antes aconsejarle que denunciase los hechos a la policía, y se fueron hacía allí.

El joven tardó un rato en el que Uxía ya pensaba que no iba a volver.

Se equivocó.

Volvió con unas tenazas para cortar el grueso candado que cerraba la puerta. Le costó ya que quedaba muy ajustado y apenas podía meter la punta de la tenaza, además era de acero reforzado, lo que aumentaba la dificultad de su corte.

Cuando por fin lo consiguió, Uxía se asomó temerosa de que aquello fuera una trampa. El perro que acompañaba al chico la olió, ladró un par de veces invitándola a salir y ella por fin se atrevió. Tuvo que taparse los ojos con la mano porque la claridad, después de tantas horas sin apenas luz, le hirió los ojos.

—Muchas gracias. Me has salvado la vida —dijo al chico mientras miraba en derredor y buscaba un sitio por donde escapar.

En esos momentos el móvil emitió un pitido. Le habían entrado infinidad de mensajes. ¿Cómo era posible si lo había mirado un montón de veces y no había cobertura? El chico se la quedó mirando, sonrió.

—Seguramente ahí dentro hay un inhibidor de frecuencia, estas edificaciones ya no se usan para lo que antes era habitual, es normal que los traficantes le pongan a la guardia civil toda clase de trabas. Mucha gente piensa que el tema droga está más que acabado por aquí, que se ha trasladado al sur, nada más alejado de la realidad, la única diferencia es que ahora son más discretos —aclaró el joven con amargura.

El móvil después de tanto tiempo recibiendo mensajes, al querer encenderlo se apagó, se había terminado la batería.

Uxía de pronto sintió un vahído y se tuvo que dejar caer contra la pared para no caerse. Si no hubiera sido por ese joven nunca la habrían encontrado, esa idea la llevó a pensar en todo lo que Milan le había hecho. ¿Es que nunca iba a tener bastante? La quería muerta, lo sabía.

Se sentía herida, tanto que esa herida en vez de cerrarse supuraba cada día más, se abría de lado a lado. Se juró que no descansaría hasta ver muerto al hombre que tanto daño le había hecho.

—Soy Xoel —dijo tendiéndole la mano— no tengas miedo, no tienes de qué preocuparte, yo te voy a ayudar.

El joven no tendría más de dieciséis o diecisiete años, parecía muy servicial, aunque Uxía ya no supiera de quien fiarse.

—Me llamo Uxía, te agradezco lo que has hecho por mí.

—Te ves cansada, ven a casa y descansas, luego ya verás qué hacer, porque no te habías quedado encerrada. ¿A que no? Estoy seguro de que te habían encerrado.

Uxía se estremeció ante la percepción de Xoel, parecía muy maduro para su edad. No tenía nada donde aferrarse, así que aceptó su propuesta y se dirigieron hasta su casa.

Capítulo 39

Hay luz al final del túnel

Volvieron al coche y, siguiendo las indicaciones, buscaron el lugar concreto que les había indicado Pepiño, aunque parecía cerca no les fue nada fácil encontrarlo, al no conocer la zona pasaba bastante desapercibido el desvío que llevaba al acantilado. Llegaron a un punto en el que no parecía prudente seguir, el coche que llevaban no era apto para caminos pedregosos y aquello era roca pura, sólo se salvaba algún pedazo en el que crecía algo de hierba verde y salvaje. Vislumbraron la construcción. La zona, desde luego, como había dicho el confidente, no parecía la más adecuada para un hórreo, aunque cuando se sabe a qué está destinado no es algo tan descabellado.

El primero en llegar fue Santiago, por mucho que quisiera disimular y mostrar indiferencia era imposible no darse cuenta de las ganas que tenía de encontrarse con Uxía. Se quedó paralizado. La puerta estaba abierta y había un grueso candado roto y tirado en el suelo.

Allí no había nadie.

Al momento llegaron Esteban y Aleix que con su cojera y su bastón. Necesitaba caminar algo más despacio para que las piedras no le hicieran pisar en falso.

—No está, si este era el sitio, desde luego, hemos llegado tarde. Ya os dije que no la íbamos a encontrar —decía Santiago devastado.

La edificación se veía ajada y vieja por fuera, encontrar la puerta abierta era algo que les pareció de lo más extraño.

Entraron.

Aunque parecía algo en desuso, Aleix se dio cuenta enseguida de que aquello era de nueva construcción o cómo mínimo había sido muy bien reforzado por dentro. Era un revestimiento de madera envejecido artesanalmente, pero con un interior muy robusto.

—Este hórreo no está aquí por casualidad, esto ha servido de almacén para algún alijo, estoy seguro, todavía huele a la hierba que se guardaba, esas hojas de maíz y esos sacos son de adorno, esto es como el escenario de una obra teatral, una puesta en escena, un trampantojo —dijo tocando la falsa madera— además, aquí ha habido alguien no hace mucho, a tenor del film de envolver bocadoillos que hay tirado en el suelo.

Volvieron a salir afuera intentando buscar alguna pista.

Se estaba haciendo tarde y necesitaban un sitio para pasar la noche, esperaban que una

sola, pero no podían descartar nada. Decidieron que seguirían por la mañana, estaban demasiado exhaustos del viaje para seguir buscando.

El ruido de un motor los sobresaltó.

Un todoterreno apareció por el lado opuesto.

Asomaron la cabeza por una esquina intentando adivinar quién podría ser y qué querría, la zona no se significaba por su densidad poblacional.

—¡No puede ser! —Exclama Santiago— Se puede saber qué hace este tío aquí.

—Pues habrá que preguntarle a él, porque a mí sólo se me ocurre una cosa. ¿Le habrá dicho alguien que estamos aquí? Joder qué complicado se está poniendo esto —contestó Esteban.

—Calma, señores. No hagamos conjeturas, lo mejor es esperar y ver qué es lo que quiere o qué nos propone.

Al ver a los tres hombres allí y la puerta abierta, Milan se apeó del todoterreno embistiendo como un Miura.

—¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con ella? —Gritó empujando con saña a Santiago para entrar en el hórreo.

Al encontrar el sitio vacío enloqueció.

La furia y la fuerza con la que embistió le hicieron a Aleix pensar que iba bebido o drogado, no sabía bien qué, pero algo había que le impulsaba a conducirse de aquella manera y no sólo era la falta de Uxía. Santiago había recobrado el equilibrio y se dirigía a él con los puños apretados. Aleix lo miró y con los brazos pegados al cuerpo y las palmas de las manos estiradas hacia delante le indicó que se calmase, que la violencia no se podía combatir con más violencia.

En realidad, Aleix lo miró con pena.

En aquel momento Milan le pareció un hombre sin rumbo, resentido y vacío.

Xoel abrió la puerta de su casa franqueando el paso a Uxía que, temerosa de molestar a su madre, cohibida y por la insistencia del joven, entró.

El bloque donde se ubicaba el piso de madre e hijo estaba cerca de la línea de costa. Se veía una zona de trabajadores, la mayoría, seguro, eran pescadores o trabajaban en alguna fábrica de conservas. Natalia, la madre del joven se lo quedó mirando cómplice. Se notaba a primera vista que confiaba plenamente en su hijo, puesto que de su cara nunca se quitó una agradable sonrisa, la que ayudó a relajarse a su invitada como la llamó desde el primer momento.

Era un piso pequeño, de paredes blancas y muebles baratos, tipo Ikea, pero no faltos de gusto. A primera vista se veía todo recogido y limpio, sin lujos, pero cómodo, con calor humano.

La hizo entrar y le dijo que se sentara, después le pediría las explicaciones a Xoel. Cuando había ido a buscar las herramientas le había contado algo a su madre y ésta, conociéndolo, ya le había dado permiso para llevarla.

—Si tú crees que debes hacerlo, adelante.

Le había dicho a su hijo cuando este le explicó lo que había visto mientras sacaba a pasear a Sergio, el rottweiler negro que desde hacía dos años era su fiel compañero.

—Me llamo Natalia, aunque mis amigos me llaman Lía puedes llamarme cómo te apetezca —se presentó a Uxía—. Si necesitas hablar, quieres darte una ducha o lo que sea, aquí me tienes, tranquila —dijo cuando Uxía quiso contestar y no supo qué decir— creo que entiendo lo que te pasa. Aquí estás a salvo. Si quieres llamar o ir a la comisaría te puedo acompañar. Supongo que sabes que estas cosas es mejor denunciarlas.

—Muchas gracias, no sé cómo podré pagarles lo que están haciendo por mí —contestó Uxía azorada.

Lía se metió por un pasillo al interior de la casa y al cabo de unos minutos salió con una muda de ropa y toallas limpias.

—Creo que somos de la misma talla, te sentirás mejor después de darte una ducha, ven conmigo.

Las dos mujeres se metieron por un estrecho pasillo en el que había tres puertas, dos eran dormitorios y la otra un modesto cuarto de baño. Le dejó la ropa sobre la taza del wáter y le sacó champú y gel de baño.

—Tómate el tiempo que necesites, no hay prisa.

—De nuevo, gracias, su hijo ha sido un ángel para mí. Tiene usted un gran chico.

—Por favor, tutéame, no me hagas mayor de lo que ya soy.

Uxía sonrió y Lía aprovechó para salir y dejarla sola. Ella mejor que nadie sabía lo que pasaba por la cabeza de una mujer después de haber sido maltratada, que era lo que pensaban que le pasaba, puesto que en realidad ni le habían preguntado ni ella lo había confesado. Xoel le había dicho que habían encerrado a una mujer y que debían ayudarla, su madre lo apoyó como siempre que su hijo emprendía algún rescate, ya podía ser una persona o un animal en peligro, su hijo necesitaba salvarlos. Había visto a su madre sufrir *bullying* por ser esposa de guardia civil, habían tenido que cambiar de ciudad por el acoso también a su padre, muerto en acto de servicio, y quería ser como él para ayudar a las personas que estuviesen en peligro, del tipo que fuera.

De nuevo en el comedor madre e hijo se miraron cómplices, ella con una enorme sonrisa de satisfacción por tener un hijo con el corazón más grande que se podía tener.

Uxía tardó un rato en salir, estar debajo del agua caliente después de unos días sin poder ducharse la había devuelto a la vida. En las manos llevaba su ropa, sucia y maloliente, apretada al cuerpo. Natalia no dijo nada, puso un plato de sopa caliente sobre la mesa y le dijo que comiese, que seguro tenía hambre y que después tomarían decisiones. El agradable olor despertó sus jugos gástricos y un ruido delatador salió de su estómago. Natalia sonrió animándola a sentarse a comer.

Pepiño no se había quedado tranquilo, pensaba que podía ser que soltar la lengua le trajese problemas, pero ya estaba hecho, sus vecinos podían tomarlo por loco o, mejor dicho, decían que estaba loco, porque no tenía el miedo que tenían ellos a denunciar que, en aquella parte de la costa el tráfico de drogas seguía en activo y que todo el mundo cerraba los ojos. Claro estaba que el cerrar los ojos tampoco era gratis, muchos vecinos ayudaban de vez en cuando vigilando o guardando y distribuyendo la mercancía. Él nunca quiso formar parte de aquello y ahí empezó su fama de loco, porque les decía que algún día todo lo que hacían se podía volver en su contra. Les advertía que tenían hijos o nietos y que jugaban con fuego.

Eran sus vecinos y nunca quiso ser un chivato, pero pensaba que había llegado la hora. Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a la comisaría.

Por otro lado, dos mujeres se presentaron en la misma comisaría a poner una denuncia. El agente que había atendido la llamada de Pepiño era el mismo que hablaba con Uxía y su acompañante. Aquello era algo bastante inusual, pero un clic en su cabeza relacionó al momento las dos denuncias, no supo por qué, pero lo llamaremos intuición. A Lía ya la conocía, colaboraba con una asociación de ayuda a mujeres víctimas de maltrato y no era la primera vez que acudía a ellos acompañando a alguna de ellas.

La angustia y los nervios acometieron contra Uxía a la que una bocanada de sopa agría regurgitó del estómago a su boca. El inspector de policía no decía nada y ella pensó que no la creía. De pronto se veía entre rejas. Sabía perfectamente que Milan tenía comprado a algún que otro agente y a mucha gente del pueblo, sobre todo jóvenes sin trabajo ni demasiado porvenir que les venía de perlas la entrada de dinero fácil. El inspector clavó los ojos en los suyos, pensó que esperaba que desviase la mirada, pero ella decía la verdad, no tenía por qué hacerlo, había pasado más de dos días encerrada, sin apenas comida ni agua y sabía que si Xoel no la hubiese ayudado tenía los días contados. Conocía los métodos y la crueldad de Milan. Cuando alguien lo traicionaba siempre ocurría algún terrible accidente y ese alguien por desgracia se veía involucrado en él.

—Pasen por aquí, por favor.

Las hizo pasar a un despacho en el que estaban solos y ahí fue cuando el inspector Piñeiro habló con tranquilidad.

—Entonces me dice usted que su expareja está implicada con el tráfico de drogas de esta región. ¿Es así?

—Sí señor, de esta y del sur de España, lo abarca todo —contestó escueta, de momento no tenía claro si podía confiar en él o no. Muchos agentes tenían un sueldo extra por parte de la organización, por eso le costaba tanto confiar en alguien.

El policía le preguntó un sinfín de cosas, todas relacionadas con la actividad de Milan, ella intentó responder a todas, aunque se daba cuenta de que las preguntas eran las mismas sólo

que formuladas de forma distinta, ella contestaba siempre lo mismo, no la iban a poder pillar en un renuncio. Ella lo había vivido tal y como lo contaba y mejor que ella nadie lo podía saber. Por fin le pareció a Uxía que había quedado satisfecho, estaba exhausta, necesitaba de una vez por todas acabar con aquella pesadilla.

—A este señor se le ha investigado en bastantes ocasiones y nunca se le ha podido probar nada, aunque personalmente estoy con usted, creemos que está involucrado, pero es muy escurridizo y nunca ha dejado ningún cabo suelto. Esto no debería compartirlo con usted, es información confidencial, pero hace tiempo que vamos tras él, así que cualquier ayuda por su parte sería crucial para nosotros —se sinceró con ellas el inspector que clavó los ojos en ella con mirada neutra.

Natalia le pasó la mano por la espalda dándole ánimos. Sabía lo duro que podía llegar a ser aquello, pero después de escuchar la declaración también sabía que era muy necesario, sobre todo, para acabar de una vez por todas con la lacra del tráfico de estupefacientes.

—Muchas gracias por su valentía, si necesita un centro en el que quedarse la ayudaremos a conseguirlo —ofreció el inspector.

De repente la atrapó el pánico y se paralizó de nuevo.

Pensar en ir a un centro de mujeres maltratadas sería como darse por vencida, ella no quería cambiar su nombre, no lo había hecho ni mientras huía, no iba a hacerlo ahora. Por nada del mundo se desprendería de su identidad. De pronto se vio siendo un número más y languideciendo como si estuviera presa de nuevo. Ya lo había estado viviendo con Milan, no volvería a eso, aunque fuese por salvar su vida, no lo soportaría. Antes que eso prefería morir.

Miró a Lía y esta le sonrió cálidamente.

—No se preocupe, inspector, de momento se quedará en mi casa, no creo que nadie la pueda relacionar con ese sujeto, para los vecinos será una prima del pueblo.

—Está bien, pero si necesitan ayuda no duden en pedirla, estamos para servir.

Uxía respiró.

Por fin las náuseas empezaron a remitir.

Capítulo 40

Alguien de confianza

El inspector llamó a un compañero y le indicó que se acercarán por la zona en que había caído el hombre sin identificar. Le comunicó que alguien había denunciado haber visto cómo lo tiraban, que, por lo tanto, no había sido un accidente, algo que ya tenían bastante claro, y tenían que corroborarlo y encontrar alguna pista. Se calló para sí lo de la otra denuncia, si lo comentaba con el compañero le diría que las corazonadas poco tenían que ver en los procesos de investigación.

Ya declinaba la luz del día. Les iba a resultar difícil encontrar alguna pista después de que hubiera pasado por el lugar media Galicia, pero tenían que intentarlo, y si estaba relacionado cómo él pensaba con el traficante más escurridizo que había pasado por la zona, matarían dos pájaros de un tiro.

Al volver a casa de Natalia, Uxía se encontraba un poco más relajada. Aquella mujer algo mayor que ella, aunque no demasiado, rondaría poco más de los cuarenta, de mirada sincera y facciones amables y una gruesa trenza negra cayendo por su hombro, le generaba confianza y mucha paz. Se sentía bien allí. Igual era porque volvía a estar en su tierra, aunque salió de allí pensando que era para no volver, ya que esa fue la intención al morir su madre, la verdad era que nunca pudo desprenderse del todo de esa morriña que se siente al estar lejos de casa.

—Uxía, ¿quieres llamar a alguien para que sepa que estás bien? —Preguntó Lía.

Uxía se llevó las manos a la cabeza y recordó que el móvil debería estar entre la ropa que se había quitado. Lo había escondido tan bien que incluso lo había olvidado.

—En mis pantalones tengo el móvil, lo llevé escondido y en silencio, pero allí dentro no servía de nada, lo había olvidado, eso sí, estaba descargado. Si me prestas un cargador te lo agradeceré, aunque en realidad no tengo a nadie a quien llamar.

—Una mujer tan guapa como tú no debería estar sola.

—Bueno, mejor sola que mal acompañada, mi experiencia con los hombres, bueno, con el único hombre con el que he estado, ha sido tan nefasta que no me quedaron ganas de repetir.

Mientras decía esto, o se autoconvencía, en realidad pensaba que quizá no todos tenían por qué ser iguales. Santiago desde el principio le pareció un gran hombre, quizá con tantos problemas como ella, pero buena persona al fin y al cabo, sobre todo después de lo mal que lo

había tratado al principio de conocerlo. Media sonrisa apareció en su boca, la que no pasó desapercibida para Lía que sonrió a su vez.

—Me da a mí que igual sí tienes a quien decirle que ya estás a salvo.

Abrió un cajón del mueble del comedor y sacó un cargador que le tendió a Uxía.

—Prueba a ver si te sirve y si ese alguien es importante, llámalo, no lo tengas en suspense. Seguro te sientes mejor al escuchar una voz amiga y a lo mejor está sufriendo sin saber nada de ti.

El inspector y el agente llegaron al lugar de los hechos buscando algo que les ayudara a relacionar las dos denuncias cursadas. Estaba más que seguro que se referían a la misma persona y lo bueno era que Uxía lo había denunciado con nombre y apellidos, eso les convenía mucho, puesto que llevaban años tras él y siempre se las arreglaba para salir indemne de todo. Esta vez no, cabrón, esta vez no te vas a librar, pensaba el inspector Piñeiro. Unos metros más allá del acantilado, delante de un hórreo que suponían en desuso les pareció ver unos hombres discutiendo.

—Castro, veamos que está pasando allí.

Cuando los dos guardias se acercaron al lugar en que los cuatro hombres gesticulaban, algo llamó la atención del inspector. Uno de ellos, el que parecía sacado de un museo se le hacía conocido. ¡Claro! Era el agente de la UDYCO reconvertido en escritor desde que un mafioso le traspasó la rodilla de un balazo.

—Inspector Piñeiro —sacó la placa— ¿Ocurre algo, señores?

Milan por primera vez en su vida había bajado la guardia y no lo vio venir. Sabía perfectamente que ellos conocían su identidad, aunque esperaba que no su verdadero nombre.

Intentó parecer tranquilo.

Respiró hondo y camufló ligeramente la cara. Se pasó la mano por el pelo y se lo atrajo hacia delante alborotándolo. Se tocó el bolsillo, pero no llevaba las gafas de sol que siempre procuraba tener cerca, esperaba no haberlas perdido por allí mientras discutía con los amantes de Uxía... en su paranoia para él todos lo eran.

Por otro lado, el inspector tendió la mano a Aleix expresando su reconocimiento hacia un colega al que admiraba profundamente. Piñeiro pensó que si le hubiera pasado a él el accidente que dejó lisiado al agente de la UDYCO no lo habría superado, pero Aleix Góngora se había reinventado a sí mismo. Lo que no podía hacer por sí mismo, lo hacían sus personajes. Antonio Piñeiro estaba enganchado a sus novelas. Pero bueno, no estaban allí por las novelas de Góngora, sino por el asesinato de un hombre que no tenían ni idea de quién era y ya iba siendo hora de averiguarlo.

Milan al ver que el inspector saludaba a Aleix intentó hacerse el despistado y quiso llegar

hasta su coche que no estaba demasiado lejos.

—No tan rápido, caballero. ¿A dónde va? ¿Tiene prisa? No nos ha contestado a la pregunta que le ha hecho mi compañero. Se la repito por si no la ha escuchado. ¿Qué está pasando aquí? —exigió el agente Castro.

Milan permaneció en silencio. Estaba seguro de que se podría zafar en algún momento de los guardias, él era más inteligente que todos ellos juntos, se afirmaba esperando el momento de salir huyendo.

El inspector interrogaba a los tres amigos y tomaba nota de sus nombres después de pedirles el DNI.

—Está bien, señores, ¿pueden explicarme qué ha pasado aquí y por qué está roto ese candado?

Aleix, en el que habían delegado o mejor dicho nombrado portavoz del grupo, explicó que venían buscando una joven que al parecer había sido secuestrada por ese tipo, señaló a Milan.

Piñeiro sonrió para sí, su intuición nunca le fallaba y ahora estaba seguro al cien por cien de que el caso estaba relacionado con la muerte del rumano, puesto que la descripción que había dado Uxía, la joven a la que acompañó Lía a interponer la denuncia sobre su carcelero, se acercaba mucho.

—Castro, pida refuerzos, nos los llevamos a comisaría, allí tomaremos mejor las declaraciones.

—Inspector, yo no tengo nada que ver con todo esto, yo sencillamente paseaba por aquí y estos señores me confundieron y casi me matan —Lo intentó Milan sacando un carné de una de sus identidades a nombre de José García.

—No se preocupe, señor García, si no tiene nada que ver con todo esto en un momento lo dejaremos marchar, pero necesitamos su declaración.

El inspector esperaba que detenerlo fuera un puro trámite, pero al mirar a los ojos a Milan notó como una sombra de oscuridad los cruzaba.

Oscuridad y desasosiego.

En pocos minutos llegaron dos patrullas de refuerzo, metieron a los hombres en los coches y se fueron a las dependencias. Una vez allí los llevaron por separado a oficinas diferentes a prestar declaración y el inspector ordenó que comunicasen a Uxía que debería presentarse por la mañana para verificar los hechos e identificar a su secuestrador.

Milan estaba a punto de estallar. ¿En qué momento había pasado aquello? Estaba seguro de que Uxía les había explicado quién era él, aunque el DNI que había mostrado era perfectamente legal, aunque no fuera suyo, la coartada le duraría poco si Uxía lo veía. Por otra parte, no tenía ni idea de dónde podía estar aquella maldita mujer. Debía matarla en el primer

momento en que la encontró, el sentimentalismo nunca había servido para nada bueno.

—Perdone, oficial, si ya está todo en orden quisiera marcharme, me están esperando en casa y se estarán preguntando donde estoy. Mañana a primera hora puedo volver y decirles todo lo que deseen —expuso con su cara más inocente.

—Usted de aquí no se mueve hasta que yo lo diga —contestó cabreado el inspector.

Aquella insistencia no le estaba gustando nada. Ese tipo guardaba algo, estaba seguro, y pensaba averiguarlo.

—¿Necesito un abogado, agente?

—Inspector Piñeiro —puntualizó—. Eso ya usted debe saber si lo necesita o no, depende de lo que haya hecho.

—¡Ya le he dicho que no he hecho nada!

—Tranquílcese, señor García, el que nada debe, nada teme. Aquí estamos para dilucidar la verdad, si no ha hecho nada en un rato podrá irse a casa. Ahora contésteme a una pregunta: si sólo pasaba por allí, ¿por qué discutía con los señores? Ellos le acusan a usted de tener a una joven secuestrada en el hórreo. Si no es así ¿qué hacía allí? No me repita lo de que paseaba, eso ya lo dijo. Qué tiene usted que ver con ese hórreo.

—Quiero llamar a mi abogado. Tengo derecho a una llamada.

El inspector no contestó. Se levantó y se dirigió hacia la ventana que había tras su escritorio quedándose de pie mirando a través de los cristales. Al cabo de un momento llamó a un agente y lo dejó a cargo de vigilarlo. Le pidió a Milan, alias José García, como decía llamarse, el número del abogado con el que había que comunicarse, lo apuntó en un papel y salió de allí sabiendo que la espera lo pondría más nervioso de lo que estaba.

No me han reconocido, se decía con más deseo que certeza, aunque algo en su cabeza le indicaba que aquello no iba bien. Las horas pasaban con una lentitud exasperante y su abogado no llegaba y ni siquiera lo habían comunicado con él.

Se levantaba de la silla, miraba por el espejo, haciendo el gesto de fumar, esperando que los que hubiera al otro lado se dignasen a llevarle al menos un cigarro y se volvía a sentar.

La noche transcurría con inmisericorde lentitud y él estaba cada vez más desesperado, aunque también era consciente de que eso era lo que buscaban...

Por otro lado, los tres hombres volvían a estar juntos después de haber declarado por separado, y haber denunciado los tres el secuestro de Uxía. En un primer momento el inspector no podía creer que el detenido fuera en verdad el traficante más buscado del territorio español, por eso les dijo que había que ir con muchísimo cuidado porque un paso en falso daría al traste con toda la investigación, pero si eso era verdad, les dijo, habrían salvado la vida de muchos jóvenes.

Dejaron libres a los tres hombres con la condición de que volviesen por la mañana a ratificar la denuncia, ya que tenían que hacer algunas comprobaciones.

Uxía llegó a casa de Lía exhausta, ni siquiera fue consciente del momento en el que se quedó dormida. Antes de dormir tenía previsto hacer esa llamada que tanto ansiaba y temía al mismo tiempo. Quería llamar a Santiago, pero algo la paralizaba.

¿Y si él no quería hablar con ella?

¿Y si él no sentía lo mismo que ella y se estaba montando una película en su cabeza?

Su subconsciente era una losa en aquel momento. Un peso que no la dejaba pensar con claridad. Miró el teléfono, pero era tarde y, en la hora encontró la excusa perfecta para seguir demorándola, así que no se atrevió a realizar la llamada. El miedo a no ser correspondida era superior a ella.

Aunque despertó temprano, Lía ya tenía el desayuno preparado ya que Xoel empezaba a primera hora el instituto.

—Buenos días, ¿has descansado bien?

—Sí, gracias. Creo que es la primera vez en mucho tiempo que duermo del tirón tantas horas.

—Desayuna, he preparado unas tostadas, espero que te gusten.

—No tenías que haberte molestado, con un café tengo bastante. Además, tengo que ir a comisaría.

—Yo te llevo, no te preocupes, tenemos tiempo.

—No quiero ser una carga para ti, puedo ir sola, creo que encontraré el sitio.

—No es ninguna molestia y no eres a la primera mujer que se ayuda en esta casa, ya has visto cómo es mi hijo. Su padre era igual —comentó con sentida tristeza posando la vista en una foto que había sobre una estantería del comedor.

Uxía siguió la mirada de Natalia y vio a un guardia civil con su traje de paseo del que Xoel era la viva imagen.

No supo qué decir. Esas situaciones la superaban y echaba de menos haber tenido una familia como aquella, su madre la adoraba y en su niñez nunca le faltó nada... excepto un padre.

Llegaron a comisaría cuando apenas despuntaba el sol. En recepción había una joven guardia civil que, seguramente había estado toda la noche de guardia y estaría deseando irse a su casa, las miró con desgana y les preguntó en qué podía ayudarlas.

—Nos ha citado el inspector Piñeiro —contestó Uxía.

La agente las hizo pasar al despacho y les comunicó que no tardaría en llegar.

Milan se había quedado dormido sobre la mesa de la sala de interrogatorios. Una sala no demasiado grande pero dotada de los últimos avances en vigilancia, no en vano por aquella sala habían pasado los narcos más buscados durante las primeras décadas de este siglo.

El inspector entró en la sala con un vaso de plástico lleno de un café que, para ser de máquina, era bastante pasable. José García como estaba registrado en aquellos momentos despertó al penetrar el aroma en sus fosas nasales.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó somnoliento, pero con la ironía ya en danza.

—No quiera correr tanto señor García, seguimos comprobando su identidad y sus antecedentes.

—Para su información no tengo antecedentes.

—La verdad es difícil de ocultar, señor García, se lo digo en base a mi experiencia. Ha sido usted denunciado por malos tratos y tendrá que responder por ello.

Milan no contestó, aquello no se lo esperaba, pero era un experto en poner cara de póker. A simple vista parecía la persona más tranquila del mundo, pero sus nervios estaban a punto de estallar y no contra el policía que al fin y al cabo estaba haciendo su trabajo. Su ira en un principio iba dirigida hacia la persona que continuamente era capaz de sacarlo de sus casillas: Uxía, la maldita Uxía.

Levantó la cabeza mirando al inspector de frente.

—Eso tendrá que demostrarlo.

Capítulo 41

Abogados

Esteban había pedido en el hospital los días que le quedaban de vacaciones, que no eran tantos y se le estaban agotando. El móvil lo tenía lleno de mensajes preguntando por su regreso ya que, según le comentaban, estaban colapsados.

Habían encontrado una pequeña fonda en la que pasaron la noche los tres, era una habitación con tres camas algo ridículas para sus dimensiones, pero las dimensiones de la habitación no daban para más.

En algún momento de la noche, con tantos nervios no pararon de dar vueltas, alguno de ellos pensó que acabaría con sus huesos en el suelo, por suerte no fue así.

—Chicos, si esto se alarga mucho me voy a tener que ir, en el hospital no saben hacer nada si no estoy yo —comentó Esteban con un deje algo triste.

Aunque lo decía en tono burlón, en realidad se lo creía, la humildad no había sido nunca su mayor virtud, era un buen médico y no se andaba con remilgos a la hora de ponerse medallas.

De entre todos los mensajes hubo uno que le dolió especialmente, era de la asociación en la que estaba más implicado fuera de su trabajo como médico y que le convocaba a su cita mensual con los niños del hospital. No poder llegar a tiempo a la llamada de *Saniclow*n lo dejó muy tocado, tanto que le hizo replantearse volver a Barcelona antes de haber resuelto la búsqueda.

No lo hizo.

Santiago era su amigo, más que eso, era su hermano y al igual que los niños del hospital en aquel momento necesitaba su apoyo más que nunca.

Nada más entrar Uxía y su acompañante en el despacho del inspector se presentaron ellos. La agente, que llevaba de guardia toda la noche, esperaba ansiosa que llegase su relevo, su hijo de pocos meses estaba enfermo y no le había dejado descansar en todo el día anterior, así que tenía la cabeza un tanto espesa. Olvidó completamente que había hecho pasar a las dos mujeres un momento antes y los hizo entrar al mismo despacho.

Uxía estaba de espaldas a la puerta.

Esteban entró el primero seguido de Santiago y Aleix.

Una corriente de aire proveniente de la puerta pareció abrir un bucle espacio tiempo, cual si Cronos acabase de separar el cielo de la tierra.

Por el silencio que se hizo la agente supo de inmediato que había metido la pata.

La reconocieron enseguida, aquella melena oscura y aquella figura menuda y armoniosa no dejaban lugar a dudas.

Uxía se giró y se encontró con tres pares de ojos que la miraban fijamente, aunque ella sólo se pudo centrar en unos. Los ojos castaños más profundos que había visto en su vida. Perdió el mundo de vista, se quedó paralizada y un calor subió por su cuerpo hasta que le ardió la cara que se le puso intensamente colorada. No podía respirar, las lágrimas amenazaban con desbordarse y por mucho que quiso no pudo controlarlas. Empezó a temblarle todo el cuerpo, no estaba segura si era emoción, tranquilidad o alegría porque Santiago no se había olvidado de ella. De pronto los ojos se le aguaron, no pudo controlarse más y las dejó salir, veía tan borroso que pensaba que sus amigos se estaban difuminando.

Cogió aire de nuevo.

Quiso preguntar, pero no pudo articular palabra.

Santiago tampoco se quedó atrás, abrió la boca varias veces boqueando como un pez fuera del agua, pero tampoco salía sonido alguno. La miró a los ojos y quiso alargar la mano para tocarla, pero la llegada de Piñeiro rompió el embarazoso silencio que se había generado.

—Buenos días, veo que ya casi estamos todos —saludó—, creo que podemos ir empezando, no debemos perder más tiempo.

Se oyó un murmullo de buenos días en distintas voces. El inspector se sentó y les dijo que como él seguía siendo un caballero y no había sillas para todos que, por favor, se sentaran las mujeres y el señor Góngora que seguramente era el que estaría más incómodo si se quedaba de pie. Aleix fue a protestar, pero se lo pensó mejor y no lo hizo, al fin y al cabo, Piñeiro tenía razón, su rodilla tiesa no aguantaba demasiado tiempo a pie quieto.

En las tres sillas se sentaron las dos mujeres y Aleix, detrás se situaron Esteban y Santiago que se colocó detrás de Uxía que poniéndole las manos en los hombros apretaba ligeramente ofreciéndole su solidaridad, valor y consuelo.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

Uxía le apretó la mano turbada.

—Nos falta un testigo, aunque no creo que tarde —informó el inspector—, de todos modos, quería preguntarles si era esta la persona que decían que había estado secuestrada en el hórreo para proceder a la identificación del detenido.

En ese momento llamaron desde recepción para avisar de que la persona que estaban esperando acababa de llegar.

—Que pase. Ya sé que esto no es demasiado ortodoxo —dijo mirando a Aleix, casi

pidiendo perdón por no seguir el protocolo a rajatabla—, pero como se habrán dado cuenta esto es una comisaría modesta y la amplitud no es lo que sobra por aquí.

Piñeiro ajustó el teclado del ordenador a su comodidad y empezó a teclear aún antes de hacer ninguna pregunta. Odiaba la burocracia, pero no le quedaba más remedio que rellenar los informes y comenzó por la información que ya tenía.

—Ahora sí, usted dice ser Uxía Vega y dice haber sido retenida por Milan Rodríguez contra su voluntad. ¿Lo confirma?

—Sí señor, lo confirmo.

—¿Qué relación tiene usted con Santiago Robles?

—Somos... vecinos —vaciló para añadir— y amigos también.

—¿Podría decirme por qué el señor Rodríguez la quiso privar de su libertad? Por lo que sabemos este señor tiene su residencia en Madrid.

—Verá, es mi expareja y cuando me quise separar no quiso dejarme marchar, ni siquiera estábamos casados, pero cuando me cansé de su maltrato no me lo perdonó y dijo que me mataría antes de dejar que me fuera.

—¿Tiene alguna foto del susodicho?

—No señor, cuando me marché intenté olvidarlo y para ello borré todo lo que tenía que ver con él, sólo guardé información sobre sus negocios sucios que son muchos.

—Inspector, nosotros tenemos un retrato que publicamos en una revista, es un retrato dibujado, pero que se reconoce perfectamente —expuso Aleix.

—Está bien, ¿me lo puede mostrar?

Aleix sacó el móvil del bolsillo mientras el inspector reordenaba su escritorio, no soportaba el desorden. Cuando le mostró la pantalla con el dibujo un conato de sonrisa asomó por la comisura de sus labios. Se recompuso al momento, pero aquello era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, a ver qué diría el señor García cuando a su denuncia sumara tráfico de estupefacientes además de presunto homicidio, secuestro y malos tratos.

Le enseñó la foto a Pepiño, que acababa de entrar, preguntándole si era esa la persona que vio como lanzaba al rumano por el acantilado.

—Sí señor, sin ninguna duda, había niebla, pero yo estaba bajo el saliente y viendo la foto estoy más que seguro de que era él.

Aquello cada vez se ponía más interesante, la acusación de homicidio igual pasaría a ser de asesinato. Piñeiro cogió el teléfono y llamó a un oficial, le dijo que llevase al detenido a la sala de reconocimiento.

—Señorita Vega, ¿cómo me dijo que se llamaba la persona que la tuvo retenida?

—Milan Rodríguez —contestó sin titubear.

—Algo que me llama la atención es que el señor que tenemos aquí no se llama cómo

usted dice. ¿Está segura que es quien dice que es? ¿No puede ser que se parezca mucho?

—No, señor —insistió Uxía—. ¿Cómo le ha dicho que se llama, José García, Juan González? Tiene varias identidades y todas parecen perfectamente legales. Cómo usted bien sabe, inspector, el dinero lo compra todo.

Piñeiro sabía perfectamente que la identidad era falsa, pero tenía que corroborarlo y aunque tenía a uno de sus hombres investigando la documentación, saberlo por boca de ella lo alivió. Estaba seguro de que esta vez no se les escaparía. Ya había dado orden de que llamasen a su abogado, así que en cuanto llegase harían una rueda de reconocimiento y, si todo iba como esperaba, de allí saldría para el centro penitenciario La Lama directamente.

Rodolfo Ossorio, abogado reconocido por defender a personajes controvertidos, apareció por la puerta exigiendo hablar con su cliente y pidiendo que lo dejaran libre a la mayor brevedad.

—No tan deprisa, abogado, su cliente tiene varias denuncias y diría que lo tiene difícil para salir de aquí.

—Quiero hablar con él.

—Por supuesto.

Le hicieron pasar a la sala donde se encontraba. Milan quería parecer entero, pero su aspecto decía todo lo contrario. Acostumbrado como estaba a dar órdenes no era capaz de obedecer ninguna.

—¿Por qué has tardado tanto? —espetó nada más verlo.

—Rober me avisó que estuviera preparado que algo no iba bien, pero esta gente no me ha llamado hasta hace un rato y esto está en el culo del mundo, no he podido llegar antes.

—No me cuentes tu vida —contestó grosero— haz lo que sea, pero sácame de aquí. ¡Ya! No soporto este sitio ni un minuto más.

—No sé, Milan creo...

—No soy Milan, aquí soy José, espero que no hayas sido tan imbécil como para preguntar por Milan, como me enchironen lo pagarás caro —cortó al abogado siseando enfurecido.

—Está bien, está bien, no volverá a pasar. El problema que tenemos es que la denuncia es por secuestro y malos tratos, así que esto va a estar complicado, ya sabes que a las mujeres se las tiene muy mimadas últimamente.

—¡Intentó matarme! ¿Qué esperaba, que le pusiera una alfombra roja?

El abogado se estaba cansando de sus desplantes.

—La tenías secuestrada, no me jodas... José —contestó resentido.

—Haz lo que tengas que hacer, pero sácame de aquí —ordenó— y dame un cigarro.

—No se puede fumar.

—¡Qué me des un cigarro, coño! Que me importa una mierda si se puede o no.

El abogado no tenía ninguna necesidad de aguantar los desplantes de aquel botarate caído en desgracia. Por el tráfico de drogas lo habría podido sacar en minutos porque en realidad nunca se había probado nada contra él, tan solo rumores, pero los malos tratos eran otra cosa, por aquella insignificancia, como decía él, lo iban a pillar y, una vez allí dentro, ya se encargarían los suyos de acabar de ponerle la soga al cuello, estaba seguro.

Milan Rodríguez se había vuelto un déspota y eso no se lo iban a perdonar y no sería él el que aplacara los ánimos. Estaba más que harto y clientes no le faltaban, si algo había en España eran traficantes, sobre todo desde que el juez de la audiencia nacional trabajaba a las órdenes de Marruecos y había desmantelado el grupo de Algeciras, aquello se había convertido en el paso más seguro para distribuir la mercancía por toda Europa. Esos eran los trabajos que a él le gustaban, mucho dinero y poco riesgo.

Milan o José García había dejado de interesarle como cliente.

Capítulo 42

Detenido

Los mellizos echaban de menos a su padre, pero tenían que reconocer que su madre había dado un giro bastante aceptable. La relación que mantenía con Patricio se estaba consolidando y dada la experiencia con Milan no había vuelto a pensar en ligues trasnochados y juergas peligrosas.

Estaba sentando cabeza.

Patricio por fin había conseguido su tan anhelado traslado a la casa de Sara y hasta los chavales habían empezado a hacer ejercicio con él por las tardes al salir del instituto.

Aquella noche durante la cena los mellizos se miraron y empezaron a reír cómplices como siempre.

—¿Ahora qué pasa? ¿Tan mala está la cena? —preguntó Sara mirando los platos, que en realidad no estaría tan mal, puesto que por primera vez en su vida se habían terminado el brócoli.

—Mientras cocine Pato nada, mamá —volvieron a reír.

—Para vuestra información esta cena la he cocinado yo íntegramente.

—Vale, mamá, aceptamos pulpo como animal de compañía —contestó Marcos.

Patricio le dio una palmada en la espalda y le hizo un gesto para que lo dejara antes de que su madre se acabase enfadando. Estaba cambiando, pero no podían tensar demasiado la cuerda. Les guiñó un ojo cómplice ya que ellos también lo estaban aceptando.

—Mamá —dijo de pronto Hugo— ¿Cuándo papá regrese nos podremos ir a vivir con él? Tu ya no estás sola y a nosotros nos gustaría pasar al menos la mitad del año con él y la otra con vosotros, añadió.

Agachó la cabeza como si hubiese dicho una locura, Hugo nunca tendría el arrojito de Marcos, pero le sobraba sensibilidad.

Sara miró a Pato y este se encogió de hombros, aquella decisión le correspondía a ella o, en su defecto, lo tenía que hablar con Santiago. Él aceptaría lo que dijese, lo que sí veía bien era que los chicos pasasen más tiempo con su padre que, al contrario de lo que siempre había dicho ella, era un buen padre y los adoraba.

Mientras cenaban veían las noticias en televisión. De pronto cuatro pares de ojos se quedaron fijos en la pantalla. Se había filtrado una noticia con la foto de Milan supuestamente sacada de la ficha policial.

Sara por un momento se olvidó de respirar, ver aquella imagen la hizo retroceder a los días en que aquel malnacido casi la mata. Había intentado no volver a pensar en aquel episodio, pero resultaba difícil al verlo allí no deseaba lo peor. Ojalá se pudiera en la cárcel, pensaba, con todo el odio del que era capaz y era mucho.

Nunca había sido una mujer compasiva.

¡Última hora!

A nuestra redacción acaba de llegar una noticia de la que se ha hecho eco toda España.

El tan buscado narco gallego Emiliano Rodríguez, más conocido por su alias Milan Rodríguez, ha sido puesto a disposición judicial y no por su actividad más perseguida y nunca probada, sino por presuntos malos tratos a su expareja. Noticia que nos ha dejado a todos sin palabras —comentaba el presentador— en cuanto tengamos más detalles les ampliaremos esta información.

Mientras el locutor hablaba, tras él en la pantalla iban saliendo las escasas tres fotos que habían podido conseguir de Milan, entre ellas la publicada en la Gaceta Digital.

El teléfono del inspector sonó repetidamente. Descolgó y en menos de dos segundos su boca había soltado un montón de exabruptos.

—¿Cómo coño ha podido pasar? ¿Quién ha tenido los huevos de filtrarlo a la prensa? ¡Quiero al responsable y lo quiero ya!

Colgó el teléfono tan bruscamente que casi traspasa el aparato y la mesa. Aquello era lo último que le faltaba, a la falta de personal se le sumaba alguna lengua suelta. Desde luego aquello no iba a quedar así, sancionaría a quien se hubiera ido de la lengua, no le iban a quedar ganas de volver a hacerlo. Si de algo estaba orgulloso era de que en su comisaría reinaba la disciplina y el compañerismo.

El abogado había intentado, sin demasiado interés, sacar de allí a Milan, lo cierto era que no había insistido, porque estaba seguro que con todo lo que tenían de nada iba a servir lo que él hiciera. Por otro lado, estaba cansado, vale que pagaba bien, pero no todo era dinero, quería conservar la poca dignidad que le quedaba.

Después de la fase de reconocimiento de los denunciantes sumaron un nuevo cargo, falsedad documental, aquello sumaba demasiados años de cárcel y Milan no lo asimilaba. Sabía que detrás del espejo estaría Uxía, no sabía quién más, pero ella sí estaba, lo presentía, así que los gritos taladraron su cabeza y esta tuvo que ponerse las manos en los oídos y girar la cara porque era incapaz de mirarlo.

—¡¡Hija de puta, lo vas a pagar muy caro!!!

Cogió la silla y la tiró con todas sus fuerzas contra el espejo rebotando con tremendo estruendo.

—Gracias por su consideración —se despidieron del inspector.

—Entiendo que queda mucha tarea por delante, pero déjeme felicitarlo por su trabajo —le estrechó la mano Aleix que acabó dándole unas palmadas en la espalda a un compañero del cuerpo.

—Espero que cuando saque una nueva novela me invite a la presentación.

—Eso delo por hecho. Y si en algún momento me necesita no dude en llamarme, estaré encantado de poder ayudar, no sabe cuánto echo de menos esto —le guiñó un ojo, ya que era la pura verdad.

El inspector adelantó la barbilla señalando la puerta.

—No les entretengo más. Góngora, le tomo la palabra.

Lía miró al inspector con una sonrisa. Aquellas personas tan diferentes entre sí merecían ser felices, sobre todo la pareja que le recordaba tanto a ella cuando era tan feliz con Ventura, su marido. Miró al cielo y le envió un beso como tantas veces hacía. Estaba segura que él desde allí guiaba sus pasos.

Uxía y Santiago por fin pudieron abrazarse, pero seguían sin poder decir una palabra, no era tan fácil. Nunca se habían dicho mucho de lo que sentían el uno por el otro así que estaban cohibidos e incluso atemorizados, sobre todo Santiago que reconocía que no era fácil la convivencia con un tipo como él, o quizá era que no había encontrado a la persona adecuada y ya iba siendo hora de darse una nueva oportunidad.

Aleix se presentó ya que Uxía no lo conocía. La conexión fue casi mágica. Después de unos minutos Santiago reclamó su atención abrazándola de nuevo, tenía miedo de que se desintegrara de un momento a otro, y le dio un beso en la cabeza igual que haría con una niña pequeña, aquella ternura la licuó haciendo aparecer una enorme sonrisa en su rostro.

—Deberíamos irnos, Esteban tiene que volver al trabajo, lo ha dejado todo por venir a buscarte. Y Cris está desesperada pensando que una gallega guapísima se lo vaya a quitar —le dijo divertido después de haber podido romper el hielo.

—Deberíamos pasar por casa de Lía antes de irnos, tengo allí algunas cosas.

Los cuatro siguieron al coche de Lía y en pocos minutos llegaron a su casa. Una vez allí les ofreció que se quedasen a comer y saliesen después, ya no les vendría de un rato, objetó. En un primer momento se negaron, pero ella insistió tanto que no les quedó más remedio que acceder.

Uxía dejaba atrás una amiga, lo sintió desde el primer encuentro. Lía y su hijo eran muy especiales. Se dieron besos y los teléfonos y se prometieron hablar largo y tendido.

En el asiento de atrás la pareja se miraba sin saber muy bien qué decir, habían sido demasiadas cosas y todo lo que sintieron el uno por el otro se había truncado casi antes de empezar. Ahora tocaba recomponer una relación que ansiaban, aunque les asustaba, y mucho, a los dos.

—¿En qué piensas? —preguntó inseguro Santiago.

—Tantas cosas y ninguna a la vez. Mi cabeza es un lío en este momento. Sssh —le puso un dedo en la boca para impedirle que hablara—, tranquilo, es un lío maravilloso. Me siento tan rara, tantas personas preocupadas por mí. Es algo tan difícil de explicar esto que siento.

Los ojos se le anegaron sin motivo, o quizá sí había un motivo, por primera vez en mucho tiempo empezaba a ser feliz. Recostó la cabeza sobre su hombro y se quedó dormida.

Santiago la miraba embelesado, no podía apartar los ojos de aquella cara menuda y aquella boca que tanto ansiaba besar. Lo hizo, no pudo evitarlo. Beso suavemente los labios, después fue rellenando cada milímetro de su rostro con sus besos, a los que ella, incluso dormida, respondía con una dulce sonrisa.

Milan estaba desencajado, fuera de sí. Habían cursado las denuncias correspondientes y en aquellos momentos iba camino de la penitenciaría, esposado y en un furgón blindado, él solo con los policías que lo custodiaban.

Aunque nunca había estado fichado, algo que sorprendió incluso a los agentes, las huellas confirmaron que se trataba de Emiliano Rodríguez, nombre real que no sabía ni su abogado.

El letrado había rehusado defenderlo, así que le buscaron un abogado de oficio al que no le dirigió la palabra, de su boca aparte de insultos de todo tipo tan solo le dijo que se había cobrado lo que la vida le debía.

Que Ossorio hubiera desistido representarlo lo había enfurecido tanto que tuvieron que inyectarle un tranquilizante, entre cuatro enfermeros, para poder calmarlo. Después de eso la opresión de la celda pareció estrecharse bajo el peso de sus pensamientos.

Estaba anocheciendo cuando llegaron al penal, una franja de color rojizo descendía lentamente por el oeste entre las húmedas brumas del río que discurría cerca de la carretera.

Milan por fin había dejado de insultar, gritar y maldecir y ahora tan solo se mecía adelante y atrás con las manos esposadas colgando entre sus rodillas.

Al llegar al centro penitenciario hicieron los trámites de ingreso. En todo el tiempo no dijo una sola palabra, parecía que ya había soltado todas las injurias que se le habían ocurrido y después se había quedado mudo. Milan no era capaz de asimilar que su abogado lo hubiese dejado metido en aquel zulo. Habían requisado sus bienes y habían añadido un nuevo cargo, complicidad en intento de homicidio.

Mientras Aleix hablaba con el inspector un flash que tenía perdido en su inconsciente despertó. Recordó quien le había disparado a la rodilla, aunque no era ese precisamente el sitio al que apuntaba, era Roberto, el segundo de Milan. En una operación estuvieron a punto de cogerlos, pero algo falló, mejor dicho, alguien dio un soplo y salió mal. En pleno operativo Milan le ordenaba a Roberto que apuntase al corazón, que no lo dejase vivo, la fatalidad, suerte para él, fue que la pistola se encasquilló, al destrabarla, el tiro salió desviado y le dio en la rodilla, no lo mató, pero le costó la carrera ya que la pierna le había quedado rígida y nunca más podría estar en las calles, lo único que le había quedado era papeleo y trabajos de oficina, trabajos para los que Aleix no se veía preparado. Ahí fue cuando empezó a escribir.

Allí mismo puso la correspondiente denuncia, acabando así con las pocas esperanzas que le quedaban al narco de poder salir impune.

Capítulo 43

Cada cosa en su lugar

La primera parada la hicieron en Queralbs, estaban exhaustos, pero felices. Quedaba mucho camino por andar, pero los primeros pasos ya estaban dados. El que no estaba del todo feliz era Esteban, jamás pensó que podría echar tanto de menos a alguien. Llamó a Cristina, pero debía estar en consulta y tenía el teléfono apagado. Tocaba esperar.

—¿En tu casa o en la mía? —comentó burlón Santiago a Uxía.

—Pues mientras estemos juntos tanto da, aunque me gusta más la tuya, mi casera es una chismosa, me lleva la vida al dedillo.

—No se hable más, mañana vamos a buscar tus cosas y te mudas, esta casa necesita un toque femenino.

—Cariño —era la primera vez que se lo decía y le sonó tan raro que se sonrojó—, la decoración no es lo mío, así que seguirá así a no ser que contrates a un decorador. Lo que necesito es un ordenador para poder trabajar, el mío se quedó...

No pudo terminar, recordar aquel episodio le hacía tanto daño como un castigo físico. Tocaría empezar de cero, pero no le importaba. Que Milan estuviese por fin donde debía estar la tranquilizaba, sobre todo después de saber, según dijo el inspector Piñeiro, que tardaría bastantes años en salir de allí.

Aquella noche durmieron abrazados, sus cuerpos se necesitaban, pero les faltaba complicidad todavía, Santiago no sabía cómo pedirle que durmiera con él y ella tampoco se atrevía a decirle que lo deseaba, a la hora de acostarse el cansancio pudo con ellos y no fue necesario, aunque Uxía lo prefirió así, aquella casa era muy pequeña y las paredes demasiado finas.

Después de agradecerles lo que habían hecho por ellos, al menos un millar de veces, a primera hora de la mañana el coche de Esteban arrancó dejándolos, por fin, solos, él iba en busca de Cris, estaba decidido a pedirle que se casara con él... bueno, quizá no tanto, pero sí que la quería como compañera de vida. Mientras conducía camino de Barcelona la sonrisa no abandonó su cara.

Aleix le puso la mano en la barbilla.

—Te van a entrar moscas como no cierres esa bocota tan enorme que tienes.

—No me distraigas que estoy conduciendo.

—¿Yo? Perdona, pero esa sonrisa bobalicona estoy seguro que no es por mí, y menos mal, de momento no he salido del armario, además me están esperando en casa.

—¿A ti? ¿Quién te espera? No sabía yo que salías con alguien, me tienes desinformado.

—Me espera Distinguida.

—¿Y esa quién es? Cómo sea tan guapa como el nombre aviados estamos.

Aleix soltó una estruendosa carcajada, se estaba divirtiendo de lo lindo. Aquel episodio con un poquito de adorno le serviría como trama para su próxima novela y Distinguida tendría un papel especial.

—Distinguida es la hembra que mejor me ha tratado en la vida. Me hace compañía, me escucha y ni siquiera me pide de comer. Es perfecta para mí... Es la gata de mi vecina.

Ahora era Esteban el que se descojonaba de risa. Sabía que su amigo era raro, pero no hasta esos extremos.

Al quedarse solos Uxía y Santiago ya no tuvieron excusa para no estar juntos, no había prisa, de pie en mitad del salón la temperatura subió unos cuantos grados y no era por la chimenea porque no la habían encendido todavía. Los besos se hacían cada vez más posesivos hasta que les empezó a estorbar la ropa. Fueron dejando prendas por el camino hasta llegar al lecho y, aunque estaban solos, cerraron la puerta, necesitaban intimidad.

—¿Puedo descontrolarme y hacer lo que quiera? —susurró Uxía en su oído.

—Sabes que soy tuyo desde que te vi por primera vez en el río. Desde ese instante me tienes a tus pies.

—Te voy a torturar —volvió a susurrar.

Y la dejó hacer hasta que sacudió las caderas haciéndola girar y quedar sobre ella.

—¿Y ahora qué?

—Ahora haremos el amor.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Santiago después de darse una ducha y con mucho esfuerzo quitar las manos del cuerpo de la que ya para él era su mujer.

Fue al armario y sacó su bolso y su ordenador siendo recompensado por unos cuantos besos más y la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó extrañada.

—Se lo había quedado el del bar desde donde enviaste el artículo y la ubicación que nos sirvió para dar contigo.

—Eres mi ídolo, ¿te lo había dicho antes?

—Diría que no has tenido mucho tiempo, pero ¿sabes una cosa? Me encanta cómo suena

de tu boca.

Santiago salió precipitado hasta su escritorio y cogió su portátil. Uxía pensó que se había vuelto loco, ella ya no necesitaba otro ordenador, en el suyo estaba todo el material y el archivo de su novela que ahora sí podría terminar sin miedo a que aquel desgraciado lo leyera y la golpeará de nuevo. Abrió los ojos y levantó la barbilla interrogante.

—Si el pago de tus besos es un ordenador te regalo el mío, pero no dejes nunca de besarme. Prométeme que nunca nos iremos a dormir enfadados. Mejor dicho, prométeme que nunca nos vamos a enfadar. Te quiero, te quiero, te quiero como nunca he podido querer a nadie.

—¡Serás bobo!

Las lágrimas inundaron sus ojos, esta vez de felicidad. Se abrazaron de nuevo, empezaron a recuperar el tiempo perdido, aunque no tenían afán.

Epilogo

Un año y medio después

Dese hacía unos meses cada dos fines de semana bajaban a Barcelona, como decían los mellizos, un poco de vida social no mataba a nadie.

El último fin de semana que tenían que haber bajado no lo hicieron, Uxía estaba terminando su proyecto y estaba de los nervios por si no quedaba bien, se pasaba el día diciendo que tenía miedo de no estar a la altura. La maldita inseguridad que le costaba tanto abandonar.

Por fin era viernes y había llegado el día en que presentaba su novela.

Los últimos días habían sido de vértigo. Los nervios no la abandonaron en ningún momento.

—Cariño, haz como yo, cierras la puerta del consultorio y hasta el lunes no estoy — bromeaba Santiago.

Desde que había vuelto a abrir su clínica dental le había cambiado la vida. Aquello no era Barcelona, allí la vida era mucho más tranquila. Los vecinos por fin los habían aceptado como una pareja más del pueblo, aunque los seguían llamando los gallegos, por mucho que se esforzase Santiago en decirles que él era tan catalán o más que ellos y les hubiese hablado catalán desde el primer momento, seguían siendo los gallegos, ya hasta Aleix los llamaba así para descojone de todo el grupo.

—Teníamos que haber salido más temprano, llegaremos tarde y tengo que cambiarme de ropa y maquillarme todavía.

Uxía estaba atacada.

—¡Uff! Qué calor, me voy a tener que duchar otra vez, estoy sudando, se nota que estamos llegando a Barcelona esta humedad me ogoxia. Lo veo venir, llegaremos tarde.

—¡Quieres dejar de quejarte! No vamos a llegar tarde y si lo hacemos no te preocupes no empezará el evento sin ti, te recuerdo que eres la protagonista.

—Lo siento, amor, pero ya sabes, los nervios me matan. Espero que Aleix no nos tenga que esperar mucho.

—Creo que voy a parar el coche —suspiró Santiago— si sigues así no llegaremos, pero será porque me ha dado un ataque de histeria a mí.

—Está bien, tienes razón, pero es que estoy muy nerviosa, ¿y si no viene nadie?

—¿Nadie? Sólo con los amigos ya se llenará la sala, por eso no te preocupes —se burló

de ella intentando que se relajase.

De verdad pensaba que los pocos kilómetros que faltaban los haría a pie porque no aguantaba más tanta inseguridad. Sabía que iba a ser un éxito, la novela que había escrito era impresionante, era una novela de superación, era la novela de su vida y sólo por eso la admiraba tanto. Pero lo mataba su inseguridad y su perfeccionismo, nunca estaba contenta con el resultado de lo que hacía y necesitaba un chute de confianza en sí misma. Esperaba que aquella tarde cuando viese la cantidad de gente que habría en la librería, en la que se llevaría a cabo la presentación, recuperase esa confianza que tanta falta le hacía.

Llegaron a casa de Sara, habían quedado en que ella la maquillaría ya que con los nervios Uxía no se veía capaz y Sara tenía buena mano para eso. Los mellizos, que en ese tiempo habían madurado bastante y ya pensaban en la universidad, cuchicheaban con su padre llamando a Patricio para que se uniera. Aquello era lo que siempre había deseado Santiago, ahora sabía lo que era la felicidad. Incluso había hecho las paces con una Sara completamente nueva, gracias a Patricio.

Sara le estiró el pelo con la plancha y la maquilló en tonos muy suaves, lo único que remarcó fue la boca ya que le dijo que tenía unos labios preciosos y tenía que destacarlos porque mientras hablase todo el mundo se fijaría en ellos, así que se los maquilló en rojo. Para el evento se había comprado unos pantalones negros, fiel a su estilo y una blusa estampada en tonos rojos. Cuando la vieron salir, los cuatro hombres silbaron a la vez aumentando, si cabía, su inseguridad.

Aunque ya estaba todo preparado llegaron con tiempo más que suficiente para observar que todo estuviese como habían indicado. En la puerta les esperaba Aleix rodeado de una cohorte de admiradoras, porque, aunque escribía thriller lo leían infinidad de mujeres enamoradas de Félix, su inspector.

Los mellizos habían resultado ser unos excelentes organizadores de eventos, aunque la decoración se la dejaron a su madre que para eso era la experta.

Empezaron a llegar los invitados y ellos se quedaron en la entrada para atender a los VIP, como habían denominado a algunos a los que habían invitado para dar una sorpresa a los autores, puesto que eran dos los escritores que presentaban libro aquella calurosa tarde de primavera.

Estaban encantados ya que habían tenido que mover muchos hilos y hacer muchas llamadas para que acudieran al evento todas las personas que ellos creían que eran importantes en la vida de su padre, porque, aunque no era autor, parte de la novela de Aleix, *Vidas Cruzadas*, estaba basada en él y habían conseguido que todos aceptaran estar allí.

Uxía, por otra parte, presentaba *Amargo Pasado*, una novela casi autobiográfica en la que quería demostrar a las mujeres maltratadas que se podía salir de ese círculo vicioso que era el maltrato.

El tráfico de Barcelona un viernes por la tarde era infernal. El taxi sorteaba como podía la jauría de coches que circulaban por las calles de la ciudad.

—Me parece que llegaremos tarde —decía Lía al inspector Piñeiro que había viajado con ella desde Galicia.

Cuando el taxi se paró en la puerta del evento Lía respiró sonriendo a los dos jóvenes que los acogieron encantados y les dieron una tarjetita con el número de asiento.

Ya sólo faltaban dos personas y ellos querían que estuvieran allí, aquella sería una bonita manera de cerrar el círculo. Estaban nerviosos, las presentaciones habían empezado y ellos temían que, aunque habían confirmado su asistencia, al final se hubiesen arrepentido. Se miraron cómplices y decidieron que debían entrar, lo habían intentado.

Cuando ya cerraban la puerta, vieron una pareja que giraban apresurados la esquina. Hugo y Marcos respiraron.

—¡Dunia, Arnau! Pensábamos que no veníais —se apresuraron a abrazarlos con cariño.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —se excusó Dunia.

—Cuando seáis padres sabréis lo que es dejar con una canguro un niño tan pequeño —confesó Arnau el motivo de su retraso.

—Bueno, ya estamos todos, ahora ya podemos comenzar.

La autoestima de Uxía subió unos puntos después de la presentación de su primer libro.

Aleix ya estaba acostumbrado.

Agradecimientos

Para que este libro viera la luz tengo que agradecerlo a todas las personas que me han prestado su generosa ayuda, en primer lugar, mi queridísima Lía Martínez que siempre está cuando la necesito incluso dejando de hacer sus quehaceres por solventar mis dudas. Después están mis lectoras alfa; Ana M. Gené Oto, Teresa Domínguez Bermudo, Myrian González Britos, Marytoñi Riballo y Encarni Castillo y también agradecer a mis incondicionales de Facebook que siempre me apoyan y animan a seguir y creen en mí mucho más que yo misma; Valle Rodríguez, mi princesita Raquel González y Ana Belén Pons Cuesta del grupo Crazy Pandy Books. También agradecer a Enrique Brossa, el mejor profesor que se pueda tener sobre todo cuando una es una pésima estudiante.

Por último, pero no menos importantes a mi familia que aguantan todas mis neuras sin demasiadas quejas.

También doy las gracias a todos los que habéis leído mis libros y todavía seguís leyéndome, vosotros sí que merecéis toda mi gratitud.

Sobre Teresa Mateo Arenas

Sabadell 1960

Desde muy niña me encantaba leer, cualquier cosa que cayera en mis manos con letras

era devorado. De esa afición derivó otra, escribir mis propias historias, empecé como un reto hacia mí misma, quería saber si era capaz de hilar una historia de principio a fin y parece ser que mejor o peor he sido capaz de hilar con este libro que tienes entre manos siete historias, aunque empecé tarde no está nada mal, diría que he superado el reto, ¿estáis de acuerdo?

Mis novelas publicadas son:

Otoño en la piel, primavera en la sangre

En tu ausencia

Destino: Granada

Cl@ndestinos

Un día para olvidar

La Candidata (en busca de la verdad)

Todas ellas disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Con Vidas Cruzadas me presento al premio literario PLAKS.